



TIEMPO
DE
AMAR



ELENA GARQUIN



*T*IEMPO
DE *C*AMAR

ELENA GARQUIN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Tiempos de amar.

©Elena Garquin, 2019

Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Corrección: Raquel Antúnez. Magia en forma de letras.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Diciembre de 2019.

*Para mis hijos.
Dos personas con la valentía suficiente como para encontrar su equilibrio y con la fuerza
suficiente como para retenerlo a su lado.
Os quiero.*

Agradecimientos

Volvemos, una vez más, a una de las partes más complicadas de un libro, al menos para mí. Esa en la que los sentimientos propios afloran sin que haya personajes ficticios de por medio, para terminar con la sensación de que, de un modo u otro, utilizando unas palabras u otras; te has quedado corta. Así que... allá vamos.

En primer lugar, gracias a Raquel Antúnez por su corrección IMPECABLE, por sus comentarios inesperados (Raquel, lo digo completamente en serio) acerca de su impresión de la historia de Rosaura y Félix. Has sido eficaz, una profesional como la copa de un pino, perseverante, paciente y, además (cosa que me ha encantado, para qué vamos a engañarnos), casi tan entusiasta con *Tiempo de Amar* como yo. Ha sido nuestra primera colaboración juntas, pero estoy segura de que no será la última.

Una vez más, gracias a Marien por haber puesto a mi disposición su magia para plasmar en imágenes algo tan especial como lo que yo tenía en mente, hasta hacer de la portada de *Tiempo de Amar* una obra de arte (sí, con todas las letras) única. Contigo repito, pero es que, mi niña, ¡eres adictiva!

Gracias a May y Laura, compañeras de fatigas, por darme esos pequeños empujones que me llevaron a la consecución de la sinopsis más difícil que he escrito en mi vida. Y mira que son difíciles... Pero, con vosotras, con esos audios impagables, con esa paciencia que os impidió mandarme ahí mismo; se ha hecho mucho más divertida.

GRACIAS, con mayúsculas, a Rosana, mi lectora beta, por tantas cosas... Sabes que el germen de esta historia surgió en tu cabeza. Que me tomé mi tiempo en aceptar el reto como posible. Que el tiempo era escaso y tu primera lectura estaba más que en pañales...

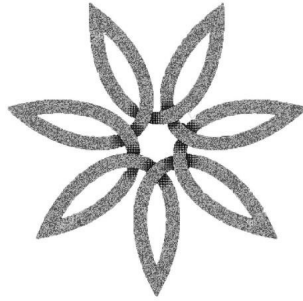
Gracias, Ro, por guiarme hasta que conseguí ver la luz. Tu perseverancia, tu entrega hacia Félix y Rosaura, fue también una entrega hacia mí como autora y como persona que resulta impagable. Se suele decir que los libros son los bebés literarios de las autoras. Pues bien, en este caso, Félix, Rosaura, junto con todos los secundarios, son tan tuyos como míos. En definitiva, *Tiempo de Amar* y la historia que encierra estas páginas también tiene mucho de ti. Solo por eso, mi agradecimiento se queda corto; en realidad, se merecería un libro completo.

Por último, muchas gracias a ti, lector y lectora, que estás a punto de emprender esta aventura junto con mis protagonistas que, ahora sí que sí, han pasado de mis manos a las tuyas. Gracias por dar una oportunidad a su historia, a sus errores, a sus aciertos; porque, con ello, me has dado la oportunidad a mí también. Espero que disfrutes de tu lectura tanto como yo he disfrutado con su escritura.

SE OS QUIERE.

Índice

[Prólogo](#)
[Uno](#)
[Dos](#)
[Tres](#)
[Cuatro](#)
[Cinco](#)
[Seis](#)
[Siete](#)
[Ocho](#)
[Nueve](#)
[Diez](#)
[Once](#)
[Doce](#)
[Trece](#)
[Catorce](#)
[Quince](#)
[Dieciséis](#)
[Diecisiete](#)
[Dieciocho](#)
[Diecinueve](#)
[Veinte](#)
[Veintiuno](#)
[Veintidós](#)
[Veintitrés](#)
[Veinticuatro](#)
[Veinticinco](#)
[Veintiseis](#)
[Veintisiete](#)
[Veintiocho](#)
[Veintinueve](#)
[Treinta](#)
[Treinta y uno](#)
[Treinta y dos](#)
[Treinta y tres](#)
[Treinta y cuatro](#)
[Treinta y cinco](#)
[Treinta y seis](#)
[Treinta y siete](#)
[Treinta y ocho](#)
[Epílogo](#)



Prólogo

Condado de Trabada, agosto de 925

Según el conocimiento de los antiguos, había tres cosas que un hombre era:

Lo que él piensa que es, lo que los demás piensan que es y lo que realmente es.

Aquella noche de luna llena, en la intimidad de su ordenada y aromática cabaña, lejos de la protección que deberían ofrecerle las murallas de Trabada y los hombres de su hijo, el conde don Martín, la anciana Teodomira supo, sin lugar a dudas, que había un hombre en concreto que necesitaba «ser».

Los dibujos de aquel arte milenario plasmados en las láminas rectangulares que tenía delante se lo dijeron. Le hablaron de la inminente llegada de una bruja venida de tierras gallegas para ayudarla en su nuevo propósito. De un guerrero destruido que debería recomponerse por dentro para poder ofrecer lo mejor de sí mismo a la mujer que lo amaba por encima de todo. De paisajes desconcertantes y desconocidos, altos edificios que no pertenecían a aquellas tierras, luces que todo lo iluminaban, caminos de material duro y caliente por los que transitaban monstruos de metal que expelían gases fétidos. De calles llenas de ruido y de gentes extrañas, cuya lengua era parecida a la suya y, al mismo tiempo, muy diferente.

También le revelaron la existencia de la mujer de pelo corto que buscaba huir de la soledad.

Y del espejo.

Un objeto ovalado con el símbolo de las siete diosas paganas en su marco.

Su dibujo no aparecía tal cual lo hacía en las láminas, claro estaba, pero Teodomira lo interpretó a la perfección. Cuando logró descifrar su significado, supo lo que tendría que hacer sin demora.

Los guerreros se acercaban. Era el momento de desencadenar el comienzo de unos acontecimientos cuyo único fin sería la protección para su adorada nieta Rosaura.

—Mi niña, aún te queda mucho por sufrir...

Por luchar, por conquistar. Pero, para superarlo, el espejo debería llegar a sus manos lo antes posible.

«Él será el encargado de llevárselo», resolvió cuando acarició con las yemas de los dedos la lámina que mostraba un guerrero armado con un hacha y una espada.

El hombre que debía renacer de sus cenizas había fracasado en la obtención de su propia sabiduría. Tampoco había alcanzado la independencia de espíritu necesaria para considerarse libre. De hecho, aún seguía ligado a un ser superior a él en maldad, que lo mantenía cautivo con un simple recuerdo.

—Ciertamente, capitán, debes renacer.

Aunque su mente había recibido las enseñanzas de niño, en ese momento se hallaba cerrada a la fe en los dioses antiguos, en el poder de la naturaleza, en los maestros druidas. Debía recuperar la confianza perdida. Y sabía cómo hacerlo.

Con nuevos bríos, se incorporó. La vida había sido generosa con ella. A pesar de sus padecimientos, había logrado ver feliz a su hijo Martín al lado de la niña Jimena. Hubiera podido aprovecharse de lo que su nueva condición le ofrecía, pero prefirió seguir fiel a sus creencias y costumbres, y permaneció en aquella cabaña, cerca de su Martín, pero lejos de cualquier problema que pudiera causarle con sus prácticas y su sabiduría ancestral.

Después de conocer a su nieta Rosaura, hija de Odón, y establecer una afinidad con ella que iba más allá de los lazos de sangre; su futuro requería de su intervención y la de los dioses paganos.

Se vistió de blanco y encendió un incienso de cedro. A continuación, mezcló en un cuenco de barro albahaca, ruda y milenrama. Tomó primero el incienso y recorrió con él toda la cabaña, mientras recitaba las tres cosas que todo sabio debe evitar:

—Esperar lo imposible, llorar lo irrecuperable, temer a lo inevitable.

Al cabo de unos minutos, cada rincón de la cabaña estaba repleto del agradable aroma del incienso.

Teodomira repitió el ritual con las hierbas mezcladas y los ojos cerrados. Hasta que visualizó su poder, reunido y más fuerte, para alejar de la vida de Rosaura toda influencia negativa. Empleó toda su energía; pero, cuando terminó, supo que habría cosas que nada ni nadie lograrían evitarle. La muchacha tendría que aprender a sobreponerse a su propia desgracia, a sacar provecho del mal en estado puro, a utilizar su fuerza en combinación con su inteligencia.

Y, para ello, el guerrero debía hacerse con el espejo. El objeto sería el vínculo.

Casi con prisa, mientras observaba los rayos de la luna llena que se colaban por su única ventana, Teodomira volvió a ponerse su ajada túnica, salió al exterior y elevó los brazos al cielo.

—Diosa Dana, ¡yo te invoco! Pido sanación en mi alma, verdad en mis labios, naturaleza en mi ser, conocimiento en mi mente. Todo esto imploro humildemente. Que la bendición triple caiga como lluvia de luz sobre mí —rezó con fervor, y una sonrisa que fue en aumento cuando el viento cálido comenzó a mecer sus guedejas grises hasta convertirse en un vendaval—. ¡Que el manto restaurador de la paz arroje a todos mis seres queridos! Diosa Dana, ¡ayúdame a conseguirlo!

El negro limpio del cielo se enturbió con tonos mezclados entre sí que ocultaron la luna. Las hojas y la tierra se levantaron en grandes remolinos que la rodearon y las sombras de los árboles parecieron cobrar vida. En el interior de la cabaña, la exigua luz de las velas encendidas tintineó temblorosa, amenazando con apagarse en cualquier momento.

Teodomira no cedió. Apretó los párpados con fuerza, recitando el conjuro en el lenguaje de los antiguos, sabedora de que poseía el conocimiento y la experiencia necesarios para realizarlo con éxito. Su tono de voz fue ascendiendo conforme el clima a su alrededor se iba recrudeciendo, hasta que solo pudo escuchar el sonido sibilante del viento azotando todo a su alrededor. Sintió los hilos invisibles, casi helados, enroscándose a su alrededor para protegerla, para auxiliarla, no para atacarla.

La diosa aceptaba su petición. La ayudaría de la única forma posible.

Soltó una auténtica carcajada y abrió los ojos al mismo tiempo que los brazos, acogiendo con alegría y confianza ciega lo que estaba a punto de ocurrir.



Uno

Tierras cántabras, esa misma noche

El fuego crepitaba, iluminando la noche estrellada y cálida.

La luna llena reinaba en un cielo tan sereno como el ambiente tranquilo que se respiraba entre la pequeña comitiva. Eran demasiado pocos como para no pasar desapercibidos entre las montañas donde no solían aventurarse los sarracenos. Sin embargo, acababan de atravesar las tierras de los fieles a don Alfonso Froilaz y aún no las habían abandonado del todo. Era menester establecer unos rígidos turnos de vigilancia por si eran descubiertos y tachados de espías leales al otro candidato a rey de los cristianos: Alfonso Ordóñez, hijo del rey Ordoño.

El obispo Hermoigio ya descansaba, pero Alana, la mujer de cabellos de fuego sentada frente a la hoguera con la espalda erguida y el rostro elevado hacia la luna, no parecía muy agotada.

—Es incansable. Y preciosa. Y, además, parece leerme el pensamiento en demasiadas ocasiones.

El comentario de don Nuño le hizo sonreír. Sin volverse hacia él, asintió con la cabeza.

—Os habéis casado con una meiga, según tengo entendido. ¿No se supone que debe leer el pensamiento?

—Lo dices sin creértelo.

—Cierto, mi señor. No me lo creo. Y vos tampoco deberíais hacerlo —concluyó, señalando con un leve gesto de cabeza al obispo que roncaba cerca de ellos—. Recordad cuál es el único y verdadero Dios de todos nosotros.

—No osaría blasfemar de ese modo. Pero reconozco que hay cosas en Alana que no logro comprender, pese a saber que este viaje le resulta a ella tan desagradable como a mí.

—Con una pequeña diferencia: la familia que aguarda vuestra llegada no es la suya, sino la vuestra. Lo recordéis o no —añadió, antes de que el notable pudiera objetar nada al respecto—. Debéis presentaros ante el conde y su esposa como don Nuño porque esa es vuestra identidad.

—Aún soy Fortún, capitán. Y no sé si dejaré de serlo en algún momento.

Se incorporó con el ceño fruncido y una mirada confusa en sus ojos oscuros. La misma que siempre le acometía cuando hablaban del propósito de aquel viaje.

Se aferraba a la idea de que quizá no fuera quien todos decían. Que, por un azar estúpido del destino o de esos dioses paganos que todavía formaban parte de las creencias ancestrales, fuera entregado como un sacrificio a unos notables desconocidos. Pero, a continuación, llegaba la explicación de su capitán, y todas sus esperanzas se destruían cuando su esposa Alana no lo contradecía.

—Dejaréis de serlo en cuanto vuestra mente se abra —afirmó el capitán con contundencia—. Y, seguramente, ocurrirá cuando tengáis delante a vuestra hermana Jimena. Ella también sufrió el mal que os aqueja, pero logró recordar a tiempo de salvar la vida. Vos haréis lo mismo.

—No sé si...

—Escuchadme, os lo ruego —lo interrumpió con su oscuro rostro ceñudo y cansado girado hacia él—. Sé que no os gusta la situación. Que no deseáis encontraros con personas desconocidas para vos. Pero debéis hacerlo, mi señor. Al igual que yo debo llevar al obispo sano y salvo a Trabada, para que pueda officiar un casamiento que, creedme, tampoco quiero.

Ni presenciar ni aceptar. Y sabía que debía hacer ambas cosas si quería retomar la relación con la pequeña Rosaura. Su hijastra, la muchachita que dejó en Laciana cuatro años atrás, después de haber recibido uno de los besos más espontáneos y encantadores de toda su miserable existencia. En mitad de un asedio que finalizó con una cruenta batalla y una separación forzada.

Atizó el fuego con una ramita seca que encontró a su lado, decidido a ignorar al notable que se había convertido en su amigo; pero, en ese momento, una repentina ráfaga de viento levantó un remolino de tierra seca que casi lo cegó. Sorprendido, se puso en pie y miró a su alrededor. El aire cálido había cambiado repentinamente, y el cielo se tiñó de colores turbios donde antes había permanecido limpio de nubes. Instintivamente, echó mano al hacha que llevaba a la espalda y a la empuñadura de su espada, colgada de su cintura, pero Alana se giró hacia él en ese momento con una sonrisa.

—Dana, la diosa madre, decide enviarnos un mensaje —dijo con una seguridad pasmosa—. Controla la vida, la naturaleza, los animales y las plantas, al igual que el clima. No la recibas con hostilidad, capitán. Es demasiado poderosa para temerte.

—No tendrá que temerme, mujer. No me quedaré aquí para recibir el mensaje.

Se dirigió a las afueras del campamento, dispuesto a ocupar su sitio para realizar la guardia, sacudiendo la cabeza con incredulidad. ¿Mensajes de diosas? De niño, su madre le había inculcado algunas creencias en ese sentido, pero hacía tiempo que las había desechado en beneficio de su Dios cristiano. Habían sido los dioses de sus antepasados, pero había sufrido demasiadas desgracias que le habían llevado a perder la fe en ellos. Ninguno había acudido en su ayuda cuando más lo había necesitado. Solo el conde de Trabada le había liberado de sus grilletas, creyendo de verdad que le salvaba la vida, cuando lo cierto era que solo prolongaba una existencia insulsa.

Tomó asiento en una roca que coronaba el promontorio desde la cual podía vigilar los alrededores del campamento, y chascó la lengua con disgusto.

Ese mensaje del que había hablado Alana, ciertamente, no iría dirigido a él.

—*Te equivocas, capitán. Es a ti a quien busco.*

Se levantó de un salto, oteando el paisaje al mismo tiempo, en busca de la mujer que había pronunciado aquellas palabras. Porque era una mujer; aunque, en un principio, solo pudiera distinguir los árboles a su alrededor y escuchar el sonido de las hojas agitadas por aquel molesto viento que se había acentuado.

Hubiera jurado que las sombras que la luna proyectaba sobre la silueta de los árboles se alargaban y juntaban, formando poco a poco los miembros de un cuerpo humano, pero eso, naturalmente, era producto de la escasa luz. Estaba nervioso por la cercanía de Trabada y el fin de la misión que se le había encomendado. Cansado por el viaje y las pocas horas de sueño, en una alerta constante por el lugar en el que se encontraban, era normal que viera y oyera cosas donde no había nada.

Aun así, decidió asegurarse.

—¿Quién va? —tronó, dispuesto a dar la voz de alarma en cualquier momento.

—*Tranquilo. No soy peligrosa para ti. Y, aunque lo fuera, mi poder destruiría cualquier intento de ataque por tu parte.*

¿Qué demonios era aquello que retumbaba en el interior de su cabeza?

La sacudió, como si así pudiera deshacerse del malestar, pero el corazón empezó a retumbarle en el pecho cuando al clima desapacible, se le unió el piar estridente de un ave y el sonido inconfundible del batir de alas posándose en alguna rama tan cerca de él que logró distinguirlo. Apreció la belleza de su plumaje pardo, la elegancia de su porte y la agudeza con la que aquellos dos ojos ambarinos se clavaron en él.

«No, es imposible», se dijo, cuando la sangre se le congeló en las venas al reconocerlo: no era un ave cualquiera, sino un halcón. Había pasado demasiado tiempo contemplando ejemplares similares como para confundirlo. Ese tiempo regresó a él de golpe, en forma de recuerdos fantasmagóricos que le hicieron temblar.

—¡Salid de donde quiera que estéis escondida, mujer! —exclamó, sacando el puñal de su vaina. Era un arma pequeña y muy rápida de usar. Le serviría para comenzar un ataque que remataría con las más pesadas, como la espada y el hacha.

Estaba dispuesto a entablar cualquier tipo de lucha, pero su cuerpo reaccionó con un sudor frío, que empapó las palmas de sus manos, cuando una figura femenina surgió de la espesura del bosque que vigilaba para plantarse frente a él, aparentemente sola.

A la luz de la luna parecía joven, vestida tan solo con una túnica blanca. Su largo cabello negro cubría parte de sus pechos y le llegaba a la cadera. Era espeso, liso, del mismo color de unos ojos que albergaban mucha más sabiduría de la que aparentaba el resto de su rostro lozano y hermoso. No portaba armas. Solo un extraño espejo en una mano que no se molestó en ocultarle, y el halcón que acababa de ver posado sobre la otra sin protección alguna.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó sin cambiar su postura defensiva ni un ápice—. ¿Os habéis aventurado sola por estos lares?

—*No necesito escolta para lo que me propongo, capitán.* —Hubiera jurado escuchar los ecos de una suave risa femenina sin que ella hubiera movido los labios—. *Puedo ser una diosa pagana o todas juntas. Puedo ser alguna de las divinidades cristianas o ninguna. Ahora me parezco a la diosa madre, pero podría adquirir cualquier apariencia solo para ganarme tu confianza.*

—¿Con qué objetivo? —Cuando dio un paso en su dirección, él enfundó el arma y llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió desenvainarla—. ¡Más vale que no sigáis avanzando o me veré obligado a reducirlos por la fuerza!

La mujer se detuvo. No parecía furiosa ni extrañada, sino afable, casi comprensiva. Como si esperara su reacción, asintió.

—*Por favor, abre tu mente. Cuando aceptes mis palabras en ella, comprenderás el valor del don que acabo de ofrecerte.*

—¿Qué don?

¡Por los fuegos del infierno! ¿De dónde había salido eso?

Retrocedió, asustado por primera vez en mucho tiempo, cuando formuló la pregunta en silencio, incapaz de controlar lo que sucedía a su alrededor.

Reacio a creer en lo que estaba pasando.

No estaba ocurriendo. ¡Era inverosímil, más propio de hombres poseídos! Y él no lo estaba.

Respiró hondo para conservar la calma y se fijó mejor en la desconocida. Si era una emboscada, estaba tardando demasiado tiempo en dar la cara. Lo cierto era que, conforme pasaba ese tiempo entre ellos, los sudores del miedo remitían para dar paso a la curiosidad cuando ella le

mostró el espejo que portaba.

—*Eres capaz de hablar con la mente cuando nunca antes lo habías hecho. Llevo tiempo buscando al hombre adecuado para mi misión, y lo he encontrado en ti* —añadió, señalando al halcón—. *Un guerrero fiel a la fe cristiana, pero que reniega de lo que en su día constituyó el conocimiento de los antiguos. El halcón te ha encontrado... Tú eres ese hombre, solo tú puedes llevar la misión a cabo. Entregarás esto a la persona adecuada. Una mujer que lo necesitará y que sabrá prescindir de él llegado el momento.*

Él estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Mujer, no pienso desviarme del encargo encomendado por mi señor, el conde de Trabada. Si esa es tu intención, puedes seguir buscando, porque yo no soy el hombre que esperas.

—*Sabrás que lo eres cuando aprendas a ver con los ojos del conocimiento. Cumplirás la orden de tu señor... y la mía.*

La desconocida elevó levemente las palmas de las manos. El viento arreció más fuerte, llevando con él hilos helados e invisibles que se arremolinaron en torno a la muñeca del capitán. Se resistió, pero no pudo impedir que esta fuera guiada hacia el espejo hasta abandonar la empuñadura de su espada por él. Su marco estaba grabado con un símbolo celta que conocía perfectamente.

Lo había visto hacía muchos años, cuando su vida pendía de un hilo, y su madre apeló a los dioses de los que él, más tarde, renegó.

Fue la llave que abrió sus recuerdos más escondidos para que empezara a fluir solo una pequeñísima parte de ellos. Casi pudo escuchar un sonido en su mente similar al de un muro resquebrajándose, antes de que las palabras milenarias acudieran a él:

«Lugos, poderoso dios solar, tú que todo lo sabes hacer, ilumina mi mente y pensamiento, para poder interpretar lo que siento...».

—*Sientes miedo porque has reconocido la flor de los siete pétalos. Pero, en esta ocasión, otra persona es la destinataria de su protección.*

La mujer de la que antes había hablado. Él volvió a sacudir la cabeza, hasta que la oración a Lugos se desvaneció con el viento. Era capaz de reconocer lo que estaba sucediéndole, puesto que parecía imposible cerrar su mente a las palabras de esa mujer y a las que surgían de sí mismo. Pero había pasado por suficientes penurias en su vida como para saber que tales regalos llevaban algún tipo de compensación mutua.

—*¿Qué quieres a cambio?*

—*Algo muy poco importante para ti: tu corazón. En el momento en que seas capaz de entregarlo, serás capaz de tomar el que otra persona te ofrecerá como compensación. Un don por un don...*

¿Solo eso? Era algo sumamente fácil, puesto que hacía tiempo que consideraba que no tenía ninguno que dar a nadie. Estuvo a punto de decírselo a la desconocida; pero, de pronto, el viento se tornó más virulento, hasta el punto de que tuvo que sujetarse al tronco del árbol para no caer derribado. Sin embargo, la figura de la mujer no parecía afectada. Su cabello apenas se movió cuando le dio la espalda para alejarse tan repentinamente como se había acercado a él, con la mano que sostenía al halcón levemente alzada, como si las garras del ave no la afectaran lo más mínimo.

—*¡Espera! ¡Todavía tienes que decirme cómo te harás con mi corazón!*

—*Cuando puedas controlar tu cuerpo, tu mente y tu deseo; lo sabrás, capitán.*

El viento amainó y el cielo volvió a clarear, pero él se sentó de nuevo, extrañamente sereno. Atento al piar agudo del halcón que acompañó la calma, como si fuera una advertencia. O una

despedida.

Ignoraba lo que había ocurrido; pero, cuando miró el espejo, algo se encendió en su mente para despojarla de todo aquello que le decía que lo que acababa de ocurrir era imposible.

Era posible. Tangible. Todavía lo sentía en su piel y en sus entrañas. Experimentaba la misma sensación que abrió de súbito su entendimiento en perjuicio de toda clase de dudas. Porque una risa cristalina se abrió paso en su enmarañada e incrédula mente, acompañada por unos ojos de un verde intenso y un cabello negro ensortijado que le hizo sonreír.



Dos

Condado de trabada, tres días después

Cascabel realizó varios vuelos en círculo, dando a entender que había localizado a su presa.

A continuación, descendió en picado sobre la superficie del remanso lanzando un agudo chillido, cuya advertencia ahuyentó a los patos que nadaban sobre las aguas brillantes por el brillo del sol.

Rosaura se estremeció. Siempre le ocurría cuando le oía piar y veía la precisión y elegancia con la que se abalanzaba. Ya estuviera a pie o a caballo, observaba todo el proceso como hipnotizada por el ave, sonriendo al saber que nunca era necesario usar las presas para alimentar a su halcón. Él siempre encontraba con qué hacerlo, y ella siempre tenía que correr prácticamente hacia él cuando ocurría, para quitarle el botín antes de que se hubiera llenado por completo.

Aquel día no era diferente en eso..., aunque sí en todo lo demás. Mientras Rosaura guiaba a su potro alazán hacia donde había visto caer a Cascabel, el mejor de sus halcones peregrinos, se preguntó si Laín González de Proaza, su futuro y desconocido esposo, sería tan indulgente con ella y sus aficiones como lo había sido su tío hasta el momento presente.

Nunca había recibido una reprimenda por salir de la fortaleza vestida de aquella guisa; con unas calzas, una casaca corta sobre una camisa amplia y un sombrero que ocultara la longitud de sus cabellos negros. Como un muchacho, humilde, además. Tampoco había escuchado ningún «no» cuando, años atrás, había manifestado su interés por el noble arte de la cetrería, y el conde de Trabada le había obsequiado con aquel polluelo, convertido, tras los años transcurridos, en un cazador implacable completamente domesticado. Los contras siempre habían llegado por parte de su tía Jimena, aunque había comprendido su negativa a casarse solo para cumplir con diversos intereses que nada tenían que ver con el amor.

Habían respetado su decisión... «Hasta este momento», se recordó con un repentino nudo en la boca del estómago. Era muy posible que, cuando volviera, la comitiva de su futuro esposo ya hubiera traspasado las murallas de Trabada. Conocería a Laín, de quien se decía que era perfecto. Rubio perfecto, con unos ojos claros perfectos, una sonrisa perfecta, un cuerpo de guerrero perfecto y unos modales perfectos.

En definitiva, un perfecto desconocido que, aconsejado por su padre, don Gonzalo, había aceptado la propuesta de casamiento de su tío Martín, cansado de que, a sus dieciocho

primaveras, Rosaura no tuviera el más mínimo interés de hacerlo con nadie. Ni siquiera con Dios.

Rebelde, inteligente e impulsiva. Así la describían ellos cuando querían sacar a relucir todos sus rasgos, para convertirlos en los peores defectos de una mujer casadera. A continuación, le recordaban su edad avanzada, como si fuera un acompañamiento demasiado pesado para ser soportado por cualquier hombre.

Rosaura sabía que tenían razón. A su edad, la mayoría de las mujeres estaban casadas y con hijos. La mayoría eran sumisas, calladas, obedientes y complacientes con sus esposos. Con sus padres.

Pero ella no tenía padres. Al suyo nunca lo conoció, y agradeció no hacerlo cuando supo una pequeña parte de su naturaleza oscura. Su media tía, doña Munia, permanecía en Laciana, felizmente casada con don Hernán, el Lobo Gris. A ambos los vería en breve, lo que aligeró un poco su tristeza y esa sensación opresiva de encierro que padecía desde que no tuvo más remedio que aceptar su casamiento. Se había aferrado a la idea de que su tío Martín, medio hermano de su padre, siempre había obrado bajo la idea de que solo quería su beneficio, su felicidad.

Pero nada conseguía que se sintiera arraigada a su función como sobrina de un conde tan importante para el reino cristiano. A veces, pensaba que hubiera sido mejor haberse quedado con su madre, una de las siervas del conde cuando este vivía en Castromoros, por mucho que hubiera tenido que sufrir un destierro más que merecido y magnánimo.

Así ella no se habría quedado con Félix. Ni con su fascinación creciente por él.

Pero los deseos no eran un don que Dios concediera a la ligera. En ese momento, en vez de permanecer en la fortaleza a la espera de que Laín apareciera, Rosaura se dedicaba a trotar por ahí, como un animalillo salvaje, llena de polvo del camino y de barro, mientras soñaba despierta con un guerrero de ojos negros y cabellos sedosos como la noche. Un guerrero de piel bronceada y brillante a la luz del sol. Un guerrero enorme cuyo cuerpo, lleno de ondulaciones y músculos trabajados a base de fuerza bruta, la protegería de cualquier desgracia que el destino le tuviera reservado.

Un desconocido que en nada se parecía a Laín, pero al que ella le había puesto un nombre: Félix. El capitán de las huestes de don Martín, del que nada se había sabido durante años, pero que, según pudo escuchar a través de las puertas, había aparecido poco antes del anuncio de su compromiso, para escoltar hasta Trabada al obispo encargado de officiar su casamiento.

El hombre que la había dejado sola hacía cuatro años, después de que ella le diera su primer beso y, con él, parte de su corazón ilusionado.

Entonces era una niña que no tuvo otra opción más que acompañar a los condes a Trabada con el consentimiento expreso del que hasta el momento había sido su padrastro; Félix. Se había convertido en una mujer, y ni uno solo de aquellos días había dejado de soñar con él, con su vuelta. Con ver de nuevo al guerrero que había permanecido en un silencio que la había llenado de angustia, para presentarse precisamente el mismo día que su prometido.

Ni siquiera se inmutó al imaginarse frente a Laín, pero tembló al pensar en cómo recibiría a Félix. Si sería capaz de guardar las formas y desplegar toda aquella buena educación que doña Jimena le había inculcado con tanto esfuerzo y paciencia. Si él estaría por encima de los deseos de su tío y la necesidad política de aunar el condado de Trabada con el señorío de Proaza, situado en el reino astur.

Rosaura emitió un suspiro cuando llegó hasta donde estaba Cascabel y se apeó del caballo para acercarse a la orilla del remanso. Dejó el guantelete y se acuclilló junto al ave, apelando a toda su tranquilidad para no espantarla. Sus garras estaban clavadas en el cuerpo inerte del pato y ya había empezado a desgarrar la carne con el pico. Con un suspiro, miró alrededor. Solo había

vegetación, el sonido apacible del agua del río concentrándose en el remanso... y paz.

Estaba demasiado lejos de la fortaleza como para divisarla siquiera, pero dentro de sus dominios. Allí se sentía dueña de su propia vida. En completa comunión con el paraje que la rodeaba, no una extraña fuera de lugar. Allí podía dar rienda suelta a sus risas y sus lágrimas, sin miedo a ser reprendida por resultar demasiado expresiva para lo que un hombre esperaría de ella.

Doña Jimena opinaba que había sido criada como una pequeña salvaje, caprichosa y cabezota. Y que don Martín tenía la culpa. Era cierto, todo. Pero Rosaura les recordaba con frecuencia que su casamiento se había llevado a cabo por amor. «¿Qué hay de malo en desear eso mismo para mí?», se preguntó con un súbito palpito en el pecho al pensar en su prometido. Había oído historias acerca de cómo muchas doncellas habrían caído a sus pies nada más verlo.

—Y está interesado en ti sin siquiera preguntar las razones por las que todavía no tienes un esposo —le había recordado doña Jimena, con cariño, pero con vehemencia—. Has tenido mucha suerte, Rosaura, así que no lo estropees con tus costumbres extrañas. No te voy a prohibir las visitas a tu abuela Teodomira y esas creencias que intenta inculcarte con mucho éxito, lo reconozco.

—Pero no lo desaprobáis.

—Sabes que no... Siempre que te mantengas sumisa y complaciente con él.

—¿Como vos con el conde?

Jimena sonrió con condescendencia, recordando muy probablemente los desafíos a los que sometió a su esposo en su momento.

—Deberías aprender a controlar tu lengua mientras aprendes a utilizar tu ingenio. Niña, sigue mis consejos y tendrás poder aparentando debilidad. Si don Laín es como se dice, no tardarás en sentirte atraída por él. Si eres correspondida, el resto vendrá solo.

A Rosaura le mortificaban esas incertidumbres porque sabía la respuesta de antemano. No podría enamorarse de nadie cuando en su mente habitaban dos ojos negros profundos y firmes, una voz contundente que la rechazaba en el fragor de la batalla, después de haber correspondido a su beso por un instante.

Un inesperado ruido de chapoteo la distrajo justo cuando iba a sujetar las pihuelas de Cascabel. Se ocultó tras unos juncos, pero el halcón, asustado, voló hasta lo alto de un árbol.

Ella lo localizó con la vista. A continuación, se encogió todavía más en su escondite, llevando la mano al cuchillo escondido dentro de su bota derecha, por si pudiera necesitarlo.

Don Martín siempre la advertía acerca de los peligros de salir sola con el halcón. En ocasiones, incluso había enviado a uno de sus guerreros para vigilarla de cerca. No creía que aquel día hubiera enviado a nadie... «Hasta ahora», sopesó en su mente mientras se quedaba congelada en aquella postura más que incómoda.

Justo al otro lado del remanso, frente a ella, un hombre estaba en cuclillas, inclinado hacia el agua y portando una navaja de grandes dimensiones con la que intentaba arreglarse, con bastante soltura y habilidad, la tupida barba que le cubría gran parte del rostro. Parecía mirar su reflejo con tanta atención que no escuchó aproximarse a otro hombre tras él; alto, moreno y pertrechado como un guerrero, hasta que no le tocó el hombro.

—Debemos irnos. Date prisa.

—Adelantaos, os lo ruego, mi señor. Esto... requiere de tiempo.

El segundo guerrero desapareció, y el primero volvió a su entretenimiento.

Un hombre corriente acicalándose. Nada extraño ni peligroso si tenía en cuenta que se encontraba en la parte del terreno que podían utilizar los campesinos de su tío. Incluso podría salir y continuar como si tal cosa..., pero no. Un segundo vistazo la obligó a permanecer donde

estaba.

Sus ojos se agrandaron por la sorpresa, para después achicarse a causa del reflejo del sol. Contra todo lo que le dictaba el sentido común, se acercó más a la orilla, solo para poder tener un panorama más despejado de lo que estaba viendo.

No. Aquel no era un hombre corriente. Ni un campesino. Aun en aquella postura, supo que su envergadura haría temblar a todo un ejército de infieles. A su lado descansaba una enorme hacha, junto con la parte de la ropa que le faltaba. El complemento adecuado para ese brazo perfecto, compuesto por un conjunto de músculos perfilados que denotaban ausencia absoluta de grasa y que desembocaban en un torso impresionantemente moreno, cincelado por formas armoniosas conseguidas a base de trabajo duro.

Solo un guerrero poseería la musculatura que se dibujaba en cada uno de sus movimientos con un perfecto equilibrio entre fuerza y agilidad. Solo alguien excepcional se desataría el pelo negro y lo sacudiría de aquella manera tan elegantemente fiera, dejando que ella pudiera recrearse mucho más en cada ondulación del pecho que quedó al descubierto cuando él se incorporó, estirando los brazos por encima de su cabeza para desperezarse. Después, mirando en su dirección como si hubiera advertido su presencia, tomó el hacha. Rosaura no se sintió intimidada porque, sencillamente, empezó a pensar que aquel cuerpo masculino, de piernas embutidas en apretadas calzas tan poderosas como sus brazos y caderas estrechas, tampoco pertenecía a un guerrero corriente. Su experiencia, en cuanto a ese tipo de apreciaciones, se limitaba a los hombres que se adiestraban en el patio de armas de su tío, pero le bastó para reconocer que aquel que veía sobresalía.

No pudo evitarlo. Al tiempo que recordaba las enseñanzas de doña Jimena acerca de la manera decorosa de comportarse con un hombre, en aras de no ofender a su futuro esposo para, al mismo tiempo, agradarle; hacía justo lo contrario.

Miraba sin ningún tipo de traba. No era la primera vez que lo hacía, con la intención de terminar con esa odiosa ignorancia en la que la mantenían, pero en ese instante, además, disfrutaba con lo que veía.

—¿Quién no? —se preguntó en voz alta.

Él se quedó inmóvil, ceñudo. Con la nariz ligeramente alzada hacia ella, como si olisqueara el aire.

Rosaura se tapó la boca con los ojos clavados en su rostro. Exudaba poder, virilidad, cruda brutalidad. Hasta ella, que solo sabía lo que ocurría entre un hombre y una mujer por alguna que otra sorpresa entre siervos, pudo apreciar su hermosura: con los mechones cayéndole por los anchos hombros; con su piel morena, brillante bajo la luz del sol; con aquella mirada que oteaba el espacio circundante con la agudeza de un depredador al acecho antes de abalanzarse sobre su presa.

Había algo en él que resultaba aterrador, puro peligro, que la llamó, como todo lo desconocido cuando decidía que merecía la pena conocerlo.

Rebosante de oscuro desafío que parecía medir con asombrosa precisión.

Un halcón extraordinario. Un hombre que, de encontrarse en otra vida, podría merecer la pena.

—Eh, tú, sal de ahí. Eres tan silencioso como una manada de jabalíes, muchacho. —Su tono de voz, adecuadamente bajo para la distancia que los separaba, hizo que Rosaura no moviera un solo músculo. Él se puso su camisa con un resoplido antes de anclarse el hacha a la espalda—. ¡Si eres un espía o un furtivo, a don Martín le interesará tenerte delante!

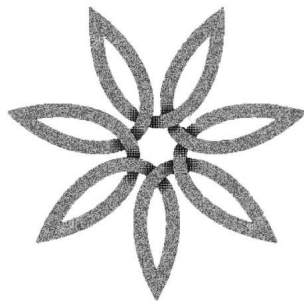
No tuvo que decir más.

Huir. Eso debía hacer. Pero, cuando se puso en pie, el terreno embarrado de la orilla la hizo

resbalar y caer en medio de un estruendoso chapoteo que no dejó lugar a dudas sobre su presencia.

Sus ojos se encontraron. Se estableció una conexión completamente inesperada entre ellos, pero tan tangible que comprendió su mensaje a la perfección. Incluso escuchó aquellas palabras en su cabeza, como si en realidad el desconocido se las estuviera gritando:

—*Voy a por ti.*



Tres

No podía dejarlo escapar.

Montó en su caballo y se lanzó a galope tras el intruso pensando que podría ser un espía de don Alfonso Froilaz, aspirante al trono leonés, dado que se hallaba en Trabada y el conde, don Martín, era claro partidario del otro aspirante, don Alfonso Ordóñez. Este último contaba con la inestimable ayuda del rey navarro, pero debía asegurarse la fidelidad de don Martín; de don Hernán, señor de Laciana e incluso de un señorío astur como Proaza, a través del casamiento entre Laín y Rosaura.

Aunque también podría ser un simple campesino que conocía la zona a la perfección y que era tan ligero sobre su montura como una pluma mientras se dirigía a la fortaleza a galope tendido.

No pensó en lo que allí le aguardaba a él también ni en lo que había pasado para volver a encontrarse con «su Rosa», como solía llamarla. Tampoco pensó en que había sido descubierto mientras intentaba adecentarse en el remanso ni tampoco en Kadyja y lo que significaría una vez se encontrara con una Rosaura mujer, de dieciocho primaveras, si las cuentas no le fallaban.

Solo se centró en el veloz caballo que le llevaba la delantera, en el jinete que lo conducía con valentía y destreza. Contempló la posibilidad de lanzar su cuchillo. Con su puntería, hubiera dado en el blanco sin dudarle, pero luego lo pensó mejor.

Era un muchacho joven, de complexión delgada, que montaba un... ¿alazán?

Sí. Definitivamente, nadie que no fuera un notable poseería un ejemplar semejante, a no ser que lo hubiera robado antes.

Cuando tuvo frente a él la grupa del animal, sonrió con fiereza y clavó los talones en su propio caballo. Tuvo que inclinarse sobre las crines en un par de ocasiones para sortear las ramas que se encontraba a su paso; pero, cuanto más tiempo pasaba sin poder alcanzar su objetivo, más se juró a sí mismo que lo alcanzaría a como diera lugar.

Hasta que, de buenas a primeras, el alazán aminoró la marcha, y él pudo agarrar sus riendas antes de que su jinete pudiera escapar.

—Ya te tengo —murmuró. Antes de que lograra hacerlo desmontar, el muchacho lanzó su pie con extraordinaria puntería. Consiguió darle en la pantorrilla, pero apenas le afectó. Era un guerrero curtido en batallas, en encerronas. Aquella no dejaba de ser una de ellas, por mucho que los resultados fueran penosos para el campesino—. ¿Eso es todo lo que sabes hacer? Me decepcionas.

Se permitió el lujo de bromear cuando consiguió derribarlo. «Vaya, parece más enclenque todavía sobre la hierba», pensó. No necesitaría sus armas.

Se desprendió de ellas mientras él también se apeaba, pero la agilidad del muchacho lo pilló por sorpresa. Se puso en pie antes de que pudiera acercarse e inició una loca carrera a través de la maleza que lo obligó a seguirlo con una ristra de maldiciones dirigidas al condenado chico.

—Ah, no. No te irás tan fácilmente.

No tardó mucho en alcanzarlo, aunque en esa ocasión con mucha menos consideración. Se lanzó sobre él aprovechando que le sacaba un par de cabezas y pesaba posiblemente el doble, extrañado por la blandura de ese cuerpo. Con un gruñido salvaje, se apartó lo justo para poder darle la vuelta y verle al menos la cara, cuando el sombrero del muchacho salió despedido para dejar libre una espléndida melena negra llena de brillantes rizos que lo dejó anonadado.

—Eres... ¡Una mujer!

—Oh, qué listo —susurró ella, antes de clavarle las uñas en la mejilla.

Con un grito de estupor, Félix se miró los dedos, manchados de la sangre de los arañazos. ¡Gotas de sangre conseguidas por una simple chiquilla que le miraba con aires de victoria! Bien, se encargaría de borrarle aquella expresión enseguida. Venció su desconcierto y la inmovilizó con su peso. Ancló sus muñecas a ambos lados de la cabeza con fuerza y un gruñido de impaciencia, dispuesto a seguir con aquella lucha hasta que uno de los dos se rindiera por agotamiento absoluto.

—¿Quién eres? —repitió, forcejeando con ella—. ¿Qué hacías detrás de los juncos?

—¡Mis necesidades!

—¡Ja! Una gata furiosa como tú no se mantiene quieta tanto tiempo, ni siquiera para eso.

—¿Hablas por experiencia propia, mi señor?

Sus pechos se agitaban por el esfuerzo de resistírsele, golpeándole el torso con una insistencia que empezó a resultar molesta para el control de su propia fuerza.

—No sigas, muchacha —rugió, concentrado en reducir la movilidad de sus piernas. De repente, tener aquel cuerpo rozándole constantemente le provocaba cosas que no debería ni siquiera considerar—. El Señor me ha dotado de más fuerza, más tamaño y más resistencia que tú.

—¡Se le olvidó hacerte más listo!

—¿Osas insultarme estando en inferioridad de condiciones?

Félix lanzó otro juramento y aprovechó un instante en el que ella tomaba aliento para verla mejor.

Tenía la cara tiznada de barro. Las guedejas salvajes del pelo le tapaban parte de sus rasgos, pero aun así fue consciente de su belleza. Los labios llenos, sugerentes, que mostraban unos dientes muy afilados, daban fe de ello. Los ojos rasgados, de un verde luminoso que resplandecía por la ira, le decían que nunca se rendiría.

Y seguía retorciéndose como una anguila, tocándole en lugares que llevaban tiempo sin ser tocados por ninguna mujer. Demasiado tiempo, demasiado sensible a ese tipo de tacto.

—¡Estate quieta! —exclamó con un sonido ronco—. ¿No ves que puedo reducirte con una sola mano sin esfuerzo?

—¡A lo mejor sí que tienes que emplear un poco más de lo que crees!

Con un auténtico grito de guerra, hizo chocar la frente con la de él con tanta precisión que se apartó, momentáneamente aturdido por el golpe. Ella aprovechó su debilidad para intentar zafarse de sus manos, pero él fue más rápido y volvió a sujetarle las muñecas.

—¡Todavía no ha nacido la hembra que consiga vencerme con la fuerza!

—¡Pues tendrás que demostrármelo!

Si lo hubiera hecho, no le habría durado más que un suspiro. Ella debía saberlo y, sin embargo, peleaba contra él como el mejor de sus hombres. Con un arrojo y una valentía que rayaba en lo ridículo.

Félix resopló. No estaba dispuesto a manifestarlo, por supuesto. No obstante, de pronto consideró un método de persuasión mucho menos violento, pero más efectivo, sin duda.

Descendió hacia su rostro y la besó.

Fue un choque de fuerza que esperaba ser repelido con el mismo ahínco, pero ella solo emitió un sonido de sorpresa contra sus labios. No intentó liberarse, sino que se sacudió con cuidado. Y provocó algo completamente inesperado.

Cada parte de su cuerpo se inflamó con una súbita y dolorosa intensidad cuando empezó a mover su boca contra la de ella sin siquiera habérselo propuesto. Su presa se debatió un poco más, pero luego dejó de luchar. Se relajó. Permaneció... dócil. Aquello debería haber bastado para apartarlo, pero solo lo hizo un instante, sorprendido por el inesperado ataque de lujuria que lo atravesó como si fuera una saeta.

Buen Dios, era preciosa, suave al tacto, ardiente. Y temblaba de miedo.

—¿Vas a matarme? —susurró.

—Todavía no, muchacha. A no ser que me des un motivo.

—Entonces, ¿vas a... forzarme?

—¡Por supuesto que no! ¿No sabes que jamás haría algo así?

—Solo sé que me has besado.

—Las finalidades de un beso pueden ser tan variadas que me llevaría demasiado tiempo explicártelas. Ahora...

Ahogó un gemido.

En ese instante, tenía su olor en la nariz: una mezcla de miedo, mujer y furia. Suficiente para endurecerse como una roca.

Buscó su sumisión de nuevo y unió sus labios, dejándole las manos libres. No intentó introducirse en su boca, pero los mordisqueó hasta que los notó blandos, maleables contra los suyos. Y se dio cuenta del momento en que el condenado beso pasó de ser una manera de controlarla a un deseo salvaje de calmar el apetito que ella había despertado.

Después de Kadyja, ninguna mujer había logrado lo que aquella campesina con un simple refregón. Hacía tiempo que no se consideraba digno de ninguna mujer; por eso no compartía el lecho voluntariamente con ninguna, aunque con aquella podría dejar de sentir remordimientos.

Solo una vez. Solo una.

De repente, todo él necesitaba bajarse las calzas, arrancarle las suyas y colarse dentro de ella. A juzgar por cómo respondía a un simple movimiento de labios sin más profundidad, la joven no parecía estar en desacuerdo para nada. Sería tan fácil...

Irguió la parte superior de su cuerpo sin dejar de mirarla cuando presionó su excitación contra aquella cadera tan suave, pero, antes de que pudiera comprender lo que había ocurrido, tenía el filo de un cuchillo en su entrepierna y escuchaba los resoplidos furiosos cerca de su oído.

—Si te mueves, te los cortaré.

Le dolía la cabeza por el golpe, la cara por los arañazos, el hombro por el mordisco y la ingle por su absoluta falta de control, pero no pudo evitar sonreír, completamente maravillado por el arrojo y la inteligencia de la muchacha.

—Si no quieres que me mueva, no lo haré —respondió, manteniendo su erección contra ella—. Yo estoy muy bien así.

—Apártate de mí. Ahora.

Lo hizo muy lentamente, hasta que ella también estuvo en pie, alta y delgada. Cimbreada, como los juncos tras los que se había ocultado.

Peligrosamente furiosa.

—Buen truco —alabó, casi divertido, al comprender que ella realmente pensaba que había ganado.

—No mejor que el tuyo al intentar reducirme de esa manera tan... rastrera —respondió, torciendo la boca en una mueca de desagrado que, por razones desconocidas, le ofendió—. Mi padrastro me enseñó a defenderme cuando era una niña.

—Si logras librarte del castigo de don Martín cuando te lleve ante él, recuérdame que le felicite.

—¿Quieres llevarme ante don Martín? ¡Adelante! —siseó a medio suspiro de su boca—. Cuando mi tío sepa lo que has hecho, será él quien te los corte.

—¿Tu tío? ¿Es don Martín? —Ella asintió satisfecha a ambas preguntas.

Él espantó la neblina que el deseo había tejido alrededor de su cabeza y la observó mejor. No conocía aquellas curvas suaves que se amoldaban a las calzas; pero el pelo rebelde, el aspecto cremoso de aquella piel y, sobre todo, el verdor intenso de los ojos que volvían a retarlo con el mismo descaro...

—¡Rosaura! —exclamó, incrédulo, dando un paso atrás—. ¡Soy yo, Félix!

Se había quedado frío como un témpano de hielo. Con las manos agarrotadas y la boca abierta. Había estado a punto de romper otra de sus sagradas reglas... ¡Nada menos que con Rosaura! Los fuegos del infierno serían poco castigo para él.

—¡Félix!

Ella dejó caer el cuchillo mientras soltaba una exclamación de absoluta sorpresa, pero sin arrepentimiento, aunque él hubiera deseado arrancarse la boca de un tirón. «¡Qué demonios...!». Debería estar arrepentida de vestir como vestía, de hablar como hablaba, de oler como olía... Pero ¡le miraba casi con diversión! Dispuesta a abrazarlo, llena de entusiasmo al encontrarse con él, como si la confusión anterior no hubiera tenido lugar. Y Félix estaba demasiado excitado, demasiado avergonzado por ello, demasiado desconcertado como para tomárselo como una muestra de cariño inofensiva.

—Sí, soy yo —repitió, deteniéndola con un solo movimiento de su mano—. Y tú eres una desvergonzada. ¡Vas vestida como un hombre! Corres como una salvaje... ¡Me has besado!

—No. Solo fingí corresponder para sorprenderte. Fuiste tú quien me besó.

—¿Porque no sabía quién eras!

—¿Tampoco lo sabía yo!

—¿Eso no es excusa!

—Ah, ¿no? Si te sirve a ti, ¿por qué no va a servirme a mí?

—Porque tú eres una mujer —explicó con toda la paciencia que pudo atesorar. Realmente, iba a ser difícil hacerla callar—. Porque eres la sobrina del conde, ¡y porque vas a casarte! ¿Nadie se ha tomado la molestia de explicártelo?

—Todo el mundo. Pero nadie ha tenido en cuenta mi opinión. No lo quiero. ¡No lo conozco! ¡No puedo casarme con él!

Félix apretó los dientes y tragó saliva. No era esa la bienvenida que había imaginado. En su cabeza, los dos estaban contentos, como padrastro e hijastra, preguntándose qué había ocurrido con sus vidas durante todo ese tiempo. En su cabeza, él permanecía en la sombra como el insignificante capitán que era, escuchándola mientras ocultaba su parte de la historia.

Sus barreras siempre se habían derrumbado con facilidad ante los llores de Rosaura, pero esa

vez no. Se convenció de que tenía delante a toda una mujer, no a una niña desvalida. Dejó salir el aire de sus pulmones y permaneció firme, casi amenazador. Sepultando la desazón que le producirían las palabras que iba a pronunciar a continuación a través de una pequeña muestra del sentimiento que siempre lo había embargado hacia aquella hermosura que lo había embrujado.

Se dijo que solo eso lo llevaba a acercarse a ella para apartarle los rizos rebeldes de la cara en un gesto lento que desembocó en un roce de sus labios contra los de ella a modo de despedida.

Había disfrutado de las delicias de aquella boca para no volver a probarla nunca más.

—Lo harás, muchacha —dictaminó a continuación, en vista de que ella permaneció inmóvil, más perpleja que él por su última reacción—. Te llevaré conmigo a la fortaleza, te comportarás como se espera de ti y te casarás.

—¿Y si no? ¿Me llevarás a rastras?

—Tengo una lista interminable de métodos de persuasión —amenazó, levantando un dedo—. ¡Ya veo que nunca te han dado una buena zorra para enseñarte modales!

—¿Jamás se me ocurriría pedir clemencia en ese caso!

—Eso es porque no te han zurrado adecuadamente. —Objetivo cumplido. Lo miraba tan perpleja que no le costó tomarla del brazo y arrastrarla con él. Urgía devolvérsela al conde para, al menos, poder arrepentirse del terrible error cometido en solitario—. ¡Andando!



Cuatro

Félix se colocó el guantelete, silbó y extendió el brazo, esperando.

Cascabel no tardó en acudir a la llamada, como si él, y no ella, fuera su dueño.

Rosaura contempló la escena con absoluta fascinación. Tanta que casi pudo superar su vergüenza al haberse comportado con Félix como una cualquiera.

Pero es que iba vestida como un campesino y había sido descubierta de la manera más estúpida. Sus ropas estaban empapadas por haber caído al río, y era mucho más sensible al calor corporal que él transmitió cuando se pegó a ella de aquella forma. Además, la había besado solo para intentar dominarla y el miedo la había llevado a aquella situación tan rocambolesca.

Por si eso fuera poco, había pensado que él era «el guerrero». El hombre que Teodomira había visto para ella en unas predicciones que, por cierto, no se cumplirían si se casaba con Láin. Y todo parecía indicar que así sería.

Se concentró en la seguridad con la que Félix sujetaba el halcón por las pihuelas, antes de montar en su caballo por el lado izquierdo, para mantener la postura en aras de la tranquilidad del animal. «Como si estuviera sosteniendo una copa de vino», se recordó Rosaura.

Apretó los labios y subió sobre su alazán, malhumorada.

—Conoces el manejo de un halcón —se atrevió a decir al cabo de un rato de tenso silencio—. ¿Dónde lo has aprendido?

—En lugares nada convenientes para una doncella como tú.

Félix mantenía la calma, mientras ella sucumbía a sus propios nervios conforme se acercaban a la fortaleza. Poco a poco, su enfado se convirtió en curiosidad. En realidad, hubiera querido darle la bienvenida que llevaba años preparando. No hubiera estado mal preguntarle dónde había pasado todo ese tiempo; por qué aparecía precisamente unos días antes de su casamiento, cuando ella no había sabido nada de su paradero. Pero un simple vistazo a su perfil afilado y tan oscuro como su semblante le hizo cambiar de idea.

—Está bien —afirmó, encogiéndose de hombros con aparente indiferencia—. No me hables si no quieres. No me afecta. Ya no soy la niña que dejaste en Laciana sin que te importara mi suerte.

Félix detuvo su montura con delicadeza para evitar que Cascabel se espantara, pero con tanta contundencia que ella, que iba tras él, tuvo que tirar de las riendas de su alazán para evitar chocar con su grupa. A continuación, le dirigió una mirada tan furibunda que la hizo encogerse.

—Si te hablo, corro el riesgo de decir cosas de las que me arrepentiré. Me alegra que no te afecte, porque así podrás pensar con mucha más calma en tu comportamiento. Me he dado perfecta cuenta de que no eres una niña, pierde cuidado; no tendrás que volver a recordármelo. Y, por supuesto, siempre me importó tu suerte. Precisamente por eso, siendo tu «padrastro» —recalcó con toda la intención—, decidí en su momento aceptar el ofrecimiento de tu tío para educarte

como una parte de tu ascendencia requería. Pero no te preocupes, muchacha. Sabré esperar a que me des las gracias como tu cuna y mi posición merecen.

Dicho lo cual, se giró e hincó los talones en los flancos de su montura sin pararse a mirar si ella le seguía o no. De hecho, tuvo que tomar aire varias veces para hacerlo, mientras intentaba asimilar el contenido de todo lo que acababa de soltarle de una sola vez.

Tenía razón, aunque solo en parte. No veía qué había que agradecer en el casamiento con un desconocido al que no le unía sentimiento alguno, por muy rico que fuera.

Ni siquiera cuando atravesaron las puertas y llegaron al patio de armas, donde una pequeña comitiva les esperaba, Rosaura encontró motivo para ese agradecimiento. Ante ella, un grupo bastante numeroso de soldados portaban estandartes desconocidos que, supuso, pertenecerían a Proaza, mientras se apartaban de dos hombres que fueron recibidos por sus tíos con toda la formalidad requerida por su rango.

El mayor se agarró a los antebrazos del conde como saludo, mientras el más joven permanecía un paso por detrás, a la espera de su turno.

Cuando se quitó el yelmo, Rosaura supo quién era sin necesidad de presentaciones.

Ciertamente, tenía un rostro hermoso, casi perfecto, si no fuera por una pequeña cicatriz sobre su ceja derecha. Su cabello rubio le llegaba a los hombros y sus facciones eran proporcionadas. Nada resaltaba por encima de lo demás a través de la barba bien cuidada... a excepción de los ojos. Eran de un azul tan claro que casi parecían transparentes. Y portadores de un frío inquietante que la alcanzó en cuanto se fijaron en ella.

Tenía delante a su futuro esposo, Laín, pero su gesto de desprecio y desagrado fue tan contundente que le provocó un escalofrío, hasta que se dio cuenta del motivo.

Su atuendo. Su cabello suelto. Su rostro sucio. Sus calzas raídas.

Félix siguió el curso de aquella mirada y emitió un gruñido sordo al tiempo que descendía de su montura para cedérsela a uno de los siervos.

Estaba demasiado pálido, como si hubiera visto un fantasma, cuando se acercó a Martín y le hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo, apropiada a su condición.

—Sé bienvenido a Trabada, capitán. —La emoción del conde era palpable; pero, siendo quien era y estando acompañado de quien estaba, no podía expresar de otra manera su alegría—. Ha pasado demasiado tiempo, aunque todo lo doy por válido al traerme no solo al obispo Hermoigio, sino a Nuño, el hermano de mi querida esposa.

—Mí señor, la guerra me ha mantenido alejado de vuestro servicio de un modo que nunca hubiera querido ni imaginado. Al fin he podido volver a serviros; me he encontrado con la niña Rosaura por el camino y he decidido escoltarla —añadió, señalándola—. Tuvo un percance junto a un remanso. Por fortuna, está sana y salva, aunque su aspecto sea un desastre.

—De eso me encargaré yo. —Jimena dio un paso al frente con la crítica pintada en su severo semblante—. Rosaura, permite que te presente a tu futuro esposo, don Laín González de Proaza y, a su padre, don Gonzalo.

—Espero que mi opinión al respecto mejore al mismo tiempo que tu aspecto, mi señora. Tu belleza resalta por encima de toda esta... mugre.

Laín inclinó levemente la cabeza, pero no osó tocarla, al igual que su padre. Ambos la observaban como si el halcón fuera ella, y no el animal que Félix todavía sostenía sobre el guantelete y que se llevó, ignorando deliberadamente su silenciosa mirada de socorro.

—Te odio... —siseó, segura de que él no la oía.

De acuerdo, seguía molesto por lo ocurrido en el remanso, pero ¡eso no era excusa para que la dejase nuevamente abandonada, a merced de aquel joven que, a pesar de su actitud respetuosa,

conseguía hacerla estremecer!

Rosaura se tragó parte del orgullo y adoptó su aire más humilde.

—Puedo asegurarte que sí, mi señor —dijo con la cabeza baja y la voz más baja aún.

—Vaya, al parecer la muchacha no carece de buenos modales. El resto de sus aficiones serán fáciles de atajar con mano dura. —Era don Gonzalo quien hablaba. Con su cabello cano y aquel color de ojos, parecía la versión envejecida de Laín—. Doña Jimena, he de decir que, a pesar de sus ropas tan poco apropiadas, habéis hecho un buen trabajo con ella.

—Las ropas de una doncella no deberían ser indicativo de su carácter —respondió la condesa.

—Pero sí de su alcurnia. —Con el rostro sumamente serio, ligeramente inclinado hacia Rosaura, Laín añadió—: Don Martín, me gustaría poder disfrutar de vuestra hospitalidad al mismo tiempo que de las habilidades de vuestra sobrina. Acabo de conocerla y no en las mejores circunstancias, por cierto. Sería bueno que me mostrara sus conocimientos como castellana, puesto que será cuestión de tiempo que yo herede el señorío de Proaza y, con él, su fortaleza. Necesito un baño para limpiarme el polvo del camino y espantar el cansancio. Una oportunidad inmejorable para que doña Rosaura me demuestre que realmente vale mi interés en ella.

Rosaura palideció. Una castellana que se preciara de serlo, atendía personalmente a los invitados en todo lo que estos demandaran. Baños incluidos. Su tía Jimena podía desempeñar tal función, pero Laín había pedido que ella la sustituyera.

El pánico ante la idea de verse repentinamente sola con él la llevó a demandar auxilio de cualquiera de sus dos tíos. Vio cómo Martín fruncía las cejas, buscando muy probablemente una alternativa a la repentina petición de su prometido, pero el semblante de Jimena le dijo, a las claras, que no podría escapar si no quería ser repudiada antes de estar casada, lo cual acarrearía nefastas consecuencias. No solo a ella, sino también a su familia.

—Don Laín, agradecería que aguardase al menos hasta que ayude a mi sobrina con su propio aseo —fue lo único que pudo esgrimir Jimena en su defensa, antes de acompañarla a sus aposentos.

Demasiado poco tiempo después, Rosaura se encontraba frente a las habitaciones de Laín vestida con una túnica verde a juego con sus ojos, de anchas mangas y corpiño ajustado que se adaptaba a su generoso busto. Su cabello largo y ensortijado aparecía recatadamente recogido en una trenza y un cinturón dorado adornaba sus caderas.

Llamó y aguardó la orden de Laín para entrar.

—Buen día, mi señor —saludó, al tiempo que exploraba con disimulo el escrupuloso orden que reinaba a su alrededor.

—Buen día, doña Rosaura. —Él le dedicó una mirada apreciativa—. Vaya, a fe mía que el agua obra milagros. Desde luego, pareces otra. Ahora sí eres la mujer con la que cualquier hombre querría casarse. Y ese hombre seré yo. Pero antes... necesito ayuda con la cota de malla. Si no, el agua se enfriará.

Los siervos acababan de llenar la tina. De ella salía tanto humo que Rosaura no tenía ni que acercarse para saber que podría escaldar a un pollo. ¿Y él temía que se enfriara demasiado aprisa?

No tuvo más que mirar la expresión del hombre para responderse a sí misma. Cada uno de sus rasgos reflejaba arrogancia. Era el único hijo legítimo de don Gonzalo. Se sabía atractivo, poderoso, con un efecto devastador entre las mujeres que no se preocupaba en ocultar.

Tomó todo el aire que le cabía en los pulmones y se acercó a él con desenvoltura.

—Para eso está la servidumbre. Seguro que cualquier muchacha te atendería gustosa; incluida esta que espera —sugirió, señalando a la sierva que aguardaba órdenes apostada en un rincón y que desapareció a una orden del notable.

—¿Ves? Ahora ya no queda nadie más que tú.

A la boca de Rosaura acudieron cientos de palabras dedicadas a hacerle entender lo poco que le importaba, pero no pronunció ninguna. Le temblaban las manos cuando comenzó a ayudarlo a librarse de tan incómodo atuendo en completo silencio, hasta que solo quedó su camisa y sus calzas.

Realmente Laín tenía un cuerpo magnífico que se adivinaba duro y firme bajo la poca ropa que lo cubría. De piernas largas y fornidas, como las de un guerrero que se preciara de serlo, caderas estrechas y un bulto considerable llenando el espacio entre sus muslos.

Pero no era Félix. Su Félix.

Rosaura sintió cómo los músculos se le fundían bajo la piel al recordar el efecto de la voz profunda del capitán. Era la voz de un hombre que ejercía gran control sobre sí mismo. Una férrea autodisciplina que se había esfumado en el momento en que la había besado. Era esa pasión la que persistía en su boca, no el espectáculo perfecto y distante que su prometido le ofrecía.

Ella torció los labios al apreciar el orgullo de macho con el que se exhibía Laín.

—El agua espera, mi señor —aventuró, dándose la vuelta para escapar lo antes posible de allí.

Sintió los dedos cerrarse en torno a su muñeca para detenerla como si fuera una garra de hierro que la mantenía prisionera. No intentó librarse, pero se volvió con temor a encontrárselo desnudo.

Lo estaba. Y el temor se tornó pánico al sentir sobre ella el peso de aquella mirada fría, calibrando cada parte de su cuerpo sin que disminuyera su agarre. El dolor en su muñeca se acrecentó, al mismo tiempo que todos sus instintos la alertaron contra el hombre que tenía delante.

—Mira cuanto quieras, mujer —dijo con una voz escalofriantemente queda—. Sé que te gusta lo que aprecias. Mejor. Así podrás disfrutarlo. Como haré yo.

No. Hasta las fibras más íntimas de su ser rechazaban la apariencia bella de Laín, pero no pudo hacérselo saber. Sin previo aviso, menteniéndola sujeta, él clavó los dedos de su mano libre en sus mejillas hasta obligarla a abrir la boca. No podía creerlo, pero parecía examinar su dentadura antes de apartar la cabeza para hacer lo mismo con el resto de su cuerpo.

—A mí también me gusta probar lo que he comprado antes, aunque en este caso tendré que esperar, qué se le va a hacer —apreció con un encogimiento de hombros que le provocó escalofríos—. A primera vista pareces buena yegua, ideal para tu cometido. Tienes buenos dientes y pelo lustroso. Aparentemente, gozas de buena salud —añadió, antes de abarcar uno de sus senos con la mano y estrujarlo sin compasión. Rosaura intentó zafarse, pero él no se lo permitió—. Tus pechos serán capaces de amamantar y tus caderas de albergar a mis vástagos después de aceptar una buena monta. Ahora, solo falta comprobar si tus dotes como castellana eficaz y sumisa son las que parecen.

Todo pensamiento coherente huyó de ella. Se hallaba ante el mal reencarnado en un bello hombre, y estaba paralizada con un hilillo de sudor recorriéndole la columna vertebral, las palmas de las manos húmedas y el corazón aporreándole el pecho.

En cuanto la soltó para meterse en la tina, se frotó la muñeca dolorida, completamente anonadada.

—No pienso...

Él no le permitió seguir. Desde la tina, volvió a apresarla con fuerza sin importarle que ella ahogara un quejido de dolor, hasta lograr que posara la mano sobre su pecho.

—Hazlo —ordenó.

Ella contuvo el aliento, calibrando sus posibilidades. En el mejor de los casos, no aceptaría una negativa, así que le convenía terminar cuanto antes.

Tomó el lienzo, el jabón, y lo restregó con prisa, controlando el temblor de miedo que aún la sacudía.

—Estás tan reluciente que podrías resplandecer, mi señor —ironizó cuando terminó, procurando no mirar cuando él se puso en pie con una sonrisa pretenciosa—. Mi cometido ha terminado.

—Aún no, Rosaura. Deberías ayudar a secarme.

Salió de la tina y la alcanzó antes de que ella pudiera siquiera girarse. Volvió, por tercera vez, a inmovilizarla por la muñeca, pero en esa ocasión sus rasgos se habían endurecido tanto que parecían sin emoción alguna. Como sus ojos, que la perforaron con una mirada implacable.

No era fácil acobardarla. Tenía un arrojito digno del mejor de los guerreros de su tío, pero aquella mirada logró encogerla hasta ponerla al borde de las lágrimas.

Laín curvó los labios en una sonrisa cruel y se cruzó de brazos, consciente de su desnudez.

—Eres una hembra de mi agrado. Aunque destilas rebeldía, terminarás por plegarte a mis deseos. —A continuación, se inclinó sobre su oído y deslizó una de sus manos por la cintura femenina. Con un brusco movimiento, la pegó a él. Rosaura escuchó una risilla desdeñosa que le erizó todo el vello del cuerpo—. Me excita tu actitud. Tus gestos de dolor contenido. Lástima que tenga que interrumpir mi disfrute. Parece que los nuevos huéspedes han llegado, pero te veré en la comida de la noche.

Rosaura se hallaba tan aterrada que le costó escuchar la algarabía del patio de armas. Sin embargo, en cuanto Laín se apartó, vio una vía de escape que no pensaba desaprovechar.

Corrió todo lo rápido que sus piernas le permitieron escaleras abajo con una sola idea en la cabeza: convencer a sus tíos para que anularan el casamiento. Acudiría al obispo, incluso a Félix para ponerlo de su parte, si con eso conseguía alejarse para siempre de aquel hombre que solo le transmitía terror mezclado con un poder que emplearía con ella sin dudar.

Tenía las mejillas empapadas por las lágrimas cuando, parada en la entrada al gran salón, vio a sus tíos junto a Hernán Téllez de Medina; su esposa, Munia; el obispo Hermoigio, y una pareja absolutamente desconocida para ella.

Hernán seguía siendo imponente con aquella barba corta y rubia, del mismo color que su melena y aquellos ojos grises que le habían valido parte de su apodo. Junto a él, Munia parecía su antítesis. Alta, con la piel tan clara que parecía translúcida, los labios rojos y unos ojos tan negros como su larguísima melena.

—Nuño... —murmuró Hernán, en mitad de un silencio tan espeso que podía cortarse con un cuchillo—. Por los cuernos de Satán, Nuño..., ¡eres tú! Al fin te encuentro... Si supieras el tiempo que he pasado pensando que habías muerto...

Era palpable la emoción que hacía temblar la voz del señor de Laciana, pero no se molestó en ocultarla. Tampoco tuvo reparos en envolverlo en un abrazo digno de su envergadura, pero entonces, ante el desconcierto general, el aludido negó con la cabeza y retrocedió.

—No, mi señor. Llevo escuchando ese nombre desde que Félix se empeñó en que le acompañara a este lugar. La condesa me llama del mismo modo, pero mi nombre es Fortún. Soy campesino perteneciente al feudo del obispo Hermoigio, y esta es mi esposa, Alana.

—¿Tu... esposa?

Rosaura siguió el movimiento de los ojos de Hernán hasta posarse en una de las mujeres más bellas que había visto en su vida. Su melena rojiza era capaz de iluminar por sí misma el salón donde se encontraban, y sus ojos claros demostraban tanta osadía al sostener la mirada del guerrero, como tristeza al recibirla.

—¿Tienes sangre noble, mujer? —tronó Hernán, cuadrando los hombros en medio de un suspiro audible incluso para ella.

—No, mi señor. Pero, hasta donde se puede probar, mi esposo tampoco la tiene.

—Don Hernán, él es un buen trabajador que nunca ha dado problemas —intervino el obispo—. Llegó un día proveniente de la batalla, sin recordar absolutamente nada, salvo que quería quedarse con Alana en Tuy, bajo mi protección.

—Ahora ya no la necesita, eminencia. Tiene a su familia aquí mismo.

Incluso para alguien tan impulsiva como Rosaura, resultó evidente que aquel era el peor momento para interrumpir aquella reunión, así que permaneció medio oculta tras la gruesa hoja de la puerta entreabierta, observando cómo los ojos oscuros del tal Nuño se abrían de par en par, como si reconociera la grave cadencia de la voz de don Hernán, para después seguir sacudiendo su pelo negro en señal de absoluta negación.

—No os recuerdo —afirmó al cabo de un rato—. A ninguno.

—Hernán, parece aquejarle el mismo mal que a mí —intervino Jimena—. Ha perdido la memoria.

Había tanta tristeza en sus palabras que incluso la muchacha pelirroja se estremeció al lado de su esposo cuando Hernán se dirigió a ella con su habitual porte implacable y su gesto amenazador.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Alana, mi señor.

—Pues, bien, Alana, este es mi hermano pequeño, Nuño. Como ya sabrás, soy el señor de Laciana, cuñado del conde de Trabada, aquí presente —aclaró, señalando a Martín—. Tu supuesto esposo...

—No es supuesto, mi señor. Es bien real.

—Mujer, ¿acaso no te han enseñado a no interrumpir a un hombre cuando este está hablando? —Rosaura sonrió ante la expresión decidida de Alana, pese a que se mantuvo en silencio—. Te casaste con Fortún, si no he entendido mal. Pero este de aquí es Nuño Téllez de Medina, con una sangre bastante más noble que la tuya, aunque ahora mismo se niegue a reconocerlo. Ilustrísima, corregidme si me equivoco. ¿Podría anularse un casamiento con alguien que dice ser quien no es?

—No, si el hombre en cuestión no quiere que se anule ni desea repudiar a su esposa —le desafió Nuño con una voz tan baja que nadie fue capaz de rebatirle—. Y este es el caso. Es posible que yo me llame Nuño, que sea tu hermano y el de la condesa. Que Félix realmente haya sido mi instructor y por eso me conoce tanto..., pero amo a Alana.

—¿Sí? ¿Y qué pasó con Inés? Estabas tan enamorado de ella que te marchaste pensando que le dejabas el camino libre a Rodrigo. ¿Tampoco te acuerdas de él? —Nuño negó muy despacio, como si se arrepintiera de hacerlo—. Ellos se han casado y han tomado posesión del señorío de Ventosa. Nuño, no puedes permanecer casado con Alana por cuestiones políticas —añadió con una voz mucho más calmada—. Debemos sellar alianzas que afiancen en el trono a Alfonso Ordóñez. Es el más fuerte de los dos Alfonsos. El único que puede ofrecernos garantías de victoria. Cuanto antes se erija como rey, antes podremos aunar fuerzas contra Abderramán.

—No soy el peón de nadie, mi señor.

El gesto de Hernán volvió a endurecerse cuando se dirigió al obispo Hermoigio.

—Ilustrísima, no me habéis respondido —insistió—. ¿Podéis anular este casamiento?

—Para que el casamiento fuera válido debería celebrarse otra vez con su verdadero nombre. Y, como él parece ser don Nuño, este segundo casamiento debería llevarse a cabo bajo vuestra complacencia, Don Hernán, puesto que sois su señor.

—Cosa que no tienes, hermano. —Hernán cabeceó con tristeza al ver cómo Alana, con un sollozo ahogado, abandonaba la estancia sin siquiera pedir permiso para ello.

Desde su escondrijo, Rosaura la vio salir como alma que lleva el diablo. La pena que embargaba a la joven era tan honda y se identificaba tanto con ella que decidió seguir sus pasos. No pasaría nada si dejaba los saludos para más tarde. Su tío estaría demasiado ocupado como para afearle su conducta.

No dudó en correr tras ella. El patio de armas se encontraba tan repleto de guerreros de Trabada, de Proaza y de Laciana, que casi tuvo que sortearlos para seguir a Alana hasta la puerta trasera de la muralla que franqueó sin dudar.

—¡Espera, por favor! ¡No corras o te perderás! —La joven se detuvo extrañada de que alguien la siguiera—. Buen día, doña Alana —saludó—. Soy Rosaura, la sobrina del conde de Trabada.

—Oh, buen Dios, es todo un honor para mí. —Alana se inclinó ante ella—. ¿Me conocéis?

—Digamos que acabo de escuchar algo inapropiado, pero que no he podido evitar. Por favor, levántate y olvida ese trato tan formal hacia mí. Aparentas mi edad.

—Diecinueve otoños, mi señora.

—Apenas un año más que yo. Y estás casada, mientras que yo aún disfruto de mi libertad.

No esperaba que entendiera que alguien como ella se planteara otra cosa diferente de su casamiento con Laín y su futuro lleno de hijos, proporcionando a su tío al mismo tiempo una salida cómoda a la delicada situación en la que la guerra civil le había puesto. Aquellas ideas eran una aberración inconcebible para toda mujer que se preciara de serlo, fuera de la condición que fuese. Pero sí quería hacerla sentirse afín a ella.

—Vuestro prometido acaba de llegar, según tengo entendido —repuso Alana, cada vez más tranquila—. No deberíais abandonar la fortaleza sin escolta.

—Tampoco tú. He visto a tu esposo muy angustiado cuando te has ido. —Rosaura no pudo evitar un mohín de tristeza. Siempre se sentía demasiado identificada, en palabras de su tía Jimena, con las desgracias ajenas—. Según he podido ver, tu casamiento corre peligro y por eso eres desgraciada. El mío, en cambio, se producirá para el mismo fin. Ambas estamos en idéntica situación, ¿no crees?

—Pero, mi señora...

De pronto, una ráfaga de aire llevó hasta ella un olor conocido. Rosaura miró más allá del hombro de Alana. Desde allí podía vislumbrarse el humo saliendo de la chimenea. Su olor le llegó a la nariz y ella lo recibió con alegría, al mismo tiempo que todo el cúmulo de sensaciones que viajaban con él.

—Vamos. Sé de alguien que podrá ayudarnos.



Cinco

«No romper un juramento.
No tomar a una mujer por la fuerza.
Evitar cualquier intimidad física con una mujer.
No mentir.
Proteger a los débiles.
No matar a inocentes.
Preservar la integridad y el honor conseguidos».

Félix recitó de memoria todas las reglas que habían regido su vida en los últimos tiempos y acarició el plumaje de Cascabel con el ceño fruncido.

Si no supiera que la mera idea era inverosímil, como poco, hubiera jurado que el ave que ocupaba aquella halconera tan cómoda era la misma que había acompañado a la extraña mujer que le había entregado el espejo.

Pero no. El recinto pertenecía a Rosaura.

Su Rosa, que estaba a punto de ser entregada en sacrificio al hijo de aquel traidor.

Porque si los padecimientos que todavía llevaba grabados en la carne le habían enseñado algo era a reconocer ante sí mismo cualquier premisa antes que ante los demás. Y Gonzalo de Proaza era un traidor. Estaba seguro de que utilizaría el enlace para hacerse con el poder del conde de Trabada en favor de Alfonso Froilaz.

Si conseguía llevar al conde a su terreno, la guerra civil en la que estaban inmersos se recrudecería.

Félix apretó los dientes y acarició la pihuela del halcón, buscando serenidad. El peligro de todo aquello era bien real, pero mucho menos grave para él que el hecho de ver a Rosaura sometida a Laín. Un simple vistazo le había bastado para evaluar la situación sin miedo a equivocarse. Aquel joven seguía los pasos de su padre ciegamente, sin titubear. En todos los sentidos. Rendiría su voluntad a base de mano dura. Haría de aquellos ojos chispeantes una sombra oscura y sin vida. Sobaría los pechos que un momento antes se habían apretado contra el suyo con esa deliciosa insistencia que le llevaba a pensar en otro tipo de delicias, prohibidas para él de motu propio. Se aburriría del cuerpo exuberante en cuanto lo tuviera a su disposición noche tras noche, día tras día.

Apretó los dientes. ¿Por qué sentía que alguien le abría el pecho en canal al pensarlo? La

relación de Laín con Rosaura no debería alterarlo, pero lo hacía de una manera que no podía controlar.

Después de su encontronazo con ella, tenía claras varias cosas. Entre ellas, que sus tíos la habían consentido hasta el punto de dejar que se saliera con la suya en cada cosa que se proponía.

Pero su beso todavía le cosquilleaba en los labios, en la boca y en el resto del cuerpo, como si tuviera poder para volatilizar todas sus reglas en un momento.

«Un halconero debe ser un hombre de paciencia infinita, oído agudo y visión única. De espíritu atrevido y tierna y poderosa mano. Todo armonizado con su canto, porque los halcones son criaturas sensibles y excitables, como las mujeres».

En su día, Kadyja le había obligado a recitar aquellas palabras como si fueran su única religión.

Maldita fuera ella y su legado.

Félix sacudió la cabeza y sustituyó su imagen por la de Rosaura. Indómita. Furiosa. Demostrándole que realmente no había olvidado ni una sola de sus enseñanzas acerca de la defensa cuerpo a cuerpo.

Tan hermosa que había estado a punto de superar todas sus ataduras morales por ella sin conocerla.

Afortunadamente, la cordura había regresado a él a tiempo de no destrozarla y destrozarse.

Salió de la halconera con paso firme, pero se detuvo en el patio de armas cuando vio que se encontraba atestado. Martín, sentado junto a Jimena, se disponía a despachar los asuntos del día, flanqueado por don Hernán, doña Munia, don Nuño, el obispo Hermoigio y don Gonzalo con Laín.

Una furia casi animal tomó posesión de él cuando clavó sus ojos negros en ellos. Instintivamente, llevó su mano al colgante que llevaba al cuello para evitar llevarla a la empuñadura de su hacha y lanzarla contra cualquiera de los dos, y jugueteó con el sello de oro que le quemaba en el pecho, mientras escuchaba al conde.

—Don Laín González de Proaza se convertirá mañana en el esposo de nuestra querida sobrina, doña Rosaura Odóñez de Trabada —anunció, ante un murmullo de admiración general—. Y ahora, sin más dilación, procedamos con el tema que nos ocupa.

Dos hombres se posicionaron ante el conde. Uno de ellos empezó a hablar:

—Mi señor, esta misma mañana quise alimentar a mi familia con el cordero que este pastor estaba asando cerca de mi cabaña. Cuando se lo solicité, me dijo que muy bien podía alimentarlos con el olor de su asado.

—¿Es eso cierto? —preguntó Martín.

—Mi señor, él es aún más pobre que yo. Nunca hubiera podido pagar lo que hubiera pedido por el cordero —se defendió el otro.

El conde hizo una seña para que se acercara un guerrero.

—Pastor, dile a mi guerrero dónde puede encontrar uno de tus corderos —exigió.

El hombre así lo hizo. Al cabo de unos momentos, el guerrero regresó con el animal que depositó a los pies de Martín.

—Bien, parece que su carne será tierna y jugosa... Te lo compro.

Un murmullo de sorpresa siguió a su petición. El pastor abrió la boca con sorpresa ante la actitud de su señor, pero la ambición le pudo y terminó asintiendo, al pensar en la buena bolsa que recibiría a cambio, y que ya tintineaba en la mano del conde. Alargó la suya para recibirla, pero Martín la retiró con rapidez y la hizo sonar de nuevo.

—Él se alimentó con el olor de tu asado, pastor. Justo es que tú cobres con el sonido de mis monedas —sentenció, arrancando aplausos de auténtica admiración mientras los contendientes se

marchaban, al parecer, con distintos grados de satisfacción.

Las siguientes fueron dos muchachas de largos cabellos que se peleaban por un precioso peine de nácar. Ambas reclamaban su propiedad. Martín escuchó las palabras discretas de su esposa ante el nuevo desafío y terminó sonriendo mientras asentía.

—Muchachas —dijo—. Si no estáis dispuestas a entregar el peine a la otra, imagino que podreis someteros a un corte de pelo que no necesite de su uso posterior.

Como esperaba, las dos emitieron un chillido de horror.

—¡No, mi señor, os lo ruego! ¡Dadle el peine a ella, pero permitidme conservar mi cabello para poder presumir de ser una doncella el día que me desposen! —exclamó la que sostenía el objeto.

Aquella era la respuesta que esperaba. Cuando la otra joven alargó la mano dispuesta a recibirlo, él negó con la cabeza.

—Gracias a los sabios consejos de mi esposa, doña Jimena, he descubierto quién es la verdadera dueña del peine —sentenció—. Vete, y siéntete afortunada de conservar tu propia melena para parecer lo mismo que pide tu compañera.

Martín seguía siendo el imponente guerrero de ojos verdes que había conquistado el corazón de la que entonces era su señora, doña Jimena, pero algunas hebras blancas adornaban su cabello negro y había ganado en sabiduría. Después de emitir sus sentencias los campesinos se dispersaron.

—Félix, ven con nosotros —invitó Martín, cuando se apartaron de las mujeres para entrar en el salón—. Hablaremos del casamiento de Rosaura, así que veo justo que estés presente.

—¿Él? ¿Por qué, mi señor?

Martín ignoró el tono incisivo de Laín cuando le respondió:

—Durante un tiempo, y por su casamiento con la madre de mi sobrina, él se encargó de ella. Les une un gran cariño —añadió, rodeando los hombros de Félix con familiaridad—. En cuanto tuve noticias de su paradero, pagué un rescate sin dudarle y le encomendé la tarea de acompañar al obispo. Es un hombre leal, disciplinado. Su experiencia en el campo de batalla le ha valido el rango que, desde hoy mismo, vuelve a ostentar entre mis hombres. Él, mejor que nadie, sabrá apreciar las ventajas de este compromiso.

Aquella era una manera muy suave de decidir que la reunión se llevaría a cabo como él dictara. Ni siquiera Hernán fue capaz de contradecirle; mucho menos el obispo, don Gonzalo o un aturdido Nuño, que parecía más ansioso por saber dónde estaba su esposa, que por conocer los detalles del compromiso de Rosaura.

Solo una vez sus miradas se encontraron, y Nuño terminó frunciendo el ceño, extrañado, ante la contención que evidenciaba Félix.

Porque debía contenerse, y mucho, para comportarse como el capitán de las huestes de don Martín y no lanzarse al cuello de Gonzalo a la menor oportunidad.

Le sobraban las razones.

Martín tomó asiento y cogió un vaso de vino que una sierva le ofreció. Cuando lo bebió, volvió a llenarlo y se lo ofreció a don Gonzalo. «Este hombre es mucho más sagaz que cualquiera de los halcones de Rosaura», pensó Félix. Se había limitado a guardar silencio hasta el momento, pero el gesto de Martín fue una invitación en toda regla para que expusiera sus condiciones.

—Os lo agradezco, mi señor —empezó a decir, inclinando la cabeza—. Y agradezco que hayáis aceptado el casamiento de mi hijo con vuestra sobrina. En el reino astur, prácticamente, he tenido que mantenerlo en secreto para que no me tachen de traidor.

—No veo que seas un traidor al unir lazos con una familia que apoya incondicionalmente los

derechos al trono de Alfonso Ordóñez —intervino Hernán, desentendiéndose por primera vez de su hermano Nuño para posar las manos sobre la mesa y así poder observar mejor a los astures.

Gonzalo sonrió de medio lado y le ofreció el vaso de vino a Hernán, que no dudo en aceptarlo.

—De todos es sabido que Alfonso Froilaz es hijo del difunto rey Fruela, hermano de Ordoño, que aceptó la corona a la muerte de este —respondió con una suavidad engañosa—. Don Hernán, en mi tierra hay muchos que avalan sus derechos de sangre.

—Y de todos es sabido que Alfonso Ordóñez, junto con sus hermanos, Sancho y Ramiro; son los legítimos sucesores del rey Ordoño —contraatacó Hernán, aparentando la misma calma—. Además de su suegro, el rey navarro, y los aquí presentes, en mi tierra también hay muchos que avalan sus derechos de sangre.

—Sangre que ahora mismo se está derramando entre hermanos, en vez de luchar contra los infieles —intervino el obispo, mirando a uno y a otro—. Entre los cuatro ostentamos mucho poder, pero mal aprovechado. Hijos míos, deberíamos encauzarlo en aclarar los términos de este casamiento tan importante, en vez de intentar despellejarnos mutuamente, ¿no os parece?

Ignoraba a Nuño deliberadamente, pero él no pareció ofendido por ello. Félix contuvo una sonrisa al verlo. Realmente no recordaba su identidad como el hermano del Lobo Gris. Seguía empeñado en llamarse Fortún. Si largas jornadas de viaje en su compañía no habían logrado hacerle cambiar de opinión, dudaba que unos pocos momentos con su familia obraran el milagro. Sobre todo, si esa familia se empeñaba en separarlo de Alana.

Gonzalo fue el primero en deponer su actitud. Asintió a las palabras del obispo y señaló a su hijo Laín, que hasta el momento también había permanecido en silencio.

—Ofrezco un guerrero magnífico a vuestra sobrina —apreció sin melindres—. Es joven e inteligente. Su honor llevará a defender a los suyos y sus derechos de sangre. Además, por lo que he podido apreciar, está conforme con el comportamiento de doña Rosaura como castellana.

—Por completo, padre. Ha demostrado ser una castellana eficaz y rápida en sus funciones.

Su expresión satisfecha se clavó en el pecho de Félix como una flecha envenenada.

Rosaura había tenido que ayudar a asearlo, como dictaban las normas. Intentó digerirlo, pero imaginarla a solas con aquel dios rubio le hizo sentirse insignificante, incluso molesto.

—En ese caso —continuó Gonzalo—, he aquí mis condiciones.

Las mostró en un pergamino que todos los presentes, a excepción de Nuño, leyeron. Cuando el señor de Proaza se disponía a recogerlo, Martín lo interceptó y se lo ofreció a Félix.

—Olvidé deciros que mi capitán es un hombre instruido —afirmó con orgullo—. El padre de mi esposa le enseñó a leer y escribir. Además, también conoce la lengua de los infieles. Como podréis comprobar, entender el contenido de este pergamino no supone para él ningún problema.

—Aunque puede suponerlo para nosotros —intervino Laín con algo parecido a la insolencia que el conde decidió pasar por alto cuando vio cómo el joven señalaba a su capitán con desdén—. El padraastro de mi señora Rosaura, según afirmásteis antes.

—Así es.

—¿Y por cuánto tiempo, si puede saberse?

—¿A dónde quieres llegar?

—Salta a la vista que la influencia de vuestro capitán sobre mi prometida es nula, afortunadamente para todas las partes. Lo cual indica que su relación fue corta...

—Lo suficientemente larga para crear lazos de afecto, mi señor —respondió Félix con la cabeza inclinada en señal de respeto.

—Y lo suficientemente corta como para haberla dejado al cuidado de su tío siendo una niña. Una labor esa de padraastro liviana, puesto que otro fue el encargado de convertirla en una mujer,

muy apetecible, por cierto. —La apreciación y la risotada burlona que le siguió consiguieron que el capitán apretara los dientes, aunque tuvo que reconocerle la razón. Su relación con Rosaura había sido intermitente y dilatada en el tiempo. En el momento en que la cedió a don Martín, se había interrumpido durante años. Por eso, entre otras cosas, comprendía que le convenía un casamiento con alguien noble que le reportara ventajas. Alguien como Laín, aunque su intuición le gritara lo contrario—. Mi señor conde, lo que quiero decir es que no comprendo que alguien tan secundario en la vida de doña Rosaura pueda mantener una opinión de peso con respecto a ese pergamino.

—Don Laín, me parece que no me habéis entendido. —Con un asentimiento de cabeza, Martín permitió que su capitán se hiciera con el documento—. El valor de su opinión va mucho más lejos que su relación con doña Rosaura. Insisto.

Un silencio tenso siguió a las palabras del conde mientras Félix leía. Cuando terminó, contuvo la furia ciega que amenazó con dominarlo.

El único motivo del casamiento de Rosaura con Laín era la acumulación de tierras y poder, para después utilizarlo contra Alfonso Ordóñez.

Por sus gestos expectantes, tanto Martín como Hernán se habían dado cuenta, pero él prefirió guardar silencio. La vida le había enseñado que la verdad podría interpretarse de múltiples maneras, dependiendo de quién la profiriera.

Fue el conde quien primero habló.

—No veo inconveniente en cederte las tierras colindantes con la Abadía de los Cuerpos Santos.

—Siempre que comprometa su espada con vos, mi señor.

Todos los presentes miraron a Félix. Mantenía la cabeza baja en señal de respeto hacia el conde, pero su envergadura era tal que, por sí misma, imponía respeto por encima de su rango.

—Gracias por la apreciación, capitán. Demuestras conocer muy bien las condiciones del conde —puntualizó Hernán, conteniendo la sonrisa a duras penas.

Martín tomó el pergamino y mojó la pluma en tinta, pero la mantuvo en alto con los ojos fijos en Gonzalo, que había perdido su compostura.

—De acuerdo —sentenció al fin, después de lo que pareció una dura batalla consigo mismo—. Comprometo mi espada con vos, mi señor.

—Y, con ello, también con don Alfonso Ordóñez —requirió Hernán.

—También.

Martín firmó y selló el documento.

Puesto que al parecer su presencia ya no era necesaria, Félix salió del salón pensando en ejercitarse con los guerreros del conde para descargar una furia que iba destinada a don Gonzalo y sus intenciones. De ese modo, también calmaría otra serie de emociones que arremetían contra su pecho cuando, hasta el momento, había permanecido a salvo de ellas.

Todas tenían que ver con Rosaura. Con el modo en que la había visto desde que se habían encontrado en el remanso. Una mujer hermosa, temeraria, pero inteligente.

Y tan bella que...

—Félix, espera.

—Mi señor don Nuño —saludó con una inclinación de cabeza, cuando el notable llegó a su altura.

—Al final tendrá que ser así, qué se le va a hacer...

—¿Queréis decir que recordáis todo?

Nuño se encogió de hombros y negó con la cabeza. Sus ojos oscuros no cesaron de buscar a su

alrededor mientras ambos cruzaban el patio de armas.

—Solo el nombre de Inés, asociado a la imagen de una muchacha de preciosos ojos azules y a unas palabras de despedida antes de irme a la guerra. Le pedía que me esperara, pero, por lo que he escuchado, se cansó de hacerlo y se casó con mi desconocido hermano Rodrigo.

—En ese aspecto no puedo ayudaros, mi señor. Desconozco esa parte de la historia, pero sí puedo dar fe de la honestidad de don Hernán. Si él lo afirma así, así debe ser.

—Como el trato de los esponsales de doña Rosaura. —Sí, exactamente. Lo cual no quería decir que lo aceptara de buen grado—. No puedes negar que, por encima de suspicacias, es un casamiento muy ventajoso para ella.

—Cierto.

—Entonces, querido amigo, piensa en ello si realmente quieres su bien. Yo, mientras tanto, debo encontrar a mi esposa.

Lo dejó con una triste sonrisa llena de determinación que no aquietó sus temores.

Laín era, sin duda, un buen partido para Rosaura, pero sus orígenes conseguían que todos sus instintos de guerrero se mantuvieran alerta.

Félix llevó la mano al sello que colgaba en su pecho y entrecerró los ojos.

Entre los dedos tenía un recordatorio permanente de su pasado más oculto.

Tras él, se perfilaba un presente amenazante al que tendría que poner remedio.

Don Gonzalo se paseaba de un lado a otro, furioso.

Lanzando oscuras maldiciones mientras ella lo miraba impasible.

—Félix —rumiaba sin cesar, ignorando su presencia—. ¡Así, sin más! ¡Sin apellido, sin una procedencia conocida! ¡Solo Félix! Mi victoria hubiera sido completa de no haber sido por él —continuó, un poco más calmado cuando le lanzó una fugaz mirada, como si acabara de descubrir su presencia—. ¡Aunque puedes estar segura de que terminará por serlo! ¡Mi señor don Alfonso Froilaz conocerá los términos del casamiento de Laín, y sabrá sacarle provecho a lo que yo le ofrezca! En cuanto a mi hijo..., solo espero que se comporte en el lecho como debe. Cuanto antes preñe a esa muchacha, mucho mejor para todos.

Se dirigió a la pequeña mesa que se encontraba al lado de su lecho y empleó largo tiempo en redactar una misiva de suma importancia. Ella lo observó intrigada, pero sin osar preguntar nada.

Podría haberlo hecho, por supuesto. La necesidad la había obligado a desarrollar determinados dones que la habían ayudado a sobrevivir. En un momento dado, puso su vida en manos de una hechicera que le enseñó todo lo que sabía acerca de cómo controlar la voluntad humana. De cómo penetrar en la mente de otra persona. Aquel hombre no era el más receptivo, ciertamente, aunque sí uno de los más débiles que había conocido. Lo demostró una vez más cuando, después de sellar la carta, llamó a uno de sus hombres.

—Don Alfonso se encuentra cerca de la frontera con la abadía de los Cuerpos Santos —informó—. Marcha hacia allí sin levantar sospechas y entrégale esto. No te vayas sin una respuesta.

—Sí, mi señor.

Solo cuando el guerrero se hubo marchado, don Gonzalo se volvió hacia ella, mucho más relajado y sonriente al haber encauzado sus problemas más inminentes. La miró de arriba abajo, con sus ojos ardiendo de lujuria cuando se quedaron clavados en los pechos voluminosos que remarcaba la túnica, y movió la mano en su dirección.

—Ven aquí —ordenó con voz oscura y espesa. Ella obedeció. Se dejó desnudar casi con prisa

y soportó el inesperado dolor que sintió en los pezones cuando Gonzalo se los pellizcó—. Ah, eres demasiado hermosa como para contenerme...

Sin más preámbulos, la tumbó sobre el lecho, se bajó las calzas y la penetró. Ella ahogó un quejido. Estaba demasiado seca y el escozor se extendió por la parte baja de su cuerpo, pero se mordió el labio para evitar gritar mientras notaba los movimientos de él sobre ella, las embestidas de su verga erecta y los jadeos de placer.

Lo soportaría todo por el simple hecho de que había contado con ella para llevarla en aquel viaje. Era importante para su señor. Casi tanto como lo era para ella encontrarse en Trabada.

Porque su ambición nunca había tenido límites, lo acompañó en sus movimientos, enredándolo entre sus piernas para fingir un placer que estaba lejos de sentir. Paso a paso, conseguiría sus objetivos. El señorío de Proaza podría estar al alcance de su mano si sabía esconder bien sus artes y sujetaba el miembro de su señor convenientemente. Si alguien como Rosaura, con una sierva como madre, había logrado un casamiento tan beneficioso, ella podría lograrlo también.

«Rosaura». Repetir el nombre le produjo un repentino pinchazo de repugnancia que olvidó cuando, después de un gruñido agónico y casi interminable, su señor se descargó dentro de ella.

—Eres única, mujer —le dijo un poco después, aún impregnado por el sopor del placer—. No me arrepiento de haberte traído conmigo.

—Yo tampoco, mi señor.

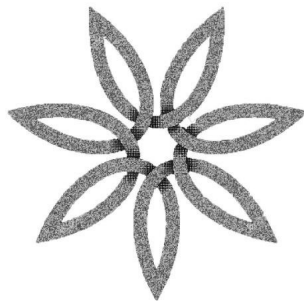
—Incluso me siento reacio a dejarte dormir con los siervos de Trabada. —Ella le brindó la mejor de sus sonrisas. La que más confianza reportaba. La de la hembra aparentemente satisfecha y siempre dispuesta. Pero el notable se la borró de un plumazo cuando la sujetó por el brazo para retorcérselo hasta arrancarle un quejido de dolor—. Solo dormir, espero —enfaticó, provocándole un escalofrío que disimuló—. Conoces tu cometido. Y este solo se reduce a mí y a lo que ocurra en mi lecho.

La soltó con un empujón que a punto estuvo de hacerla caer al suelo. Ella procuró no mirarlo a los ojos mientras calmaba su cólera.

No era el momento de hacerla salir.

Cuando estuvo lista, alzó la cabeza y volvió a mostrar su sonrisa aparentemente mansa.

—Nunca osaría intentar otra cosa con ninguno que no fuérais vos, mi señor —susurró, antes de abandonar la estancia, completamente segura de que no tardaría en ser llamada de nuevo a su lecho.



Seis

—Al fin, doña Alana. Permitidme que os salude como corresponde. Sabía que mi querida nieta os traería con ella, pero no os esperaba tan pronto.

Teodomira las invitó a pasar a su pequeña y humilde, pero ordenada, cabaña; donde los frascos que contenían las hierbas y todo tipo de plantas permanecían en limpios estantes, llenando el ambiente de un agradable olor que se mezclaba con lo que humeaba en una olla suspendida sobre el fuego.

—Gracias a los dioses, doña Teodomira —respondió Alana con la mayor naturalidad del mundo.

Rosaura no salía de su asombro cuando su abuela la estrechó entre sus huesudos brazos.

—Delante de ella no son necesarias las formalidades. Aunque vuestro esposo vive en la oscuridad, sabrá apreciar el brillo de la luz cuando esta se produzca, doña Alana. Un día no muy lejano, mereceréis ese trato y recibiréis lo que os corresponde. —Se alejó de ellas para regresar con dos cuencos de humeante caldo que les ofreció, antes de sentarse en el único jergón disponible, para dirigirse a Rosaura—. La naturaleza sigue su camino, pequeña. Solo es necesario que aprendas a escucharla y todo será más sencillo en tu vida. Doña Alana, soy sanadora, pero sigo los dictados de los dioses paganos y podría poner al conde en serios aprietos. Por eso he decidido vivir aquí, pese a poder hacerlo mucho mejor por derecho de sangre.

—Entiendo. Aunque deberíais abrazar la religión cristiana...

—La mayoría lo hacen porque tienen miedo. Han cerrado los ojos a las enseñanzas de los antiguos, por eso ya no pueden escuchar su mensaje. Supe que don Martín estaba en peligro antes de que se viera con Odón y también conocí a doña Jimena cuando ni ella misma me reconocía. Vi lo que don Hernán tendría que penar para llegar al corazón de doña Munia, y hoy mismo os esperaba desde hacía un buen rato —recitó con orgullo, moviendo la cabeza en dirección a Rosaura, de modo que sus guedejas grises, que se habían soltado de su trenza, se apartaran de su cara repleta de arrugas. Cuando la tomó de las manos, su sonrisa se borró—. Mi niña, tu hombre ha llegado ya.

—Lo sé, pero no quiero someterme a su voluntad. Por favor, ¡ayudadme! O, al menos, haced acto de presencia en la ceremonia. De ese modo, el obispo podría replantearse celebrarla.

Teodomira abarcó su mejilla sonrosada. En aquellos ojos que tanto habían visto y tanto habían penado había conmiseración, pero también una fuerza que ella recibió al instante. Como cada vez

que los pensamientos de ambas se entrelazaban en un silencio que lo decía todo.

—Mí espíritu no te abandonará en ningún momento. Cuando el casamiento se lleve a cabo deberás mostrarte tranquila, porque de ello dependerá tu felicidad. Doña Alana permanecerá a tu lado cuando más sola te encuentres. Y Félix sabrá consolarte cuando sientas ganas de llorar. — Rosaura apretó los labios. ¿Consolarla? ¡No quería que la consolara, quería que la amara! Pero el hombre que había protagonizado los momentos más felices en su niñez, aquel al que había besado hacía cuatro años en Laciana y que había vuelto a besar aquella misma mañana parecía un bloque de piedra que controlaba sus emociones con tanta rapidez como contundencia. Solo le había visto flaquear un momento y, a continuación, tuvo que soportar su mal humor—. Los acontecimientos que están por venir cambiarán tu vida para siempre. Ten los ojos bien abiertos para apreciarlos cuando se produzcan, mantén intacto tu valor, utiliza tu mente cuando tengas que entender cosas aparentemente incomprensibles y procura que tu corazón esté libre para amar u odiar. No te equivoques, mi niña, porque el error podría ser fatal.

—Yo no amo a Laín. Es más, después de conocerlo, no creo que llegue a amarlo nunca.

Contuvo un escalofrío al recordar el tacto de aquella piel fría bajo sus yemas mientras lo bañaba en agua caliente, pero Teodomira lo percibió, porque apretó más sus manos con las de ella y sonrió, de forma que todos sus deseos de reconfortarla la envolvieron sin necesidad de palabras.

—Cuando llegue el momento, ambas volveréis a mí.

—Porque no todo lo que se ve puede entenderse ni todo lo que se siente puede aceptarse ni todo lo que se oye debe rechazarse —recitó Alana con seguridad.

—Veo que no habéis perdido vuestras artes, doña Alana. Me complace. Mi nieta es importante para mí; las necesitará. —Con algo que se acercaba a la veneración, acarició el mentón de Rosaura—. Ella perpetuará nuestra estirpe allá donde vaya. Sea aquí o en otro lugar.

—¿Otro lugar? —¿Acaso su futuro esposo la separaría de su familia? ¿De sus tíos? ¿De Félix? —. Siempre me cobijais, siempre me aconsejais, siempre me guiáis. Esperaba que ahora también lo hicierais con las dos. Alana no desea ser separada de su esposo, y yo no deseo unirme al mío...

Teodomira la miró como si en realidad no la viera. Toda la calidez que había demostrado desapareció de sus ojos. No expresó ninguna emoción cuando, en el cuenco que Rosaura había dejado vacío, depositó unos viejos huesos que mojó con su propia saliva antes de mezclar todo con la uña de su dedo meñique. Examinó el resultado y pasó sus ojos oscuros por las jóvenes.

—Habrá un tiempo para las separaciones y otro para las uniones. Habrá un tiempo para que la oscuridad reine y otro para que deje paso a la luz —vaticinó—. Habrá un tiempo para odiar y otro para temer, hasta que llegue el tiempo de amar. Solo entonces conseguiréis aquello que deseáis.

—Pero ¡necesito algo más que simples acertijos! ¡Si nadie lo remedia, el casamiento se celebrará mañana! ¿Deseáis verme desgraciada? ¿Es eso?

—Ah, niña, la impaciencia y la ceguera propia de la juventud te hacen hablar así. —Su abuela no pareció dolida por aquellas preguntas tan duras como directas. Su sonrisa volvió a ella cuando las acompañó a la salida—. A veces, para llegar al jardín deseado hay que pasar por multitud de piedras que dañarán nuestros pies. Mañana me verás allí, Rosaura. Desgraciada o no, presenciare aquello que deba presenciar. Cree no solo en lo que ves con los ojos, sino también en lo que ves con el corazón.

No conseguiría palabras más concretas, ni más contundentes, que pudieran ayudar a aclarar su futuro más próximo. Escondiendo su decepción, Rosaura aceptó lo poco que su abuela decidió ofrecerle.

Aquella mujer intuía su desconfianza ante lo que decía y no se molestó en ocultarlo. Tal vez debería pedir ayuda a alguien más aguerrido, más terrenal. Alguien más mundano y menos en

comuni3n con la naturaleza, que pudiera prestarle la ayuda que necesitaba.

Alguien como F3lix.

—*Nunca la dejes sola.*

El viento empez3 a arreciar y el cielo se volvi3 turbio con un mont3n de colores tenebrosamente mezclados que obligaron a F3lix a sacudir la cabeza. Se sorprendi3 a s3 mismo mirando alrededor, esperando ver a una mujer de larga t3nica blanca y cabellos tan negros como sus ojos, acompa3ada por un halc3n.

Pero no. Estaba solo. Pensando en Rosaura.

Era una hermosa desconocida que poco o nada ten3a que ver con la ni3a que hab3a dejado atr3s, segura con su verdadera familia. Y se hab3a convertido en una bella mujer consentida que no estaba acostumbrada al fracaso. Todo el mundo podr3a verlo si 3l lo hab3a advertido en el poco tiempo que hab3a pasado con ella. Aun as3, hab3a tenido que recurrir a todo un recital de sus reglas para no subir a sus habitaciones y comprobar que realmente segu3a en ellas.

Seguramente no la hubiera encontrado. Y eso le habr3a obligado a ir en su busca, obviando la raz3n por la cual permanec3a all3, tan quieto como si fuera una estatua: Gonzalo de Proaza.

Era un hombre entrado en a3os y en experiencia que actuaba con discreci3n, pero no utiliz3 la suficiente como para pasar desapercibido a ojos de F3lix. Si su intuici3n no le fallaba, y confiaba en que fuera as3, no pasar3a mucho tiempo hasta ver c3mo el guerrero que hab3a entrado en sus habitaciones volv3a a salir con alg3n tipo de misi3n encomendada por su se3or.

As3 fue. F3lix tuvo que contener un grito de euforia cuando comprob3 que el guerrero casi corr3a en direcci3n a las caballerizas con un pergamino que se preocup3 en esconder entre sus ropajes antes de desaparecer de su vista.

Hab3a llegado la hora de desenmascarar las verdaderas intenciones del se3or de Proaza. Con ello, F3lix tendr3a una oportunidad al menos de recuperar lo perdido y ayudar a Rosaura.

No sab3a c3mo, pero lo har3a.

Abandon3 su escondite y se dirigi3 a las caballerizas con la intenci3n de darle una cierta ventaja antes de ir tras 3l, pero, en mitad de las escaleras, se top3 con Rosaura.

Su cara reflejaba miedo, incertidumbre, dolor, todo junto en aquellas mejillas coloreadas por el viento y en aquellos rizos que se escapaban de sus trenzas. No quer3a, no deb3a, pero sus ojos se fueron directos a los pechos de la joven que sub3an y bajaban agitados, antes de desplazarse hasta la boca entreabierta que apuntaba hacia 3l como una muda invitaci3n a que volviera a probarla o un recordatorio de su sabor.

—Muchacha, ¿est3s bien? Te veo algo p3lida.

—Ahora que te he encontrado estoy mucho mejor.

Ella lo arrastr3 hacia un rinc3n, donde su espalda choc3 contra la pared, mientras le obsequiaba con una sonrisa que hubiera podido pasar por la de un 3ngel.

F3lix apret3 la mand3bula y se tens3, procurando no tener el contacto que ten3a con aquel cuerpo joven y vibrante, tan lleno de vida que le transmit3a un calor que no deb3a ser bienvenido.

—Cualquiera dir3a que temes que nos vean —aventur3, m3s afectado de lo que querr3a cuando inclin3 la cabeza y sus ojos se quedaron clavados en aquellos labios suaves. Sint3o los golpes err3ticos del coraz3n y un repentino sofoco que le calent3 la sangre en los lugares menos indicados. La sujet3 por los hombros y la apart3 un tanto—. ¿De d3nde vienes tan alterada? Tus t3os han tenido que excusar tu ausencia.

—Estaba con mi abuela. No he hecho nada malo, tranquilo, capit3n.

—Tu prometido se ha mostrado muy disgustado al no presentarte ante él —continuó Félix, cruzándose de brazos para terminar de establecer las distancias—. Además, don Nuño busca a su esposa. ¿No sabrás dónde puede estar, verdad?

—Conmigo. Yo fui la única que se compadeció de ella cuando don Hernán decretó que disolvería el casamiento en vuestra reunión del salón.

—Vaya, así que ahora, además de escuchar detrás de las puertas, comprendes a las mujeres casadas.

—Sé hacer muchas más cosas de las que piensas. Te sorprenderías. Pero ahora no voy a demostrártelas. Tengo que hablar contigo. —Toda su resolución se desvaneció ante un gesto de arrepentimiento tan adorable que le llegó al alma—. ¿Aún estás enfadado conmigo? Por favor, perdóname por lo que pasó. No fue mi intención.

—Ni la mía.

Rosaura frunció el ceño.

—Hablo de los golpes —aclaró.

—Fui tu maestro. Estoy orgulloso de cada uno de ellos. —Movi6 la mandíbula, como para asegurarse de que seguía en su sitio—. Y, no, no estoy enfadado.

—En cuanto a lo demás, no quiero que pienses que soy una...

—Nunca lo pensaría. —En un acto reflejo, Félix sujetó su barbilla inclinada y la alzó hasta encontrarse con el arrepentimiento sincero de sus ojos—. Me aclaraste las razones de tu comportamiento.

—¿Vas a dejarme sola con Laín?

Él gruñó contrariado y soltó el aire retenido cuando comprendió el origen del miedo que había visto en ella.

Temía por su destino. Un sentimiento arraigado con el paso del tiempo despertó en su pecho. ¡Claro que no la dejaría sola! Pero debía guardar silencio. No podía hacerle concebir esperanzas cuando, en lugar de ir detrás del mensajero de don Gonzalo, estaba allí con ella; aspirando su aroma a campo, a humo, a libertad, que le afectaba hasta el punto de costarle incluso pensar.

—Muchacha, debes ser fuerte —dijo, pegándose más a la pared para poner espacio de por medio. Si hacía caso de sus manos, se irían directas a su cintura para todo lo contrario—. Será tu esposo.

—No es a él a quien quiero como esposo.

—Lo querrás.

—No lo amo.

—Aprenderás a amarlo.

Y, si por alguna remota razón Laín no la trataba como se merecía, disfrutaría despedazándolo.

—Vas a dejarme sola —repitió Rosaura con tanta desolación que él terminó por gruñir de nuevo.

Inspiró hondo. Al mismo tiempo que colocó su mano en el centro del pecho de ella, allí donde latía su corazón, tomó una de sus manos e hizo lo propio con el de él.

—Perderé mi honor por el tuyo, mi alma por la tuya, mi vida por tu vida, solo para protegerte —afirmó con rotundidad. Deseaba que ella le creyera y que confiara en él. Que aguardara a que sus planes se llevaran a cabo—. Estás aquí dentro, igual que yo estoy ahí dentro.

—¿Es un juramento?

—Mi juramento, Rosaura. Y lo renovaré las veces que haga falta con tal de verte feliz. Sabes que siempre lo quise así.

—Seré feliz si no lo incumples.

¿Qué debía hacer para que confiara en él?

La apartó un poco para poder arrodillarse ante ella y cobijó sus dedos entre los de él. Elevó la cara, hasta que sus ojos se encontraron. Su mirada se introdujo en aquel verde que lo atrapó con la fuerza del peor de los vientos o el mejor de los guerreros, hasta que se vio sacudido por un violento escalofrío de miedo.

—Entonces, que así sea —afirmó—. Tengo que asegurarme de que te mantendrás a salvo, aun a costa de esa valentía tuya tan imprudente.

—¡Protégeme evitando mi casamiento y no será necesaria mi valentía!

¡No podía! ¡No aún! Su vista voló hasta la base de los escalones y se puso de pie. No evitó rozar con ellos los pechos de Rosaura ni tampoco se resistió a la tentación de enredar un dedo en uno de los bucles que le enmarcaban la cara. Su exclamación era pura angustia que le llegó como una flecha certera al centro del pecho, allí donde antes ella lo había tocado.

—Mi Rosa, si tú corres, yo llegaré antes. Si retrocedes, estaré detrás de ti. Si gritas, siempre te escucharé. Si lloras, estaré ahí para enjugar tus lágrimas. Te quiero mucho.

El brillo de sus ojos se intensificó con la furia y no con el miedo, antes de retroceder unos pasos. Tenía buena estatura, pero debía inclinar la cabeza hacia atrás para poder abarcarlo con la vista.

—Me alegra saberlo, porque yo te odio con toda mi alma, capitán —proclamó con una frialdad que le hirió más que cualquier espada sarracena—. Como una hija puede odiar a un padre que la lleva directa a su infelicidad más absoluta. Espero que lo recuerdes mientras ves cómo un completo desconocido se convierte en mi dueño.

Se giró dispuesta a marcharse, pero Félix se lo impidió. Se encontraba demasiado afectado por lo que había escuchado como para dejarlo estar.

—Siempre que tú pienses que no pararé hasta encontrar aquello que necesitas —fueron sus últimas palabras, antes de descender escaleras abajo.

Rosaura se quedó inmóvil en lo alto de la escalera, incapaz de reaccionar a lo que acababa de ocurrir.

Félix, su Félix, se había comprometido a encontrar lo que necesitaba. Sus penetrantes ojos negros habían brillado dubitativos un instante, antes de volver a recuperar aquella seguridad que se asemejaba a un muro de piedra infranqueable.

Pudiera ser que la quisiera como a una hija, pero su cuerpo no opinaba de la misma manera.

Nuño divisó a Alana justo antes de ver cómo Félix abandonaba el patio de armas en dirección a las caballerizas. Dudó un instante entre ir tras su esposa o tras el capitán del conde, hasta que finalmente se decidió por lo último cuando vio que Alana entraba en la torre del homenaje.

—Félix, ¡espera! ¿A dónde vas con tanta prisa?

El guerrero chascó la lengua, lanzó una última mirada más allá de las murallas y tomó a Nuño del brazo para arrastrarlo con él a las caballerizas.

—Don Gonzalo —explicó por el camino en un susurro discreto—. O mucho me equivoco o ninguno de vosotros os habéis creído su falso juramento.

—No recuerdo mi nombre, pero sé distinguir la hipocresía cuando la veo. Y ese hombre la derrocha por los cuatro costados. Pero ni aun sabiéndolo te imagino destapando sus verdaderas intenciones, sean las que sean.

—Yo no, mi señor. Pero él sí.

Señaló hacia el lugar donde la figura de un caballo y su jinete se alejaban de la fortaleza.

—Parece uno de los hombres de Proaza —dijo Nuño con el ceño fruncido.

—Uno con mucha prisa en llevar una misiva de su señor a un destino desconocido, burlando la vigilancia del conde que, por otra parte, ha aumentado con los hombres de vuestro hermano.

—Ha podido salir gracias a alguna excusa creíble.

—Parece probable. Pero, si no me doy prisa, no podré seguirlo.

De la boca de Nuño escapó una exclamación de admiración. Aquel hombre se arriesgaba a seguir al mensajero de don Gonzalo a plena luz del día, llevado solo por la lealtad hacia el conde.

O eso creía él. Durante aquel día, le habían bastado tan solo un par de instantes para pillar al capitán con la guardia baja, observando ceñudo a la muchacha que se desposaría al día siguiente. Ceñudo, sí, pero no indiferente.

—¿Es por doña Rosaura? —se atrevió a preguntarle.

—También por ella, por supuesto. No conviene unir el linaje de Trabada con otros mucho más traicioneros, mi señor. Bastante tuvieron en el pasado; con don Odón, primero, y con doña Urrica, después. Otro más sería su destrucción.

—Entonces, te acompañaré si eres capaz de esperarme un momento.

Una idea había germinado en la mente oscurecida por el olvido de Nuño. No esperó la respuesta de Félix y corrió hacia el interior de la torre del homenaje. Allí encontró a su esposa.

—¡Alana!

La muchacha se giró justo antes de entrar en las habitaciones de Rosaura. Su rostro apagado se iluminó en cuanto lo vio. Solo tuvo que mirar a su alrededor para ver que estaban completamente solos, antes de lanzarse a los brazos de Nuño.

—Por favor, Fortún, dime que seguiré a tu lado. Que nada ni nadie logrará separarnos, por mucho que representen a Dios en la tierra o enarboleden estandartes poderosos a los que perteneces por derecho de sangre —casi suplicó—. Dime que no hay otra en tu vida. Que, aunque recuerdes a aquella a quien don Hernán mencionó, yo soy la única que puebla tus pensamientos y tu corazón.

Nuño abrió la boca dispuesto a refrendarlo, pero la fugaz visión de unos preciosos ojos azules aceptando su petición de tiempo le interrumpió hasta el punto de hacerle dudar.

«Inés. Inés. Inés». Aquel nombre se repetía en su mente extraviada como si fuera el hilo del que tirar para averiguar el resto.

Pero no quería descubrirlo. Deseaba complacer a Alana sobre todas las cosas, aunque las dudas empezaran a germinar en su cabeza como si esta estuviera llena de tierra fértil.

La amaba con todo su corazón. Por eso no podía mentirla, pero tampoco confesarle lo que aquel rostro desdibujado le inspiraba.

Gruñó y se revolvió el pelo cuando se apartó de ella y desvió su mirada. Era incapaz de pronunciar palabra. Incluso sus pensamientos se paralizaron cuando la escuchó jadear a su espalda.

Sabía lo que se encontraría si se volvía. Decepción, dolor, ojos brillantes por lágrimas no derramadas. Recriminaciones que serían ciertas.

—Es por ella, ¿verdad? La mujer que dejaste en Laciana.

—¿Qué sabes tú de ella?

—Sé algunas cosas sin necesidad de que se me expliquen. Y, ahora mismo, tu cara es un libro abierto en el que podría leer mucho más que tú mismo si te miraras a un espejo —afirmó Alana con una sonrisa tan triste que le partió el corazón—. Si vas a dejarme, permíteme conservar mi orgullo.

—¡No voy a dejarte! ¿Has perdido el juicio?

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Nuño apenas se lo pensó. Con un poco de suerte, Félix todavía le esperaría en los establos. Si iba con él y ayudaba a desenmascarar a don Gonzalo, Hernán se mostraría tan complacido que le permitiría conservarla a su lado.

Y si no lo conseguía de él, lo haría del conde e incluso del obispo Hermoigio. Se ganaría el favor de Alfonso Ordóñez y, con él, el poder necesario para poder elegir a su esposa.

Esa esposa que en ese instante lo miraba llena de incertidumbre, pero conservando la compostura.

La abrazó. La besó hasta casi la extenuación para convencerla y convencerse y, a continuación, se arrodilló ante ella para llevarse su mano a los labios.

—Voy a ganarme el derecho a tenerte, Alana —afirmó con contundencia antes de desaparecer.



Siete

Nuño señaló el exiguo sendero que seguían, guiados por las huellas que el mensajero de don Gonzalo iba dejando sobre el suelo húmedo y la espesa vegetación.

—Llevamos más de la mitad del día cabalgando. Hace mucho que hemos abandonado el condado —dijo en un susurro para evitar ser oído—. La noche se nos echará encima antes de que ese hombre se detenga. Demuestra tener una lealtad ilimitada hacia su señor si ni siquiera piensa en descansar antes de llegar a su destino.

—Yo le debo esa misma lealtad al conde, mi señor —señaló Félix en un susurro, temeroso de ser descubierto—. Si él no se detiene, nosotros tampoco. Pensároslo bien, porque todavía estáis a tiempo de regresar.

—¿Es que no fui lo suficientemente claro cuando te conté el motivo por el que te acompaño?

—Doña Alana parece suficiente motivo para vos, pero no para mí. Hace tiempo que decidí que ninguna mujer gobernaría mis decisiones.

—Eso es porque no has encontrado a la adecuada... o sí. ¿Qué me dices de Rosaura?

—¿Qué se supone que tengo que deciros?

—Por qué te molesta tanto que la nombre delante de ti, por ejemplo —añadió Nuño, cada vez más divertido al ver la incomodidad del capitán—. O, quizá, cuál es el motivo por el que asesinas con los ojos a don Laín cada vez que te cruzas con él.

Porque ese tipo de conversación le llevaba a recordar la suave calidez de su boca cuando lo recibió en ella sin ningún pudor y mucha ingenuidad. Porque, si seguía por esos derroteros, se excitaría pensando en el cuerpo femenino aprisionado debajo del suyo, blando y acogedor. Y, entonces, olvidaría alguna de sus reglas más sagradas.

No quería perderse ni debía hacerlo, mucho menos con su hijastra. Debía recordar ese grado de parentesco porque, en el momento que lo olvidara, no podría volver atrás.

—Ya os lo he explicado... —refunfuñó, ocultando su impaciencia a duras penas.

—Pero yo no me lo he creído. La doncella te gusta.

—¿Cómo osáis decir semejante insensatez?

—Del mismo modo que tú osas responderme con soberbia, capitán.

De manera fulminante, la furia de Félix dio paso a una cabeza inclinada en señal de respeto, pese a que apretaba los dientes y mantenía su vista fija en el suelo.

—Ruego me perdoneis, mi señor —murmuró con voz tensa—. Pero vos mejor que nadie conocéis mi relación con doña Rosaura. Me encargué de ella cuando su madre fue desterrada. Cedí su educación a su tío por su propio bien.

—Fuiste su padraastro durante un tiempo, pero no os une ningún lazo de sangre.

—Nos separan barreras imposibles de franquear, dado que yo soy un capitán guerrero, y ella la sobrina de un conde castellano. —Ni siquiera él parecía seguro de lo que decía cuando se decidió a elevar su mirada. «En sus ojos hay una frialdad calculadora que habla de planes ocultos que no desvelará», pensó Nuño. Abrió la boca en busca de más información, pero Félix levantó una mano y miró a su espalda, al mismo tiempo que desenvainaba su espada con sigilo—. Silencio, mi señor. El mensajero parece estar más cerca de lo que creía.

Por medio de señas, le indicó que abandonara su caballo y le siguiera a pie. Aún se veía bien cuando avanzaron en completo silencio a través de ramas entrecruzadas y hierbas demasiado altas, hasta que el corpachón de Félix se detuvo de golpe, haciendo que el de Nuño chocara contra él.

Con otro gesto, le señaló el claro que precedía a la cima del cerro que habían comenzado a ascender, en cuyo final se alzaba la pequeña fortificación de la Abadía de los Cuerpos Santos con la construcción del monasterio advocado a san Celedonio y san Emeterio.

Félix solo la había visto en un par de ocasiones, y el silencio que solía rodearla en nada se parecía a las antorchas que iluminaban las tiendas de campaña ni a los murmullos, risas y algún que otro sonido de diverso origen que llenaban el pequeño campamento militar. Agudizó el oído y escuchó, un poco más allá, el sonido del mar abrigando la bahía que contemplaba parcialmente, pero no fue eso lo que llamó su atención, sino el riachuelo que discurría mucho más cerca de ellos y en cuya orilla se había detenido el mensajero de don Gonzalo.

Para él, la escena que se dibujaba ante sus ojos estaba clara. Desde donde se encontraban, se podían divisar los estandartes de diversos nobles astures, fieles a Alfonso Froilaz, junto al del propio Alfonso. El mensajero se dirigía hacia allí con su pergamino bien resguardado.

Aquella era su oportunidad. Si le permitía marcharse, tendría que enfrentarse a muchos más guerreros para arrebatárselo.

Sabiendo que Nuño le cubría las espaldas, se lanzó sobre el guerrero con tanta rapidez y discreción que, cuando el hombre quiso reaccionar, tenía el filo de una enorme espada sobre su cuello y una mano ágil lo desarmaba primero, para arrancarle el pergamino de entre sus ropas después.

—No te muevas y conservarás la vida —susurró en un tono ronco y bajo.

—¿Qui... Quién sois?

—Nadie que te convenga conocer.

El guerrero se revolvió débilmente, pero se quedó quieto cuando el filo le rasgó la piel y un hilillo de sangre le corrió por el cuello. De un empujón, Félix lo apartó de él y rasgó el sello que cerraba el mensaje. El guerrero no dio muestras de conocerlo mientras leía su contenido, afortunadamente para él. De lo contrario, hubiera tenido que silenciarlo para siempre.

—Malnacido... —murmuró, conforme iba conociendo los planes de don Gonzalo. Era tal su concentración en ellos que no se dio cuenta de que el guerrero sacaba una daga de su sobreveste y la levantaba contra él.

Solo retrocedió cuando escuchó el filo de una espada al ser desenvainada y vio la punta de la misma sobresaliendo por el pecho del mensajero, mientras este soltaba su arma y caía al suelo, muerto.

Tras él, Nuño recuperaba su espada y la limpiaba en la hierba.

—Pierdes facultades, capitán. De nada —comentó, en tono jovial, cuando Félix le agradeció el gesto con una inclinación de cabeza—. Deberías prestar más atención a un hombre armado que a un pergamino.

—No, si el pergamino contiene información tan importante como esta.

Sin más, le cedió el documento a Nuño. Su cara pasó de sonriente a preocupada cuando lo leyó.

—El señor de Proaza no me gustó desde el primer momento, pero esto excede con mucho mi desconfianza —murmuró—. ¡Explica lo que hará con la dote de doña Rosaura en cuanto don Laín sea su esposo! Buen Dios, ¡esta información vale su peso en oro!

—Y eso es precisamente lo que voy a pedir por ella, mi señor.

Nuño era el hermano del Lobo Gris. Por sus venas corría sangre noble, y él le había enseñado todo lo que sabía acerca del manejo de las armas por mucho que no lo recordara, pero no estaba dispuesto a cederle el honor de tal descubrimiento, así que le arrebató el documento y lo guardó entre sus ropas.

—Sabes que puedo exigirte su devolución —insinuó Nuño.

—Hacedlo si lo consideráis así. Os lo entregaré, pero será cuando nos hayamos alejado del peligro. —Félix señaló el lugar donde habían dejado sus caballos—. Estamos demasiado cerca del campamento. Debemos irnos antes de que los vigías nos descubran.

—Un momento... Si me fío de lo que acabo de leer, este hombre debe esperar una respuesta. ¿Qué pasará cuando don Gonzalo se canse de esperar? ¿Y qué piensas hacer con el documento?

—¿Quiere eso decir que no vais a demandármelo?

—Ni siquiera sé si en realidad soy ese señor al que tú aludes constantemente. No soy tan necio como para arrebatarte una información que estará mucho mejor custodiada contigo que conmigo.

—Entonces responderé a vuestras preguntas de una en una, mi señor. Respecto a la primera, intuyo que el señor de Proaza tiene poca paciencia. Se cansará antes de lo esperado e intentará enviar a otro hombre con la misiva sin sospechar que nosotros tenemos la primera —afirmó con una amplia sonrisa de satisfacción—. En lo referente a la segunda...

No dijo nada más hasta que no se encontraron de nuevo junto a sus monturas y sacó de sus alforjas un espejo que mostró a Nuño. Era sencillamente una pieza única, ovalado y con un mango labrado con intrincadas figuras celtas que se repetían en su reverso.

—Es la flor de los siete pétalos, cada uno proporciona la protección de una diosa pagana.

—Si el obispo te oyera hablar de dioses paganos...

Félix rio.

—He vivido demasiado de todo como para asustarme de un obispo o de supercherías varias. La mujer que me lo cedió opinaba lo mismo.

—Así que una mujer... —Nuño entrecerró los ojos, provocando un gruñido en el capitán—. ¿Era hermosa y joven?

—Sí a ambas cosas.

—Vaya, solo espero que no te pidiera a cambio nada que no pudieras dar. —«Solo mi corazón», pensó sin abrir la boca para responder—. De todas formas, ¿qué tiene que ver este espejo con el documento?

—Mucho, mi señor. Porque, si ambos sabemos jugar bien nuestras bazas, ayudará a impedir un casamiento y a propiciar el vuestro. Pero debemos darnos prisa...

El sonido sibilante de las flechas lanzadas contra ellos le interrumpió. Instintivamente, Félix empuñó el hacha mientras se escudaba en el cuerpo de su enorme caballo para ver con exactitud de dónde provenía el ataque, pero Nuño no tuvo tanta suerte.

Una de las flechas impactó en el pecho de su montura, derribándola, al mismo tiempo que otra lo hacía en el hombro de su señor.

«Él vendrá. Llegará antes del casamiento y me salvará».

Estaba tan segura de que cumpliría su palabra que el acontecimiento que estaba a punto de producirse apenas la perturbaba.

Rosaura repitió esas palabras en su cabeza hasta agotarse, mientras escuchaba la algarabía que se desarrollaba bajo su ventana sin atreverse a mirar.

Desde niña, había adoptado un terror reverencial a las alturas. Si se asomaba a ellas, un sudor frío le corría por el cuerpo, las náuseas le cerraban la garganta, el aire se le condensaba en los pulmones y perdía la estabilidad hasta el punto de caer desmayada.

—No es necesario que te aventures a mirar más allá, Rosaura. Don Laín salió con el resto de señores a supervisar que todo esté como debe entre los dominios de Trabada antes de la ceremonia, pero ya hace rato que regresó —comentó Jimena en tono jovial. ¡Como si fuera capaz de arriesgarse a caer al vacío por alguien como él!—. No te preocupes, muchacha. Dentro de poco podrás disfrutar de su compañía tanto como desees.

—E incluso si no lo desea —añadió doña Munia con una sonrisilla enigmática en la cara—. Si vuestro futuro esposo es solamente la mitad de insistente que el mío, terminaréis por extrañarlo en cuanto desaparezca de vuestra vista.

—Yo, en cambio, no sé si podré seguir extrañando al mío.

Todos los ojos se volvieron hacia Alana, que cabeceaba melancólica mientras extendía delante de ella la túnica que Rosaura llevaría. La joven parecía tan afligida que se apresuró en ir hacia ella para consolarla de alguna manera.

—Alana, todo se arreglará, estoy segura —le dijo con un ánimo del que empezaba a carecer.

Teodomira así lo había afirmado, y debía creer en la eficacia de unas predicciones que habían demostrado ser siempre ciertas en otros tiempos.

Tanto Jimena como Munia asintieron y vistieron a Rosaura con la túnica. A pesar de renegar de aquel casamiento con cada poro de su cuerpo, no podía negar que era preciosa. De rico terciopelo verde, el pico de su escote se hundía en el mismo centro de sus pechos y las mangas se ajustaban a sus brazos para terminar abriéndose a la altura de las muñecas. El borde de las mismas aparecía bordado con hilos de oro que se repetían en el bajo de la falda y que hacían juego con el pesado cinturón que su tía le colocó alrededor de su talle.

Parecía que estaba siendo preparada para algún sacrificio a aquellos dioses paganos a los que su abuela aún adoraba. Al pensarlo, un escalofrío la sacudió entera.

—¿Tienes frío? —le preguntó Jimena—. ¿O es la emoción la que te hace temblar así?

—Los nervios siempre juegan malas pasadas el día de tu casamiento, pero don Laín es joven, bien parecido... —añadió Munia.

—Y parece muy vigoroso —terminó Alana, despertando las carcajadas de las otras dos mujeres.

—Sí, Rosaura, el vigor es ciertamente importante en un esposo.

—¿Por eso vos tenéis ya tres hijos, doña Jimena?

Un nuevo coro de risas acompañó a su pregunta, pero ella continuó seria, mirándolas de hito en hito, cada vez más asombrada. ¿Por qué hacían de su desgracia una fiesta?

Porque no creían que fuera tan desgraciada, por supuesto. Y porque desconocían que Félix llegaría a tiempo para cumplir su promesa.

—Yo igualaré el número de vuestra tía, doña Rosaura —respondió Munia por Jimena, mientras se acariciaba el vientre con veneración y una sonrisa flotándole en los labios.

—¡Oh, Munia! ¿Estás encinta otra vez? ¡Qué noticia tan buena! —exclamó Jimena. Rosaura lanzó un suspiro exasperado, pero nadie pareció darse cuenta excepto Alana, que procedió a

elaborar un intrincado peinado con sus casi interminables rizos negros hasta domarlos—. ¿Lo sabe mi hermano?

—Todavía no. Si se lo hubiera dicho antes, no habría parado de vociferar hasta conseguir que me quedara en Laciana. Y el casamiento de Rosaura era algo que no me podía perder. Afortunadamente, mis dos pequeñas no viajaron con nosotros. Espero que esta vez traiga al mundo a un varón que perpetúe la estirpe del Lobo Gris.

—Y, si no, siempre podréis seguir intentándolo. Veo que tu vientre es tan fecundo como el mío.

Ambas volvieron a reír con complicidad, pero callaron cuando Alana anunció que Rosaura ya estaba lista para ser llevada ante el obispo.

Su belleza era tan apabullante como contundente. El tono cremoso de su piel contrastaba perfectamente con el de la túnica y su esbelto cuello aparecía al descubierto gracias a las manos de Alana. Sobre su cabeza, una preciosa corona de flores silvestres añadían más candidez a unos rasgos faciales suaves, pero tristes, al igual que la mirada de sus ojos.

Jimena se levantó y la tomó de las manos con orgullo.

—Querida sobrina, estás tan deslumbrante que don Laín caerá rendido a tus pies en cuanto te vea —alabó con una sonrisa—. No estés asustada, niña mía. El hecho de que hayas tenido que ejercer de castellana con él te ofrece varias ventajas, si sabes utilizarlas.

—Pero, tía..., ¡lo vi desnudo!

—Si no te desagradó ni te asustó lo que viste, ya tienes mucho terreno ganado —siguió diciendo Munia, acompañando a Jimena—. No os conocéis, lo sé, pero yo tampoco conocía a don Hernán cuando me desposé con él. Y lo poco que supe de él fue a base de sangre derramada que me hizo odiarlo mucho antes de aprender a amarlo.

—No os cerréis a ninguna posibilidad, doña Rosaura —finalizó Alana, aunque ella era la única que no parecía nada convencida de lo que decía—. El amor aparece cuando menos se le espera.

¡El suyo había aparecido hacía tiempo y era Félix! Pero no lo veía desde el día anterior, después de su improvisado encuentro en aquel hueco de la escalera, escondido de ojos indiscretos. De pronto, su seguridad empezó a resquebrajarse. ¿Y si solo le había hecho aquella promesa para que no siguiera insistiendo? ¿Y si en realidad se había marchado para no volver? Un nudo de congoja se alojó en su garganta cuando volvió a mirar hacia la ventana.

—¿Félix no ha llegado aún? —preguntó con voz trémula.

—Esperemos que lo haga en breve, mi señora. Se fue con mi esposo ayer, después de la comida del mediodía, y no los he vuelto a ver.

—Él te quiere mucho, Rosaura. No se perdería tus esponsales por nada del mundo.

—Él vendrá. Me salvará —recitó en voz muy baja, cuando su tío le tomó la mano y la dejó sobre la de don Laín, que aguardaba sonriente.

Gallardo, imponente e impecable. Fueron otros atributos que acudieron a la mente de Rosaura cuando lo vio, antes de que volara en dirección a unos ojos negros; un cabello indómito, que llegaba por los hombros a su dueño; una piel oscura, y un torso desnudo mucho más perfecto que el que tenía junto a ella, por la sencilla razón de que pertenecía al hombre del que estaba enamorada.

Un hombre que aún no había hecho acto de presencia.

En un principio, intentó parecer concentrada en la ceremonia, pero pronto su preocupación por Félix creció hasta el punto de distraerse. No le importó que don Laín la observara extrañado, mientras ella lanzaba miradas furtivas por encima de su hombro hacia una puerta que había permanecido cerrada desde el comienzo del casamiento.

Él tenía que llegar.

Pero el obispo avanzaba, y nadie acudía a su rescate. Poco a poco, los sueños esperanzados de Rosaura cayeron a sus pies, destrozados por el peso de la realidad cuando, antes de que se diera cuenta, Laín le sonrió con esa arrogancia que causaba tan buen efecto en el resto de las damas, pero que para ella significó su condena a muerte.

—No ha venido —musitó, como si poco a poco se marchitara por dentro, incapaz de mirar hacia otro lado diferente de la puerta—. No me ha salvado. No ha cumplido con su juramento.

—Rosaura, ¿a quién te refieres?

Ella giró la cabeza con dificultad, como si de pronto le pesara varios quintales, hacia su recién estrenado esposo. Laín la mantenía sujeta por la cintura mientras ambos aceptaban las felicitaciones correspondientes. Solo la soltó cuando la llevó hacia la mesa principal del salón donde se serviría un banquete digno del casamiento que acababa de tener lugar. Para entonces, tenía los ojos tan anegados en lágrimas que no derramaría, porque provenían del desengaño tan amargo que empezaba a echar raíces en su corazón como si fuera una mala hierba.

—Esposa, será mejor que me respondas. —La voz de Laín en su oído ya no era solícita y cálida, sino apremiante. Una orden que no admitía réplica—. No me gustaría tener que empezar este casamiento con una mano de hierro que prefiero guardar para ocasiones más complicadas.

—¿Más complicadas? Por mis venas corre sangre noble, mi señor. Deberías recordarlo.

—En este momento solo eres una mujer, Rosaura. Por eso acabo de decidir que la cetrería no es distracción para ti. El capitán del conde ha demostrado destreza en esas artes, así que lo mejor será que él se encargue de tus animaluchos mientras esté en la fortaleza. —Laín se inclinó hacia ella con una sonrisa de lo más complaciente, y una mirada cruel que demostraba a las claras que, fuera cual fuese el color de su sangre, el casamiento le otorgaba una posición de poder sobre ella—. Empezaremos por ahí. Dado que tu tía te ha instruido bien en cuanto a tus obligaciones como una buena esposa, seguiremos sobre la marcha... No antes de insistir en que respondas a mi pregunta. Te ves muy hermosa, pero demasiado descompuesta para estar así por nuestro casamiento.

Félix. Esa era la causa de que la garganta le doliera por la necesidad de gritar o de que apretara los puños hasta hacerse daño o también de que se preguntara, una y otra vez, por qué tenía la sensación de ser un simple peón en manos de hombres que poseían la libertad de decisión que ella ansiaba.

Pero no fue eso lo que dijo. Intentó concentrarse en la porción de carne que le sirvieron en el plato y carraspeó para recuperar un control que hacía mucho que había perdido.

—Es por mi futuro, mi señor —afirmó, procurando parecer sumisa y complaciente—. No sé si tendré que viajar contigo a Proaza o se me permitirá quedarme en Trabada con los míos.

—Oh, así que es eso lo que te preocupa... —Laín se apartó de ella lo suficiente como para dejarla respirar, pero colocó una mano sobre su muslo, abarcándolo sin ninguna delicadeza. Rosaura contuvo un respingo y le lanzó una mirada venenosa, pero él parecía tan complacido por su comentario aparentemente ingenuo que no se dio cuenta—. Has pasado a formar parte de mi familia y tu dote será muy bien empleada. Por supuesto, nos iremos a Proaza en cuanto el casamiento haya sido consumado, mi señora. Y ardo en deseos de que eso ocurra.

Rosaura se agarró al borde de la silla para evitar salir huyendo. Cerró los ojos con fuerza y se tragó las náuseas que aquella última frase le provocó.



Ocho

El caballo de Félix tuvo que cargar con ambos hombres el resto del camino, después de dar un enorme rodeo para asegurarse de que habían dado esquinazo a los vigías del campamento de don Alfonso Froilaz.

Nuño sangraba profusamente por el hombro. El agujero que le había dejado la flecha cuando Félix logró arrancársela aún seguía abierto, a pesar de que había rasgado su sobreveste para intentar taponarlo como mejor pudo. Los vigías del campamento no habían estado lo suficientemente cerca de ellos como para identificarlos, pero el resto ya estaría sobre aviso. Sería cuestión de tiempo que don Gonzalo conociera las últimas noticias, así que debería conseguir que don Martín le tomara la delantera con aquel documento que le quemaba en el pecho.

Tardaron una jornada completa en divisar la fortaleza de Trabada. Una jornada sin comer, sin dormir, con un solo caballo soportando el doble de su peso habitual y un hombre herido que empezaba a debilitarse por la pérdida de sangre.

Una jornada en la que la angustia que había creído olvidada se adueñó de él hasta convertirlo en un manojo de nervios, completamente diferente al guerrero disciplinado de voluntad de hierro que era.

No había llegado a tiempo.

No había impedido el casamiento de Rosaura.

Había incumplido su juramento. Y ni siquiera la posibilidad que tenía en mente podría remediarlo; porque, cuando atravesó las murallas y la fiesta se interrumpió al ver el estado de Nuño, supo que tendría que elegir la finalidad más inmediata de la información que llevaba con él.

Desde el mismo momento en que dejó a don Nuño con Alana, la buscó con la mirada. No la encontró entre la gente que bailaba y cantaba celebrando el casamiento; tampoco en la mesa nupcial, aunque fuera acompañada de su esposo. Porque aquel desgraciado de Laín ya sería su esposo.

Una extraña sensación, fuerte e imperante, de impotencia mezclada con rabia; hizo que su visión se nublara al pensar en dónde podría estar. Sus músculos reaccionaron como si hubiera sido golpeado por un látigo. Todo él se tensó y su cabeza dejó de funcionar como debería dadas las circunstancias. Cuando sus ojos se elevaron hacia la ventana que pertenecía a las habitaciones de Rosaura, parecía más un animal herido que un guerrero disciplinado. Por eso, cuando don Martín le habló, tuvo que tomarlo del brazo con autoridad para conseguir una parte de su atención.

—¡Félix! ¿Puedes responderme de una buena vez? —exclamó.

—Mi señor, por favor, repetidme la pregunta.

—¿Dónde has estado? ¿Qué le ha ocurrido a don Nuño? ¿Por qué no has asistido al casamiento de doña Rosaura? ¡Ella no ha dejado de preguntar por ti!

—Me lo imagino. Le dije que estaría aquí. —Se guardó el resto en un rincón profundo de su enorme pecho y afrontó la mirada inquisitiva del conde. Si le cedía el documento, perdería la oportunidad de utilizarlo para sus propios fines. Pero, si lo guardaba, podría utilizarlo para alcanzar la posición que el destino le tenía reservada. Le serviría para obtener lo que era suyo y para ayudar al conde, al Lobo Gris e incluso al obispo Hermoigio. Los tres ostentaban señoríos fieles a don Alfonso Ordóñez. Con un poco de suerte, podrían añadir uno más e incluso anular el casamiento de Rosaura. Debía darse prisa si quería conservar al menos su doncellez—. Mi señor, salí para comprobar la seguridad de Trabada, y don Nuño quiso acompañarme. A unas leguas de aquí, nos encontramos con un grupo de guerreros que portaban el estandarte del rey traidor. Nos atacaron y terminamos con ellos, pero don Nuño acabó herido, y su caballo, muerto.

Aquello no era mentira en su totalidad. No faltaría a ninguna de sus reglas, y le proporcionaría un margen de tiempo necesario para actuar en consecuencia, siempre que el conde le creyera.

—¿Hombres de Alfonso Froilaz por las intermediaciones? Humm... —murmuró pensativo—. Quizá don Gonzalo les haya advertido de alguna manera.

—Es posible, mi señor. ¿Dónde está? No lo veo entre los demás.

—Dijo estar muy cansado y se retiró hace tiempo.

—Mi señor, pido permiso para retirarme yo también. Debo preparar el regalo que tenía reservado para doña Rosaura.

Aquello tampoco era mentira. Lo que tenía en mente, ciertamente, supondría un buen regalo.

—Aséate y descansa, capitán —ordenó Martín—. Come también, pues lo necesitarás después de todo este tiempo fuera de Trabada. Pero, en cuanto el salón esté vacío, reúnete conmigo, don Hernán y el obispo. La situación es urgente.

Félix asintió y entró en la torre del homenaje. Llevaba el sello colgado de su pecho firmemente agarrado cuando, después de llamar a la puerta elegida, una voz cansada le ordenó que pasara.

Don Gonzalo no le esperaba. Se encontraba ataviado con su camisa para dormir, pero maniobraba con un cesto de mimbre del que sobresalía la cabeza oscura y característica de una cobra.

Félix conocía aquella especie en particular; un ejemplar mortalmente venenoso si uno se aventuraba cerca de sus dientes y que solía pertenecer a la clase privilegiada del reino moro. Al parecer, más de un señor cristiano alardeaba de su posesión, porque don Gonzalo se tomó su tiempo en cubrirla, asegurándose de que él la veía antes de reparar en lo lejos que estaban sus armas y en lo necesarias que podrían resultarle ante una intromisión tan repentina.

—Puedo volver a sacarla de donde acabo de guardarla, y ni siquiera habrás parpadeado cuando sientas sus dientes clavados en cualquier parte de ti —amenazó, seguro de que la cobra era su única baza, por inverosímil que resultase.

—Lo dudo, mi señor. Ni siquiera vos tenéis ese poder de persuasión.

Félix se interpuso entre las armas y él con tan solo un par de poderosas zancadas. Sin más ceremonias ni saludos, le mostró el documento.

—A juzgar por la palidez de vuestro rostro, veo que lo reconocéis como vuestro —afirmó con énfasis cuando la cara arrugada de don Gonzalo pareció congestionarse. Dio un paso en su dirección con la mano extendida, pero Félix desenvainó su espada—. Ah, no pensaréis que os lo entregaré de tan buenas maneras, ¿verdad? Un don por un don —añadió, rememorando ciertas

palabras que no quería recordar—. Yo vengo en busca del mío.

—¿Qué quieres?

—Muchas cosas. Tantas que jamás podríais complacerme, aunque viviérais dos veces la vida que tenéis ahora. —La voz de Félix se volvió oscura, preñada de un odio demasiado arraigado en él como para haber surgido de un momento a otro, cuando sacó el sello que le colgaba en el pecho—. Pero, de momento, me conformo con que reconozcáis esto.

—Buen Dios... —Tuvo la pequeña satisfacción de ver su odioso rostro palidecer cuando, efectivamente, reconoció el emblema de la casa de Proaza en aquel sello, un poco más pequeño que el que adornaba su dedo meñique. Del tamaño justo para una mujer. El señor lo examinó con atención. Incluso alargó la cabeza en su dirección, antes de echarse atrás con un gruñido indeterminado—. ¡Buen Dios! —repitió—. ¡No puede ser!

—Yo creo que sí. Os presento al legítimo heredero del señorío de Proaza.

—No... —Don Gonzalo sacudió su cabello entrecano con espanto, mientras retrocedía—. ¡El legítimo heredero es Laín! ¡Él será quien lleve el señorío hacia la gloria!

—¿Os referís a la gloria proveniente del sacrificio de doña Rosaura y de los territorios que conforman su dote?

—¿Qué sabes tú de eso?

Su cara pasó del blanco al púrpura intenso cuando Félix desenrolló el documento.

—Yo diría que lo que necesito, no más —dijo. Con un grito furioso, Gonzalo intentó arrancárselo, pero nuevamente lo puso fuera de su alcance con una mano, mientras con la otra desenvainaba una daga con la que lo amenazó—. No, mi señor. Tengo conmigo algo cuyo poder es demasiado grande como para cedérselo tan alegremente.

El mensaje fue claro. Gonzalo había llegado a la edad que tenía, entre otras cosas, gracias al reconocimiento de sus derrotas cuando estas se producían. A menudo, ese reconocimiento le proveía de más ventajas que un orgullo que, como en aquella ocasión, estaría fuera de lugar. Era mucho mejor dejar que el enemigo se confiara; tarde o temprano, esa confianza dejaba a la vista algún punto débil que él terminaba por aprovechar.

Y el capitán del conde de Trabada, por mucho que fuera hijo de Ermenegilda, se erigía como el peor de sus enemigos.

—Ahora mismo estoy en tus manos —reconoció, elevando los brazos en señal de derrota—. Puedes provocar mi desgracia y la de mi hijo en cuanto enseñes esa misiva al conde.

—De vuestro hijo menor.

—De mi único hijo reconocido.

Félix fingió pensar en sus últimas palabras. Se mesó la barba corta y empezó a pasearse delante de él, consciente de que, a cada paso, lograba ponerlo más nervioso, hasta que finalmente se detuvo.

—Ciertamente, reconocido o no, estas letras supondrán su caída —analizó.

—Pero con él caerá doña Rosaura.

—No, necesariamente, si os atenéis a mis peticiones como alguien de vuestra alcurnia e inteligencia haría, claro está. —Félix se dirigió a la pequeña mesa que descansaba en un rincón de la habitación y señaló un pergamino en blanco y el tintero—. Adelante, os lo ruego. Empezad a escribir.

—¿El qué, si puede saberse?

No respondió enseguida. Se tomó su tiempo en desatar el sello y colocárselo en el dedo meñique, antes de fijar sus ojos en las llamas de la chimenea. Aparentemente estaba ensimismado, pero su arma no dejó de apuntar a Gonzalo cuando este intentó desplazarse hacia la puerta.

—Mi madre, Ermenegilda, siempre afirmó que mi padre era uno de los peores cobardes con los que se había topado en su vida y veo que no exageraba. El hecho de encontraros con vuestro hijo mayor no os ha alterado demasiado.

—¿Por qué tendría que alterarme? ¡Tu madre fue repudiada en cuanto la sorprendí manipulando brebajes en honor a unos dioses que han sido aplastados por la fe cristiana, la nuestra! ¡Era una bruja, y debí ahorcarla! ¡Solo obtuvo una parte de lo que se merecía!

—¿Y yo? ¿Yo también lo tuve? —Félix apretó los dientes y abandonó la chimenea para acercarse a él. Su aspecto amenazante logró amedrentarlo hasta hacerlo retroceder—. ¡Sabíais que era vuestro hijo, pero me desterrásteis con ella!

—Fingió abrazar la religión cristiana cuando en realidad adoraba a los antiguos dioses... ¡Tú no eres más que el hijo de una bruja!

—No os equivoquéis. Soy el hijo de una mujer que soportó vuestras palizas y para quien el destierro supuso un alivio. Si sus poderes hubieran sido eficaces, habría acabado con vos de mil maneras diferentes. —Intentó retomar la conversación sin recrearse en aquellos detalles sórdidos que le habían empujado a repudiar cualquier clase de maltrato a una mujer, por muy despreciable que esta fuera—. Nos condenasteis a la indigencia más absoluta. Durante demasiado tiempo vagamos por los caminos, viviendo de la caridad de las pocas personas que nos encontramos, hasta que conseguimos quedarnos en una pequeña aldea que, poco después, fue arrasada por los sarracenos.

»¡Vi cómo violaban y mataban a mi madre! Solo era un niño, pero ¡tuve que luchar por mi vida, malnacido! —Le costaba trabajo permanecer impassible cuando, al fin y después de que el destino le jugara aquella última mala pasada, tenía al culpable delante de él con su garganta expuesta a la venganza, al odio, a la rabia acumulada. Sus labios temblaron al recordar a su madre, gritando y peleando contra cuatro guerreros moros mientras él permanecía escondido. Cerró los ojos y suspiró. Debía agarrarse a sus reglas para no quebrantarlas. Esperar que ellas consiguieran serenarlo lo suficiente como para no hacer algo de lo que luego se arrepentiría—. Ella me escondió detrás de un pozo. Me dijo que, viera lo que viera y oyera lo que oyera, no saliera de mi escondite. Y, mientras la degollaban y buscaban más víctimas, yo me colé dentro del pozo.

»Allí me encontró el padre de doña Jimena tiempo después, a punto de morir yo también. Me acogió en Laciana y me enseñó a manejar las armas, hasta que, más adelante, me convertí en el instructor de su hijo Nuño. —Solo entonces se dignó a mirar la aparente indiferencia en el rostro de un padre que nunca tuvo. De un hombre cuyo único recuerdo había consistido en aquel sello que su madre había llevado hasta el día de su muerte, y que, desde entonces, él lucía como única prueba de la verdad de su relato—. Ha pasado demasiado tiempo para que todo eso me perturbe, no os preocupéis, mi señor —añadió con sorna y una triste sonrisa, forjada a través de un sufrimiento que prácticamente había sido continuo—. No os aburriré con la historia de cómo aprendí a leer y escribir, tanto mi lengua como la de los infieles, o dónde he estado en los últimos años. Solo os pondré en antecedentes porque me interesa: a diferencia de vos y vuestro hijo pequeño, he guerreado en demasiadas batallas, tanto personales como representativas de aquellos señores a los que siempre he servido mucho y bien.

»Pero creo que ha llegado el momento de reclamar lo que es mío. Me reconoceréis como vuestro primogénito y, por lo tanto, como el heredero legítimo del señorío de Proaza. Expresaréis vuestro deseo de que, a vuestra muerte, sea yo, y no Laín, quien se haga cargo de dicho señorío.

—¿Eso es lo que quieres a cambio de tu silencio?

—Se necesitaría mucho más para resarcirme de cada pérdida ocasionada por vuestro egoísmo,

de cada herida cicatrizada y de las que aún me sangran, pero me tengo por un hombre justo. No pido más de lo que se me debe. Y no voy a aceptar ninguna otra cosa, salvo vuestra vida. ¿Estáis dispuesto a dármela?

—¡Tendrás que matarme para que ceda a tus pretensiones por las buenas!

Los dientes blancos de Félix salieron a relucir cuando, veloz como el rayo, presionó el cuello del notable con el filo de su espada, hasta que esta rasgó la piel y un hilillo de sangre se escurrió por debajo de su camisa.

—Sea, pues —siseó, completamente decidido a llevarlo a cabo—. Con el sello que llevo al cuello, el documento que tengo en la mano y sin vuestra presencia; Laín será pasto de la horca.

Gonzalo cerró los ojos y apartó el gaznate lo justo para que la espada dejara de amenazarlo.

—¿Quién me asegura que, una vez redactada la carta, no vas a acabar conmigo?

—Nadie. Pero sí podéis pensar que no necesito mataros para hacer mucho más larga vuestra agonía.

—¿Me estás dando a elegir?

—Podéis verlo así. O me otorgais el lugar que hace tanto tiempo me arrebatásteis injustamente u os enfrentais a una acusación de traición que terminará con vos y vuestro hijo predilecto antes de que veáis pasar un nuevo amanecer.

Vio la derrota pintada en los ojos de su padre cuando se sentó e impregnó la pluma en la tinta. Una pequeña gota cayó de la punta y manchó la parte inferior del documento cuando comenzó a escribir. Parecía convencido de lo que hacía, pero Félix sabía que, desde el momento en que saliera por la puerta con una carta puebla que reconocía sus orígenes, estaría en peligro de muerte.

Pensó en Rosaura para recuperar la entereza que lo había hecho legendario. Iba a sacrificar una prueba irrefutable de la traición de don Gonzalo en aras de respetar su voluntad de no casarse con Laín. Aun habiéndose celebrado tal enlace, con esa carta en la mano, demostraría que él sería quien relevaría a su padre en el señorío de Proaza, no Laín. Por lo tanto, bien podría exigir su anulación... si es que todavía no lo habían consumado.

Imaginarlo siquiera lo llenó de tanta impotencia como rabia.

—Daos prisa —exhortó a Gonzalo, clavando la punta del cuchillo muy cerca del tintero—. Este documento, al igual que el vuestro, tiene una misión que cumplir.

—¿Se te acaba el tiempo?

Aquella brabuconada le valió una mano fuerte alrededor del cuello y un rostro oscuro, con sus fauces bien a la vista, demasiado cerca del suyo.

—No tan rápido como a vos, mi señor. —Cuando vio el sello de Proaza impreso en la carta, se acercó a la chimenea encendida—. Ya tengo mi don. Ahora, os concederé el vuestro.

Le dio la espalda dispuesto a quemar la evidencia de la traición de don Gonzalo, pero en el último momento dudó. A pesar de que una parte de él le advertía del error que estaba cometiendo, por primera vez en mucho tiempo se dejó llevar por lo que el corazón le dictaba.

El día de la batalla de Laciana se había separado de Rosaura durante una larga sucesión de años en los que experimentó de cerca lo que se sentía al vivir permanentemente en el infierno. Su espíritu había salido fortalecido de aquello; había sabido sobrevivir y aprender, pero aún, en las noches frías y solitarias, se despertaba sudoroso, gritando y con los dedos de las manos crispados, como si se agarrara a algo para salvarse... o para terminar de una vez.

«La puta de Kadyja».

Las despreciables palabras sonaron en el interior de su cabeza tantas veces que Félix tuvo que sacudirla para aferrarse a su presente y no a un pasado que le condicionaría para siempre.

Observó el pergamino consumiéndose en las llamas, y se giró hacia su padre.

—Es en estos momentos cuando me alegro de ser igual que madre —murmuró, avanzando hacia la salida sin perderlo de vista—. No os molesteis en intentarlo. Nunca encontraréis la carta puebla. Para eso, tendríais que desafiar incluso al tiempo.

No se paró a ver el efecto que sus palabras causaban en él y casi corrió, perdiéndose entre los numerosos guerreros que todavía celebraban los esponsales de Rosaura, hasta llegar a sus alforjas.

Sacó el espejo que planeaba regalarle con una sonrisa y un montón de planes en su cabeza que permanecieron a salvo de la persona que observó con atención el objeto, antes de perder de vista al capitán entre el montón de soldados y siervos.

El grito de rabia de Gonzalo camufló el puñetazo que descargó sobre la mesa con tanta violencia que el contenido del tintero se derramó.

El mensajero había sido interceptado, si no asesinado, por el capitán de las huestes del conde. Su hijo. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado un encuentro semejante.

El día que repudió a Ermenegilda y, con ella, a aquel mocoso de cuya paternidad empezó a dudar en cuanto supo de la infidelidad de su esposa, cerró la puerta a todo lo que pudiera ocurrirles. A partir de ese momento, él volvía a ser un hombre sin mujer, sin hijos reconocidos, sin nada que le impidiera tomar una nueva esposa y empezar de nuevo.

Eso fue lo que hizo con tanto empeño que incluso olvidó el pequeño detalle del sello que, en su casamiento, le había entregado a Ermenegilda, y que ella se había llevado.

Volvió a gritar, mientras mandaba a alguien en busca de la sierva.

Ese maldito sello era la prueba irrefutable del origen de Félix, si es que necesitaba alguna. Para su completa desgracia, aquel hombre contaba con la confianza ciega del conde, el cariño incondicional de doña Rosaura..., y también con una carta puebla donde él lo reconocía como su hijo mayor y legítimo heredero del señorío de Proaza.

Félix era inteligente, fiel a sus principios, valeroso, aguerrido y un guerrero fiel. En su larga vida había visto guerreros así. Nadie doblegaba su honor ni su orgullo, puesto que ambos se regían por recios principios que no admitían flexibilidad alguna.

No había hombre capaz de quebrar esa voluntad. Pero pudiera ser que hubiera una mujer.

Gonzalo la sintió aparecer en la habitación, a su espalda, aunque no se volvió. Lo que debía hacer era demasiado importante como para distraerse con los encantos de una hembra.

—Has tardado mucho —le recriminó con voz áspera.

—Lo siento, mi señor. Hoy es día de celebración y...

Gonzalo levantó la mano para interrumpirla y se dirigió hacia el rincón donde reposaba el pequeño cesto de mimbre. Con sumo cuidado, lo destapó y se apartó.

Ella observó, entre fascinada y aterrada, la cabeza de una cobra de buen tamaño, antes de que su señor volviera a colocar la tapadera del cesto en su sitio. Hasta ese momento no había reparado en el cesto ni mucho menos en lo que contenía.

—Acaban de traérmela. Por eso no te has dado cuenta antes. Eres de mi propiedad, igual que esta preciosidad —afirmó, girándose hacia ella para verla semidesnuda—. La compré hace tiempo, más allá del río Duero, a un mercader infiel, porque me pareció exótica. Como tú. ¿Entiendes el mensaje, mujer? Es tan venenosa que un ligero contacto con sus colmillos puede causar la muerte de un hombre. No me contraríes ni me traiciones con otros, y nunca la utilizaré contra ti. Desafíame...

—Decidme lo que puedo hacer por vos, y os complaceré, mi señor. Es lo único que deseo.

Aquella mujer poseía belleza suficiente para hartarlo en varias vidas, además de una ambición subyacente, pero tan natural en ella que le resultaba imposible de ocultar. Por mucho que quisiera aparentar humildad y buena disposición, él sabía que su entrega era tan fingida como sus intenciones.

Se sometía a sus deseos con otro fin, pero le divertía que pensara que lo tenía firmemente agarrado por la entrepierna, a punto de comer de su mano, solo por sus encantos femeninos.

—¿Sabes quién es el capitán del conde de Trabada? —preguntó.

—Apenas he tenido ocasión de verlo, mi señor.

—Se llama Félix y tiene en su poder un documento muy importante para mí. Necesito que lo recuperes antes de que amanezca.

—¿Os lo ha robado?

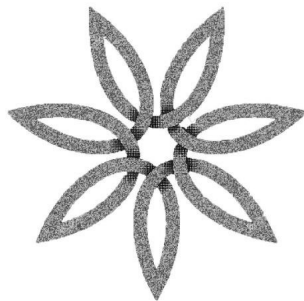
—Eso no es de tu incumbencia —casi rugió Gonzalo.

—Describídmelo al menos —pidió con los ojos bajos—. No quiero equivocarme si le sorprendo con varios documentos...

—Es una carta puebla.

—¿Entregada por vos? Comprendedme, he de distinguir vuestra rúbrica.

—¡Acabo de reconocerlo como mi primogénito en ese maldito pergamino! —gritó, señalando la puerta cerrada. Ella comprendió nada más verlo. Gonzalo se arrepintió de haberlo confesado, aunque después lo pensó mejor. Mientras la miraba con los ojos entrecerrados, supo lo que haría con ella una vez hubiera cumplido su cometido. Y su desazón se tornó en una tranquilidad que se reflejó en su sonrisa, tan cruel y fría como el resto de su gesto—. Me trae sin cuidado cómo lo hagas, pero recupera el documento. Después tendrás tu recompensa. Y no será mi trofeo —añadió, señalando el cesto que contenía la muerte misma.



Nueve

Rosaura se paseaba por sus habitaciones ataviada con su camisa para dormir.

Sin embargo, se sentía como si estuviera desnuda, desprotegida ante lo que se avecinaba.

La angustia, provocada por el miedo, bloqueaba sus pensamientos con un rugido más ensordecedor que los cascos de mil caballos acercándose al galope. No era que desconociera lo esencial del acto en sí. Lo había visto muchas veces en el apareamiento de los animales y alguna que otra espiando a las siervas en sus escarceos con los guerreros. Lo que de verdad la aterraba era el hombre a quien tendría que entregarse. La frialdad calculadora con la que la había despedido y la firme promesa de que terminaría aquello que había empezado en la ceremonia con su consentimiento o sin él.

No podía esperar a ser ofrecida en sacrificio como si Laín fuera un dios pagano, por mucho que su aspecto hiciera pensar en uno. ¡Tenía que escapar antes de que él apareciera!

Ignoraba de dónde salía la rebeldía que le impedía aceptar su destino como el de cualquier otra mujer o la zozobrante sensación de no pertenecer a ese tiempo, a esa tierra o a ese esposo impuesto, pero lo cierto era que allí estaban ambas, impulsándola a hacerse escuchar.

Se dirigió a la puerta dispuesta a buscar otro refugio, cuando el enorme cuerpo de Laín se interpuso.

Él le dedicó una mirada apreciativa.

—¿Ibas a algún lado, esposa mía? ¿Tal vez me echabas de menos y me buscabas?

—Solo deseaba hablar contigo —improvisó Rosaura al mismo tiempo que retrocedía.

—Hablar. Bueno, no tengo inconveniente en escucharte mientras me libero de mis ropas. —Laín se deshizo de sus armas para dejarlas en un escrupuloso orden, lejos del lecho nupcial, y continuó hasta quedarse completamente desnudo delante de ella con una naturalidad tan fluida que le pareció realmente espantosa—. Date prisa, mujer, porque no pienso pasarme la noche hablando. Tengo otros asuntos mucho más urgentes que atender.

—¿Te atreves a tratarme de «asunto»?

—¿Qué otra cosa podrías ser, más que un medio de aumentar las propiedades del señorío y procurar una descendencia digna de mí?

—¿Es que acaso la tienes indigna, mi señor?

—Tú serás la primera y la última. Al menos ostentarás ambos honores, una vez hayamos cumplido con el último trámite. —Su sonrisa ladina lo corroboró cuando la tomó por un brazo y,

en un desconcertante y brusco movimiento, la empujó sobre el lecho—. Estás deseosa de que te haga una mujer, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo dices?

—Que no espero nada de eso. Me has preguntado, y te estoy respondiendo. —Todo en él parecía preparado para imponerse a como diera lugar, pero ella no se dejó llevar por el miedo que le inspiraba. Si lo hacía, estaba perdida. Se incorporó para apoyarse sobre sus antebrazos y mirarle directamente—. No nos conocemos, y pareces tan poco entusiasmado como yo ante la obligación de yacer juntos. Te propongo un tiempo para que yo abandone mis reticencias, y tú las tuyas.

Laín abrió la boca estupefacto, un momento antes de que por ella saliera la carcajada más humillante que Rosaura había recibido en su vida.

—¿Piensas que no voy a ser capaz de cumplir? —preguntó. La indignación se reflejó en el rictus de su boca cuando se inclinó sobre ella—. Soy un hombre. Y eso es suficiente para que mi cuerpo responda a determinados estímulos. En este caso, tú serás la encargada de procurármelos.

—No pienso...

—No quiero que pienses, sino que actúes. —Laín atrapó su boca en un beso implacable, pero cruel y frío. Ella intentó apartarse, pero una mano de hierro la mantuvo sujeta por la nuca mientras sentía el filo de unos dientes apresando su labio inferior con saña para evitar que se moviera más de lo necesario. Era tan diferente del delicioso asalto que había sufrido con Félix... No. No debía pensar en él en ese momento. Si estaba en aquella situación era por su ausencia total de palabra y de actos. Debía centrarse en salir airosa de allí, así que recurrió a la misma estratagema que con el capitán. Permaneció impasible, escondiendo sus ganas de presentar batalla, hasta que su esposo se apartó con una mirada victoriosa—. ¿Lo ves? Si colaboras, todo será más rápido, fácil y efectivo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Por lo pronto, desnudarte. No conozco a nadie que se haya quedado encinta vestida.

La orden no admitía réplica. Rosaura cerró los ojos y se desprendió de su camisa para dormir con tanta calma que, cuando los abrió, vio la impaciencia pintada en la cara de su esposo, mezclada con una furia creciente.

—Ya está —dijo, intentando ignorar el examen al que fue sometida, sin conseguir, al parecer, el efecto deseado. Él se puso de rodillas a sus pies. No la tocó, pero ladeó la cabeza con ademán calculador. Rosaura levantó el mentón desafiante cuando el tiempo pasaba, y Laín permanecía en esa postura—. ¿Y ahora?

—Ganabas más vestida —replicó él con áspera desaprobación—. No conseguiré nada de ti por las buenas, ¿verdad? No me tocarás ni me la chuparás, ni siquiera empezarás a gritar pidiendo auxilio cuando intente montarte...

—¿De qué me serviría? —Sus ojos chispeaban mientras recitaba cada una de esas posibilidades. ¿Qué clase de monstruo podría encontrar placer con los gritos de dolor ajenos? Ni siquiera quiso pensar en las demás insinuaciones soeces. La idea de meterse en la boca aquel trozo de carne que le colgaba laxo entre las piernas le resultó tan repugnante que tuvo que contener una náusea antes de que sobrepasara la barrera de su garganta—. Mis gritos no alertarían a nadie. Eres mi esposo. Tienes el derecho a hacer conmigo lo que te plazca.

—Que es precisamente lo que voy a hacer. Ya me he cansado de postergar lo que va a ocurrir en beneficio de tus peroratas, mujer. Deberías saber que nada de lo que pienses puede llegar a interesarme, mucho menos a hacerme dudar. ¿Creías que podrías distraerme eternamente? ¿Que de

verdad iba a plantearme las insensateces que me has propuesto solo para darte la opción de poder escapar? —Volvió a inclinarse sobre ella, pero esa vez con todo su cuerpo actuando de barrera inquebrantable entre ella y la puerta que representaba su escapatoria. Se estaba comportando como lo que realmente era, como su percepción le había advertido: cruel, frío, implacable. Un guerrero que no admitía la derrota—. No me subestimes, esposa, que yo tampoco lo haré contigo. Es posible que poseas más inteligencia que el común de las mujeres, pero no más que yo.

Rosaura echó atrás la cabeza para evitar un contacto más íntimo con él y apretó las rodillas entre sí cuando Laín empujó hacia delante intentando abríselas, pero supo que cualquier intento de resistencia por su parte sería inútil. Y que cualquier provocación se convertiría en una excusa para verter su ira contra ella. Lo vio con claridad en sus ojos fríos, en sus labios estirados, en la mano que clavaba los dedos en su cuello y en la otra que intentaba abrirse camino entre sus piernas.

—Tengo ganas de terminar con todo esto —susurró contra su oído, antes de propinarle un mordisco en el lóbulo de la oreja que le provocó un quejido de dolor. Su cuerpo se tensó bajo el de él. Toda ella clamaba por rebelarse, pero apenas pudo moverse—. ¿Colaborarás?

—No.

—¿Me tocarás como merezco?

—Es posible que te toque como mereces, pero no como deseas.

Su espíritu permanecía intacto, indómito. Así se lo dijo con cada partícula de su cuerpo, y así lo recibió él. Sus ojos claros se entrecerraron hasta convertirse en en dos rendijas cuando, a pesar de su oposición, posó la mano libre sobre su sexo y lo pellizcó. No dejó de mirarla ni siquiera cuando supo que el dolor producido le hacía contener un nuevo grito. La sacudió, esperando sonsacárselo, y apretó los dientes cuando vio el desafío implícito en aquel silencio empecinado.

Laín esbozó una sonrisa escalofriante.

—Conseguiré aquello que me excita —prometió contra su boca—. Juro por mi vida que, antes de que termine contigo, me suplicarás. Y ese será mi mejor afrodisíaco.

Abandonó su cruel entretenimiento y se incorporó. Empezó a acariciarse el miembro flácido, a frotárselo con tanta energía, con tanta urgencia por conseguir que se endureciera, que la situación sobrepasó el miedo de Rosaura. En otras circunstancias, hubiera prestado más atención al escozor que le latía entre las piernas y al poder que irradiaba la bestia que tenía delante. Pero, el pánico ante la inminencia de lo que iba a ocurrir, la sensación de sentirse impotente, encerrada, insignificante; la hizo reaccionar de la peor manera posible.

Se rio.

Al principio no fue más que una risilla apenas audible, acompañada de una mirada fija en las partes de Laín, que se negaban a reaccionar como deberían, pero luego se convirtió en una carcajada histérica, demasiado ofensiva para él.

Laín captó su significado. Y la abofeteó con tanta fuerza que la cara empezó a arderle cuando cayó desmadejada sobre el lecho.

—No... vas... a... poder... —murmuró, negándose a rendirse.

—¿Eso crees? Sé conseguir los gritos de una mujer Y los tuyos terminarán por ser míos. Ah, veo que he captado tu atención —añadió cuando abandonó el lecho y, sin perderla de vista, sacó del arcón un objeto que no dudó en mostrarle.

Era un pene metálico que consiguió que Rosaura enmudeciera de inmediato.

Lo miró sin parpadear, desconcertada, hasta que vio cómo él regresaba al lecho sin desviar sus ojos de ella, del terror reflejado en cada músculo de su cara.

—Él es infalible —añadió con perversa satisfacción. Sonrió al comprobar cómo la fortaleza

de Rosaura se derrumbaba. Sabía que en aquella ocasión no bromeaba, y eso lo excitaba cada vez más—. Tan frío e inmisericorde que arrasa allá por donde pasa, mi señora. Sé que sois muy osada... ¿Queréis que probemos con él o preferís el de carne y hueso?

Lo movió a un palmo de su cara con despreocupación, como si el hecho de que su pulso se hubiera disparado por el miedo no le importara. Y, cuando comprobó cómo las pupilas de Rosaura se dilataban y el color huía de sus mejillas, comenzó a acariciar su propio miembro.

En aquella ocasión, respondió a sus caricias. En medio de su absoluto pavor, Rosaura pudo ver cómo se endurecía y aumentaba de tamaño mientras su dueño no dejaba de observarla.

Reptó hasta el extremo del lecho en un intento desesperado por escapar, pero Laín la atrapó de los tobillos y tiró de ella.

—¡No, aléjate de mí! —chilló, a sabiendas de que, aunque alguien la oyera, nadie la socorrería.

Intentó patear ante la fuerza descomunal de su esposo, que se abalanzó sobre ella a base de golpes para reducirla. Rosaura se revolvió como un animal salvaje, pero solo pudo arañar su cara perfecta hasta arrancarle una mirada incrédula cuando se tocó las heridas y vio la sangre en sus dedos.

—Pagarás cara cada gota, perra —musitó, antes de que una lluvia de puñetazos cayera sobre su rostro, sus pechos, sus costillas e incluso su vientre.

Solo cuando la visión empezó a resultarle borrosa y un pitido insistente se instaló en sus oídos, él cesó en su implacable ataque.

Le costaba trabajo respirar; sus fuerzas la abandonaban al mismo tiempo que sus párpados se hinchaban y tragaba su sangre a borbotones. El dolor le comprimía el cuerpo, pero, cuando lo vio acercarse, apretó los dientes.

Laín acababa de desatar el infierno en la tierra. Aprovechando que su ataque la había dejado exhausta, la giró para tenerla de espaldas. Con un brazo la incorporó por la cintura hasta ponerla a cuatro patas, mientras con la otra mano la obligaba a separar las piernas.

—Ahora sabrás lo que es un hombre, ramera del demonio. Veremos si logro someterte o no.

Rosaura se sacudió. Gimió en medio del delgado hilo que la separaba de la inconsciencia cuando sintió el rígido miembro avanzando entre sus piernas e intentó librarse del enorme cuerpo que sentía a su espalda, pero era como luchar contra un muro de piedra con las manos atadas.

Se tensó hasta donde le fue posible. Se mordió la lengua, pero finalmente su resistencia se derrumbó. Gritó. Fue un sonido rasgado, oscuro y penetrante, que llenó la habitación.

Lo siguiente fue una oscuridad a la que se abrazó para extinguir su agonía.

—¡Doña Rosaura ya es mía!

El grito de Laín lo dejó congelado en la entrada a la sala donde todavía se celebraba el casamiento.

Había llegado tarde. Demasiado tarde para cualquier cosa.

Dolor, miedo, furia, rabia infinita contra sí mismo y contra el hombre que acababa de proferir aquellas palabras. Todas esas emociones se agolpaban en su cabeza, listas para salir cuando, con una simple mirada de reconocimiento hacia las personas que abarrotaban la sala, supo que tando doña Jimena como doña Munia o incluso doña Alana se preparaban para subir, tan alarmadas como él.

No las esperó. Afrontó los escalones de dos en dos, al mismo ritmo que el golpeteo de su corazón, y tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre Laín cuando vio la sábana que portaba

ante sus hombros con un ademán de victoria.

Demasiado ensangrentada como para tratarse de una doncella arrancada.

La había forzado brutalmente. Podía entender lo que ella había padecido sin ningún esfuerzo.

Cerró los ojos cuando las imágenes le llenaron la mente hasta que le impidieron respirar, ocultó el espejo bajo su sobreveste y avanzó entre los hombres que le rodeaban hasta llegar a Laín.

Despellejarlo vivo. Destriparlo y después colgarlo de sus propios intestinos para su simple regodeo.

Las posibilidades de acabar con él eran tantas y tan variadas que ninguna parecía saciar su sed de sangre y venganza. Ver aquella sábana disparaba todos sus instintos de una forma fulminante.

Aun así, los contuvo como pudo.

No tenía derecho a recriminarle nada, mucho menos delante de los hombres.

Solo podía rumiar su frustración mientras, por el rabillo del ojo, veía cómo las mujeres penetraban en la estancia de una en una, casi con miedo, para terminar profiriendo una exclamación que le puso la piel de gallina.

Ignoró a Laín, que se marchaba para festejar su dudosa hazaña con el resto, y a la cólera que amenazaba con dominarlo. De pronto, solo importaba lo que encontraría en aquella habitación.

Entró como un vendaval, pero, cuando vio lo que tenía delante, tuvo que contenerse para no soltar un alarido y correr tras el artífice de semejante ultraje.

Rosaura yacía boca abajo, completamente desnuda y rodeada de sangre. Por un momento fatal, Félix pensó que estaba muerta. Y no era el único. Jimena se encontraba arrodillada en uno de los lados con la tez más pálida que la de su sobrina, mientras Alana y Munia aguardaban un poco más allá.

Él no esperó permiso. Dejó caer el espejo junto al cabecero y se inclinó hacia ella con el corazón en un puño cuando le apartó el pelo de la frente. El precioso rostro de la muchacha estaba irreconocible con los párpados inflamados, los labios rotos y múltiples moratones que se extendían al resto de su cuerpo. Su cabeza dejó de funcionar ante semejante espectáculo. Tuvo que contener las lágrimas de impotencia cuando alargó la mano y la dejó suspendida sobre su mejilla, por miedo a dañarla todavía más si la tocaba.

La bilis le subió a la garganta y le hizo temblar.

La habían casado con un salvaje sin escrúpulos que había anulado su espíritu, lo más valioso que la acompañaba. Aquel cuerpo desmadejado no tenía nada que ver con la enérgica libertad que Rosaura proclamaba y que lo había cautivado incluso antes de saber que era a ella a quien había besado. Su ingenio, su valor, eran rasgos únicos que la habían hecho diferente desde el primer momento.

—Buen Dios, Félix, está malherida...

Los delicados dedos de la condesa sobre su brazo le hicieron reaccionar. Jimena tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas. Félix miró por encima de su hombro para encontrarse el horror en doña Munia, y una expresión extraña en Alana que le obligó a reaccionar.

Con la angustia más profunda prendida en su garganta, gritó:

—¡Llamad a doña Teodomira! ¡Ella es la única que puede ayudarla!



Diez

—Las alturas son malas, las alturas son malas...

Rosaura se convulsionó sobre el lecho con violencia, como si en verdad hubiera caído desde una gran distancia para estamparse contra el suelo. Como consecuencia, un dolor similar al de miles de agujas perforándola se multiplicó por cada uno de sus músculos.

Fue consciente de la pesadilla que acababa de tener, de su debilidad y del tormento que producía su sufrimiento, pero no quería abrir los ojos. No quería seguir pensando, porque la realidad que se abatía sobre ella era mucho peor. No obstante, terminó por hacer ambas cosas para distinguir una sombra oscura, grande e indefinida, inmóvil junto a la chimenea crepitante, dándole la espalda.

Laín. Fue el primer nombre que le vino a la cabeza y su cuerpo actuó con el instinto de supervivencia de un animal moribundo.

Intentó incorporarse. No importaba lo maltrecha que estuviera ni el escozor infame en determinadas partes de un cuerpo que ya no sentía como suyo. Le traía sin cuidado que él enarbolara sus derechos como esposo para volver a repetir aquellos actos las veces que deseara, exigiéndole mansedumbre y aceptación pacífica porque no le brindaría ninguna de las dos cosas, pero tenía miedo. Un terror atroz a volver a sufrir aquello que la hacía sentirse débil y miserable.

—No... volverás... a... tocarme...

Después de intentar incorporarse con todo el sigilo posible para poder huir antes de que él se diera la vuelta, un aullido de dolor la delató.

Se derrumbó sobre el lecho sin fuerzas para resistirse cuando el hombre se giró con brusquedad hacia ella. Rosaura se encogió instintivamente, preparándose para sufrir otro infierno en sus manos. En secreto, rogó para que este pusiera fin a su vida si no podía luchar contra él, pero se sorprendió al sentir el calor de una mano conocida sobre su frente.

—No lo hará, mientras yo pueda evitarlo. —Esa voz no era la de Laín. Ni aquel cabello negro como la noche, aquellos ojos oscuros, penetrantes y angustiados. Ni aquel rostro de facciones marcadas; barba corta y mandíbula cuadrada, como cincelada por la mano de un maestro ni la ternura que emanaba de su tacto a pesar de la aparente rudeza que tensaba cada músculo de su cuerpo de guerrero—. Nos atacaron —continuó hablando él—. Tuvimos que tomar otro camino para perderlos. No llegué a tiempo. Lo siento. Te prometí que vendría antes de tu casamiento y te fallé.

—Intenté defenderme...

Rosaura cerró los ojos con alivio cuando sintió el frescor de un lienzo húmedo, pero su resistencia se quebró. No pudo contener las lágrimas que se le escaparon sin remisión al recordar

la tortura vivida, empapando sus mejillas.

—Lo sé. Vi los arañazos en su cara mientras él presumía delante de sus hombres. —Había ira contenida en cada una de sus palabras. Con un sonido sibilante que delataba su sufrimiento, dejó el lienzo a un lado y tomó su cara entre las manos para terminar apretándola contra su pecho con cuidado de no dañarla—. Buen Dios, le hubiera matado con mis propias manos, muchacha.

Pero no lo había hecho. Sus brazos temblaban mientras la mantenía encerrada cerca de su corazón.

Su contacto era tan cálido, tan reconfortante, tan envolvente con el sonido quedo de su respiración que Rosaura se dejó llevar. Imaginó que las lágrimas silenciosas que vertía sobre aquel pecho eran el caudal de un río furioso que se llevaba con él toda la ponzoña. Toda la maldad. Cada huella impresa en su cuerpo. Cada recuerdo pernicioso y lleno de un veneno que la había alcanzado de pleno.

Permaneció así por un tiempo indefinido. Se vació en él sin pronunciar una sola palabra, aferrada a sus ropas como si temiera caer si de pronto la soltaba. Como si temiera morir si no lo tenía cerca. Hasta que, poco a poco, sus sollozos dieron paso a retazos de una fuerza que la llevó a elevar la cabeza para toparse con los ojos negros.

—¿Él...? —No pudo pronunciar su nombre porque el gesto descompuesto del capitán ocupó todos sus pensamientos, junto con el resto de la pregunta que no salió al exterior.

—No se ha acercado ni se acercará si yo puedo impedirlo.

Con aquellas palabras, la realidad que había rodeado lo ocurrido recuperó todo su peso.

¿Podría o querría?

Estaba tan asustada y agotada, como furiosa y dolorida. Necesitaba echar fuera todo ese cúmulo de emociones que la confundían y decidió ser dura con él.

No se paró a pensar si también era injusta hasta que no lo oyó respirar hondo. De pronto, la intimidad creada por aquel abrazo y su calidez la abandonaron cuando él, con los párpados entrecerrados al verla apartarse, siguió aliviando su dolor físico con el lienzo.

—Permitiste el casamiento —le recriminó—. Permitirás el resto.

—El conde ha tenido que contenerse para no iniciar una guerra en sus propias tierras después de ver tu estado. Ha estado a un paso de matar a tu esposo con sus propias manos, pero, en lugar de eso, me ha ordenado vigilar tu puerta día y noche, dejando entrar solamente a tu abuela, la condesa y las siervas. Llevamos cuatro jornadas cuidando de ti mientras don Laín se limita a esperar. —Parecía una excusa que a ella le sonó demasiado débil. Después de un momento de silencio, levantó hacia ella un rostro surcado por el tormento—. ¿Qué más esperas de mí, muchacha? Si no quieres que abandone la habitación, no lo haré. Si me pides que siga apostado en la puerta, allí estaré. Lo que sea con tal de expiar mi culpa.

—Te conozco —insistió Rosaura con el mentón alzado y herida en lo más profundo de su orgullo.

—No me conoces en absoluto ni yo a ti. Hemos pasado demasiado tiempo separados para eso.

—Excusas, capitán. No soy tan tonta como para creérmelas.

Félix abrió la boca dispuesto a explicarle las condiciones físicas que en su día le pusieron a prueba para hacer de él un hombre diferente al que ella había visto por última vez, pero solo apretó los dientes y entrecerró los ojos con fiereza.

Tendría que estar muy desesperado para confesárselo.

—Nunca pensé, ni pensaré, tal cosa. Pero sí creo que te muestras imprudente al insistir en algo que no es de tu incumbencia —respondió con voz áspera—. Esperaba que ese notable se comportara como tal contigo y por eso estaba seguro de que era lo mejor para ti, pero me

equivocé.

—En todo. Incluidas tus intenciones.

—¿Qué intenciones?

—De haber llegado a tiempo no lo hubieras impedido. Reconócelo.

Rosaura se apartó lo que pudo del efecto calmante del lienzo húmedo. Necesitaba poner distancia; porque, aunque todo en ella le gritaba que volviese al consuelo de sus brazos, la expresión adusta de Félix le indicaba que decía una verdad por la que su corazón empezó a sangrar mucho más de lo que lo había hecho su cuerpo. Buen Dios, ¡lo último que quería era castigarlo con crudas recriminaciones! Pero debía asegurarse, protegerse de sus propias dudas. Estaba a punto de dejarse llevar por la presencia cercana de aquel hombre, por la atracción que la arrastraba. Cerró los ojos, intentando aferrarse al recuerdo que tenía de él. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con que Félix permanecía inmóvil con los ojos empañados por la dureza de lo que acababa de escuchar clavados en su rostro. Creyó que se apartaría, pero se equivocó. Le recorrió la suave tersura de sus mejillas con la yema del dedo, embobado por la humedad de las lágrimas que todavía permanecían en ellas. Se acercó tanto que Rosaura pudo sentir el calor de su aliento en la nariz. Sus pupilas se dilataron cuando se clavaron en su boca, mientras repasaba con el lienzo la base de su cuello con una lentitud exasperante que le provocó un inesperado calor.

Rosaura tragó saliva y vio cómo la nuez de Félix subía y bajaba haciendo lo mismo. Después de lo que había padecido, no tenía miedo de que él la besara. Ni siquiera suponiendo el estado en el que estarían sus labios. ¡Oh, santísima Virgen, deseaba tanto aquel contacto!

Cerró los párpados un instante, disfrutando de la suavidad de los dedos de Félix y se balanceó tenuemente hacia delante buscando incentivarlo. Hacerlo casi eterno.

Hasta que escuchó su suspiro y volvió a mirarlo en el instante en que se apartaba de ella.

No volvería a besarla.

La rechazaba, como si el hecho de herir su orgullo de esa forma no le importara lo más mínimo.

Pensó en gritar su frustración, pero se tragó el nuevo cargamento de lágrimas e irguió la cabeza con una expresión fría e implacable en el rostro.

Si él podía esconder sus emociones, ella no le andaría a la zaga.

—No hubiera podido evitar el casamiento sin perder la vida. Créeme si te digo que nunca he tenido que hacer algo tan difícil como asumirlo —murmuró Félix con voz queda—. Laín tenía derecho. Lo sigue teniendo, aunque me queme la lengua y el alma al decirlo. Pero ha rebasado los límites de ese derecho. Y lo ha hecho con alguien muy querido para mí.

—Así que me quieres.

—Sabes que sí.

—Pues es una pena, porque yo te odio, capitán. Tanto y tan profundamente que...

—Muchacha, es la tercera vez que me lo dices, y estoy poniéndome malditamente enfermo de oírlo. —Félix se alejó del lecho con firmeza. No pudo ver su expresión hasta que no regresó junto a ella portando un pequeño espejo que presionó contra su pecho. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa; le había dolido su última afirmación, le había enfurecido, pero controlaba ambas emociones con la misma eficacia que el resto—. Mi regalo por tu casamiento.

Era un reproche disfrazado de suavidad que la irritó. Sabía que no estaba siendo lógica, pero lo cierto era que acababa de salir del mismísimo infierno, y no sabía cómo lidiar con aquel hombre que parecía supeditar sus cinco sentidos a ella mientras aparentaba indiferencia al respecto.

—¡Casi muero! —gritó, enrabiada, al verlo incólume, como si estuviera hablando a una

atractiva, vigorosa y varonil estatua de mármol.

—Y nunca lo lamentaré lo bastante.

—Entonces, ¿entenderás que te...!

No terminó la frase. Félix se inclinó sobre ella y puso un dedo sobre sus labios.

El gesto fue inesperado, pero tan tierno que Rosaura dejó de respirar. Parecía concentrado en aquella parte de ella con los ojos clavados en su boca y la mandíbula endurecida. Una especie de latigazo la atravesó de parte a parte con aquel contacto al mismo tiempo que a él, puesto que retiró el dedo y parpadeó desconcertado, como si no esperara sentir lo que fuera que estaba sintiendo, y que se acercaba demasiado a un rechazo sin haber existido un ofrecimiento previo.

—Deseas poder odiarme, pero no lo consigues con la suficiente fuerza —murmuró con todo su aplomo recuperado—. Lo veo en tus ojos, Rosaura. Donde debería haber un enorme vacío producto de ese odio que esgrimes como defensa, hay algo muy peligroso. Ese beso que te ronda por la cabeza fue producto de mis intentos por dominar a una muchacha díscola cuya identidad desconocía.

—Lo que sentí al recibirlo no tiene nada que ver con lo que he vivido en este lecho. —No podía recordar lo pasado sin desear deshacerse en lágrimas, pero rememorar cada sensación despertada con el beso de Félix era como un bálsamo reparador, y no renunciaría a ello—. Es posible que me veas como a una niña, pero sé distinguir lo que mi cuerpo me dice y, en ambos casos, me habla de cosas completamente diferentes. El día y la noche. El bien y el mal. Tú y Laín.

—Fue algo impropio. Perjudicial para los dos. Estás casada. De momento perteneces a otro hombre. —¿De momento? ¿Qué había querido decir con eso? Félix se incorporó y adoptó una postura mucho más formal mientras le dedicaba una mirada oscura, penetrante, que la recorrió entera con exasperante lentitud, haciendo que se estremeciera—. Olvidaos de lo ocurrido. Haced lo que creáis que debéis hacer para conseguirlo, pero no volváis a decirme que me odiáis a no ser que sea cierto, doña Rosaura. Nunca.

Rosaura no podía recordar la última vez que Félix la había llamado así, pero con aquel trato acababa de marcar distancias. A pesar de la fuerza con la que hablaba, de ese tono bajo de su voz que guardaba una advertencia mucho más peligrosa que cualquier grito, pareció derrotado cuando se encaminó hacia la puerta sin que mediara despedida entre ellos antes de desaparecer.

Teodomira le relevó, armada con un par de sus ungüentos en sendos tarros de barro.

Se quedó mirando al imponente guerrero y después sacudió la cabeza con severidad cuando se acercó a ella.

—Al parecer no has aprendido nada —la regañó—. ¿Es que tu esposo no te ha mostrado la diferencia entre amor y odio, para que trates de esa manera al hombre que ha velado tu sueño? Menos mal que has despertado, aunque, ¡vive Dios que no has recuperado la consciencia!

Rosaura se mordió la lengua. No quería reconocer que se sentía tan culpable que apenas podía hablar. Y que el miedo había regresado en el momento en el que Félix se había marchado.

Laín volvería. Las leyes humanas y divinas estaban de su parte.

—Tu esposo no volverá a atormentarte. Él lo impedirá. —Teodomira parecía muy concentrada en aplicar bálsamo en sus costillas, pero sonrió al adivinar su perplejidad—. Ay, niña, ¿no sabes ya que puedo leerte los pensamientos?

—También veis el futuro, pero no me advertisteis acerca del mío.

—Las cosas son así para nosotras. No eres la primera ni serás la última. Pero puedes hacer algo bueno de esa inquina que ahora mismo llevas dentro, mi niña.

—¿Cómo?

Teodomira señaló hacia el ventanuco.

—Has visto los árboles de ahí fuera cientos de veces. Yo te he enseñado a percibir su energía. ¿Ha muerto alguno por una rama rota? ¡No! Pero siguen creciendo. Te has convertido en una mujer, no por lo ocurrido aquí, sino por la fortaleza que eso debe otorgarte. —La anciana abrió los brazos y acogió a Rosaura en ellos—. Lloro si quieres. Grita y maldice, pero, cuando te hayas desprendido por completo de tu pena, tu amargura y tu impotencia; usa tu inteligencia. Hasta un acto como el que has sufrido tiene un lado bueno si sabes buscarlo. Solo debes mirar dentro de ti. —Le entregó el espejo que le había regalado Félix y señaló el dibujo que presidía el marco: una flor con siete pétalos—. Algunos objetos, además de ser preciosos, tienen alma. Este es uno de ellos. Y su alma servirá para protegerte. Para salvar a Félix, porque él arriesgará mucho más que su vida por ti.

Hasta su último suspiro se convirtió en escarcha cuando la escuchó.

Un miedo desconocido hasta el momento se apoderó de ella al pensar en esa vida, en el hombre que había creído muerto y que había echado de su lado con sus caprichos sinsentido.

El simple hecho de perderlo de nuevo la mareó.

—¿Está en peligro? —se atrevió a preguntar, aplastando el espejo contra su pecho.

—Siempre que tú lo estés. Y con mucho gusto por su parte.

Otro acertijo más sin respuesta.

Rosaura cerró los párpados, contrariada, y dejó caer la cabeza hacia atrás con un resoplido.

Cuando los volvió a abrir, su abuela ya no estaba con ella. El agradable calor que desprendía el fuego se había disipado, dando lugar a una ligera y gélida brisa que movió sus rizos negros hacia delante.

Y alguien depositó unas inesperadas palabras en lo más hondo de su mente:

—*La muerte se abatirá sobre él y el pájaro sobrevolará el escenario de su desgracia. Todo aparecerá en su contra; pero, cuando las estrellas conquisten la tierra, vuestro tiempo empezará.*



Once

Aquella boca dulce de labios llenos, dispuesta a acoger la suya, maltratada hasta lo indecible.

Los gloriosos rizos negros que enmarcaban un rostro bello y lleno de fuerza, lacios y apagados.

Los pechos turgentes que se habían apretado contra el suyo mientras trataba de reducirla con aquel beso que le retorció las entrañas de secreto placer, marcados a base de golpes.

Y, sobre todo, aquellas dos esmeraldas refulgentes, rodeadas por espesas pestañas negras, apagadas tras unos párpados amoratados. Reprochándole su ausencia.

Aquel malnacido la había destrozado. Tardaría en sobreponerse a lo que había vivido, pero Félix estaba seguro de que lo haría. Las imágenes más hermosas de ella se sobreponían a las más amargas, consiguiendo que la sangre corriera más deprisa por sus venas para acumularse entre las piernas. A pesar de eso, nada podía apagar su sed de venganza, el torbellino de ira que burbujecía mientras fijaba la atención en su enemigo.

Laín se ejercitaba en el patio de armas con los guerreros de su padre, seguro de que ninguno de ellos se atrevería a derribarlo por temor a las represalias, aunque ignoraba que su situación cambiaría. La carta puebla estaba a buen recaudo. Y eso era mucho decir, teniendo en cuenta que probablemente el señor de Proaza habría puesto tras él a toda una horda de guerreros para averiguarlo. Pero no podía arriesgarse a mostrársela a don Martín todavía. Debía encontrar el momento adecuado; de lo contrario, no le cabía duda de que Rosaura pagaría las consecuencias.

—Estás demasiado ocioso, Félix. ¿Agotado de velar el estado de doña Rosaura?

—Sin duda, mi señor. —Nuño le observaba con su habitual expresión socarrona que le arrancó una sonrisa—. ¿Y vos? ¿Ya habéis haraganeado lo suficiente en el lecho?

—Hubiera haraganeado mucho más de haber disfrutado de la presencia de Alana en él, pero las cosas no están tan bien como deberían para que semejante milagro suceda.

Parecía apenado además de desmejorado.

—Cabe pensar que, con esas «cosas», os referís a la emboscada de la que escapamos y no de vuestra situación personal con respecto a vuestro hermano —apuntó Félix.

—Digamos que todo está cociéndose al fuego. —Nuño se encogió de hombros. Con el movimiento, una mueca de dolor le llevó a tocarse la parte herida. Aparentemente, ataviado con el peto de cuero utilizado para los entrenamientos y su espada envainada, parecía dispuesto a participar, pero Félix sabía que no lo intentaría siquiera—. Mi supuesto hermano...

—Don Hernán es vuestro hermano, os guste o no.

—Don Hernán insiste en que mi casamiento con Alana no es válido. Se ha convertido en mi sombra. No deja de arrojarme datos de mi supuesta vida como notable, como si yo fuera un perro capaz de seguir el rastro. Espera que mi memoria se abra camino, pero de momento no ha obtenido resultados.

—Todo puede ayudaros, don Nuño. No desechéis nada antes de darle un lugar en vuestra cabeza.

—Es complicado dar un lugar a una hembra llamada Inés cuando estás casado con otra. Alana se muestra distante, como si esperara algo por mi parte para volver a mí. Y eso me está matando.

—Tengo entendido que no se ha despegado de vuestro lecho mientras os recuperabais.

—Pero ha corrido al de Rosaura en cuanto he abierto los ojos —resopló Nuño—. Y lo peor de todo es que no soy capaz de obligarla a lo contrario. Por muy esposa mía que sea, el nombre de Inés a veces viene sin avisar, solo para llenarme de dudas.

—¿La recordáis?

—Más bien recuerdo lo que sentía por ella. O lo que todavía parece que puedo sentir. De cualquier modo, no importa. Inés es la esposa de mi otro hermano, a quien tampoco recuerdo, y estoy a punto de perder a la mía. ¿Qué más puede pasar? ¿Que don Gonzalo se salga con la suya y la dote de doña Rosaura sirva para alimentar intereses traidores? ¿Qué hiciste con el documento, Félix?

En ese instante don Martín se cruzó entre él y Laín. El conde detuvo su caminar justo frente al esposo de Rosaura. Incluso desde la distancia, Félix pudo intuir la furia que lo dominaba. La cólera que tuvo que reprimir sujetando con fuerza la empuñadura de su espada mientras sus ojos, tan verdes como los de su Rosa, perforaban la seguridad de Laín con la facilidad de un cuchillo hundiéndose en la mantequilla caliente.

—En algún momento, una justicia más alta que la mía dará buena cuenta de ti, malnacido —lo escuchó sisear, antes de que siguiera su camino.

Supo que Laín también lo había oído porque tuvo la satisfacción de verlo palidecer, hasta que se recompuso y prosiguió con sus ejercicios.

Félix se giró hacia Nuño y le entregó su hacha.

—Cuidadla, os lo ruego —pidió sin despegar sus ojos de Laín y el pequeño corro que se había formado a su alrededor—. Si algo llegara a sucederme...

—¿Por qué ha de sucederte algo?

—Entregádsela a doña Rosaura junto al sello que pende de mi cuello. Aseguraos de que no se despegue del espejo que le he regalado y decidle que todo ha sido por mejorar su futuro. Su vida —añadió. A continuación, se encaminó hacia Laín con la espada desenvainada—. Veo que necesitáis un instructor a vuestra altura, don Laín. Vuestros hombres os temen demasiado como para dejar al descubierto vuestros errores.

—¿Y tú vas a ofrecerte? Porque, si es así, quiere decir que mi amada esposa ya está repuesta. De hecho, creo que tengo que agradeceréte, ¿no es cierto? El amantísimo padre cuidando de su cachorrita herida. Qué tierno...

La sangre le burbujeó en las venas, pero mantuvo su férrea postura.

—Erráis, mi señor —señaló con aparente tranquilidad—. No soy su padre y dudo mucho que doña Rosaura sea vuestra, esposa o no. En cuanto al resto, podéis agradeceréme durante la pelea.

—¿Pelea? —farfulló Laín, dando un paso atrás cuando el capitán enarboló su espada para que el resto se apartara hasta formar un corro a su alrededor—. ¿Quieres pelear conmigo, viejo?

—Tened en cuenta que he servido al padre del mismísimo Lobo Gris, por no hablar del conde de Trabada. ¿Quién mejor para mostraros vuestras debilidades que este... viejo?

Había colocado el cebo. Así que no tenía más que picar. Y picaría. Lo vio en sus ojos entornados por la duda, en su mirada huidiza cuando abarcó a todos los presentes, envueltos de pronto en un severo mutismo, y en sus labios estirados en una mueca de odio por haberlo puesto en semejante situación.

Si no aceptaba, sería considerado un cobarde. Si aceptaba, tenía muchas posibilidades de terminar humillado bajo las buenas artes de un guerrero curtido en mil batallas como él.

Se sentiría acorralado. Como consecuencia, cometería muchos más errores de los que le había visto cometer, lo cual le daría un motivo para descargar sobre él esa furia que le corría por el cuerpo como si fuera una serpiente venenosa cada vez que lo imaginaba poniendo aquellas sucias manos sobre cualquier parte de Rosaura.

Sería una pequeña lección antes de ocupar el lugar que le correspondía. A partir de ahí, dedicaría todos sus esfuerzos a deshacer aquel casamiento para devolver la libertad a Rosaura.

—De acuerdo, si es lo que quieres —aceptó Laín en tono de mofa, despertando las risillas de más de uno de sus acólitos, que se prepararon para presenciar el combate—. No serás más que un zumbido molesto en mi oreja dentro de poco.

—Me alegro de que estéis tan seguro de eso, mi señor. Con suerte para vos, así será.

Los primeros choques sirvieron para que ambos tomaran contacto, midieran fuerzas y analizaran debilidades. Ahí, Félix tenía las de ganar. Laín era demasiado impetuoso. Se vanagloriaba de su estirpe, de su sangre, pero carecía de su experiencia. No obstante, le costó no ceder al instinto sanguinario que le impulsaba a rebanarle la garganta, cercenar cualquier miembro de su cuerpo, preferiblemente el que tenía entre las piernas, asesinarlo como merecía. Apeló al sello que todavía le colgaba del cuello y rechazó las imágenes de Rosaura brutalmente golpeada con aquel precioso cuerpo lleno de moratones, de sangre seca, de orgullo destrozado.

—Lección número uno, mi señor: nunca debéis pensar que un rival es más débil que vos dejándoos llevar por las apariencias —recitó cuando lo vio trastabillar por un brutal mandoble de su espada. Después de sostener su arma sobre la cabeza para descargar un golpe que fue repelido a duras penas, sonrió y se apartó—. A veces, la víctima puede tornarse en verdugo.

Era una amenaza velada. La primera de sus alusiones a Rosaura que Laín no captó.

Bastante tenía con recuperar el aliento después de su último golpe de espada que lo envió varios pasos lejos de él, hasta chocar con sus propios hombres.

—¿Tienes algo que recriminarme, viejo? —escupió.

—No soy quién, mi señor. Pero, en mis manos, mis armas suelen hablar por mí. ¡Vamos!

Lo pilló desprevenido cuando la superficie de su espada lo golpeó en las costillas hasta derribarlo. Fingió ayudarlo a incorporarse; pero, en el momento en que sus brazos tomaron contacto, Félix lo empujó lo justo para apartarlo de él e iniciar la segunda ronda de ataques indiscriminados que volvieron a terminar con el notable en el suelo.

—Lección número dos: si poseéis una naturaleza perversa, lo mejor es que reservéis esos... instintos para utilizarlos contra rivales más experimentados que vos. Suele ayudar a conservar la vida.

—Maldito seas... ¡Quieres cobrarte lo ocurrido con doña Rosaura!

El movimiento de la espada fue tan rápido que apenas lo vio venir. Cuando quiso darse cuenta, la punta del arma de Félix le había producido un pequeño corte en la mejilla a modo de advertencia, pese a que el rostro del capitán solo evidenciaba desconcierto.

—¿Ha ocurrido algo con doña Rosaura que no estuvierais en vuestro derecho de procuraros, mi señor? —preguntó con aparente despreocupación—. Si estáis ejercitándoos, no deberíais pensar en mujeres... A no ser que deseéis utilizar otra arma que nada tenga que ver con el acero.

—Las risas contenidas de los guerreros lo humillaron. Con un gruñido de impotencia, Laín se llevó la mano al corte y apretó los dientes. «Ahora sí, ahora sí comprende mi lenguaje», pensó Félix con una perversa satisfacción. Y sería demasiado tarde. Porque le haría morder el polvo. Literalmente—. ¿Necesitáis un descanso, mi señor? —canturreó—. Puedo concedéroslo si la vista de la sangre propia os perturba, aunque, según tengo entendido, la sangre ajena os atrae...

Un grito de impotencia precedió al ataque caótico de Laín. Arremetió contra Félix llevado por la ira y terminó tropezando con sus propios pies para caer de bruces.

—Debéis vigilar vuestra izquierda. Dejáis demasiado espacio libre al enemigo por ese lado. Sería aconsejable que os inclinarais un poco. De ese modo, ocultáis vuestro pecho a posibles estocadas...

—¿Así? —Una vez en pie, Laín lanzó un ataque que hubiera resultado mortal de no ser por sus reflejos. Repelió el golpe transversal a la altura del cuello sin aparente esfuerzo, pero recibiendo el mensaje implícito: jugaría sucio—. ¿A muerte?

—Ah, no... La muerte a veces suele resultar una salida muy cercana al alivio. —Los ojos negros adquirieron un brillo asesino cuando hizo chocar de nuevo los aceros, pero asintió sutilmente—. Sería demasiado fácil para vos, mi señor. Deberéis rehuir la humillación de otra forma.

Entonces inició la ofensiva directa sin reservarse nada. Ni fuerza ni experiencia ni rabia acumulada. Enarboló un grito guerrero de auténtica furia sangrienta y arremetió contra Laín sin compasión.

Con cada golpe, recordaba los que había recibido Rosaura. Cada paso avanzado era por y para ella. Cada choque de espadas suponía una venganza dirigida a su orgullo de mujer destrozado. Y después de dar una vuelta sobre sí mismo, cuando Laín se limitaba a repeler los ataques, lo desarmó con tanta fuerza que el notable cayó al suelo como un fardo de paja.

—¿Lo veis? —murmuró desde su posición—. La experiencia es un punto a favor del enemigo, eliminando a menudo la desventaja de la edad, mi señor. Cuando se ataca hay que mantener la cabeza fría y no dejar que las emociones la enturbien. Si os perdéis en el odio, la excitación o una absurda demostración de poder hacia la persona que pretendéis someter, los resultados pueden resultar impredecibles. Incluso inverosímiles.

Hubiera sido feliz abalanzándose sobre él para cortarle la garganta, pero solo se movió con rapidez cuando Laín, desde el suelo, reptó para intentar recuperar una espada que acabó inmóvil bajo su bota.

Con disimulo, la apartó y fingió tropezar con sus costillas. En realidad, le había propinado una patada lo suficientemente certera como para doblarlo en dos. Él lo miró con los ojos desorbitados, cuando Félix le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse.

—Lo siento, mi señor. Mi edad avanzada me ha jugado una mala pasada y me he topado con vuestro costado por el camino.

Los dos sabían que no era así, pero solo uno estaba en desventaja. Fue el mismo que, tras un gruñido, aceptó su mano. Félix la mantuvo aferrada un instante, antes de soltarlo y entregarle su arma.

Con una respetuosa inclinación de cabeza, inició de nuevo el combate, que volvió a interrumpirse cuando, después de un lance magistral, la espada de Laín volvió a volar por los aires. En esa ocasión descargó un golpe con el codo en su mejilla, seguido de un puño de hierro que dejó su nariz sangrando en abundancia.

—Disculpadme, mi señor, pero, en un combate real, vuestro enemigo no se conformaría con unos simples lances. Debéis aprender a defenderos de los golpes a traición —añadió.

—¡Me has roto la nariz, bastardo!

Félix levantó una ceja mientras Laín volvía a besar el suelo después de intentar un nuevo ataque.

—La sangre es muy escandalosa, pero el hueso sigue en su sitio. Tengo entendido que os mostráis tan seguro de que ciertos rivales son más débiles que vos que termináis actuando con precipitación. —Posó la espada en su cuello. Después, volvió a extender la mano. Pero su gesto se transformó en el de una auténtica fiera iracunda cuando tuvo a Laín a medio suspiro de su cara—. Lección número tres: si tanto disfrutáis con el dolor ajeno, sed lo suficientemente inteligente como para aprender algo del propio —siseó sin que nadie más lo oyera—. Si volvéis a maltratarla, os mataré. —Entrecerró los ojos y los mantuvo fijos en su enemigo, asegurándose de que el mensaje era captado en toda su amplitud, antes de inclinar la cabeza y retroceder—. Espero haberos sido de ayuda, mi señor. —Señaló al resto de hombres con un gesto de cabeza—. Estoy seguro de que, gracias a vuestros errores, ellos han aprendido mucho.

Enfundó su espada y le dio la espalda. Debía marcharse de allí antes de dar rienda suelta a su parte más salvaje, pero un grito surgido a su espalda lo detuvo.

—Perro cobarde, ¡levántate ahora mismo y ataca para salvar tu honor! ¡No consientas que nuestra estirpe sea humillada de ese modo delante de un puñado de guerreros!

Félix reaccionó como si estuviera en el campo de batalla. Con frialdad, rapidez y eficacia mortal. Sacó un puñal de su cinturón y lo lanzó hacia su enemigo mucho antes de verlo. Y, cuando reconoció el pecho atravesado por la afilada hoja a la altura del corazón, supo que había sellado su destino.

Acababa de asesinar a Laín.

Un silencio espeso y culpable se extendió cuando sus ojos se desviaron del notable, que trastabilló hasta caer sin vida, para clavarse en don Gonzalo, que todavía lo señalaba con el rostro contraído en una mueca de dolor y furia.

—¡Malnacido! ¡Hijo de mil perras! ¡Bastardo del demonio! ¡Has matado a mi hijo!

—Ha sido en justa lid y en respuesta a un ataque cobarde por la espalda. ¡Todos lo hemos visto! —exclamó Nuño, como si apareciera de la nada—. ¡No podéis tomaros la justicia por vuestra mano!

—No lo hará. —La voz serena de Martín sorprendió a todos cuando, flanqueado por don Hernán, se abrió paso hasta tener a sus pies el cadáver de Laín. A continuación, sus ojos verdes se clavaron en Félix con incredulidad, pero también con pena—. Eres mi capitán y la pelea se ha desarrollado en mis tierras. Debo impartir justicia.

Félix no se resistió. Pudo ver la rabia y la impotencia contenidas en el rostro del conde cuando un par de guerreros lo escoltaron a las mazmorras, antes de apreciar el gesto imperturbable de Nuño que sujetaba su hacha como si estuviera hecha de oro.

Alana se abrió paso entre la multitud agolpada en el centro del patio de armas.

Cuando vio el cadáver de Laín, una exclamación de horror se le escapó de entre los labios.

—Buen Dios...

Levantó la vista y escudriñó los alrededores. Entre todos los guerreros que obedecían órdenes y los que se dispersaban, encontró a su esposo. Permanecía alejado con la vista fija en Félix, que era escoltado hacia las mazmorras.

Sin duda, Rosaura no acogería con pena la muerte de su esposo después de lo que había hecho con ella, pero eso supondría un breve paréntesis a su padecimiento. Don Martín tendría que

encontrarle otro sin desairar el orgullo herido del señor de Proaza, y eso le mostraba pocas posibilidades, a cada cual más escabrosa.

Y Félix...

Antes de desaparecer, vio cómo el capitán elevaba sus oscuros ojos hasta el ventanuco perteneciente a las habitaciones de doña Rosaura.

Alana se estremeció.

Siempre había tenido facilidad para recibir las emociones de otros cuando estas eran lo suficientemente fuertes. Lo que llenaba el pecho de aquel guerrero de voluntad de hierro hacia doña Rosaura la alcanzó, recordándole la fragilidad del amor de su esposo donde antes había seguridad.

En ese momento, veía la duda anidando en aquellos ojos oscuros cada vez que la miraba. Odiaba a esa Inés y ni siquiera la conocía. Pero si algo sabía era que debían alejarse de allí cuanto antes. Fuera de intrigas e intereses políticos que le arrebataran lo que más quería en el mundo.

Caminó resuelta hacia donde permanecía su esposo, pero se dio de bruces con el pecho embutido en la cota de malla del Lobo Gris.

—¿A dónde vas? —Alana permaneció en silencio—. ¿No me has oído, mujer? Es una pregunta sencilla. Con una respuesta sencilla me bastará.

—Mi señor, me preguntaba si os quedaréis en Trabada mucho tiempo.

Hernán frunció el ceño, pero luego terminó por sonreír.

—Una hembra valiente... —afirmó, arqueando una ceja—. No creas que vas a provocar mi ira de ese modo. Estoy casado con una vasca; sé de lo que hablo.

—Por amor, supongo.

—Supones bien, aunque, cuando nos casamos ni yo la amaba ni ella a mí. Otros intereses más altos que esos regían nuestros actos. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Su tono de chanza desapareció en cuanto Alana asintió con rigidez. Sabía de lo que hablaba. El maldito había adivinado sus intenciones como si él fuera el brujo, y no ella. Sus ojos grises se oscurecieron cuando se inclinó sobre ella, sin tocarla, pero intimidándola con su sola presencia—. Mi hermano seguirá el mismo camino, Alana. El verdadero Nuño nunca se hubiera cruzado en tu camino ni tú en el suyo.

—¿Cómo os atrevéis a hablar así de nosotros, mi señor?

—Del mismo modo que tú te atreves a formularme semejante pregunta, pero con mucho menos temor. —Hernán torció la boca en un intento de sonrisa rasgada, miró sobre su hombro y señaló a Nuño con un gesto de cabeza—. No tengo nada en tu contra, Alana. Eres hermosa, firme, inteligente, y él te desea. Le atraes; probablemente esté enamorado de ti, no lo dudo ni lo niego. Pero, ahora que lo he encontrado, no pienso volver a perderlo. Ocupará el lugar que le corresponde.

—Lo perderéis si os empeñáis en separarlo de mí.

—¿Estás segura de eso? —La mente de Nuño era un lago profundo y oscuro que albergaba toda clase de sorpresas. Con semejante perspectiva, no podía estar segura de nada. Levantó el mentón desafiante, dispuesta a demostrar un aplomo que no sentía, cuando Hernán sonrió por toda respuesta. Nuevamente, había leído en su expresión antes que ella misma, pero había pena en sus ojos cuando añadió—: Encontrarás un hombre que te ame como te mereces. Sé bien de lo que hablo. Pero ese hombre no es Nuño. Hazme caso, si no quieres sufrir más de lo necesario.

Desapareció entre los guerreros y se llevó a Nuño con un brazo sobre sus hombros, seguro de que había conseguido disuadirla, pero nada más lejos de la realidad.

Don Hernán había cometido un error, porque Alana estaba dispuesta a cumplir su propia visión.

Habían apresado al capitán del conde de Trabada.

Al hombre que, por algún azar del destino, resultó ser el primogénito reconocido de su señor, sobre todo después de la inesperada muerte de Laín.

Si a eso le añadía el verdadero sentido de la información dada por don Gonzalo al explicarle el contenido de la carta que debía encontrar, podría decir que todos los astros se alineaban a su favor.

Su amo era muy importante, ciertamente. Por eso sabía lo que le esperaba en el momento en que le entregara lo que se disponía a buscar, ya que su dueño estaba encarcelado y sin posibilidades de salir en un futuro inmediato, vivo al menos.

Pese a todo, sonrió.

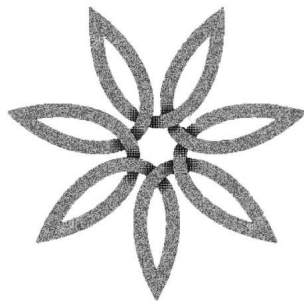
Félix había llevado a cabo parte de sus planes al asesinar a Laín.

Era un hombre atractivo, fuerte, vigoroso. Letal con una sola de sus miradas, fiel a todos y cada uno de sus principios, capaz de perder lo máspreciado que tuviera por honor y sin sentimientos que enfangaran su agudo entendimiento.

Lo necesitaba así porque, cuando don Gonzalo dejara de ser un estorbo, él se convertiría en el legítimo señor de Proaza. Y con él, estaría ella.

Sonrió de nuevo, se escabulló entre el caos provocado por la muerte de Laín y se coló en los aposentos de don Gonzalo, sabedora de que él no se encontraba en ellos.

En busca de su, entonces sí, bien máspreciado.



Doce

Félix estaba preso.

La noticia reverberaba en cada rincón de su mente, incentivando el miedo.

Por ella, pero, sobre todo, por él.

Había visto el odio en sus ojos mientras la atendía con mimo y delicadeza. Un odio dirigido hacia Laín, y que había desembocado en su muerte.

—Tío, os lo ruego. ¡Félix siempre os ha sido leal! ¡A estas alturas, todo el mundo sabe lo que ocurrió realmente en el patio de armas!

—Que mi capitán mató a tu esposo. Y, sin embargo, penas más por el primero que por el segundo. —En vez de manifestarlo con ira, el disgusto tiñó los ojos verdes del conde cuando acarició su mejilla—. Hija, entiendo que tus sentimientos se decanten por el hombre que te ha librado del mismísimo demonio. Yo mismo tuve que batallar con el carácter de tu tía cuando nos casamos, pero jamás intenté siquiera forzar su acogimiento. Lo que hizo Laín no tiene nombre. Me hubiera gustado ser yo quien hundiera aquel puñal en su corazón, pero habría desatado una guerra de consecuencias imprevisibles. Y el destino quiso que Félix llevara a cabo nuestros deseos delante del señor de Proaza. Por eso debo juzgarlo. No puedo hacer ninguna excepción, sobre todo si esa excepción es con el capitán de mis huestes.

—Pero ¡no queréis hacerlo, tío! ¡Lo veo en vuestros ojos!

—Lo que yo quiera importa poco ahora mismo. Don Gonzalo exige justicia y la tendrá hasta donde me sea posible.

—¡Yo misma os oí decir que don Gonzalo podría ser un traidor al hijo de Ordoño! Decidme, ¿qué justicia merece un hombre así?

—La de un padre que ha perdido a su hijo. Y tú, niña, deberás aprender la lección correspondiente: por muy nobles que seamos, nos debemos a principios más altos que nuestros deseos.

Aquello era una velada advertencia acerca de su nueva situación, pero Rosaura había aprendido mucho más. Por eso, decidió sacar partido de la debilidad de su tío y consiguió su permiso para estar presente al día siguiente en el juicio que se celebraría en el patio de armas, junto con su tía doña Jimena, don Hernán, don Nuño y doña Munia; pese a que las señales de la violencia de Laín todavía permanecían en ella, aunque mucho más atenuadas.

Puesto que la situación de Alana estaba pendiente de un hilo, el conde decidió que no tomara

parte de la comitiva principal. Rosaura pudo verla entre la multitud que atestaba el patio, en compañía de Teodomira, y que abrió camino a Félix en cuanto este hizo su aparición.

Nada consiguió eclipsar el desgarró de su pecho cuando lo vio. Cabizbajo y sucio, caminaba encadenado, pero como si intuyera su presencia, levantó la cabeza y sus ojos se encontraron.

—*No deberías estar aquí. ¡No deberías contemplar esto, Rosaura!*

Temor, ira, una severa reprimenda mucho más larga, pero también una inesperada emoción al verla.

Todo eso resonó en su cabeza con aquellas palabras, dejándola boquiabierta.

¡Las había escuchado como si él las hubiera dicho en voz alta! Igual que el día en que lo sorprendió en el remanso para terminar recibiendo un beso que la marcaría para siempre.

¿Era la única que lo había oído? Con un rápido recorrido visual a su alrededor, comprobó que sí. Pero la boca de Félix continuaba tan cerrada como sus ojos abiertos.

—He decidido celebrar este juicio a la vista de todos, puesto que, al parecer, muchos de vosotros fuisteis testigos de lo que aconteció hace ya cinco jornadas —comenzó Martín, abarcando con la vista a todos los presentes para terminar en don Gonzalo, que ocupaba el extremo contrario al de Félix—. Como sabéis, don Laín González de Proaza, esposo de mi sobrina doña Rosaura, encontró la muerte inesperadamente, durante el desarrollo de una clase impartida por mi capitán, Félix.

—¡Fue un combate en toda regla disfrazado de instrucción, y lo sabéis! ¡Su espada estaba preparada para rebanar gargantas! —bramó Gonzalo.

—Eso lo decidiremos más tarde, si tenéis a bien esperar el tiempo suficiente como para que este jurado —añadió Martín, señalándose a sí mismo y a Hernán— reciba las pruebas pertinentes.

—¡El cadáver de mi hijo es la mejor prueba que podéis tener!

—El cadáver de Laín ha sido debidamente velado y enterrado durante este tiempo de duelo, otorgado en consideración al señorío de Proaza. Vuestro hijo descansa en su tierra, como debe ser. —Hernán intervino con el permiso del conde, fulminando a Gonzalo con una mirada cargada de sospecha que no se molestó en ocultar—. Pero tú estás en el condado de Trabada y te conducirás bajo sus reglas, so pena de desobediencia.

No fueron necesarias más palabras. Rosaura observó, a partir de aquel momento, una sucesión casi interminable de testigos que aseguraron toda clase de cosas completamente opuestas entre sí. Mientras la mayor parte de los siervos y algunos de los guerreros de su tío y de don Hernán afirmaban que Félix solo se había defendido de un ataque por la espalda que le hubiera costado la vida; los pertenecientes a las huestes de Proaza, que habían intervenido en la aparente instrucción, respondían a las preguntas del jurado con evasivas que no llevaban a ningún sitio.

Félix necesitaría algo mucho más contundente.

—Don Laín se mereció lo que le ocurrió. —Las palabras de don Nuño fueron seguidas por un murmullo que dio fe de que no todo el mundo estaba de acuerdo con eso. Rosaura echó un rápido vistazo para ver cómo Félix había levantado la cabeza, por primera vez desde que ocupara el lugar del reo, incrédulo y agradecido. Don Gonzalo apretó la mandíbula y llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero no hizo nada más. En cuanto al resto, Alana y Teodomira no dejaban de mirarla. Silenciosas, pero extrañamente seguras—. El capitán lo venció, pero vuestro hijo decidió hacer caso de vuestro consejo y lo atacó por la espalda.

—¡Yo nunca lo empujé a tal cosa!

Nuño exhibió una sonrisa torcida.

—Cierto. Solo insinuasteis la posibilidad de que siguiera defendiendo su honor perdido. Y os obedeció. Este hombre —añadió, señalando a Félix— solo es culpable de confiar en la

honorabilidad de su oponente derrotado.

—¡Yo vi algo muy distinto! —El rostro congestionado de Gonzalo se dirigió a su tío—. ¡El capitán lo golpeó repetidas veces después de desposeerlo de su arma!

El conde frunció el ceño al mismo tiempo que Rosaura.

—¿Es eso cierto?

—Algunos golpes fueron producto del descuido, mi señor. Otros tenían como fin mostrarle lo que ocurre cuando uno no se cubre bien las espaldas —respondió Félix—. En todo caso, no recibió más que cualquiera de vuestros guerreros en un entrenamiento rutinario.

—¡Lo hiciste para debilitarlo, no para adiestrarlo! ¡Planeabas acabar con él porque no soportaste la idea de su casamiento con doña Rosaura ni el estado de esta después de su noche de bodas! —Félix le lanzó una mirada oscura de advertencia que se perdió entre sus pies cuando inclinó la cabeza, pero no respondió—. Mi señor, ¡mis hombres estaban con él cuando el capitán lo sometió a todas esas vejaciones! ¡Decidme si no son pruebas concluyentes de sus intenciones!

Después de aquel testimonio, el silencio se abatió sobre todos ellos, a la espera del veredicto.

Desde su posición, un tanto alejada del jurado, Rosaura se aferró a los brazos de su silla para evitar correr hacia su tío y suplicarle clemencia, pero la decisión no solo dependía de él, y quedó patente cuando se volvió hacia los presentes con el rostro imperturbable, después de mantener una rápida conversación con don Hernán.

—No puedo dar más veracidad al testimonio de don Nuño que al del señor de Proaza. Por eso tampoco puedo condenar a muerte a este hombre. —El murmullo se convirtió en un coro de voces discordantes que acalló con la mano alzada—. Así pues, Félix recibirá cien latigazos y la amputación de la mano derecha. El castigo será impartido mañana a la hora prima. A partir de ese momento, dejará mis huestes... para siempre.

Rosaura dirigió sus espantados ojos hacia Félix. ¡Le destrozarían la espalda y terminarían para siempre con su vida de guerrero al perder su mano derecha! El aire se le quedó congelado en los pulmones al pensar en la magnitud del castigo. Se mordió la lengua para evitar gritar que ella creía en su inocencia, aunque hubiera buscado la muerte de Laín. A sus ojos, era merecida, pero no tuvo ocasión de demostrarlo. El rostro del capitán estaba demudado por la furia, aunque no fue nada en comparación con el de don Gonzalo. Lejos de sentirse satisfecho por una sentencia que a todas luces era para él, se puso en pie y levantó el puño en dirección al conde.

—Si no vais a ahorcarlo, ¡exijo una retribución añadida! —Entonces sus ojos, tan parecidos a los de Laín, pero con la cruel frialdad incrementada con el paso del tiempo y el estancamiento del poder, se clavaron en Rosaura—. Vuestra sobrina ha quedado viuda. Si la tomo como esposa, al menos no habré perdido la ventaja de su dote.

—¡No!

El grito salió al mismo tiempo de su garganta y de la de Félix. Ambos se pusieron en pie de un salto y se miraron en silencio, con los ojos casi fuera de sus órbitas por la sorpresa, mientras las palabras surgían de sus respectivas mentes para alcanzar la del otro:

—*¡No puedo casarme con él!*

—*No voy a permitirlo. Estoy aquí, mi Rosa.*

—*Mañana te castigarán hasta dejarte inconsciente, y después te cercenarán una mano. ¡No quiero que eso ocurra! ¡No sé cómo impedirlo!*

—*Seré yo quien impida este casamiento del diablo. A como dé lugar.*

Rosaura respiraba trabajosamente, inmersa en aquel diálogo frenético del que no podía librarse ni tampoco controlar. Tenía la impresión de que una losa le había caído sobre el pecho, asfixiándola, cuando Félix rompió el contacto ocular. Giró la cabeza en busca de ayuda

desesperadamente, pero solo encontró la expresión inescrutable de su tío que, junto con don Hernán, observaban al señor de Proaza con los ojos entrecerrados.

Considerando la propuesta.

¡No podía consentirlo! Abrió la boca, pero no consiguió que nada saliera por ella. Parecía haberse quedado sin voz, oculta bajo una capa de sudor frío que la hizo temblar de pies a cabeza cuando comprendió que no lograría compasión por ese lado.

Había demasiados intereses en juego.

Gimió y lanzó una mirada de socorro hacia donde se encontraban Teodomira y Alana, pero tampoco en ellas encontró una pista de hacia dónde debía dirigir su desesperación.

Entonces ocurrió.

Oyó el sonido agudo sobreponiéndose al maremágnum de voces que expresaban su desconcierto por la petición de don Gonzalo, que aguardaba su respuesta con un gesto de victoria en el rostro, y elevó el suyo al cielo.

Allí estaba Cascabel. Voló en círculos cada vez más cerrados, cada vez más bajo, como si estuviera señalando su siguiente presa. Se lanzó en picado a por ella, pero no apresó nada entre sus garras. Y cuando volvió a elevarse, las exclamaciones de sorpresa llamaron su atención hacia otro punto.

Don Gonzalo se llevaba la mano al cuello mientras caía desplomado al suelo.

—¡El señor de Proaza ha sido atacado!

A una señal de don Martín, varios de sus hombres cercaron a Félix. El resto, formó un enorme cordón entre ellos y los asistentes al juicio que comenzaron a correr despavoridos por el patio de armas, creando un verdadero caos a su alrededor.

En cuestión de segundos, los guerreros de Proaza y los de don Hernán se pertrecharon en los puntos estratégicos de la fortaleza para evitar que la abandonaran antes de dar con el culpable del asesinato de don Gonzalo. Porque a Rosaura le bastó un vistazo para comprobar que no se movía. Entre la marea de cotas de malla que lo rodeaban, don Hernán se inclinó sobre el cuerpo, arrancando un dardo de su cuello, que ya se hallaba medio azulado, antes de asegurarse de que no respiraba.

—Veneno —dictaminó—. Uno muy potente, sin duda. Está muerto.

—Esto nos pone en un grave aprieto —apreció Martín—. Lo tomarán como un acto de guerra.

—Como un verdadero acto de traición. Tenemos que encontrar al culpable cuanto antes.

Martín miró a su alrededor, desenvainó su espada y se hizo cargo de la situación.

—Vosotros, ¡escultad a las mujeres hasta sus dependencias privadas y vigilad que nadie entre o salga hasta que yo ordene lo contrario! —gritó a un grupo de media docena de guerreros—. ¡Los demás, venid conmigo!

—¡No! Tío, ¡liberad a Félix! —exigió Rosaura, resistiéndose cuando uno de los guerreros posó su mano en su brazo para guiarla hacia sus habitaciones—. ¡No me toques, maldito seas! ¡Félix!

No era una petición de auxilio, sino un ofrecimiento de ayuda que el capitán interpretó de manera errónea. En el momento en que uno de los guerreros del conde tiró de él para devolverlo a la celda, se revolvió para intentar llegar a ella, como si de pronto hubiera recuperado las fuerzas perdidas. Con los dientes a la vista y un gesto feroz en su cara.

—¡Rosaura! —gritó desesperado—. Mi señor, ¡no la encerréis con otro casamiento monstruoso, os lo ruego! ¡Antes, tomad mi vida y haced con ella lo que os plazca!

Martín apenas reparó en sus súplicas ni en la resistencia de Rosaura. Las circunstancias que lo rodeaban lo superaban, así que, a una señal suya, Jimena sustituyó al guerrero con su sobrina.

—Niña, no es el mejor momento para poner en duda las órdenes de tu tío, créeme —aconsejó—. Félix ha conservado la vida, y tú sigues viuda. Consuélate con eso y acompáñame.

Sus ojos estaban cargados de lágrimas que le impidieron ver cómo Félix era reducido gracias a un certero golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente, y se dejó guiar hasta toparse con don Martín.

—¡Escuchadme, os lo ruego! —Martín se giró para mirarla, y ella aprovechó su oportunidad. Casi se abalanzó a sus pies y tomó su mano entre las suyas para llevarla a la frente en señal de respeto. A su alrededor, se hizo un reverencial silencio—. Por favor, haré lo que me digáis de buen grado. Tomaré por esposo a quien elijáis sin una sola queja, pero permitid que Félix viva.

—Es lo que acabo de hacer, Rosaura. Félix vivirá.

—¡No! —Su naturaleza orgullosa la llevó a ponerse en pie para afrontar al conde con la barbilla alzada y los ojos llameantes cuando señaló el cadáver de don Gonzalo—. Él fue quien pidió un resarcimiento. Pero ¡ahora está muerto, como su hijo, y yo soy la única heredera de Proaza por mi casamiento con Laín! ¿No tenéis ya lo que deseáis?

Los ojos verdes de Martín se velaron cuando los dirigió a su silenciosa esposa unos segundos, antes de volverlos de nuevo hacia Rosaura.

—Nuestros problemas no se han terminado con la muerte de don Gonzalo, sino que se han agravado —manifestó—. Sí, puedes considerarte de ese modo, pero no dejas de ser solo una mujer. Y yo no dejo de ser el conde de Trabada, que debe impartir justicia ante el asesinato del verdadero heredero, antes de manejar todo lo que implica el señorío de Proaza.

—¡Félix actuó en defensa propia! ¡Era su vida o la de Laín! ¡Si la pelea hubiera transcurrido en el campo de batalla, nadie lo habría cuestionado!

—Pero ocurrió en mi condado y soy la autoridad que debe cuestionarlo. —«Aunque sea lo último que desee en estos momentos». Eso parecía decirle su gesto cuando le indicó en silencio que no insistiera más, pese a que atendía su petición y le respondía con paciencia, casi con dulzura—. Rosaura, los hechos han quedado lo suficientemente probados. Si la víctima hubiera sido uno de mis guerreros, incluso uno de los de don Hernán, el asunto no hubiera trascendido. Pero fue tu esposo el que cayó bajo su espada. No puedo hacer más por él de lo que ya he hecho.

No conseguiría nada más. Ella siguió a Jimena con aparente mansedumbre, pero una última mirada al cielo le sirvió para comprobar que Cascabel todavía lo surcaba, a una distancia tan grande que apenas podía distinguir sus alas.

Alguien lo había sacado de la halconera. Alguien que quería enviarle un mensaje: libertad.

Lo había recibido, lo había comprendido, y lo ejecutaría con todas las armas a su alcance.

No se sorprendió cuando, mucho más tarde, el guardián apostado tras su puerta dejó pasar a Alana ni tampoco cuando la vio ataviada con una amplia capa y una capucha que ocultaba el color llamativo de sus cabellos.

Pero sí se extrañó de ver sus ojos enrojecidos por el llanto reciente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han dado con el culpable?

—No, mi señora, pero eso solo ha agravado nuestra situación. Los notables se han pasado todo el día reunidos, mientras los guerreros han saqueado cada casa y han registrado los ropajes de cada habitante de Trabada, en busca de algo que los delatara como autores del crimen. Los he oído hablar. Sospechaban que don Gonzalo planeaba traicionarlos utilizando vuestra dote en beneficio de Alfonso Froilaz, pero ahora nunca podrán corroborar esas sospechas ni mantenerlo atado con un casamiento con vos, así que... han mirado hacia Nuño o Fortún, ¡o como queráis

llamarlo! —Un sollozo hizo que sus hombros temblaran, pero Alana se controló lo suficiente como para seguir hablando—. Su alternativa consiste en anular su casamiento conmigo mientras buscan una heredera para él.

—Buen Dios... —Rosaura se sentó junto a ella y la tomó de las manos con determinación—. Intercederé por ti ante mi tío.

—No conseguiréis nada, ya habéis tenido oportunidad de comprobarlo. Sin embargo, vuestra abuela considera que este es el momento. El guerrero que custodia nuestra puerta es leal a doña Teodomira, no debéis preocuparos por él. Permanecerá en silencio cuando nos vayamos.

—¿A dónde?

Félix permanecía preso, y ella no podría sacarlo de aquella inmunda celda. Tampoco se creía capaz de presenciar el horror del castigo impuesto por su tío ni se acercaría siquiera remotamente a convencerlo para que lo conmutara por una pena mucho más suave.

Alana interrumpió sus pensamientos llevándola hacia la ventana. Justo cuando su borde impactó en el vientre de Rosaura, esta se echó atrás, pálida como un muerto, con los miembros agarrotados y el corazón aporreándole el pecho, de forma que su respiración alcanzó tal velocidad que le resultó imposible de dominar.

—Las alturas son malas, las alturas son malas... —recitó en voz baja.

Alana frunció el ceño y la observó mejor.

—¿Tenéis miedo a las alturas? ¿Desde cuándo? —Desde que su madre había amenazado con lanzarla a un pozo oscuro y muy, muy profundo. Rosaura trató de conservar la calma y asintió—. No os preocupéis, no es necesario que os asoméis tanto para ver lo que quiero enseñaros. —Alana señaló hacia la noche limpia, plagada de estrellas, que se extendía ante ellas como un manto negro aterciopelado—. Fijaos bien. Tomaos el tiempo que haga falta hasta que lo veáis. Esta es la noche.

Rosaura entrecerró los párpados. Centró su atención en los puntos plateados que escoltaban a la luna llena que iluminaba parte del patio de armas.

Y comprendió.

Los puntos parecieron empezar a moverse. Era algo apenas perceptible, pero allí estaba.

«Cuando las estrellas conquisten la tierra».

Podría ayudar a Félix. Era todo lo que necesitaba saber.

Se giró hacia Alana con el entusiasmo brillando en sus ojos y la tomó de las manos.

—¿Vas a acompañarme? —preguntó.

—Iré con vos donde haga falta, mi señora. El hombre al que amo es un mar de dudas desde que llegamos a Trabada. Ahora me lo quieren arrebatarse apelando a cuestiones políticas que en nada me atañen. Pretenden que recuerde otros sentimientos, otras mujeres, mientras os buscan otro esposo. —Ella fue incapaz de responderle. Solo sabía que no toleraría otro casamiento como el que acababa de sufrir. Gracias a Dios, la muerte de don Gonzalo había evitado que ese destino se repitiera, pero no la libraría de otro Laín, a menos que ella misma se procurara esa libertad—. He visto en vos la fortaleza necesaria para llevar a cabo tal empresa, mi señora —señaló Alana—. Doña Teodomira también y por eso me ha encargado que os custodie hasta su casa. Vamos a recibir una ayuda inestimable, proveniente de los dioses. ¿Estáis dispuesta a aceptarla?

Había crecido con la cultura pagana. Su madre la había practicado y, una vez llegó a Trabada, fue su abuela quien siguió inculcándosela. Nunca había renunciado a ella y, entonces que podría servirle para ayudar a Félix, tampoco lo haría.

—De acuerdo.

No necesitó mucho tiempo para ataviarse con una túnica oscura y una capa similar a la que

portaba Alana, pero antes de marcharse, tomó el espejo de Félix y lo ocultó entre los pliegues de la capa.

A un paso de abrir la puerta, se giró hacia Alana y besó su mejilla.

—Mi capitán escapará a su castigo, y tú seguirás casada con don Nuño. Te lo prometo.

Mientras descendían las escaleras con sigilo y sumo cuidado de no ser vistas, Rosaura pudo escuchar el sonido inequívoco de que Cascabel aún surcaba los cielos, como el mejor de los vigilantes.

No lograba encontrar la carta puebla.

Había aprovechado las cinco jornadas que Félix había pasado en prisión por la muerte de Laín para hurgar entre sus escasas posesiones, sin ningún resultado. Además, había contado con la ventaja de tener a su señor demasiado ocupado con el funeral de su hijo y el tiempo extra que eso le otorgaba, pero el documento seguía oculto en algún lugar.

Aunque la vida del futuro señor de Proaza no corría peligro, para que pudiera ocupar el cargo que lo convertiría en uno de los notables más poderosos del reino astur, su predecesor debía morir.

El trabajo con don Gonzalo había sido limpio, rápido. Le había costado, pero una vez conseguido el veneno, no le había resultado difícil matar a la serpiente y enterrarla lejos. La sustancia era efectiva, y había actuado al mismo tiempo que ella se escabullía fuera de la atención de cualquiera. Para cuando quisieron extremar las medidas de seguridad, ya se hallaba lejos del escenario del juicio, pero dentro de la fortaleza. Intentar huir en ese momento hubiera sido un acto suicida. Además, estaba segura de que el objeto de su búsqueda seguía allí, entre esas murallas.

Y tendría que ocuparse de Rosaura.

Hasta que la ascendencia de Félix fuera probada, era la viuda del heredero del señor de Proaza. Si la noche de bodas había dado sus frutos y la muchacha estaba encinta, se convertiría en su peor amenaza. No solo llevaría en su vientre al heredero de Proaza, sino que existía la posibilidad de que Félix hiciera valer la misiva para quedarse con ella también, de modo que su triunfo resultase completo y aplastante.

No podía permitirlo.

Rosaura debía ser eliminada, pero no antes de tener en su poder la carta puebla.

La vio salir, antorcha en mano, y acompañada por la esposa de don Nuño, ignorando la vigilancia de uno de los guerreros de don Martín, antes de que ella se colara en las dependencias de don Gonzalo para hacerse con un pequeño saquito con monedas que podrían resultarle útiles.

Necesitaría algo más que su poder de persuasión si se proponía conseguir sus objetivos. Y los dos jóvenes podrían llevarla a ellos.



Trece

El peligro acechaba sobre su cabeza como un ave de rapiña.

Se colgaba de su piel y lo debilitaba. Igual que la oscuridad, el agotamiento progresivo, el dolor de las heridas ocasionadas por los grilletes y el hambre.

Volvía a estar preso, en cuerpo y alma. Su mente regresaba cada vez con más frecuencia a ese otro cautiverio, más inhumano, más largo y oscuro, donde no solo se le privó de libertad, luz y aire, sino también de dignidad. De orgullo, de honor.

En aquella ocasión, logró instaurar en su mente la férrea disciplina de unas reglas que convirtió en su credo particular, solo para no perder también la cordura, hasta que el conde recibió noticias de su paradero y pagó por él el rescate requerido por su captor.

Lo había agradecido porque de ese modo pudo volver a ver a Rosaura, pero empezaba a arrepentirse.

Demasiadas veces había recurrido al recuerdo de aquella chiquilla para aferrarse a la cordura. Demasiadas veces había repetido su nombre en silencio, solo para transportar su mente torturada a otros recuerdos de los que ella formaba parte.

La había visto sufrir por el abandono y aferrarse a lo que él le ofrecía con un instinto de supervivencia encomiable. La niña impulsiva y encantadora se había transformado en una hermosa y atrayente mujer, pero la idea de que Laín hubiera puesto sus manos sobre ella lo llenaba de una rabia que solo se disipaba cuando pensaba que él también la había tocado. Que, a pesar de su inocencia, hubiera ido más allá de su mano.

Se apoyó contra la pared fría y mohosa de la celda, esperando poder relajar sus músculos lo suficiente como para pasar la noche de la mejor forma, cuando los sonidos de una fuerte pelea cerca de él le hicieron ponerse en pie, preparado para defenderse como su condición de preso le permitiera.

Su habitual lucidez se vio empañada de nuevo por la incertidumbre. A veces dudaba de dónde se encontraba, como en ese momento. Los sonidos eran tan parecidos, el olor tan familiar, los susurros que precedían a la tortura tan repetitivos y escalofriantes...

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared húmeda de la celda. Sus labios se movieron imperceptiblemente, formando el inicio de una oración dirigida a los dioses paganos que gobernaban su mente, pero no importaba. Ya no. Los infieles iban a por él. Lo someterían a toda clase de tormentos para que terminara por plegarse a la voluntad de su superior. Querían conseguir su cuerpo, pero también su alma.

—Kadyja —murmuró con la boca reseca—. Kadyja, ¡aléjate de mí, maldita seas!

—¿Kadyja? ¿Es una mujer?

Si la pregunta lo hizo enmudecer, ver de quién provenía le dejó completamente atónito.

En un principio no reconoció al hombre que portaba una antorcha en una mano y un manajo de llaves en la otra. Su aspecto parecía tan parecido al del resto que Félix pensó que seguía inmerso en su particular pesadilla. Entrecerró los ojos, cegado por la repentina luz, pero parpadeó aturdido y se alejó de él todo lo que sus cadenas le permitieron.

—No voy a ceder —murmuró—. ¡No voy a plegarme a sus deseos! ¡Antes, tendréis que acabar conmigo! Y, entonces, ¿qué le diréis para aplacar su ira? —Apretó los puños cuando el hombre enfocó la antorcha directamente hacia su rostro. Pudo ver su gesto ceñudo, extrañado, en lugar del salvajismo al que ya estaba acostumbrado, pero levantó los brazos para protegerse cuando el guerrero le clavó los dedos en las mejillas barbudas y lo movió de un lado a otro, como si apreciara algo extraño en él—. ¡Soltadme, sarraceno del demonio!

—Félix, soy Nuño, el hermano de don Hernán y doña Jimena. —Una sombra de tristeza enturbió los ojos oscuros del guerrero cuando dejó la antorcha para liberarlo de sus grilletes—. Qué ironía que seas tú quien no me reconozca... ¿Qué te ocurre? ¿Viejos fantasmas vienen a visitarte?

—¿Nuño?

—Eso me has repetido hasta la saciedad, amigo mío. Al final terminaré por creérmelo. —Sin mostrar el más mínimo temor hacia él, examinó las heridas de tobillos y muñecas antes de cubrir las con el bajo de su sobreveste hecho jirones para tal efecto—. Estás aquí porque mataste a don Laín, el esposo de doña Rosaura. ¿Su nombre te refresca la memoria? ¿Ya vuelves a ser tú? Espero que sí, porque te necesito. Doña Rosaura y Alana han salido de la fortaleza. Pueden estar en peligro.

«Rosaura, en peligro».

Cuando su mente asoció ambos conceptos, fue como si estuviera borracho, y Nuño acabara de verter sobre él un enorme cubo de agua helada por encima. Las últimas y tenebrosas telarañas del pasado lo abandonaron para colocarlo en su presente. Un presente que le liberaba de los grilletes, que lo sacudía como si quisiera que despertara y que le daba la última noticia que esperaba recibir.

Lo apartó de un manotazo con un gruñido desconcertado mientras notaba el miedo frío enroscándose en su cuello al digerir la información de Nuño. Su mente aturdida tardó solo un instante más en comprender lo que ocurría.

—¡Al fin! —exclamó Nuño con un resoplido al ver su reacción—. Alana nunca ha sido una mujer mansa ni obediente. Y ha encontrado en doña Rosaura su alma gemela, por decirlo así.

—Ignoro mi utilidad en eso, mi señor.

—Ay, buen Dios, dame paciencia. —En vista de que no se movía, tiró de él hacia fuera y le devolvió su hacha, que había llevado colgada a la espalda y la espada adicional—. Me pediste que cuidara de tu arma y eso he hecho, pero ahora debe volver a su dueño. Alana está dispuesta a marcharse de Trabada, y doña Rosaura la apoya.

—Doña Rosaura no haría semejante cosa.

Su cabeza recuperaba su habitual agilidad mientras cargaba el hacha a su espalda. La muchacha no abandonaría Trabada con él en prisión y sin un pretendiente a la vista. No arriesgaría su integridad solo por saber que él tendría que soportar su castigo a la mañana siguiente. No se atrevería a hacer algo tan insensato como intentar ayudarlo...

Félix gruñó con disgusto.

Sí, se atrevería. La veía perfectamente capaz.

—¿Por qué querría doña Alana alejarse de vos? ¡Os ama, más incluso de lo que os merecéis!

—Vaya, gracias por la confianza. —Pero no pareció ofendido cuando volvió a tomar la

antorcha—. Los planes de mi hermano para mí son otros. Al parecer, busca una notable astur dispuesta a aceptarme, y se ha apresurado a enviar un mensajero al obispo para que declare nulo mi casamiento con Alana, en beneficio del interés común. Eso fue lo que me dijo cuando yo me negué. Pero mi preciosa esposa no opinó lo mismo.

—¿Estaba presente?

Nuño tiró de él indicándole silencio y lo guio a través de los pasillos inundados de oscuridad de las mazmorras, hasta que alcanzaron el exterior. Una vez allí, ambos se pegaron a la pared de la muralla, en esa ocasión sin antorcha alguna y avanzaron hacia la salida de la fortaleza con sigilo.

Tenía los músculos aletargados por los días de cautiverio, y una constante sensación de vértigo que no terminaba de espantar, pero el aire fresco pareció revitalizarle lo suficiente como para seguir a Nuño sin constituir una carga para él.

—Alana estaba escuchando. Cuando la descubrí intenté alcanzarla para aclarar las cosas, pero ella ya entraba en las habitaciones de doña Rosaura. Su cómplice. —Félix respiró hondo, tratando de que el aire penetrara en sus pulmones al escuchar la noticia, y apretó los puños para alejar de sí los deseos de retorcer el precioso cuello de Rosaura en cuanto pudiera ponerle las manos encima—. No pude hacer otra cosa que no fuera seguirlas, pero las escuché cuchichear algo acerca de coger un par de caballos para dirigirse a la morada de doña Teodomira en busca de ayuda.

En medio de la oscuridad del bosque. Solas. Con un asesino suelto.

Sí. Definitivamente, le retorcería el cuello en cuanto pudiera.

—¿Qué buscarían en Doña Teodomira?

—No tengo la menor idea. Solo sé que Alana huye de mí. Cree que nuestro casamiento ya está deshecho. Ignora que no voy a aceptar, pero debo hacérselo comprender. Ahora mismo mi mente es como una tela de araña. Sin entrada, sin salida. Ahora mismo, ni siquiera estoy seguro de que la siga amando como ella merece. Pero no puedo dejar que se arriesgue de esa forma.

Ni ella ni Rosaura. Félix intentó no imaginarse lo que podría estar sucediéndole en esos momentos y asintió, agudizando la vista para controlar cada vigía que paseaba por el adarve. Era un número mayor del que el conde solía asignar a dicha tarea, pero nada que no pudiera esquivar.

—Seguidme, mi señor —susurró, arrastrándose hasta la entrada a la torre del homenaje—. Conozco esta fortaleza como la palma de mi mano y también los puestos de vigilancia.

—Seguro que, si los guardias nos sorprendieran, permitirían tu huida, capitán. Te aprecian lo suficiente como para respetarte. Si hubieran podido, te habrían defendido con sus vidas.

—Si el conde hubiera podido, no me habría condenado.

Pero correspondía a su acto de bondad convirtiéndose en un proscrito, en un traidor.

Aunque era por una buena causa: Rosaura y su temeridad.

Al pensar en ella, una ola de frío le recorrió la espina dorsal.

Se apoyó de nuevo en la pared de la torre y cogió aire. Por un momento, estuvo a punto de cambiar la dirección de su huida, pero la alternativa no era viable, al menos de momento.

Ella era lo más importante. Lo primordial.

La carta puebla tendría que esperar.

—¿Te encuentras bien? —susurró Nuño.

—El cautiverio me ha aflojado las piernas y dejado los brazos doloridos, pero podré empuñar la espada y lanzar el hacha si es preciso, mi señor.

—Sabes que el conde te despellejará vivo cuando se entere, ¿verdad?

—No si le devuelvo a su sobrina sana y salva.

Tomó la iniciativa cuando penetraron en los establos y ensillaron un par de caballos, aprovechando que el siervo encargado no estaba presente. Félix montó el suyo ocultando el dolor que el movimiento le producía, pero, cuando se disponía a salir, sintió la mano de Nuño en su brazo.

—Los hombres de don Martín no son los únicos que están dispuestos a defenderte, amigo. No estás solo. —Por la trascendencia de su mirada, Félix supo que se refería a sus delirios. Una ola gigantesca de vergüenza le impidió aceptar semejante ofrecimiento. Solo inclinó la cabeza en señal de respeto, pero Nuño le propinó un apretón en el hombro que le hizo temblar el corazón—. Hemos pasado por demasiado juntos y me refiero al presente. Aun sin conocer ese pasado común que tenemos, te conozco lo suficiente como para saber que no me hablarás de lo que te estaba ocurriendo en la mazmorra cuando llegué, pero quiero que sepas que, si en algún momento necesitas hablar, yo también estoy de tu parte, capitán.

Félix tragó saliva y enfrentó su mirada. Ambos hombres se agarraron de los antebrazos como mutua señal de respeto, y acto seguido partieron en busca de Rosaura y Alana.

Los guerreros del conde seguían buscando sin descanso. Los del Lobo Gris los secundaban y la vigilancia se había redoblado. No obstante, pudo conseguir una montura con la que seguirlos, aprovechando que los registros se extendían a cualquier siervo que habitara en el interior de la fortaleza, y que el encargado de los establos estaba siendo sometido a uno.

En cuanto vio que, a Rosaura y la esposa de don Nuño se unían este y Félix, supo que sería su única posibilidad de conseguir aquello que buscaba.

«Ni yo misma lo hubiera planeado tan bien», pensó con una sonrisa, siguiéndolos a través de una puerta trasera de la fortaleza. Félix, el íntegro capitán de las huestes del conde de Trabada, escapaba a su castigo como un cobarde, ayudado por el hermano de don Hernán, nada menos. Aquello provocaría un caos aún mayor que el que les tenía tan entretenidos, buscando probablemente a un hombre, sin pensar que había sido una mujer quien había terminado con la vida de don Gonzalo.

Bueno, ya no le importaba. Y, cuando el propio Félix la llevara hacia la culminación de sus objetivos y Rosaura hubiera dejado de existir, compartirían las mieles de su victoria.

Inclinada sobre la cabeza de su montura trataba de no perderlos de vista, segura de que Félix se dirigía a donde se encontraba la carta puebla de don Gonzalo, pero se detuvo abruptamente cuando sus sentidos le advirtieron del peligro y su mente registró una actividad inusual en aquel lugar.

Elevó la cabeza y olfateó el aire. A continuación, entrecerró los ojos, hasta que al fin comprendió.

Una hechicera experimentada se hallaba cerca. Protegiéndolos de todo mal.

Y no una cualquiera.

—Teodomira... —musitó, al mismo tiempo que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

Conocía de su existencia. De sus dones. De su experiencia.

El aura que protegía la cabaña y sus alrededores era tan potente que no tuvo más remedio que retroceder, desconcertada.

Rosaura llevaba con ella a una aliada muy potente, pero no era la primera vez que se encontraba con ese tipo de inconvenientes. Demasiadas personas seguían los dictados de la antigua religión a escondidas de la que proclamaban los cristianos.

Sabría cuidarse.

—Put a de Kadyja —recitó en voz baja con una sonrisa de cruel satisfacción—. Voy a por ti.



Catorce

Llegaron sin aliento a la cabaña de doña Teodomira.

Con la inquietante sensación de que no lo hacían solas, y con el corazón en un puño al pensar que el asesino de don Gonzalo podría estar tras ellas. Aquella opción consiguió que Rosaura no soltara el brazo de Alana, ni siquiera cuando ambas fueron recibidas por su abuela.

—Al fin —les susurró esta, mirando en derredor con atención antes de cerrar la puerta tras ellas—. Esta noche las fuerzas del mal se han conjurado. Debéis tener cuidado y actuar con inteligencia.

—Abuela, ¿alguna vez me hablaréis con claridad?

Teodomira le respondió con una sonrisa enigmática que iluminó su rostro arrugado igual que las dos velas que permanecían encendidas en la reducida estancia.

—Siempre lo hago —dijo—. ¿Qué ha ocurrido con tu capitán?

—¡Sigue preso! He intentado llegar hasta mi tío, pero ¡desde lo ocurrido con don Gonzalo, me han tenido encerrada en mis habitaciones!

—No del todo, doña Teodomira, como habéis podido comprobar —añadió Alana con un guiño cómplice dirigido a la anciana.

—¡Incluso he intentado comunicarme con él, a pesar de la distancia, sin conseguirlo! —gimió Rosaura, al borde de las lágrimas. Hasta que se dio cuenta de que quizá había hablado de más al referirse a aquella manera tan peculiar de comunicarse con Félix. En realidad, nadie la había advertido acerca de su facultad ni tampoco acerca de la conveniencia o no de mantenerla en secreto, así que... Se mordió el labio, pero el arrepentimiento duró poco. Si tenía alguna posibilidad de ayudarlo, esta residía en aquellas dos mujeres—. ¡Puedo hablar con él! ¿Cómo explicáis eso?

—Es muy bueno que seas capaz de hablar con el capitán.

—No me habéis entendido. ¡Es como... si pudiéramos entrar en la mente del otro para conocer nuestros pensamientos! ¡Yo escucho su voz sin que él... mueva los labios! Oh, buen Dios, ni siquiera soy capaz de explicarlo de forma que...

—Es un don. —Teodomira y Alana parecieron estudiar su expresión con interés, antes de mirarse entre ellas de forma concluyente—. Félix ha sido bendecido con él, y tú lo has heredado. Hasta ahora no eras consciente de poseerlo, pero cuidado. Puede que no seáis los únicos que disfrutéis de esas bendiciones. Debes protegerte.

—¿De quién? ¿De Félix? ¡Ciertamente no constituirá un peligro con su mano derecha

cercenada y su espalda destrozada!

Su abuela endureció el gesto y frunció los labios.

—Veo que no dudas de él. Es un gesto que te honra, teniendo en cuenta que te ha librado de una condena a muerte.

—¿Él no es culpable de nada, salvo de proteger su vida! ¿Vais a negarme vuestra sabiduría para poder ayudarlo?

—Voy a ponerla a tu disposición. Lo primero que debe importarte es lo que hay ahí dentro —dijo, golpeándole el pecho con uno de sus dedos huesudos—. ¿Has traído el espejo?

—No sabía que debía traerlo, pero sí. ¿Es importante?

—El espejo siempre irá con quien lo necesite. Su valor viene dado por la persona que lo porte.

—No lo perderé de vista.

Teodomira le dirigió una sonrisa condescendiente.

—Me alegra tu seguridad, pero cuidado, mi niña. Si un mismo objeto coincide en un mismo plano temporal con su réplica, pero ambas han surgido de dos épocas diferentes, una de esas réplicas puede desaparecer —afirmó sin prestar atención al gesto de absoluta incompreensión de Rosaura—. Algo que no sucederá con esto, espero. —La anciana se hizo con un lienzo de color malva en una mano y una pequeña caja cuadrada en la otra, hecha de una madera muy clara y con un dibujo grabado en cada una de sus caras—. La flor de los siete pétalos. Es la misma que aparece en el espejo. Un amuleto que te protegerá, porque representa a las siete diosas paganas. La caja es de teca, una madera muy resistente que conserva en perfecto estado lo que hay dentro —informó. Las muchachas la siguieron a una pequeña y rudimentaria mesa situada en un rincón de la cabaña, rodeada por troncos cortados a hachazos que hacían las veces de silla. Extendió el lienzo, colocó una vela negra en cada esquina y las encendió. A continuación, sacó de la caja un conjunto de pequeñas láminas rectangulares que mostraban diversos dibujos que llamaron la atención de Rosaura al momento—. Cada una de estas láminas nos revelará partes de tu futuro.

—¿Te hablan?

—En cierto modo, sí. Es algo que siempre ha estado oculto y así deberá seguir siendo, ¿verdad, doña Alana? —Rosaura dio un respingo involuntario al ver cómo la aludida asentía—. Vos conocéis este arte. Lo he visto. En cuanto efectúe la tirada e interprete el resultado, deberéis conducirla a la Abadía de los Cuerpos Santos. Los monjes os prestarán la ayuda para el capitán, si está en su mano.

—¿Y si tampoco allí encontramos lo que buscamos?

—Intentaremos el ritual de vuestra abuela —intervino Alana, tomándola de las manos.

—¿Cuál es?

—Primero, dejaremos que las láminas hablen. —Teodomira cogió todas de una vez y empezó a mezclarlas con la mano derecha. Después las dejó sobre la mesa, las separó en dos montones con la misma mano, volvió a juntarlas y repartió las seis primeras en una fila de cuatro y otra de dos. Estaban boca abajo, por lo que no pudieron ver qué dibujos había en ellas—. Rosaura, saca el espejo y colócalo a tu derecha, de modo que puedas ver tu reflejo en él. Una vez que descubramos lo que las láminas quieren contarnos, debéis buscar un claro desde donde podáis ver con total claridad la caída de las estrellas. Será entonces cuando ambas tendréis que prepararos para el viaje en el que encontraréis la forma de arreglar aquello que se ha roto.

Había tantas cosas rotas a su alrededor... Rosaura aceptó, apretando entre sus manos el espejo.

Su único vínculo con él.

—De acuerdo —dijo—. Estoy preparada. Empezad.

Teodomira fue dando la vuelta a las láminas una a una. Cuando terminó, se quedó observándolas con un profundo suspiro.

—Esta es la lámina de los enamorados —explicó, señalando la primera a su izquierda—. Habla de la consecución del amor para ti, mi niña, pero será a través de decisiones trascendentales que tendrás que tomar sin saber a ciencia cierta el resultado, salvo que ayudarás a aquel a quien amas. La de al lado representa la muerte.

—¿Voy a morir?

Un escalofrío la sacudió entera al pensar que podría ser Félix quien muriera, pero la pequeña sonrisa que asomó a los labios de Teodomira la tranquilizó.

—A veces esta lámina representa la muerte en otros planos. Se avecina un enorme cambio en tu vida. Será tu mejor arma para conseguir tus fines. La torre que ves en la siguiente me habla de muchos problemas, de destrucción, de maldad —añadió con el ceño profundamente fruncido—, aunque el juicio contribuirá a que nada sea irremediable. Esta de aquí es el emperador, pero se muestra invertida. Te habla de un hombre con un poder que en este momento se encuentra lejos de él. Solo tú puedes ayudarlo a conseguirlo, Rosaura, con tu valentía. La última lámina, la fuerza, también invertida, me lo dice. Tu fuerza aguarda el mejor momento. Ahora mismo has sufrido lo suficiente como para rechazar cualquier cosa que implique confianza, pero volverás a tenerla en el hombre adecuado para ti.

Su cuerpo había sido lo suficientemente castigado como para no desear nada de eso en un futuro inmediato, pero la curiosidad de Rosaura iba mucho más allá de su conmiseración y también de su prudencia. Estaba absolutamente fascinada por el relato en clave de su abuela.

¿Y si era así? ¿Y si ella pudiera averiguar más con solo girarlas en su dirección y mirarlas tal y como lo estaba haciendo Teodomira?

No vaciló. Alargó la mano sin pedir permiso para tomar la última lámina, pero, al hacerlo, el borde le cortó la yema del dedo.

—¡Ay!

Se llevó el dedo a la boca mientras miraba la pequeña mancha de sangre en uno de los lados de la lámina; a su lado, algo ocurrió en la superficie del espejo.

Hubiera podido jurar que temblaba como si fuera la superficie de un lago cristalino. Su visión se aclaró durante un lapso de tiempo tan breve que, más tarde, se preguntaría si lo había soñado. Pero en ese momento, cuando trasladó su mirada allí, vio con toda claridad el rostro de una mujer.

Una mujer que no era ella.

Pese a que sus rasgos poseían la suavidad de un rostro muy bello con pómulos altos; labios jugosos y enormes ojos azules; su pelo, tan rubio como el de su tía Jimena, se hallaba mucho más corto. Enormes aros pendían de sus orejas, visibles gracias a la tenue iluminación de unas velas.

Sin embargo, no fue eso lo que heló la sangre de Rosaura, sino la fijeza con la que aquella desconocida la miraba.

Era como si el espejo fuera un mecanismo de comunicación entre ambas y no un reflejo de sí misma. O tal vez sí, si intentaba interpretar la información que le habían proporcionado las láminas.

Se tapó la boca, entre atónita y aterrada, y comprobó que la mujer del otro lado del espejo hacía lo mismo, soltando un jadeo muy similar al suyo. Rosaura parpadeó, y ella también. Pero cuando estaba a punto de dejar escapar un chillido de pánico, la imagen desapareció para ser sustituida por la que debería haber estado allí desde un principio: la suya.

—¿Qué... Qué...?

Incapaz de formular la pregunta al completo, con las palmas de las manos húmedas de sudor y los dedos temblorosos, señaló al espejo sin atreverse a tocarlo siquiera.

Teodomira la miró con gravedad, pero en absoluto sorprendida por lo que acababa de ocurrir.

—El espejo te ha mostrado el camino. El símbolo grabado en él te protegerá. No te separes de él, ¡nunca! —exclamó, poniéndose en pie de un salto después de recoger las láminas y devolverlas a su caja. Tomó las velas y se las entregó a Alana. A continuación, posó sus manos sobre los hombros de Rosaura. Sus ojos brillaban de forma inusitada. Sus labios temblaban cuando la apretó contra su pecho con cariño. Y, cuando la volvió a apartar, Rosaura comprobó que estaba llorando—. Debes irte ya, mi niña. El mal se acerca. Os perseguirá —añadió, lanzando miradas por encima de su hombro a la oscuridad que rodeaba la cabaña—. Escucha y déjate guiar por aquellos que saben más que tú. Reclama su ayuda, porque la obtendrás. No cierres los ojos a nada de lo que ocurra a tu alrededor antes de comprenderlo. Busca el equilibrio que rige la vida desde el principio de los tiempos y que habéis perdido en algún punto de vuestra vida. El bien y el mal, la guerra y la paz, la luz y la oscuridad. Vuestros hombres permanecen en el extremo más tenebroso. Deben hallar la salida hacia el equilibrio; como tú, Rosaura. En tu equilibrio estará tu lugar. ¿Serás capaz de salvar a tu capitán?

Hablaba de Félix. Razón suficiente para sentirse capaz de derribar montañas.

—Sí, abuela —respondió con seguridad—. Con todas mis fuerzas.

—Te deseo un buen viaje lleno de bendiciones, pero recuerda: deberás aguardar a que las estrellas vuelvan a bañar la tierra para poder regresar, mi niña. Y, entonces, habrás de decidir si quieres hacerlo, porque solo tendrás un viaje de ida y otro de vuelta. No habrá posibilidad de un tercero sin que tu cuerpo se haga añicos. Y, ahora, ¡corred antes de que os descubran!

El peligro más oscuro manaba de cada una de sus palabras, igual que la sensación de despedida permanente con la que estampó un beso en su mejilla antes de empujar a ambas hacia sus monturas. Alana no dijo ni una palabra. Solo la impelió a que la siguiera con una simple mirada, como si ella sí hubiera comprendido el sentido de las palabras de Teodomira; pero, antes de poner a su caballo al galope, Rosaura miró hacia atrás por última vez.

—Abuela, ¡volveré a veros! —exclamó con la horrible sensación de lo contrario.

—Sí, Rosaura. —La sonrisa de la anciana fue tan triste que estuvo a punto de desmontar y quedarse a su lado—. Nunca te dejaré sola. Ahora, ¡iros!

La visión se le nubló por las lágrimas cuando Alana y ella se alejaron al galope. Sus sentidos no dejaban de captar el sonido de otros cascos, el resollar de otra montura que se acercaba. Sus instintos le advirtieron de que no se trataba de su imaginación, sino del peligro del que Teodomira las había advertido, pero ninguna se detuvo.

Aún sentía los estremecimientos de miedo en el cuerpo al recordar la extraña visión del espejo que en ese instante apretaba contra su pecho. Todavía resonaban en sus oídos las enigmáticas palabras de su abuela anunciándole un futuro lleno de incógnitas que debería descifrar por sí misma, pero si algo llenaba su mente era que debía librar a Félix de un castigo injusto que le marcaría de por vida.

—¡Vamos, mi señora! ¡Se acerca!

¿Quién?, tuvo ganas de preguntar a la mujer que la precedía. Pero no pudo. Se hallaba sin aliento, igual que el caballo que la transportaba. Tuvo que emplear toda su agudeza visual en sortear las ramas bajas que se iban entrelazando por el camino para no caer, empeñada en seguir la estela de Alana, hasta que esta se detuvo en un pequeño claro despejado de vegetación, desde el cual se podía ver el cielo estrellado.

—No llegaremos a la abadía a tiempo, doña Rosaura.

—¿Y qué propones?

—Seguir el plan alternativo de vuestra abuela. —Alana descendió de su caballo y le lanzó una mirada interrogante que detuvo su corazón—. ¿Confíaís en mí, mi señora?

Rosaura la imitó con seguridad. Se colocó frente a ella y la tomó de las manos.

—La religión de los antiguos no me es ajena —confesó con contundencia—. Estás conmigo, Alana. Si mi abuela confía en ti, yo también. Por completo.

—Bien, porque lo vamos a necesitar. —Después de echar un rápido vistazo por encima de su hombro, Alana tomó las velas que Teodomira le había dado y guio a Rosaura hasta el centro del claro—. Permaneceréis a salvo siempre que seáis capaces de elegir en el momento indicado.

—¿No he demostrado ya que puedo hacerlo?

—Ciertamente, si vuestro capitán os viera ahora, estaría orgulloso de vos. Habéis tomado partido por él, pero las decisiones no se acaban ahí, mi señora —afirmó la meiga—. Hemos empleado demasiado tiempo con unas láminas cuyo origen y conocimiento debe permanecer oculto, por la seguridad de todos aquellos que creemos en su sabiduría. Ahora, urge una nueva decisión vuestra. Podemos seguir hasta la abadía, arriesgándonos a ser encontradas por aquello que nos busca con ahínco o podemos emprender el viaje aquí mismo. —Señaló al cielo, donde algunas estrellas empezaban a descender hasta la tierra—. Si tardáis en decidirlos, las estrellas terminarán de caer y el tiempo habrá pasado.

Rosaura miró a su alrededor. El vello de todo el cuerpo se le puso de punta cuando intuyó el peligro a pesar de no ver ni escuchar nada extraño.

La creía. Del mismo modo que había creído todo lo ocurrido en la cabaña de su abuela.

—Hagámoslo —afirmó.

Alana no perdió el tiempo. Colocó las velas en cada vértice de un cuadrado imaginario. A continuación, llevó a Rosaura al centro del cuadrado sin soltar sus manos y sonrió.

—Relajaos —aconsejó—. Cerrad los ojos y pensad con todas vuestras fuerzas en el lugar al que os gustaría viajar.

—¿Así es como vamos a hacerlo?

—Así es como debemos hacerlo. Ahora, por favor, sujetad el espejo con una de vuestras manos. ¡Es primordial que no lo soltéis para realizar el viaje! Seguid en contacto directo con él y, en su momento, podremos regresar sanas y salvas. —Rosaura así lo hizo. Lo sintió en la piel, en el corazón. Frente a ella, Alana permanecía con su mano sobre la de ella y la otra sobre el antebrazo de la que sostenía el espejo—. ¡Apelo a vosotras, diosas antiguas! ¡A Brigit, la poderosa! ¡A Dana, diosa madre, y a Ariadna, diosa de la luna! ¡También a Deva, diosa de las aguas, y Epona, diosa de los bosques! ¡Llamo a Oceanea, diosa de los océanos, y a Morrigan, la guerrera, diosa de la fuerza y la salud! ¡Venid a nosotras! ¡Ayudadnos en este viaje!

Rosaura cerró los ojos con fuerza mientras un repentino viento se levantaba. Era frío, violento y las envolvió; empujándolas a moverse en un círculo cada vez más rápido, siempre dentro de las cuatro velas que no se apagaban.

Ella ignoró todo lo que sus sentidos captaban y se concentró en el agarre firme de Alana, en sus palabras y sus consejos. Una imagen de Félix se materializó en su mente. Oscuro, atractivo, solícito. Una mole de músculos varoniles provistos de un corazón aún más grande. Se vio en un mundo diferente al que la rodeaba, donde una mujer pudiera elegir a su esposo y entregarse a él por amor. Donde acciones como la que ella había sufrido a manos de Laín fueran castigadas. Donde hombres honorables como Félix pudieran defender su vida de la vileza ajena.

Fue en ese instante cuando escuchó un leve silbido que se convirtió en un auténtico chillido que identificó como el piar de Cascabel. ¿El halcón estaba allí?

Intentó detenerse, pero no pudo. Alana aflojó la presión de sus manos al tiempo que ella sentía un repentino dolor atravesándole el vientre. Se dobló sobre sí misma mientras una ola de intensa emoción se desplomaba sobre ella hasta hacerle sentir el estómago en la garganta y cada centímetro de su carne inmersa en una vorágine que no dejaba de girar. De repente no podía abrir los ojos ni caminar ni agarrarse a nada lo suficientemente duro o inmóvil. Su cuerpo dejó de pertenecerle. Se sentía rara, realmente extraña, como si acabara de ocurrirle algo irrevocable.

Sufrió una sensación horrorosa de vértigo, como si las entrañas de la tierra se abrieran para arrastrarla hacia abajo. Abrió la boca para gritar, pero ningún sonido salió de ella. Se sentía como si su cuerpo se estirara por un tirón dado a una velocidad imposible, para arrastrarla hacia una oscuridad absoluta.

La presión agónica la rodeó, se intensificó. El latido que empezó en sus sienes se convirtió en un dolor casi insoportable y, cuando estaba segura de que se partiría en dos..., se detuvo.

Félix y Nuño cabalgaron sin descanso en cuanto vieron cómo Rosaura y Alana abandonaban la cabaña de doña Teodomira.

Sabían la dirección que acababan de tomar; también sabían que alguien más estaba implicado en aquella persecución, pero no había tiempo para detenerse y averiguar quién los seguía. Si lo hacían, perderían de vista a las mujeres y su intención era detenerlas antes de llegar a la abadía.

—Van directas al peligro —susurró furioso—. ¿Qué se supone que tienen en la cabeza?

—Creo que solo hay una manera de averiguarlo y es atrapándolas.

—Oh, sí, mi señor. No sabéis las ganas que tengo de ponerles las manos encima.

Y, por su tono de voz, no tenía nada que ver con el deseo que despertaba en él aquella mocosa consentida. ¡Maldita fuera! Cuando la tuviera delante, la pondría sobre sus rodillas y le daría tal zurra que no podría regresar a Trabada sobre su caballo. ¡Actuaría con ella como el padre que había sido en tiempos pasados, dándole lo que tanto parecía necesitar!

—Bueno, tenemos nuestra oportunidad, amigo. Mira.

Félix abandonó sus pensamientos y miró en la dirección que Nuño indicaba. Ocultos en la espesura del bosque en el que estaban inmersos, observaron cómo Rosaura y Alana se detenían en aquel pequeño claro, iluminado a la perfección por la luna llena y dirigían sus miradas hacia el cielo.

—¿Las estrellas se mueven? —inquirió Nuño.

—Eso parece.

Ambos hombres se prepararon para intervenir, pero lo que vieron los dejó boquiabiertos.

Las muchachas se agarraron de las manos cuando el cielo pareció quebrarse sobre sus cabezas.

Con el espejo en una de las manos de Rosaura.

—¿A dónde vas? —preguntó Nuño cuando le vio avanzar en su dirección.

—A detenerlas y recuperar el espejo. Sin él no saldré vivo de Trabada. Contiene mi futuro.

—Adelante, entonces. Yo voy detrás de ti.

La furia que le provocaba la conducta de Rosaura solo era superada por una verdad irrefutable: muertos don Gonzalo y Laín, y a la espera de que él probara su verdadera identidad, ella era la heredera del señorío de Proaza.

Dio un paso hacia el claro, pero entonces Alana empezó a invocar a gritos a las diosas paganas mientras comenzaban a girar, perfectamente entrelazadas. Una intensa luz blanquecina surgió de algún lugar, cegándolos. A continuación, el resplandor inesperado envolvió los cuerpos

de las mujeres como si fuera una enorme manta que las aislaba de ellos. De él.

—¡Rosaura!

Avanzó, decidido a salvarla de aquello que parecía engullirla, pero los reflejos de la luz lo atraparon. Pareció disolverse en el calor que manaba de ellos en cuanto sus dedos la tocaron. Como si cada uno de sus miembros se le separaran del tronco y fuera desposeído de toda su fuerza.

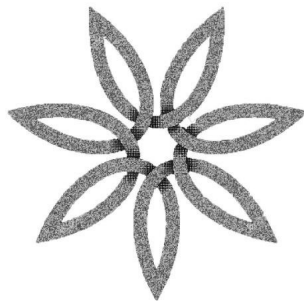
A su espalda, escuchó los gritos de Nuño. Vio cómo extendía una mano hacia él. Consiguió aferrar su brazo, pero, en ese momento, todo se disolvió a su alrededor hasta desaparecer.

Nadie fue testigo de lo ocurrido en el bosque. Nadie, salvo una mujer que no dudó en acercarse al lugar en cuanto fue testigo del ritual, vio cómo las estrellas caían del cielo mientras escuchaba las palabras proferidas por Alana y oyó a Félix.

El espejo contenía su futuro. Eso había dicho. Y, con eso, había sellado su destino.

Aquel objeto era la clave para encontrar la carta puebla, además de primordial para viajar a donde quiera que fueran.

Con una sonrisa astuta, se lanzó hacia la luz antes de que esta se extinguiera.



Quince

Carretera Santillana del Mar, Santander, agosto de 2015

Alana la había guiado hasta allí, pero ¿dónde estaba ella?

Cuando Rosaura abrió los ojos, se fijó en que el bosque parecía haber menguado, en que se hallaba sola... y en el extraño camino que se encontraba a solo unos pasos de ella que la conducía, aparentemente, hacia un lugar cuyas luces se veían en la distancia.

Alana había desaparecido. También los caballos, las velas e incluso... ¡el espejo!

¡Ya no lo tenía en su mano!

Lo primero que hizo fue inspeccionar el terreno donde se encontraba a oscuras, por si se le había caído y tropezaba con él. Después, en vista de que no lo encontró, miró el cielo. Las estrellas habían dejado de caer, pero en el aire flotaba un olor extraño que se incentivó cuando un sonido, más bien un rugido, rasgó el silencio que la envolvía, acercándose.

Ella no se consideraba una muchacha débil ni asustadiza. No en vano había sufrido lo que había sufrido para llegar hasta allí. Pero, cuando se aproximó a la linde del camino y vio lo que se acercaba a ella, lamentó no tener a mano algo con lo que defenderse.

Un monstruo metálico, con ojos iridiscentes que la cegaron, se detuvo frente a ella con un espantoso chirrido seguido de un humo apestoso, justo después de golpear sus rodillas.

El golpe no fue peligroso, ni siquiera doloroso; pero, dadas las condiciones físicas de Rosaura, la hizo trastabillar y cubrirse los ojos con las manos, para poder ver cómo una mujer salía del monstruo.

Una mujer vestida con calzas ajustadas, cuyo pelo corto y rubio parecía más bien el de un muchacho y unos ojos azules que la miraron furiosos mientras se acercaba a grandes pasos.

—¿Estás loca o qué? —chilló sin contenerse. Rosaura miró hacia atrás, solo para asegurarse de que tenía espacio de sobra para huir. Dado que se hallaba indefensa, era la mejor opción. Con las rodillas doloridas empezó su carrera, pero la desconocida la sujetó por el brazo sin miramientos—. Ah, no, de eso nada. Aquí te quedas conmigo que después me puedes denunciar por un atropello que, gracias a Dios, no ha pasado y...

De pronto sus ojos conectaron.

Por un extraño instante, todo lo demás pareció detenerse para las dos. Rosaura contuvo la respiración, al mismo tiempo que la desconocida palidecía.

—¡Tú! —exclamó.

—¡Vos! —murmuró Rosaura a la vez.

Durante un buen rato, ambas se examinaron con interés, como si fueran viejas enemigas y, al mismo tiempo, viejas amigas. Tras la desconocida, aquel ser extraño permanecía inmóvil.

En otras circunstancias, Rosaura se hubiera tomado más tiempo en averiguar dónde se hallaba y cómo había llegado hasta allí, puesto que no recordaba nada después de haber tomado la mano de Alana en el claro del bosque, pero en ese momento otras cosas reclamaban su atención, como el rostro de la mujer que, pese a poseer muchos de los suaves rasgos que recordaba en doña Inés, destilaba peligro, advertencia; además de la confianza suficiente como para no salir huyendo a pesar de que las lesiones ocasionadas por Laín todavía le molestaban.

—Pareces salida de un cuento de hadas, pero más hecha polvo. ¿Quién te ha hecho eso? Y no me digas que he sido yo, porque he detenido el coche a tiempo. ¿Quién... eres?

—¿Quién... sois? —inquirió ella al mismo tiempo.

—Joder, veo que tengo que ser yo la que rompa esta sincronía ridícula que nos hace hablar a la vez. —Como si de repente la situación que las había unido fuera de lo más normal del mundo, extendió la mano hacia Rosaura—. Me llamo Irene Rodríguez.

—Rosaura Odóñez de Castromoros, sobrina de don Martín Ruiz de Vega, conde de Trabada —informó, mirando la mano extendida sin saber qué debía hacer a continuación. Ella solo conocía Castromoros y Laciana antes de irse con su tío. Era posible que aquella mujer, Irene, se refugiara en la abadía por alguna razón, en cuyo caso iba por el buen camino—. He viajado hasta aquí en compañía de mi amiga doña Alana, esposa de don Nuño, hermano de don Hernán Téllez de Medina, el famoso Lobo Gris; porque precisamos con urgencia ayuda para el capitán de las huestes de mi tío.

—Un momento, un momento... ¿Lobos, huestes? ¿Qué te has fumado? —Cuando entrecerró los ojos, Rosaura dio un paso atrás. Con ese gesto, la mujer tenía un notable parecido con Inés, la esposa de don Rodrigo—. ¿De qué fiesta de disfraces te has escapado? A ver, échame el aliento.

—¿Qué?

—Que me echas el aliento. Así. —Irene escenificó lo que quería de ella, y Rosaura terminó por hacerlo. De momento, sería más fácil seguirle la corriente—. Pues no, no hueles a alcohol, pero puedes ir puesta de algo más hasta las cejas. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho primaveras, doña Irene.

—Madre mía, no me llames así que acabo de cumplir treinta. Mierda —añadió, mientras metía las manos en los bolsillos de sus extrañas calzas y se dedicaba a pasearse delante de ella, como si intentara de pronto asimilar parte de lo ocurrido—. Analicemos las circunstancias: hace un par de horas me encontraba en mi piso de Santander, recogiendo las últimas cosas antes de ponerlo a la venta, cuando encontré las viejas cartas del tarot. Sé que no se debe, pero me las eché a mí misma. Mi abuela era muy aficionada al tema, ¿sabes? Y yo me crié con ella, pero, bueno, eso no te interesa... El caso es que, de buenas a primeras, en mitad de la tirada, juraría que vi tu cara en el espejo que había colgado en la pared de mi derecha. Justo tu cara. Aunque no me resultas familiar, está claro que ambas nos conocemos. Por favor, dime de qué, porque empiezo a pensar que el subconsciente me ha jugado una mala pasada con el dichoso espejo.

—Os vi cuando mi abuela leía mi futuro en unas láminas secretas, mi señora. Ella me dijo que podríais ofrecerme la ayuda que preciso.

Los ojos azules se abrieron hasta más allá de lo posible y el rostro de Irene palideció.

—O sea, que no lo he soñado ni nos conocíamos de antes —murmuró ensimismada—. A ver, no es que no haya visto cosas raras, pero la sensación de confianza que tengo cuando te miro no

debería estar ahí, no sé si me entiendes. ¡Casi te atropello y seguramente te dolerán las piernas!

—Me duelen. Y yo también tengo esa misma sensación con respecto a vos.

—¡Joder, deja de decir eso! ¡Estoy intentando normalizar esta situación, buscarle una razón lógica, y así no ayudas mucho que digamos!

Rosaura apretó los puños. La actitud prepotente de esa tal Irene comenzaba a enfurecerla.

—¿Cómo os atrevéis? ¡Sois vos la que me ha golpeado con esa... aberración del demonio! — exclamó, señalando al animal metálico que seguía sin moverse, iluminando la escena con esos dos enormes ojos incandescentes que le provocaban un miedo instintivo—. ¡Yo solo buscaba la Abadía de los Cuerpos Santos con Alana, a quien, por cierto, no encuentro por ninguna parte!

—Joder, joder, joder. Creo que voy a volverme loca. —Irene la miró como si le hubiera nacido una cabeza nueva al lado de la que ya tenía. De pronto, abrió mucho los ojos—. ¡Ya lo tengo! ¿Se trata de una especie de juego de rol? ¡O a lo mejor eres una actriz! Bueno, pues, si es así, déjame decirte que lo haces de puta madre, de verdad. Pero ¡explícame cómo coño te vi en ese espejo y luego me he topado contigo en esta carretera por donde nunca pasa nadie, joder!

—Si dejarais de repetir esa palabra, podría pedirnos exactamente lo mismo. ¡Explicadme cómo os vi en mi espejo antes de salir de Trabada, para terminar encontrándoos aquí, en...! ¿Dónde estoy?

—Esto es peor de lo que pensaba. —Dejó escapar un largo suspiro y se acercó a ella—. Rosaura, sería muy bueno que fueras capaz de decirme en qué año vives, antes de que yo te responda.

—Eso es fácil. En el año 925 de nuestro Señor.

Irene parpadeó tan deprisa que casi la mareó. Después soltó una carcajada. Estuvo riendo un buen rato, apoyando las manos en sus muslos, hasta que las lágrimas casi la ahogaron. Pero, cuando se incorporó y vio que Rosaura seguía seria, contemplando su extraña conducta, la risa se le cortó.

—Me tomas el pelo —murmuró—. ¿En serio crees lo que acabas de decirme?

—¡No consentiré que insinuéis siquiera que miento! ¡Soy la sobrina del conde de Trabada! — exclamó, llena de una repentina indignación—. ¡El conde ha puesto a todas sus huestes a disposición de Alfonso Ordóñez, hijo del rey Ordoño y legítimo heredero del trono de León; para que pueda guerrear contra su primo Alfonso Froilaz y arrebatárselo! ¡Ese fue el motivo de mi casamiento con Laín! Pero ¡ahora Laín está muerto, y Félix está preso, a la espera de que mañana a la hora prima le cercenen la mano derecha y le cosan a latigazos! ¡Y no voy a consentirlo! Cierto que vuestro aspecto es extraño, que os vi en un espejo igual que, al parecer, vos me visteis a mí; pero ¡mi abuela me advirtió acerca de ese tipo de cosas y seguiré sus instrucciones al pie de la letra si con eso consigo ayuda para el capitán!

Respiraba entrecortadamente cuando dejó de hablar porque, conforme iba escupiendo las palabras, se daba cuenta de la reacción de espanto de la mujer que tenía delante. Su rostro se desencajó por completo cuando oyó la última parte, pero eso no la detuvo. Con los ojos llenos de lágrimas que no derramaría, Rosaura hincó la rodilla en tierra con la humildad de una sierva, pero Irene la ayudó a levantarse completamente perpleja.

—Manos cercenadas y latigazos... Pero, chiquilla, ¿de dónde has salido?

—Podéis confirmar cada una de mis afirmaciones si me acompañáis a Trabada —prosiguió con la voz temblando por la emoción—. Podéis incluso ponerlos en contacto con vuestros parientes una vez estéis allí. Doña Inés, la esposa de don Rodrigo, el señor de Ventosa, es buena y atenta. Os recibirá como merecéis. Pero, antes, ¡ayudad a Félix! Os lo ruego, ayudadnos...

—¡Un momento! ¿Has dicho Inés?

—Sí. Vuestro parecido es asombroso, así que he supuesto que os uniría algún lazo de sangre.

En aquella ocasión, fue Irene la que pareció quedarse sin palabras. Abrió la boca varias veces, completamente atónita y tiró de Rosaura para ponerla en pie. Iba a decir algo, pero en ese momento una tos proveniente de la parte trasera del monstruo metálico las distrajo.

Alana apareció, encorvada y dándose aire con una mano.

—¡Buen Dios, doña Rosaura! ¡Al fin os encuentro! —Casi se abalanzó sobre Rosaura para abrazarla—. ¡El viaje ha dado resultado! ¡Doña Teodomira tenía razón en todo! ¡Esto es muy parecido a nuestro bosque y, al mismo tiempo, completamente distinto! He pasado un buen rato escondida de este bicho repugnante que suelta ese humo por sus posaderas y... —Entonces se percató de la presencia de Irene. Con una exclamación contenida, se apartó de Rosaura y la miró de hito en hito, como si estuviera contemplando una visión. Su rostro palideció aún más, si es que eso era posible y su mano voló a la boca para ahogar un jadeo—. ¡La mujer del espejo en carne y hueso!

—Me llamo Irene, y a estas alturas creo que necesitaré atención médica más urgentemente que tu amiga, aquí presente. Tú eres...

—Alana, esposa de don Nuño Téllez de Medina, hermano del Lobo Gris. —Del mismo modo que había hecho antes Rosaura, Alana se arrodilló y tomó la mano de Irene para besarla casi con devoción—. Gracias, mi señora, por prestarnos vuestra ayuda. Si pudierais indicarnos dónde estamos y qué camino tomar, os aseguro que tendríais una generosa recompensa.

—Con mucho gusto. En cuanto te dejes de memeces y te pongas de pie. —Alana lo hizo, extrañada ante ese tono áspero—. Ya he oído suficientes tonterías por hoy. ¡No estamos en el año 925, sino en el 2015! Exactamente 1090 años después de lo que sea que tengáis en la cabeza las dos.

¿Qué insensatez acababan de escuchar?

Ambas se miraron, entre incrédulas, admiradas y llenas de un temor tan desconocido como lo que de pronto parecía rodearlas. A continuación, dirigieron su atención a Irene, que parecía embargada por el mismo miedo que ellas, solo que trataba de ocultarlo mejor.

—¿Hemos viajado... al futuro? —murmuró Rosaura.

Su mente se negó en redondo a aceptarlo en cuanto lo pronunció en voz alta. Una cosa era atender a las predicciones de su abuela y, otra muy distinta, dar por cierto lo que parecía completamente inverosímil. Inaudito.

—Alana, eso es imposible —afirmó con el ceño fruncido. Hasta que la idea que se formó en su cabeza la llenó de angustia—. ¡Debemos estar cerca de Félix para poder ayudarlo! ¡Nuño debe estar cerca también!

—Exacto, Alana. Imposible —corroboró Irene—. ¿No los llamáis para que vengan a buscaros?

—¿A quiénes?

—A esos dos, Félix y Nuño. —Pero, de algún modo, le quedó claro que no ocurriría cuando volvió a sacar el pequeño artefacto de sus calzas y se lo mostró—. Yo lo haré si me dais su número, venga. Rosaura, casi te atropello y tienes un montón de cardenales. Os llevaré al hospital y no me moveré de allí hasta que vayan a por vosotras, os lo prometo.

Como no obtuvo una respuesta inmediata, empezó a tocar el objeto que les había ofrecido varias veces antes de ponérselo en la oreja sin quitarles el ojo de encima, pero Rosaura apenas escuchó lo que dijo. Hablaba demasiado rápido, demasiado bajo, y su mente divagaba demasiado despacio acerca de lo que todo parecía indicar.

Las luces. Aquella mujer con su extraño comportamiento y su aspecto, aún más extraño. El

hecho de que el bosque hubiera menguado de tamaño e incluso su manera de hablar.

Miró a Alana buscando una salida, porque tenía que haberla. Una mucho más tangible, más terrenal, más real. Aquello sobrepasaba con mucho los límites de su propio entendimiento y, sin embargo, algo en la expresión de su amiga le dijo que no le sorprendía tanto como a ella. Que, de alguna retorcida manera, Alana se lo esperaba. Sus ojos le hablaron de confianza, de resolución. Su cabeza asintió levemente, y su mano tomó la de Rosaura, tan helada como la de una muerta, para darle un reconfortante apretón que solo consiguió que su corazón latiera a más velocidad y que sus piernas empezaran a flaquear.

—No... puede... ser —repitió en un murmullo con los ojos nuevamente llenos de lágrimas al comprender que había una pequeña posibilidad de que así fuera.

—*Félix. ¡Félix!*

Contuvo el aliento esperando que recibiera el mensaje; pero, cuando el silencio fue su única respuesta, volvió a abrirlos para encontrarse con Irene y sus manos posadas en sus hombros, como si pretendiera tranquilizarla.

«Esto también es real», pensó Rosaura. Sentía el contacto; no formaba parte de un sueño ni de ninguna pesadilla.

—«Doña Inés». Así se llama la tienda de antigüedades que poseo, herencia de mi abuela, en Santillana del Mar. Le puse ese nombre porque mi curiosidad y mi pasión por la historia me llevaron a remontarme a mis orígenes escritos. Sé que tengo una antepasada con ese nombre, esposa de un tal Rodrigo. —Oyó que le decía, aunque su voz sonaba lejana, como si, por milagro, su mente regresara al momento en que ella y Alana se tumbaron en aquel claro y unieron sus manos. Parpadeó cuando comprobó que la imagen que tenía delante empezaba a difuminarse ante sus ojos y se tambaleó hacia atrás—. Cómo lo sabes tú es algo que ignoro, pero sigo pensando que la explicación es muy terrenal, y pienso averiguarla.

«Deberás aguardar a que las estrellas vuelvan a bañar la tierra para poder regresar, mi niña. Y, entonces, deberás decidir si quieres hacerlo».

¡Claro que querría! Pero podría llegar demasiado tarde. Para entonces, Félix ya habría recibido los latigazos. Vagaría lejos de Trabada, tullido y suplicando un simple mendrugo de pan.

La sensación de vértigo se adueñó de ella y un extraño nudo le comprimió la garganta. El cosquilleo del sudor frío corriendo por su espalda la hizo estremecerse.

No, eso tampoco era posible.

—Oh, mierda... No te irás a desmayar ahora, ¿verdad?

Rosaura intentó responder a Irene, pero no pudo. Escuchó un pitido agudo que casi dañó sus oídos, precediendo a un mareo tan fuerte que la hizo doblarse en dos, abrazada a su estómago para contener las náuseas. Sintió unas manos sujetándola por detrás, pero supo que la consciencia se le escapaba sin que pudiera remediarlo cuando el pitido se repitió hasta hacerle elevar la cabeza al cielo.

Le pareció ver la silueta elegante de Cascabel junto a la luna, antes de que todo se volviera completamente negro.

Félix vomitó sobre la hierba con violencia.

Mientras era sacudido por los espasmos de las náuseas, apoyado sobre las rodillas y las manos para evitar caer derrumbado, y con Nuño a su lado, escuchó su voz.

Y todos los efectos maléficos de aquello que acababa de ocurrirle desaparecieron de su cuerpo y de su mente de un plumazo.

No importaba la sensación de ingravidez que le había arrojado aparentemente al mismo lugar del que salió, como si un ser mucho más poderoso que él le hubiera expulsado de su cuerpo con violencia. Tampoco el horrible mareo que le había hecho trastabillar, como si estuviera borracho, hasta caer sobre el claro a cuatro patas con un zumbido de oídos tan fuerte como su dolor de cabeza.

Lo único realmente importante era el conjunto de voces femeninas que le llevaron a levantar la cabeza hasta localizar de dónde procedían.

Allí, demasiado cerca de él como para que permaneciera inmóvil, pero a un tiempo lo suficientemente lejos como para no alcanzarlas con un simple movimiento de su mano, tres figuras parlamentaban, iluminadas por los destellos dorados que surgían de los ojos de una bestia que las acompañaba con un extraño y constante rugido.

—*Félix, ¡Félix!*

Su propio nombre rebotó dentro de su cráneo como si lo golpeará con la intención de salir de allí, pero no fue ese impacto lo que le obligó a sujetarse la cabeza, sino el tono inconfundible de aquella voz femenina con ese toque de pánico que tocó cada una de sus terminaciones nerviosas para ponerlo en guardia.

Era la primera vez que la oía en su mente sin que existiera otra conexión entre ellos, pero entendió el mensaje a la perfección: ella estaba en peligro. Un peligro real, por mucho que el ambiente que le rodeaba contuviera un toque místico que le empujara a pensar que se hallaba en medio de una especie de visión incomprensible para él.

—Están allí, Félix. ¡Puedo verlas!

—Rosaura. —Gruñó cuando se limpió la boca con el dorso de la mano y se obligó a ponerse en pie para sujetar a Nuño e impedir que se precipitara hacia lo desconocido antes de tomar sus medidas. Haciéndole un gesto significativo, desenfundó su hacha—. ¡Rosaura!

Avanzó hacia ella decidido, pero se detuvo cuando la vio desplomarse en los brazos de la única mujer desconocida. Mientras observaba con impotencia cómo esta cruzaba unas palabras con Alana, y ambas introducían a Rosaura en el interior de aquel monstruo que no dejaba de rugir, sacudió la cabeza para espantar los últimos signos de confusión y corrió a más velocidad.

—¡Rosaura! —gritó, angustiado, cuando las tres desaparecieron, y el monstruo empezó a moverse—. ¡No! ¡No, maldición! ¡¡¡Rosauraaaaa!!!

Corrió todo lo rápido que sus pesadas armas le permitieron. El corazón le aporreaba el pecho y las sienas. El sudor empezó a escurrírsele por la espalda y bajo la camisa, pero no se detuvo hasta que no pisó la dura y extraña superficie de aquel camino a través del cual el ser desaparecía a una velocidad mucho mayor que el mejor de los caballos del conde de Trabada.

La cólera se unió a su impotencia cuando se detuvo, incapaz de seguirle el ritmo y lanzó el hacha en su dirección sin ninguna esperanza de alcanzarlo.

Siguió gritando su nombre a pesar de que dejó de ver la silueta apenas unos segundos después. Gritos desesperados que llenaron el silencio progresivo en el que, tanto él como Nuño, se vieron sumidos cuando, consumido por el desconcierto, se dejó caer en el suelo de rodillas.

Su mente era un amasijo de información sin ningún sentido.

Y sin Rosaura.

Miró a su alrededor, completamente perdido.

No sabía dónde estaba, quién se la había llevado o a dónde tenía que dirigirse.

Cerró los ojos. Sus instintos caminaban hacia su pasado más oculto, pero él los frenó con firmeza y sacudió la cabeza.

—Buen Dios, ¡ayúdame! —gimió, cubriéndose la cara con las manos para controlar las

emociones que empezaron a desbordarle en el momento en que dirigió su vista nublada a Nuño.

Se puso en pie, derrotado. Cerró los ojos y se esforzó en recuperar aquella conexión que lo unía a ella, aunque no estuvieran juntos, pero solo recibió un silencio atronador. Temblaba de pies a cabeza por la horrible sensación de que había perdido a Rosaura en un mundo completamente desconocido, hasta que algo llamó su atención.

Fue un chillido agudo, intermitente, que procedía del cielo.

Era inaudito. Tan extraño como lo que acababa de ocurrirle. No tenía explicación para ese viaje que le había llevado a ese destino ni tampoco para la súbita desaparición de Rosaura en aquella bestia que pareció engullir a las tres mujeres.

Escuchar ese sonido familiar, a aquellas horas de la noche, tampoco tenía lógica, pero le llenó el pecho de un extraño y esperanzado gozo cuando levantó la vista para confirmar sus sospechas.

—Cascabel —murmuró, asintiendo a sus propias palabras.

Como si el ave le hubiera escuchado, inclinó su cabeza hacia él, hasta que sus ojos amarillos se toparon con los suyos. Había seguido a su dueña, solo Dios sabía cómo. Volaba en círculos cada vez más grandes, aparentemente lejos de ellos, pero no se desplazaba ni abarcaba otra zona.

«Es como una señal —pensó Félix—. Como un mensaje».

Con una sonrisa de oreja a oreja y, sin molestarse en inspeccionar aquella zona con más detalle, señaló al halcón con el hacha que volvió a colocarse a su espalda.

—Estamos en un lugar desconocido sin un medio de desplazamiento distinto de nuestras piernas. Y, al menos yo, me siento como si una manada de caballos salvajes me hubiera pasado por encima, pero vamos a encontrarlas, mi señor.

—Hablas con mucha seguridad. Ni siquiera veremos por dónde vamos.

—Él será nuestro guía —aseguró como respuesta a un nuevo piar de Cascabel—. Está troquelado, gracias al cielo.

—Me hablas en clave, amigo.

Félix cerró los ojos e inspiró hondo. Explicárselo suponía retroceder a su época más oscura, pero lo haría sin dudar si a cambio tenía una posibilidad de encontrar a Rosaura.

—Ha sido criado por su dueña desde muy joven —dijo—. La ve como a su madre, y al resto de sus congéneres, como a sus hermanos. Siempre se le ha permitido volar libre, así que considera el hogar de Rosaura como el suyo y los alrededores como su territorio de caza. ¿Comprendéis ahora? La buscará, la seguirá para encontrar su casa, su sustento. Y, con él, el nuestro. No necesitamos más, mi señor. Solo el halcón y la luz de la luna.

Se le habían escapado por poco.

Cuando consiguió sobreponerse a los efectos del viaje, ella se incorporó en mitad del claro, a una distancia lo suficientemente alejada de las muchachas y los guerreros como para no lograr alcanzarlos antes de que las primeras se fueran en aquella cosa metálica, y los segundos siguieran al halcón hasta desaparecer sin dejar rastro.

Lo último que había atinado a ver fue el espejo. Fuera del alcance de Rosaura.

Lo buscó a su alrededor, pero no lo encontró. Tampoco podía aventurarse más allá con garantías, dada la escasa visibilidad que la luna llena le proveía, así que se decantó por seguir el extraño camino por el que las jóvenes habían desaparecido.

El único inconveniente era que parecía demasiado largo para recorrerlo a pie. Y, aunque hubiera podido hacerlo, su velocidad no se acercaría siquiera a la de aquel extraño ser metálico.

Sin embargo, los dioses no la habían abandonado del todo.

Apenas había comenzado a recorrerlo, cuando las luces centelleantes de otro de aquellos monstruos amenazaron con cegarla cuando se acercó a ella.

Lo primero que le vino a la cabeza fue huir. Internarse de nuevo entre los árboles y mezclarse con sus sombras. Después de todo, los años y las penurias la habían convertido en una experta cuando de conservar la vida se trataba. Pero, cuando se detuvo junto a ella y de su interior salió un hombre, cambió de opinión.

—Hola. ¿Necesitas ayuda? —El desconocido observaba su aspecto con extrañeza. Hizo un rápido recorrido visual por su túnica, su cabello suelto y su rostro y alzó las cejas, como esperando una respuesta. Era bien parecido, aun vestido con aquellas ropas que le resultaban igual de extrañas que él. Y parecía tan ágil como intrigado cuando se acercó—. ¿No me entiendes? —insistió—. ¿Has salido de una fiesta de disfraces o algo así?

—Te entiendo. Pero no tengo intención de participar en ninguna fiesta.

—Vaya, qué voz más bonita tienes. Parece que no vas borracha ni drogada. Y, aun así, casi te atropello —dijo, señalando los enormes ojos amarillos del ser del que había salido—. Si planeabas dar un paseo por aquí, deberías haberte vestido con algo de un color más chillón para que los conductores puedan verte. No suelen pasar muchos coches por aquí, pero con uno hubiera bastado para llevarte por delante.

—¿Coche?

Él la miró como si estuviera poseída por el demonio. Reconocía esa clase de mirada, porque no era la primera vez que se la arrojaban a la cara, como si en realidad tuviera el demonio en el cuerpo.

«Pudiera ser así», pensó con una sonrisa que pretendía ser deslumbrante, pero que escondía todo un cúmulo de intenciones, a cada cual más escabrosa. Sin embargo, decidió dejarse llevar por la voz de sus instintos, esos que casi nunca la habían fallado, cuando vio al desconocido bajo un prisma diferente.

El de la utilidad.

—Venga, no me digas que no sabes lo que es un coche —le dijo el hombre con aquel tono cargado de suficiencia masculina que le indicó que sería una presa fácil.

—Entonces no te lo diré. —Con un parpadeo juguetón, enroscó un dedo en su melena negra y se acercó meneando sus caderas. Solo cuando estuvo a su lado, dejó que parte de los dones adquiridos en su vida con la hechicera salieran a la luz. Sin despegar sus ojos de los de él, segura de que, con aquella mirada, penetraba en su mente sin apenas esfuerzo.

—¿De dónde eres? ¿Puedo llevarte a algún sitio?

«A la cama. Allí es donde quiero que estés». Su mirada libidinosa le dijo exactamente eso cuando volvió a recorrerla, aquella vez demorándose mucho más en ella.

No le dio miedo. Llevaba toda su vida manejando a hombres así. Este no sería una excepción.

—Acaba de pasar un... coche por aquí. Seguro que lo has visto —dijo, señalando el camino desierto.

—Sí, me he cruzado con él. De hecho, conozco a su dueña.

—*Perfecto, entonces. Llévame con ella.* —La aparente dulzura de sus rasgos se transformó. Fue consciente del frío helador que envolvió sus pupilas cuando atrapó con ellas la voluntad del hombre. Y casi disfrutó al verlo parpadear, aturdido, al comprobar que la voz de una simple mujer resonaba en su cabeza—. *¡Vamos, aprisa!*

No esperaba resistencia, así que no la recibió. Con el gesto manso de quien entiende que acaba de encontrarse con la que será la dueña de todos sus actos y pensamientos futuros, el hombre retrocedió un paso espantado con el rostro deformado por el miedo más puro y atávico,

para después asentar.



Dieciséis

—Está bien, aunque maltrecha, Irene. La otra chica se encuentra en perfecto estado de salud. Fue una suerte que acabara de empezar mi guardia en el hospital cuando llegaste con las dos.

—Por completo, Raúl. Otro en tu lugar no solo no me habría informado con tanto detalle, sino que no entendería que ella es... diferente.

—Y tanto. No existe. Ni ella ni su amiga Alana. No logramos encontrarlas de ninguna manera. No tienen documentación que avale sus identidades ni propiedades ni trampas con Hacienda ni trabajos conocidos o estudios. ¡Coño, si ni siquiera tienen la ESO!

La mente de Rosaura, desde su lento despertar, distinguió dos voces masculinas acompañando a la ya conocida de Irene, antes de volver a las turbulentas aguas de su extraño sueño para seguir escuchando, como si todo fuera producto de su mente extraviada.

—¡Por favor, David! Rosaura tiene dieciocho años, y su amiga los rondará. ¿A cuántos chavales de esa edad conoces que trabajen?

—A mí.

—Tú te sacaste las oposiciones de la Guardia Civil en ese momento, que es muy distinto.

—Vale, lo reconozco. Me gusta mi trabajo. No es ningún delito. Sin embargo, estas dos han salido de la nada. Sus huellas dactilares no coinciden con ninguna de los registros, lo que me hace pensar que, de algún modo, no son quienes dicen ser. Eso sí que puede ser un delito.

—Tienes la prueba del sello. Según Ernesto, mi marchante de arte, es auténtico. Está tan convencido de ello que incluso me ha extendido el certificado correspondiente, por si acaso. Y, si repasamos lo poco que me ha dicho Rosaura de sí misma, coincide en todo.

En la lejanía, Rosaura escuchó una risilla prepotente que provocó un gruñido muy poco femenino por parte de Irene que hizo que se agitara y que fuera consciente de hacerlo.

—O sea, que pretendes que dé por hecho que esta chica, a quien alguien ha maltratado con crueldad y ha violado, ha salido de un espejo que tenías a tu derecha mientras jugabas a las cartas, solo porque llevaba un sello que parece ser auténtico —susurró el hombre a quien Irene había llamado David—. Raúl va a pensar que estás como una puta cabra. Y yo también.

—Me la pela lo que penséis los dos, estáis advertidos. Yo no he dicho que saliera de un espejo, sino que la vi en él. Tampoco estaba jugando a las cartas, sino haciendo una tirada del tarot. ¡Escuchándote, haces que parezca un simple solitario!

—Para mí es lo mismo. Y cuida tu lenguaje delante de la autoridad.

—Chicos, la paciente está despertando, así que un poco de discreción y de respeto, por favor —replicó el otro hombre—. Ahora, dejadme hacer mi trabajo.

—De acuerdo. Estaré fuera, por si...

—Irene, la chica no va a morir. Lo más importante era examinarla y lo hemos hecho. Lo

siguiente será encontrar a sus parientes más cercanos.

—Eso también lo hemos intentado, Raúl —repuso el tal David—. Si nos fiamos de lo que dice su amiga Alana, vienen de muy lejos. Y ni siquiera saben de dónde surge la luz eléctrica o cómo funciona el móvil. Alana está bastante asustada a ese respecto.

—Bien. Entonces esperemos que sea la propia paciente quien nos saque de dudas.

¿Luz eléctrica? ¿Móvil?

Sus párpados se agitaron antes de abrirse lentamente hasta que su visión se aclaró.

Buen Dios. Seguía inmersa en su pesadilla real. Con una sensación de pesadez en la boca del estómago que se acentuó cuando sus ojos registraron la imagen de todo lo que la rodeaba. La estancia parecía pequeña, pero muy sencilla, con una enorme ventana, si la comparaba con las pequeñas aberturas de la fortaleza de Trabada, a través de la cual penetraban los colores mortecinos del atardecer despejado. Como contrapartida, otro tipo de luz que emanaba de algún punto desconocido y que nada tenía que ver con antorchas ni fuego iluminaba al hombre ataviado con una especie de túnica blanca.

Poseía unos cálidos ojos marrones que desplazó a unos papeles que sostenía en la mano. Su gesto, con el ceño fruncido, le otorgaba cierto atractivo a una cara de rasgos marcados, nariz recta, mandíbula cuadrada y labios generosos. Su cabello le llegaba a los hombros en forma de ondas castañas, suavizando su aspecto y otorgándole cierto aire de confianza cuando le sonrió.

—Bienvenida al mundo, Rosaura. Es así como te llamas, ¿no? —Ella asintió—. Vale. Me llamo Raúl y ahora mismo soy tu médico. Aquí tengo los resultados de las pruebas que te hemos realizado.

—¿Dónde está Alana?

—¿Tu amiga? En la habitación de al lado, después de someterse a las mismas pruebas que tú. Cuando Irene os trajo estaba muerta de miedo, pensando que tu pérdida de consciencia se debía al incidente en la carretera. Afortunadamente, no presentas más que unas contusiones como consecuencia de su atropello, además de ese desvanecimiento que sufriste por un ataque de ansiedad con hiperventilación. El resto no tiene que ver con ella.

Así que era cierto que se había desmayado. Cómo había llegado hasta aquel lecho, más pequeño que el suyo, pero mucho más confortable, vestida tan solo con esa camisa para dormir mucho más ligera que las que solía utilizar; era un enigma que no pensaba resolver.

Miró a su alrededor como si fuera un animal asustado, en busca de algo que le resultara familiar, pero todo lo que la rodeaba le era ajeno, incluso amenazante. ¿De dónde salía aquella luz? ¡Parecía cosa de brujería!

Tragó saliva, intentando dominar su creciente acceso de pánico. Su abuela le había aconsejado que abriera su mente a todo lo que le ocurriera, pero ciertamente el escenario no era el más adecuado.

Se hallaba medio desnuda. Y sola con un hombre que decía cosas que no lograba comprender.

Apretó los dientes. No quería permanecer más tiempo allí. Necesitaba encontrarse con rostros conocidos. Con su abuela, con Alana..., con Félix.

Levantó la mano dispuesta a salir de aquel lugar lo más rápidamente posible, pero Raúl la sujetó por el brazo en un gesto que provocó que se arrastrara hasta el otro extremo de la cama.

—¡No debéis tocarme! —exclamó con gesto huraño—. Yo... no os pertenezco.

Ni consentiría que otro que no fuera Félix la rozara siquiera. Se preparó para oponer toda la resistencia que pudiera, pero el médico le mostró una sonrisa comprensiva y asintió.

—La reacción que acabas de tener, si nos atenemos a los informes, es perfectamente normal. Solo intentaba comprobar que el examen al que te han sometido mis compañeros...

Rosaura ahogó un gemido de vergüenza.

—¿Otros hombres me han visto... así? —preguntó sin atreverse a mirarse a sí misma.

—Tranquilízate. Eran hombres y mujeres. Todos doctores, como yo. Tienes dieciocho años según la información de Irene. Eres mayor de edad para decidir; pero, si pides el alta voluntaria del hospital, será bajo tu responsabilidad.

—¿Dónde... estoy?

—Acabo de decírtelo. En un hospital. Alguien te ha dado una buena paliza no hace demasiado tiempo —añadió, repasando lo que tenía—. Rosaura, según los informes médicos, han abusado de ti.

—Si os referís a que alguien yació conmigo sin que yo lo quisiera... fue mi esposo. Tenía derecho.

Raúl levantó la vista de los papeles, completamente atónito.

—Nunca dejaré de asombrarme cuando escucho esas palabras en boca de una mujer. Nadie tiene derecho a semejante animalada —murmuró para sí mismo con un tenso suspiro—. Odio tener que recordárselo a alguien tan joven como tú, pero las mujeres decidís sobre vosotras mismas. Ningún hombre puede obligaros a hacer nada que no queráis. Y, si alguno lo hace, puedes denunciarlo.

Rosaura lo miró con la boca abierta.

Doña Teodomira había intentado que ella aceptara lo ocurrido como algo necesario en el casamiento de toda mujer, pero su orgullo se resentía. Clamaba un tipo de justicia que iba más allá de la muerte, porque, si pensaba en Laín muerto, su rabia no disminuía. Ni su rencor ni su miedo o su rechazo.

En ese momento, había llegado a un lugar donde su esposo hubiera podido ocupar el lugar de Félix en las mazmorras de Trabada.

—¿Estás casada? —preguntó Raúl, sacándola de sus pensamientos.

—Viuda. Mi esposo murió apenas unas jornadas después de nuestro casamiento, a manos del capitán de las huestes de mi tío, el conde de Trabada. Fue en justa lid, puesto que mi esposo le atacó por la espalda, pero al tratarse de un notable de Proaza, mi tío se vio en la obligación de castigar al capitán. Por eso estoy aquí. Si podéis ayudarme...

—Me parece que tu enfermedad escapa a mi competencia —concluyó Raúl con suavidad, mientras cogía algo de su bolsillo y garabateaba sobre los papeles—. Lenguaje extraño, producto tal vez de alucinaciones... ¿Alguna vez las has sufrido?

—Sí, cuando he comido setas que no debería haber comido.

—Vale. —Más garabatos—. Personalidad múltiple u otro trastorno similar...

—Si sois sanador sabréis discernir el mal que, según vos, padezco. Mi abuela lo hubiera hecho. Conoce las propiedades de las plantas. Fue ella quien nos envió aquí.

—Abuela curandera. —Nuevos garabatos y un incómodo carraspeo antes de dejar los papeles a los pies del lecho—. Bien, Rosaura. Necesito saber de dónde vienes exactamente, porque no tienes documentos que avalen tu identidad, y David, el sargento de la Guardia Civil que espera ahí fuera, es incapaz de encontrar algo que te identifique. ¿Eres inmigrante?

—¿Qué? —Rosaura parpadeó muy rápido, cada vez más confundida—. Ignoro qué significa esa palabra o quién es ese David, pero si pudiera hablar con él se lo aclararía todo, mi señor.

—Así que «mi señor». Vale, me rindo. —Raúl soltó el aire de golpe, recogió sus papeles y se encaminó a la salida—. Parece que, salvo un poco desconfiada hacia lo que te rodea, te encuentras lo suficientemente lúcida como para mantener una conversación, así que le dejaré esa parte a él. Hoy es domingo; mañana a primera hora, si todo va bien, os daré el alta.

—No sé cómo agradeceréoslo...

—Tómame algo conmigo, aunque solo sea para decirme que ya te has repuesto por completo. Esos dos de ahí fuera son mis amigos. Si sigues manteniendo el contacto con ellos, terminarás por hacerlo también conmigo, cuando el trabajo me permita unos minutos de relax. Nos vemos pronto.

Se marchó en el instante en que Irene y un hombre vestido completamente de verde oscuro ocuparon su lugar y se sentaron a ambos lados del lecho.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Irene—. ¿Ya estás más tranquila?

—Un poco. Y muy cansada.

—Raúl me ha comunicado los resultados de tus pruebas.

—Cosa que no debería haber hecho. —El hombre extendió su mano en dirección a Rosaura. Su pelo rubio y sus ojos dorados le dotaban de un aire mucho menos amenazador que el que exhibía con el resto de sus rasgos. Si Raúl podía calificarse de atractivo, casi hermoso, aquel desconocido era la viva imagen de la fuerza bruta—. Me llamo David y soy el sargento de la Guardia Civil de Santillana del Mar. En principio no debería estar aquí, pero soy... amigo de Irene, y ella me llamó cuando se topó con vosotras en la carretera.

—Una definición muy buena, esa de «amigo» —respondió Irene, dirigiéndole una mirada que podría haberlo dejado fulminado allí mismo—. David, Raúl me ha informado del estado de Rosaura porque tanto ella como Alana vendrán a mi casa.

—¿Y eso lo has decidido antes o después de llamarme?

—Antes —murmuró, más roja que la grana, cuando se topó con la mirada interrogante de Rosaura—. Si tú y Alana estáis de acuerdo. Ambas sois mayores de edad, así que nadie puede impedirnos que vayáis donde queráis y con quien queráis.

—Aunque es conveniente que contéis con un examen psicológico —apostilló David, mirando a Irene con severidad—. ¿De verdad piensas que voy a dejar que te lleves a casa a dos desconocidas que afirman venir del pasado más pasado posible?

—¿De verdad piensas que voy a permitir que me dejes o no? Hablas de mí. De mi casa, de mi vida.

—No eres razonable.

—Sigo mis instintos. Algo que debí hacer la primera vez que me lie contigo.

Hasta alguien como Rosaura veía claramente el interés y la preocupación que teñía las advertencias de David. Solo un hombre enamorado, un esposo quizá, podría hablar de esa forma. Por un momento pensó que se impondría por la fuerza si fuera necesario. Era lo habitual en un hombre, ¿verdad? Pero ese en particular se limitó a apretar los puños y los labios, en una clara mueca de contención, antes de ignorar a Irene deliberadamente para dirigirse a ella.

—Debes responder a algunas preguntas —murmuró con un suspiro—. Bueno, veamos. Según la información que he podido recabar ni tú ni Alana existís como tales. Y no solo hablo de vuestros nombres, sino de todo lo demás. Es como si hubierais caído del cielo junto con la lluvia de estrellas. —¡Las estrellas bañando la tierra! ¡Doña Teodomira había asegurado que no podrían regresar hasta que ese fenómeno se repitiera, así que solo tendría que averiguar cuándo se produciría y encontrar el espejo mientras tanto!—. Alguien abusó de ti y te golpeó, según tengo entendido —continuó David—. ¿Por qué no lo denunciaste en su momento?

—No entiendo el significado de esa palabra, mi señor.

—Quiere decir que por qué no se lo comunicaste a las autoridades pertinentes, Rosaura. Un hombre no puede forzar, ni maltratar, a una mujer sin recibir un castigo. Podemos y debemos denunciarlo cuando sucede. —Irene le cubrió la mano con la suya y asintió con gesto comprensivo, antes de dirigirle a David un fruncimiento de cejas furioso—. ¿Lo ves? ¡Te lo he

dicho! ¡No me preguntes cómo ni por qué, pero sé que no miente! ¡Rosaura no habla así por algún tipo de delirio, sino...!

—Porque ella y Alana han viajado en el tiempo hasta encontrarse contigo, sí, ya me lo has dicho. Y precisamente por eso puedo llegar a pensar que el delirio proviene de ti y no de ellas.

—¡La vi en el espejo al mismo tiempo que ella me veía a mí! ¡Por eso no hay ningún tipo de registro que evidencie su existencia! ¿Es que no te das cuenta? ¡Es la única explicación posible, a no ser que tú tengas otra! ¡En este siglo, ellas llevan más de mil años muertas!

El impacto de aquellas palabras la hubiera tumbado de nuevo en el lecho de no haber estado acostada en él. Sus ojos verdes chocaron entonces con los azules de Irene; un reconocimiento imprevisto, pero familiar, pareció viajar de una a otra y viceversa, hasta espantar todos los miedos y las preguntas incomprensibles de Rosaura.

Ocurriera lo que ocurriese a continuación, no tenía otro camino que esperar una nueva lluvia de estrellas. Todos sus instintos le indicaban que debía hacerlo con aquella mujer.

Irene movió apenas la cabeza en un ligerísimo asentimiento, como si la comprendiera y apretó sus dedos para terminar de decidirla.

—La primera opción que se me ocurre es ponernos en manos de un psicólogo o psiquiatra para determinar si tenéis algún problema de la mente —le dijo con voz queda—. Si persistís en vuestra versión, es muy probable que os encierren.

—¡Alana y yo no hemos sido poseídas, doña Irene!

—Ahora no creemos en posesiones, sino en enfermedades de la mente, igual que existen las del cuerpo. La segunda opción viable es la de aceptar lo que nos ha ocurrido, las versiones de cada una, como algo natural, aunque con un mensaje oculto que tendremos que desentrañar. —Los ojos le brillaban de emoción cuando añadió—: Lo que hemos compartido es algo inaudito que pocos comprenderían, Rosaura. De hecho, a ambas nos cuesta comprenderlo. Pero ha ocurrido. Yo soy real para ti, tú lo eres para mí. El destino, la magia, o como quieras llamarlo, nos ha unido por una razón. Quiero pensar que es así. ¿Y tú? —Era demasiado desesperante concluir que se hallaba irremediamente lejos de Félix por algo que no tuviera que ver con conseguir la ayuda que precisaba para él, así que asintió sin vacilar—. Ahora mismo estamos en Santander, pero vivo en Santillana. Allí, mi abuela me dejó en herencia una casa enorme rodeada de varias hectáreas de tierra. Estoy remodelando ambas cosas para convertirlas en una especie de granja escuela que los niños puedan visitar, con animales y todo eso. Confío en vender el piso de mis padres y utilizar el dinero... Bueno, imagino que no comprendes mucho de lo que te digo, pero lo harás en cuanto lo veas. Santillana es un lugar mucho más pequeño que Santander. Más discreto. Allí podremos justificar vuestra presencia sin problema. ¿Vendrás? —repitió. Solo entonces Rosaura se dio cuenta de que portaba una especie de saco con asas del que sacó unos extraños ropajes, muy parecidos a los que ella llevaba puestos—. Si aceptas, no podrás pasearte por ahí con tu preciosa túnica. Ni tú ni Alana, claro. Por eso os he traído algo mío. Os servirá hasta que podamos irnos de compras.

—¿Alana conoce vuestra propuesta?

—Sí, y aceptará siempre que tú lo hagas. Por cierto, tengo que devolverte esto. —El sello de Proaza que Laín le colocó en el dedo el día de su casamiento regresó a su lugar legítimo, aunque su primer impulso fue arrancárselo y arrojarlo bien lejos—. Raúl tuvo que quitártelo antes de hacerte las pruebas médicas, pero nos ha aclarado muchas cosas, ¿verdad, sargento?

David se limitó a encogerse de hombros.

—Solo me dice que es una pieza auténtica, pero que pudo ser robada. O incluso que ha podido pertenecer a la familia de Rosaura.

—En ese caso, su familia sería lo suficientemente importante como para no pasar desapercibida. Tampoco lo ha robado. Es una pieza demasiado valiosa como para que su desaparición no haya sido denunciada. Así pues, solo nos queda mi teoría. A no ser que tengas argumentos de peso para echarla por tierra. ¿Los tienes?

Con la seguridad de la persona que se sabe en posesión de una verdad incuestionable, Irene alzó las cejas en dirección a David. Rosaura pensó que este se molestaría por haber sido desposeído de todos sus razonamientos por una mujer, pero, lejos de mostrarse así, sonrió como si fuera un lobo acechando a un cervatillo.

—No, y eso me da ventaja. —Se puso en pie, satisfecho consigo mismo, y cubrió la mejilla de Irene con su mano, en un gesto de familiaridad y confianza—. Rubia, no voy a dejar que tengas en casa a un par de desconocidas.

—Todavía no ha aceptado. ¿Aceptas?

La respuesta era clara, además de constituir la única alternativa.

Si para volver con Félix tenía que seguir a Irene y adaptarse a todo lo que la rodeaba, lo haría.

—Sí —dijo, mirando extrañada a David cuando este soltó una carcajada.

—¿Lo ves? Si no tiene dónde caerse muerta, tu propuesta debe de parecerle el paraíso. Conozco a las mujeres más de lo que te crees.

—Si vuelves a recordármelo esta conversación se termina aquí y ahora, David.

El gesto risueño del sargento desapareció en el acto, pero no retiró su mano ni tampoco aquella mirada de seguridad que parecía inmune al gesto dolido de Irene.

—Lo siento. Te lo diré las veces que haga falta y te lo demostraré muchas más —murmuró con cierta expresión de arrepentimiento—. Cuando Raúl les dé el alta, nos veremos en tu casa. Aún tengo que averiguar si mi teoría acerca del psiquiátrico es buena.

«Algún día tendrás eso con lo que sueñas. Caerá de las estrellas o vendrá de otro tiempo, pero vuestra conexión será tan fuerte que sabrás que ha llegado. Entonces, harás caso a tu instinto».

Aquellas habían sido las palabras de su difunta abuela cuando, siendo ella tan solo una niña que había perdido a sus padres, preguntó al tarot cuándo dejaría de sentirse sola, desubicada, como si aquel tiempo no fuera el suyo.

Después de lo ocurrido con Rosaura y Alana, había seguido su instinto y estaba segura de que no había fallado. Por eso las había dejado solas en el enorme caserón que había pertenecido a su familia desde tiempos inmemoriales, mientras se dirigía al establo, pensando en la tienda de antigüedades que, a esas horas, permanecía cerrada por «asuntos personales».

La tienda le reportaba buenos beneficios ya que iba dirigida a todo tipo de clientes, tanto a los de mayor poder adquisitivo como a bolsillos más humildes. Era parte de su vida y quería que lo fuera al completo. Por eso había puesto el piso de sus padres en Santander a la venta, al fin. Aquello no le haría olvidar su pérdida, pero mitigaría sus efectos.

Con la idea de terminar de recoger sus últimos recuerdos, se había dirigido allí el sábado a última hora de la tarde. Pero, en cuanto encontró la caja de teca en el fondo de un arcón, llena de polvo, y aparecieron las imágenes de su abuela visitando aquel mismo piso siendo ella una niña, para instruirla con las cartas del tarot; algo desconocido la impelió a repetir el ritual como lo que imaginaba que era: un conjunto de deseos concentrados en sus manos para que estas se los transmitieran a las cartas y obtuviera una respuesta.

Pidió menos soledad. Alguien para quien fuera útil y afín a ella. Cerró los ojos y se concentró, aun a sabiendas de que efectuar ese ritual en solitario carecía de la eficacia atribuida por su

abuela al tarot.

Y obtuvo una respuesta vaga que hablaba de hombres que necesitarían de su ayuda para recuperar su poder perdido. De una fuerza interior que ella poseía, y que potenciarían los inconvenientes, problemas y toda clase de males que se encontraría por el camino.

Se imaginó que aquello tendría que ver con David y su situación. Con su petición permanente de perdón y la negativa, igual de permanente por su parte, aunque cada vez menos contundente.

No había contado con ver a Rosaura a través del espejo ni con los acontecimientos que sucedieron a continuación y que la habían llevado a donde estaba.

Irene torció la boca. Desde que había roto con David, después de pillarlo *in fraganti* con una chica despampanante, pelirroja y con curvas de vértigo, en las fiestas locales de Santa Juliana, hacía apenas dos meses; su mente iba a la deriva, aunque intentara disimularlo por todos los medios.

Sin embargo, fue su número el que marcó para contarle todo lo que le estaba ocurriendo como si fuera lo más normal del mundo. David se presentó en el hospital. Y, cuando la escuchó, le brindó una sonrisa, un par de besos de bienvenida y toda su atención; además de su opinión al respecto. Como era de esperar, no pensaba igual que ella. Para él, todo se reducía a una búsqueda por los registros de la Guardia Civil, gracias a un compañero, para que todo el mundo apareciera. Solo que, en aquella ocasión, no había aparecido nada con respecto a Rosaura y Alana en el siglo XXI y sí en el siglo X. Tal y como ella había afirmado, había existido una Rosaura sobrina de un conde de Trabada, que había contraído matrimonio con un tal Laín González de Proaza, pero que había enviudado poco tiempo después. A partir de ahí, su pista se perdía.

David afirmó que, el hecho de que Rosaura repitiera la información que podía encontrarse fácilmente en Internet, no significaba que hubiera habido un viaje en el tiempo. Y tampoco lo hubiera significado para ella, de no ser por el sello que Raúl le prestó para que hiciera sus propias investigaciones.

A pesar de ser domingo, llamó a Ernesto y le mostró el hallazgo.

—Madre mía, Irene. ¡Es auténtico! —Había exclamado el hombre, demasiado sorprendido para sus años y su experiencia—. Es más pequeño porque solía entregarse a la esposa el día del matrimonio para dar fe de que ella pasaba a ser propiedad de su esposo. ¿Cómo te has hecho con él?

—Una conocida me lo enseñó sin saber su verdadero valor, y yo le hablé de ti.

Ernesto, como siempre, pareció aceptar la explicación. Y a ella, la suya la llevó a buscar una solución temporal y discreta. Por esa razón, le había propuesto a Rosaura el traslado a Santillana. Dispondría de tiempo para averiguar por qué había ocurrido lo que había ocurrido durante la lluvia de estrellas y qué podía hacer para remediarlo.

«Solo espero que ellas se adapten con la misma rapidez», pensó mientras penetraba en el futuro establo en penumbras, antes de que alguien mucho más corpulento que ella rodeara su cuello con un brazo de hierro y pusiera en él el filo de algo cortante y muy, muy grande.

Recordó las clases de defensa personal a las que asistía, pero no fue capaz de reaccionar.

—No os haré daño si me decís dónde está doña Rosaura.

La voz ronca y susurrante le provocó tal escalofrío que a punto estuvo de caerse redonda. El desconocido, alguien mucho más corpulento que David o Raúl, apretó más el agarre de su brazo, hasta que le costó trabajo respirar.

—No voy a... decírtelo..., a no ser que tú... me digas antes... quién coño eres...

—¿Sois una mujer? ¿Así vestida? ¿Con el pelo tan corto?

—Eso... parece...

La presión disminuyó. De pronto, se encontró cara a cara con un enorme guerrero medieval. Moreno, brutalmente atractivo, y cuyos ojos, de un negro que asustaba, atesoraban todos los peligros inimaginables dirigidos a ella.

Respiró hondo para recuperarse. No se resistió cuando el desconocido envainó su espada y la sujetó con aquellas manos que abarcaron más que sus hombros sin esfuerzo alguno. Intuía que, de haber retrocedido, la hubiera partido en dos como si fuera una pequeña ramita.

—Exijo ver al señor de esta fortaleza —anunció con voz grave.

—Yo soy la única señora de esto.

—¿Tú? ¡Una simple mujer no puede hacerse cargo de un señorío sin un hombre! —Irene frunció el ceño y puso los brazos en jarras, espantado ya todo signo de miedo ante aquel machista ridículo que apretó la mandíbula, en un claro gesto de contención, acompañado de un gruñido bajo y profundo que le puso los pelos de punta—. Sé que las dos están aquí. —En ese momento, un sonido agudo surcó el cielo, llamando su atención. El guerrero lo señaló con una tenue sonrisa—. El halcón de Rosaura lleva sobrevolando el lugar una jornada completa, pero don Nuño y yo hemos registrado los alrededores sin encontrar señales de vida, hasta que habéis llegado en vuestro monstruo metálico, llevándolas con vos. Si queréis seguir respirando...

No terminó la frase. Un chillido a su espalda hizo que soltara a Irene de golpe. Esta se apartó, pero fue a dar contra otro magnífico pecho.

Cuando se giró, estuvo a punto de echarse a llorar.

Aquello ya excedía con mucho de lo que podía considerarse como una situación cabal. El dolor que le atravesó el brazo cuando el hombre se lo tomó, le dijo con toda claridad que era bien real; pero, un nuevo grito procedente de Rosaura, hizo que todo lo demás pasara a segundo plano.

—¡Félix! ¡Estás aquí! ¡Oh, buen Dios, estás aquí!



Diecisiete

Rosaura se había encaramado a su cuello para regalarle un inesperado abrazo que echó por tierra toda su idea de recriminar su conducta temeraria.

Después de haber sufrido el ataque de Laín, de haber estado a punto de convertirse en la esposa de don Gonzalo y de haberse escapado de Trabada con un asesino suelto; cualquier otra mujer se habría deshecho en lágrimas de arrepentimiento, de miedo. Se habría apartado de él antes siquiera de que él intentara asegurarse de que se encontraba en perfecto estado.

Pero esta derrochaba tranquilidad. Además, olía demasiado bien.

El perfume manaba de su pelo suelto como una nube dispuesta a envolverlo, más aún de lo que ya lo hacía ella, aferrándose a él con el entusiasmo más genuino e ingenuo.

Sí, eso era, a pesar de que las marcas de la brutalidad de Laín todavía pervivían en su rostro. Una muchachita ingenua que no se daba cuenta del efecto que su contacto total producía en él.

Por un instante, Félix se sintió desarmado. Su cuerpo respondió con cada poro, con cada gota de sangre y con cada latido de su corazón. Cerró los ojos, conmovido por una alegría casi animal al tenerla entre sus brazos, aparentemente ilesa, y sostuvo sus mejillas con un burbujeo creciente que nació en su pecho y se extendió hasta sus pies cuando la vio sonreír.

—Claro que estoy aquí. Te hice un juramento, ¿recuerdas? —murmuró, inclinando la cabeza—. Y no pienso irme hasta cumplirlo.

Sus ojos apreciaron el movimiento tenue de la boca de Rosaura, y escuchó el sutil suspiro de anhelo que salió de ella, esperando lo que no debería volver a repetirse si no quería traicionar sus propias reglas al respecto.

Era fundamental que mantuviera las cosas separadas en pulcros compartimentos. Solo siguiendo sus rutinas con rigidez, podría demostrarse a sí mismo que controlaba la situación. Cualquier situación, incluida aquella que se apretaba contra él sin intentar apartarlo.

Bueno, tal vez lo intentaba y no lo conseguía. Tal vez demostraba ser más inteligente que él, que aún luchaba contra unos impulsos que se manifestaban en los momentos más inoportunos para plantar en su mente la sombra de la duda.

En cada encuentro con ella, era más consciente de su naturaleza femenina y menos de aquella niña que lo necesitó en un momento dado para sobrevivir. Tenía ante sí a una mujer, en todos los sentidos que podría dar a la palabra, que había sufrido lo indecible a manos del miserable de Laín. Todo en ella llamaba a la ternura, al cuidado, a la dedicación absoluta. A la protección. Y, más aún, a la atracción sutil e implacable.

—Solo falta saber cómo puedo mantener mi palabra, muchacha —añadió, desviando sus labios hacia la frente de Rosaura, donde depositó un casto y apropiado beso. Aspiró hondo y la apartó para examinar su extraño aspecto con tanta atención como contrariedad—. ¿Se puede saber qué llevas puesto? ¿Y por qué tienes el pelo suelto? Rosaura, ¿no es decente que...!

—Aquí las mujeres van así vestidas. —Ella se miró como si no encontrara nada inapropiado, pero no se negó a que él se quitara la capa y la envolviera en ella—. Solo enseño los brazos porque hace calor. Y el pelo, ¡verás cuando averigües cómo me lo he lavado! En un lugar muy parecido a nuestras tinas, pero mucho más grande, llamado bañera, ¡con un artilugio colgado de la pared del que mana agua, Félix! ¡Y hay otro objeto con un mando que gira a derecha e izquierda para que el agua salga fría o caliente! ¿Te lo puedes creer? ¡Parece una sucesión de milagros!

—O de actos demoníacos con un fin desconocido. No lo olvides —le recriminó, señalando a la mujer que estaba junto a Nuño—. ¿Quién es?

Entonces reparó en la palidez extrema de Nuño mientras observaba a Irene. Tenía el rostro demudado por la sorpresa, tan deformado que no parecía el suyo. Pero en sus ojos había un miedo atávico a algo que Rosaura reconoció de inmediato.

Su mente había empezado a recordar.

—Buen Dios, Inés... —le oyó farfullar, antes de que retrocediera como si hubiera visto un espectro.

—Don Nuño, no es doña Inés, sino Irene; la mujer que nos ha ayudado a Alana y a mí —se apresuró a afirmar, yendo hacia él para tocar su brazo, en la esperanza de que recuperara el dominio de sí mismo con aquel simple gesto.

Así fue. Como si despertara de una inesperada pesadilla, el notable sacudió la cabeza y parpadeó, hasta que el color volvió a su rostro.

—Don Nuño, Irene también ayudó a Alana. Se llevará una alegría enorme al verte.

—No estoy tan seguro. —Nuño tomó la mano de Irene y se la llevó a los labios con gentileza, como si el recuerdo de Inés le resultara ajeno de nuevo—. Gracias, mi señora.

—No ha sido nada.

—Si he de dirigirme a una mujer como la dueña de este feudo, será agradeciendo su gesto con Rosaura. —Félix lo imitó—. Los acontecimientos acaecidos fueron tan repentinos e inexplicables que, de no ser por la presencia de Cascabel, hubiera pensado que algún ente malvado había tomado posesión de mí.

—¿Cascabel está aquí? —preguntó Rosaura con los ojos brillantes.

—¿Cómo fueron esos acontecimientos? —inquirió Irene al mismo tiempo.

—Muchacha, el halcón no deja de rondar esta casa, no temas por su seguridad. Con respecto a vuestra pregunta, doña Irene, seré lo más conciso y sincero posible dadas las circunstancias. Como consecuencia de un hecho completamente fortuito fui a parar a las mazmorras de Trabada, a la espera de cumplir el castigo que mi señor, el conde, dictó para mí. Sin embargo, don Nuño, empujado por la necesidad de conservar a su lado a su esposa, doña Alana; me liberó con el fin de encontrarla. Sabía que se hallaba con Rosaura, y que esta se había dirigido hacia la morada de su abuela, Teodomira, aunque desconocemos las razones que la pudieron llevar allí en plena noche, lejos de la protección de Trabada, sin guerreros que las protegiesen y con un asesino suelto —recalcó, mirando a Rosaura con severidad—. Alguien nos seguía a ambos, así que urgía encontrarlas, pero, cuando me disponía a devolvérsela a su tío, una especie de luz pareció salir de la nada, al mismo tiempo que las estrellas empezaban a caer del cielo, y nos engulló a todos. Así aparecimos aquí, en un lugar extraño y familiar al mismo tiempo, hasta que el piar de Cascabel me dio la pista que necesitaba. Sé que es difícil de creer, pero os aseguro que así ocurrió.

—Según tus palabras, no solo ellas han viajado en el tiempo hasta el año 2015, sino que también lo habéis hecho vosotros.

Félix pudo sentir cómo su cara quedaba completamente blanca. La mujer afirmaba semejante cosa con una tranquilidad que le hizo sacudir la cabeza, como si así las palabras que acababa de escuchar pudieran desprenderse de su memoria.

Nadie que no estuviera poseído por el diablo podría considerar algo así.

—Yo solo he hablado de un viaje —farfulló—. Lo que insinuáis es imposible...

—Eso me gustaría pensar a mí. —Irene parecía devastada cuando asintió—. El fenómeno que describes se conoce como «lluvia de estrellas». Algo que me parecía fascinante hasta que tropecé con Rosaura y Alana. Y ahora con vosotros dos. Nuño, ¿eres el marido de Alana?

—Su esposo. Necesito verla.

—Bien. No hay problema si ella no lo pone. Y con respecto a Rosaura... —Los ojos de Irene se dirigieron hacia Félix con una mezcla de suspicacia y temor—. Ella ha sido maltratada. Violada.

—Lo sé. Por el hombre con el que la casaron. Tendría que haber llegado a tiempo, pero fracasé en mi juramento, doña Irene. Y he aquí las consecuencias.

Miró a su alrededor, como si todavía esperara encontrarse en su tiempo, en su ambiente, en su entorno con Rosaura, pero nada de eso lo recibió. La mujer que le devolvió la mirada seguía siendo extraña. Don Nuño aún intentaba contener todo el torrente de confusión desencadenado ante la visión de doña Irene y su tremendo parecido con doña Inés. Y Rosaura permanecía tranquila, apacible, como si en verdad se hubieran hecho con su voluntad o no le permitieran desconfiar de lo que les estaba ocurriendo.

Suspiró con impotencia. Bien fuera de una manera o de otra, estaba con ella. Volvía a tener una oportunidad de protegerla de todo aquello que la amenazara, ¡y por los fuegos del infierno que lo haría!

Pero, antes, debía sincerarse con ella. Explicar su parte de la historia.

Toda su fiereza se evaporó cuando la miró. Alargó una mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. La recorrió de nuevo con los ojos, procurando no demostrar la reacción que le provocaba su figura remarcada con la tela de la camiseta y aquella especie de calzas que se ajustaban tan bien a la forma de sus piernas. No quiso demorarse en su boca ni tampoco en las pestañas negras, largas y espesas, que aleteaban con rapidez. Incluso apretó los puños para evitar la tentación de tocarla, de atraerla de nuevo hacia él para volver a sentir el cuerpo femenino apretado contra el suyo...

—Necesito que escuches el resto de la historia, Rosaura.

—¿Y cuál es el resto, Félix? ¿Que has llegado hasta mí? —En un acto reflejo, ella inclinó la cabeza hasta que la palma callosa abarcó su mejilla y cerró los ojos, disfrutando del cálido contacto—. Deberías saber que mi única razón para salir de la protección de Trabada de una forma tan inconsciente fuiste tú. Solo tú y tu situación. ¡No podía pensar en ti con la espalda despellejada por los latigazos y sin tu mano derecha, incapaz de ganarte el sustento! Eres demasiado importante para mí, capitán. Siempre lo has sido. Espero que no lo olvides nunca.

—Exijo lo mismo, muchacha. —Una leve sonrisa de reconocimiento pareció curvar los labios de Félix. Al mismo tiempo que el negro de sus ojos se intensificó con algo desconocido que impactó en su pecho con la fuerza de un titán, los desvió hacia Irene para agregar—: Doña Rosaura está segura conmigo, mi señora. En su niñez fui su padrastro. Ahora... —Sus dedos buscaron involuntariamente los de ella. Cuando los encontraron, los apretó con fuerza—. Ahora me convertiré en el hombre que velará por ella. En el guerrero que nunca la dejará morir.

Si ella había aprendido algo en su periplo por el mundo era a esperar. La ocasión perfecta, la oportunidad adecuada, el momento exacto. Nada de eso había llegado... aún.

—¿Quién es la mujer que los cobija?

Su inesperado aliado le hizo una seña para que lo siguiera y ambos se alejaron del lugar que habían estado vigilando.

—Se llama Irene y regenta una tienda de antigüedades llamada «doña Inés».

—¿Una tienda de antigüedades?

—Un lugar donde se intercambian objetos antiguos por dinero. —La mirada que le dirigió una vez llegaron a su casa fue de tal extrañeza que ella se prometió hacer algo al respecto. Cuanto antes—. En serio, no puedo creer que tampoco sepas lo que...

—Dime, mi señor, ¿por qué has accedido a proporcionarme la información si conoces a esa mujer? —Su nueva pregunta lo interrumpió—. ¿Es que acaso te ha traicionado de alguna manera?

El hombre frunció los labios. Una sombra de odio oscureció sus ojos cuando los posó en ella, antes de que el brillo de lujuria lo reemplazara.

—No, pero terminará por hacerlo, como todas —masculló, antes de adelantar una mano en su dirección, el muy osado—. Solo me mueve la codicia. Y, ahora mismo, tengo demasiado cerca algo que codicio...

Ella sabía a lo que se refería, así que decidió dárselo. Sería un pequeño premio previo a su sumisión inmediata. Un dulce que pondría en su boca para tener más fácil la rendición.

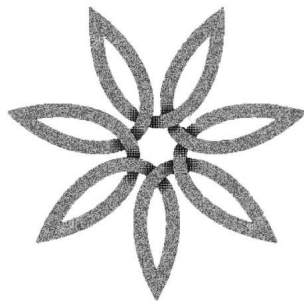
Él resultó ser un buen amante. Solícito, aunque demasiado rudo. Pero se sorprendió al descubrir que se convirtió en el primer hombre de su vida preocupado por algo más que su propio placer.

Quiso proporcionárselo también a ella. Y lo consiguió de tal manera que, cuando terminaron, ella no dudó en obsequiarlo con una de las monedas que se había llevado de don Gonzalo.

Sonrió cuando vio la avaricia pintada en cada rasgo de aquel rostro mientras la examinaba.

—No voy a preguntarte de dónde la has sacado, pero conozco este mundillo lo suficiente como para saber que puede ser auténtica —murmuró—. De todas formas, me aseguraré, porque si lo es...

—Podrá hacerte rico, mi señor —ronroneó ella—. Y pagar todas mis deudas contigo. Las pasadas, las presentes... y las futuras.



Dieciocho

—Santo Dios, Fortún. ¡Eres tú de verdad!

Alana, vestida de un modo muy parecido al de Rosaura, se colgó del cuello de Nuño y lo llenó de besos, como si en realidad no existiera problema alguno entre ellos.

Pero Félix sabía que existía. Y que saldría a la luz en cuanto el momento del reencuentro y de las emociones hubiera pasado. Aun así, los dejó solos y siguió a Irene al interior de la casa con las manos sobre la empuñadura de su espada, atento a cualquier ataque por sorpresa.

Como si Irene le hubiera leído el pensamiento, cosa que a aquellas alturas no le extrañaría nada, señaló sus armas.

—Me sentiría más tranquila si las dejaras con tu amigo —apuntó—. Ya he visto que cuentas con la aprobación total de Rosaura, pero puedo pensar que...

—¿Podrías pensar que yo estoy en la misma situación de desconfianza con respecto a vos?

—Sí. De hecho, lo pienso. Todavía no entiendo qué me ha llevado a proponer a estas chicas que vengan a mi casa, pero parece que algo más fuerte que nosotros se ha empeñado en unirnos con un fin que desconocemos. Tu amigo no dejaría que nada malo te ocurriera.

—Es mi señor, al menos allá de donde vengo, aunque no sepa dónde me hallo. No parece el reino moro —concluyó ensimismado, observando la estancia en la que se encontraban, pero sin ceder a la petición de Irene. A fin de cuentas, no dejaba de ser una simple mujer; podría ignorarla sin problema. Pero la súplica silenciosa que encontró en los ojos de Rosaura le obligó a dejar el hacha y la espada apoyadas en la fachada. El cuchillo escondido en su bota permaneció en su sitio—. Sin embargo, estas construcciones son más propias de ellos que de los cristianos.

—Estamos en la provincia de Santander. La propiedad pertenece al pueblo de Santillana del Mar. Y esto es el salón de mi casa. Sé que parece vieja, pero la estoy arreglando en la medida de mis posibilidades. Año 2015, Félix, te resulte más o menos creíble. Puedes verlo aquí, en el calendario del móvil —añadió Irene, señalándole el objeto que él ignoró.

—No hay murallas que os protejan ni torres de vigilancia ni guerreros.

—No son necesarios. Ahora vivimos en época de paz.

—Entonces no tendréis inconveniente en dejarme a solas con Rosaura.

—¡Ni de coña! Si no te importa, me quedaré aquí. Es mi casa, ¿recuerdas?

Félix frunció el ceño. Podría procurarse aquella intimidad por la fuerza, pero su instinto le dijo que, además de excesivo, no serviría de nada.

Un guerrero inteligente se amoldaba rápidamente a un entorno hostil como aquel. Intentaba conocer al dedillo los puntos fuertes y débiles de su enemigo antes de lanzarse a por él. Y, en ese momento, él no conocía nada de eso, se recordó.

—Sea, pues. —Sin perder de vista a Irene, retrocedió hasta la salida—. Por favor, mi señor, os ruego que hagáis acto de presencia con mi hacha.

—Félix, prometiste a Irene...

—Nunca he prometido nada a mujer alguna, salvo a ti, mi Rosa.

—De acuerdo —cedió Rosaura cuando Nuño entró, seguido de Alana. Todos tomaron asiento en el salón. Todos menos Irene, que no le quitaba el ojo de encima al hacha—. Puedes dejar de comportarte como un guerrero. Mi seguridad no está en peligro.

—Esto no tiene nada que ver con tu seguridad.

—¿Y con qué tiene que ver, entonces? ¡No hay nadie más que los que se encuentran ante ti!

—Cierto. ¿Dónde están vuestros siervos, doña Irene?

—Rosaura me ha formulado las mismas preguntas con respecto a todo lo demás durante al menos las últimas dos horas. De hecho, me costó lo mío convencerla de que se metiera debajo de la ducha y se vistiera con mi ropa. —Con un dedo tembloroso señaló el hacha—. ¿Vas a... usar eso... ahora?

—Sí, pero no para lo que creéis. Podéis estar tranquila al respecto. Si don Nuño y yo hubiéramos querido terminar con vos, lo habríamos hecho hace tiempo.

Pero no lo haría hasta no averiguar dónde demonios se encontraban.

Dejó caer su cabeza sobre el respaldo de aquel asiento tan confortable y soltó el aire de golpe. Estaba agotado, como si hubiera recorrido aquella distancia a pie y no de un modo mucho menos creíble. Su mente giraba vertiginosamente, sin sentido. Cerró los ojos. Se frotó las sienes, esperando que, después de todo, solo estuviera padeciendo una alucinación; pero, cuando los abrió y comprobó que todo seguía igual, se forzó a seguir pensando según su propia coherencia y con un mínimo de orden.

—¿Qué ha ocurrido con los moros? —inquirió con voz queda, temiendo la respuesta.

—Los Reyes Católicos los expulsaron del territorio español en el siglo XV.

—¿Qué reyes son esos?

—Unos que unificaron los reinos de Aragón y Castilla para crear un nuevo... reino, por decirlo así. El reino de España, en el que estamos actualmente.

Los reinos cristianos tardarían cientos de años en recuperar el territorio perdido. Su rey, don Alfonso, no lo lograría ni tampoco los venideros en varias generaciones, si de verdad estaba donde estaba y la información era fidedigna.

De acuerdo. En ese preciso momento, Félix decidió desterrar de su limitado entendimiento todo lo que no cupiera en él. Y esa parte no cabía.

Se dirigió a Rosaura, sentada a su lado. Ignoró aquellas palabras que, lejos de resolverle dudas, le creaban otras nuevas. Haciendo acopio de todo su atrevimiento, imaginó que estaban a solas y tomó sus manos entre las de él.

Necesitaba sentirla cerca para exponerle lo ocurrido. Para saber al detalle qué la había llevado hasta allí y para descubrir su mejor baza sin riesgo a perderla.

Acarició el reverso de las manos con sus pulgares, hasta vislumbrar en los ojos verdes una mirada conmovida y brillante que se posó en los precarios vendajes que cubrían sus muñecas y tobillos.

—Estás herido —apreció con un hilo de voz—. Los grilletes te han hecho esto.

—No importa.

El resto se le atascó en la garganta cuando afrontó su escrutinio. Se sentía desnudo ante ella, a pesar de llevar su cota de malla. Indefenso, a pesar de sentir el filo del puñal en la caña de la bota. Inseguro, aunque todo el peligro proviniera de una inofensiva mujer.

—*Puedes hablar conmigo sin que nadie más te oiga. Lo sabes, ¿verdad, capitán?*

—*Sí. Como también sé que la dueña de todo esto espera escucharlo en voz alta para seguir confiando en mí y, con ello, también en ti. Lo sabes, ¿verdad, muchacha?*

Rosaura contuvo una sonrisa y asintió de forma apenas perceptible. Una sonrisa que desapareció cuando vio lo que Félix llevaba colgado en el cuello, y que en ese instante descansaba en su palma.

—El sello de Proaza...

—Lucía en el dedo de mi madre, la primera esposa de don Gonzalo, antes de ser repudiada por él, y a mí con ella. Era una mujer versada en la cultura de los antiguos, pero para mi padre tan solo era una bruja que merecía el destierro.

Rosaura parpadeó con rapidez.

—¿Una sanadora? —Félix asintió—. ¡Como doña Teodomira!

—Tenemos más cosas en común de las que pensaba, muchacha, aunque mi fe no esté en consonancia con la de tu abuela. A pesar de que a partir de aquel momento pasé a ser un bastardo, en realidad soy el primogénito de don Gonzalo —aclaró—. La noche de tu casamiento lo chantajeé con la carta que él mismo había escrito, destinada a las huestes de don Alfonso Froilaz, apostadas en las inmediaciones de la Abadía de los Cuerpos Santos e interceptada por don Nuño y por mí. Ante el temor de verse descubierto y expuesto a la ira de tu tío, don Gonzalo accedió a redactar una carta puebla en la que, además de concederme el señorío de Proaza como primero de su estirpe, me reconocía como tal. Hicimos un trato. Él aceptó a cambio de que yo destruyera la prueba de su traición. —Después de una breve mirada dirigida a Nuño, añadió—: Pero me lo guardé, sustituyéndolo por uno falso. No me fiaba de él; quería asegurarte un futuro digno después de lo ocurrido con Laín en el caso de que no consiguiera ser restablecido en mis derechos de sangre. Dadme el hacha, mi señor, por favor.

Nuño se la acercó tan mudo como el resto, pero mucho más expectante. De hecho, su mirada se aclaró en el momento en que vio cómo Félix desenroscaba la empuñadura para separarla de la hoja y extraer de ella un pergamino pulcramente doblado que extendió con calma.

—¡Lo escondiste ahí! —exclamó sin dar crédito—. ¡Por eso me pediste que se la cediera a doña Rosaura en caso de que algo malo te ocurriera!

—Si no conseguía la carta puebla, el sello de mi madre y la prueba de la traición de don Gonzalo bastarían para desposeerlo de sus tierras. Al ser Rosaura viuda de Laín, ella heredaría el señorío —explicó sin atreverse a mirarla directamente.

Notaba un extraño calor en el pecho. Sabía que ella sí lo observaba, y se sentía apabullado. Mucho más fuera de lugar de lo que había esperar. Pero demasiado débil como para rechazar la caricia de los dedos femeninos sobre los suyos, rudos, ásperos, sucios.

Cuando se atrevió a levantar la vista, se encontró con que Rosaura sostenía el pergamino. Sus ojos brillaban con ternura y con un amor tan arraigado que Félix fue incapaz de asimilarlo.

—Lo hiciste por mí. Intentaste salvarme de mi destino aun a costa del tuyo. No dudaste a la hora de atravesar el mismo tiempo siguiéndome...

—Hice un juramento, muchacha. ¿Recuerdas?

Nunca lo olvidaría. Félix llevaba cada palabra de aquel juramento impresa en su rostro.

Alargó la mano para tocar la suavidad de aquella barba, para absorber todo lo que el gesto aparentemente adusto le gritaba en silencio.

Señor de los cielos, ¡cómo lo amaba!

—Pero, entonces, ¿por qué no lo usaste cuando fuiste juzgado? —murmuró con el ceño fruncido al pensarlo—. ¡Si mi tío hubiera tenido en su poder este documento no te habría condenado!

—Pensaba hacerlo en cuanto pudiera contactar con don Nuño. Sin embargo, él fue el que vino a mí, y las noticias que llevaba consigo me obligaron a cambiar los planes.

Ella y la posibilidad de no llegar a tiempo de nuevo. Se lo dijo con una simple mirada sin necesidad de que las palabras bulleran en su mente. Con el ligero temblor de su mentón barbudo, el brillo inusitado de sus pupilas y la mano que voló hacia la de ella para apretarla con firmeza, como si supusiera su mejor cobijo frente al resto del mundo.

—Rosaura, mi única intención era preservar tu voluntad. Por eso escondí la carta puebla en el espejo que te regalé. Si las cosas se complicaban, contribuiría a mejorar tus condiciones de vida. Ahora solo tienes que dármelo y regresaremos a Trabada. Me convertiré en el señor de Proaza y seré tu protector. Nadie volverá a ponerte una mano encima, a no ser que tú lo quieras.

Esperaba que le devolviera el espejo con una sonrisa de las suyas, pero solo vio cómo las lágrimas bañaban sus mejillas con una expresión de auténtica desolación.

—No puedo —sollozó cabizbaja—. Cuando Alana y yo iniciamos el viaje lo llevaba conmigo. Mi abuela me advirtió que nunca me separara de él. Pero, después, desapareció.

—¿Habéis sido vos? —exclamó, fulminando a Irene con una mirada implacable—. Porque, si lo habéis robado, no escatimaré en medios para recuperarlo.

—Es la primera noticia que tengo de un espejo. —Irene sacudió la cabeza y se puso de pie con disimulo, retrocediendo hasta la puerta abierta—. Cuando me topé con Rosaura y Alana, no llevaban ningún objeto con ellas. Lo juro.

—Es cierto, Félix. Ella no tiene nada que ver. —La mano de Rosaura, pequeña y firme, sobre su brazo, logró calmarlo con tanta facilidad que lo asustó. Cuando la miró, vio su expresión atormentada, perdida, humilde. Encantadoramente femenina—. Lo siento.

Parecía débil. Desvalida. Tan indefensa como lo estaba él en aquel mundo caótico que los envolvía. Necesitaba consuelo, y él se lo prestaría.

La abrazó con un hondo suspiro y cerró los ojos, disfrutando del contacto de sus senos contra su pecho duro, del aroma que manaba de ella inundando sus fosas nasales. Apoyó la barbilla en la suavidad de su pelo negro y se mordió los labios para no depositar un beso allí mismo.

—Lo encontraremos —le aseguró—. Soy buen rastreador, ya lo sabes. Además...

Un extraño vestido de verde irrumpió en el salón en ese instante. Félix se olvidó de la conversación y siguió su instinto guerrero cuando apreció la actitud beligerante del hombre, que desplazó su mirada de él a Nuño para terminar en Irene.

No se lo pensó. Sacó su cuchillo de la bota, pero se quedó inmóvil cuando el hombre le apuntó con un arma desconocida para él.

—Tú, pedazo de mierda —le escupió, señalando el cuchillo—, suelta eso ahora mismo, si no quieres que te vuele la cabeza. Ya.



Diecinueve

Los ojos de Félix eran dos carbones encendidos cuando arrastró a Rosaura tras él.

Con las piernas abiertas, la ferocidad impresa en cada rasgo de su cara y el cuchillo reluciendo entre él y el sargento, parecía un animal salvaje a punto de saltar sobre su presa, arrojado por el enorme corpachón de Nuño y por su espada, aún más enorme.

Los dos formaban una barrera que no pareció asustar a David.

—Por favor, Félix, él no es peligroso...

—Eso lo decidiré yo, muchacha. Mejor que me amenace a mí que no a ti, ¿no crees?

—Fortún, es un guerrero de este tiempo, fiel a doña Irene —intervino Alana sin ningún resultado.

—David, haz el favor de dejar de comportarte como un puto héroe que nadie ha pedido y baja la pistola, que no estamos en el oeste. —Como si en realidad la situación no fuera peligrosa, Irene sujetó el brazo de David—. Él es Félix, el padrastro de Rosaura, y Nuño es el marido de Alana. ¿Ves? Al final sí que tienen familia.

—Genial. Así podrán irse con ellos ya mismo.

Pero no bajó el arma ni Félix la suya. Y Nuño esperaba una señal por parte del capitán que no llegó, así que permaneció en su postura amenazante.

Rosaura apretó los dientes.

Durante toda su vida, había zozobrado como un barco a la deriva. Cuando su tío se hizo cargo de ella, supo que terminaría convirtiéndose en la esposa de alguien sin amor, por mucho que lograra posponer el momento. Y, en todo ese tiempo, la única constante que le había servido de referente había sido la presencia de Félix en su vida, en su pensamiento.

En ese instante, también estaba allí, como lo único tangible en algo que parecía un sueño extraño.

Podría ser un sueño. Una especie de aviso de los dioses que veneraba doña Teodomira o su realidad. Daba igual. Lo único cierto era que ella había llegado allí para salvar la vida de Félix y esta volvía a estar en peligro por su terquedad.

—Capitán, no necesito tus servicios con este hombre. —Sabía que su tono de suficiencia le haría reaccionar, como así fue. La miró con el ceño fruncido y cierto aire de ofensa cuando ella, muy digna, se colocó entre ambos hombres de cara a él—. Lo conozco, pero él a vosotros no. Ha visto vuestras armas y ha reaccionado como cualquier hombre que siente cierto... afecto por una mujer: ha imaginado que Irene estaba en peligro.

—Perfecto —respondió Félix sin moverse ni un ápice—. A mí también me mueven los mismos ideales con respecto a Rosaura, así que siento decir que no retrocederé hasta que vos lo hagáis.

—Tú primero, Hércules. Yo también sé hacerme el machito cuando es de rigor.

Félix mantuvo su gesto férreo; sus ojos se dirigieron a Rosaura, para después pasar a Nuño. El notable se contenía, esperando una señal para iniciar el combate.

—Os encontráis en clara desventaja. Mi señor está de mi parte —señaló.

—Antes de que los dos podáis acercaros a mí, estaréis muertos.

—Félix, te lo ruego...

—David, para ya...

Los dos dedicaron un segundo a ambas mujeres, pero fue el primero quien decidió que, por muy ilógica que pareciera esa confianza de Rosaura, podía merecer la pena ceder.

Solo lo justo para no ganarse aún más su disgusto.

Enarcó una ceja, resopló y se irguió muy poco a poco.

—Sois un hombre instruido si conocéis al gran Hércules —apreció, dejando su cuchillo junto al muslo. Todavía estaba lejos de guardarlo; aquello era una simple concesión a la mujer que tenía al lado. Nada más—. Y demostráis respeto al compararme con él en lugar de atacarme.

—Lo justo. —Pero, correspondiendo a su gesto, David dirigió una fugaz mirada esperanzada a Irene y enfundó su arma. Por el rabillo del ojo pudo ver que el segundo hombre deponía también su actitud beligerante—. Vale. Ahora que estamos en igualdad de condiciones y que parece que eres bienvenido para Irene, me presentaré. Me llamo David.

—Yo soy Félix, capitán de las huestes de don Martín Ruiz de Vega, conde de Trabada, y él es don Nuño, notable leonés y hermano del famoso Lobo Gris.

Todavía estaba rígido cuando, con todas las reticencias del mundo, guardó su arma y tomó a David por los antebrazos, ignorando la mano que le había extendido, a modo de saludo. Un saludo que Nuño repitió.

—Bueno, ya nos conocemos todos. Analicemos la situación, rubia. —Con toda la confianza del mundo, David se fue a la cocina y regresó con un botellín de cerveza que empezó a beber sentado junto a Irene. Rosaura y Félix lo hicieron enfrente, y Alana y Nuño se acomodaron en dos sillas.

—Sírvete tú mismo, sargento. Estás en tu casa.

—Eso pensaba —respondió, haciendo caso omiso del sarcasmo de Irene y dirigiéndose a los demás—. De acuerdo. Digamos que es cierto que habéis viajado en el tiempo. Y digamos también que estos dos son quienes dicen ser. Irene, ¿cómo explicas que nos entendamos como si en realidad ellos no tuvieran que hablar castellano antiguo o lo que sea que hablaran en aquella época?

—Como el resto: de ninguna manera.

—Entonces, cuéntame cómo empezó todo.

—Con esto.

Irene desapareció del salón el tiempo necesario para regresar con una caja entre las manos que heló la sangre de Rosaura en cuanto la vio. Era la misma caja que contenía las láminas de su abuela. Más envejecida, pero con los mismos símbolos celtas de protección. Y, cuando extendió en la pequeña mesa de centro un mantel del mismo tono que el empleado por Teodomira, sus manos empezaron a temblar al mismo ritmo que los latidos de su corazón.

Dejó escapar un jadeo estupefacto al reconocer los dibujos de las láminas que iban apareciendo ante sus ojos. En el mismo orden. Dirigió una mirada espantada a Félix, y él le tomó la mano y se la apretó para infundirle confianza.

—Esta fue la tirada que tenía sobre la mesa, Rosaura. En cuanto logré interpretar su significado, levanté la vista hacia el espejo. Y te vi en él. Estaba tan asustada que recogí todo y me marché del piso. Fue de camino aquí cuando casi te atropello.

—Son las mismas láminas.

—Cartas. Se llaman cartas.

El nombre era lo de menos. Como inmersa en un trance, Rosaura levantó una con una mancha oscura en uno de sus bordes. A continuación, miró la minúscula herida en su dedo.

—Me corté aquí con esta. Es mi sangre —señaló, sacudiendo la cabeza como si se negara a aceptar lo que todo aquello podría significar—. ¿Cómo puede ser posible? Si realmente hemos viajado en el tiempo y no hemos terminado simplemente en un reino desconocido, ¿cómo puede ser que tú tengas las láminas de mi abuela?

—Son una herencia familiar, solo puedo decirte eso —añadió Irene—. Ni siquiera sé cuándo pasaron a formar parte de nosotros, pero siempre han estado ahí. Y siempre ha habido alguien de nuestro entorno con el don de saber interpretar sus mensajes. El de esta tirada fue...

—No, no me lo digas. Ya sé cuál fue. El mismo que mi abuela me comunicó a mí. Pero no han podido pasar de ella a ti. ¡Un momento! ¿Qué deseaste cuando las echaste? —preguntó de pronto.

—No creo que sea importante.

—Lo es. —Alargó las manos hasta que Irene las tomó entre las suyas. La afinidad fluyó entre ellas entonces libre, sin restricciones, como si se hallaran solas y no rodeadas de gente que tampoco sabía lo que hacía allí. Los ojos de ambas se encontraron y, entonces, Irene asintió, comprendiendo—. Mi abuela me pidió que me concentrara en lo que deseaba de las láminas, en lo que quería obtener de ellas. En un principio, solo pensé en Félix. En la forma de ayudarlo, en salvarle la vida —añadió, lanzando una fugaz mirada al capitán—. Pero, después, cuando Alana me impulsó a hacer el viaje, me dijo que debía imaginar el lugar al que deseaba ir. Y yo me vi en un mundo diferente del mío. Un mundo donde a las mujeres no las obligaran a casarse contra su voluntad ni a aceptar la de su esposo sin rechistar. Donde hubiera más posibilidades de encontrar ayuda para Félix. Cuando te vi en el espejo, mi abuela me advirtió que tú serías la vía para conseguir mis metas, Irene. Por eso es importante. ¿Qué deseaste cuando viste tus cartas?

—Alguien que realmente me necesitara y, al mismo tiempo, que me ayudara con todo lo que escapa a mi control en mi vida, que son demasiadas cosas.

—No sabía que te encontraras tan sola.

Irene miró de reojo a David, con la cara incendiada por la vergüenza de tener que reconocer algo semejante delante de unos extraños y, sobre todo, de él.

—No tenías por qué saberlo —espetó con sequedad—. Rosaura, ¿crees de verdad que nuestros deseos nos han llevado la una a la otra?

—¿Qué otra cosa ha podido ser si no? Según la información de Félix, su presencia y la de Nuño es fortuita. Pero no la nuestra. Mi abuela habló de la Abadía de los Cuerpos Santos. Nos dijo que los monjes podrían ayudarnos con Félix. Pero también nos indicó este camino alternativo.

—¡Son monjes! ¡Y las huestes del traidor Alfonso Froilaz acampan en sus inmediaciones! ¡Si hubierais llegado allí, solo habríais encontrado vuestra desgracia, no mi salvación!

Félix parecía descompuesto, pero Rosaura le regaló una sonrisa tranquilizadora.

—No llegamos. Alguien nos perseguía —intervino Alana.

—Por eso iniciamos el viaje. Pero he perdido el espejo. Y no podremos regresar antes de que las estrellas vuelvan a caer sobre la tierra.

—Otra lluvia de estrellas.

—Como quieras llamarlo —le respondió a Irene—. El caso es que, sin el espejo, Félix está condenado. Y, si en algún momento se dan las circunstancias óptimas para volver, tendremos que estar muy seguros. Solo habrá un viaje en cada dirección y no podremos regresar a este tiempo sin que nuestras almas queden pulverizadas para siempre.

—Bueno, creo que ya he escuchado demasiado por hoy. Más va a ser contraproducente para mi salud mental. —David se levantó de golpe, furioso y frustrado, sacudiendo sus pantalones como si estuvieran llenos de polvo. Miró a todos los presentes y luego se demoró en Irene, como si ella fuera la culpable de todo aquello—. Es un acto de fe enorme el que hago no denunciándolos. Por ti.

—No puedes hacer otra cosa porque no hay evidencias que avalen tu tesis.

—Tampoco las hay de lo contrario.

—Las habrá. —Irene también se puso en pie después de recoger las cartas del tarot con mimo, como si temiera que se pulverizaran entre sus dedos debido a su supuesta antigüedad—. No lo haces por mí, sino por ti y tu reputación. Nadie te creería si vas dando la versión real de los hechos.

—La que tú afirmas como real, rubia. Recuérdalo.

—Vamos a buscar el espejo. Si quieres acompañarnos, perfecto. Si no, iremos de todos modos.

David se lo pensó, debatiéndose entre encerrarlos a todos por seguridad o ceder al empeño de Irene, simplemente porque le gustaba demasiado como para lo contrario, hasta que finalmente sus hombros se encogieron en un claro gesto de derrota que corroboró con un resoplido.

—De acuerdo —aceptó—. Siempre que las armas de estos dos se queden aquí, bajo llave.

—Hecho. Pero, antes, debéis comer algo. Y tú, Félix, tendrás que curarte esas heridas de las muñecas y los tobillos, además de adecentaros. Ya me entendéis, daros un baño...

El capitán y el notable cruzaron una mirada, después observaron su propio aspecto y a continuación acercaron su nariz a sí mismos para olerse.

—Os concedo que mi hedor es desagradable, mi señora —empezó Félix con un encogimiento de hombros—. He pasado mucho tiempo en una mazmorra putrefacta. En cuanto a las viandas, perded cuidado. Hemos comido un sabroso conejo cazado por el halcón.

—¿Un... conejo?

Nuño asintió.

—Mientras esperábamos a que las mujeres aparecieran, el halcón cazó uno y nosotros lo destripamos, lo desollamos y lo asamos en una pequeña fogata.

—¿Hicisteis una fogata en el bosque?! ¿Y os comisteis un conejo sin ningún tipo de control sanitario? —exclamó el sargento, entre escandalizado y furioso, con un sonoro resoplido—. Irene, Raúl nos advirtió acerca de la conveniencia de un examen psicológico...

—Raúl cambiará de opinión en cuanto conozca nuestra versión.

—Te recuerdo que sabe que ni Rosaura ni Alana existen legalmente como tales.

Irene se limitó a encogerse de hombros.

—Pues haremos que existan. Raúl es nuestro amigo, David. Si le pedimos que respalde nuestra historia, estoy segura de que lo hará.

—¿Que es...?

—Si encontramos el espejo, averiguar cuándo se producirá la próxima lluvia de estrellas es tan sencillo como cinco minutos navegando en Internet. Pero, si no lo encontramos, podremos seguir buscándolo mientras permanecéis aquí. Debemos inventarnos una historia plausible que no despierte sospechas. Así que vosotras seréis mis amigas de la infancia que habéis venido a hacerme una visita, y vosotros, los chicos que las acompañan.

—¡Eso es...! —Félix parecía realmente descompuesto—. ¡Ninguna mujer debe encontrarse a solas con un hombre, salvo que este sea un miembro de su familia o su propio esposo! ¡Lo contrario la destruiría para siempre! ¡No existe ese tipo de amistad!

—Te lo perdono porque vienes de donde vienes, capitán. Existe la amistad, como también existe la igualdad de derechos y obligaciones.

—Ambas cosas nunca podrán ser iguales en un hombre y en una mujer.

—¿Eso crees? Dime, ¿qué habrías hecho tú al desgraciado que violó a Rosaura? —Félix palideció al escuchar la pregunta, pero no respondió. Hubiera sido demasiado arriesgado confesar que hizo justo lo que deseaba hacer y lo que aquella alimaña se merecía. Irene alzó una ceja con ademán victorioso y tomó la mano helada de Rosaura—. Me lo suponía. Aquí existen leyes para esos casos, Félix. Ningún hombre puede disponer del cuerpo de una mujer si no hay consentimiento. Y, si lo hace, la cárcel conseguirá que la próxima vez se lo piense dos veces, pero ya lo irás comprobando por ti mismo, no te preocupes. —Con una sonrisa aparentemente cordial, Irene les hizo un repaso visual de arriba abajo para terminar asintiendo—. A simple vista tienen una talla similar a la tuya, David. Creo que todavía guardo alguna ropa tuya. Y como ya no vas a usarla...

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿El hecho de que está en mi casa y tú no? —David le sostuvo la mirada, serio, pero ella aparentó normalidad y se encogió de hombros, pese a que la simple mención de su ropa olvidada todavía le escocía—. De cualquier manera, me alegro de no haber quemado lo que quedó de ti en mi casa. Ahora, ellos podrán usarlo hasta que nos vayamos de compras. Como comprenderéis, no podemos pasearnos por ahí con dos guerreros medievales.

—La madre que... —David resopló. No serviría de nada ahondar en una herida que pretendía sanar—. Vale, de acuerdo, me rindo. Te doy de plazo hasta la próxima lluvia de estrellas. Pero, durante ese tiempo, tendrás que soportarme por aquí mucho más de lo habitual.

—Ni se te ocurra pensar...

—Eso lo piensas tú, Irene. Yo solo digo que no voy a dejarte sola con dos hombres desconocidos, por mucho que los acompañen dos chiquillas. Y no está sujeto a negociación posible.

Una especie de graznido agudo interrumpió la conversación. El sonido activó todas las alarmas de Rosaura al mismo tiempo.

—Tengo que ocuparme de mi halcón.

Abrió la puerta dispuesta a salir, pero una mano firme en su brazo se lo impidió. Cuando se giró, se encontró con un par de ojos negros de mirada aguda, insondable. Llena de pensamientos secretos que no fue capaz de descifrar, pero que llegaron al centro mismo de su corazón.

—Ese pájaro siempre volverá contigo, muchacha. —«Como yo», pareció estar a punto de decir cuando abrió la boca—. No te preocupes por eso ahora. Yo me encargaré.



Veinte

En el futuro establo, Irene encontró un grueso poste cilíndrico que podía hacer las veces de posadero, clavado en el suelo en un extremo y con la superficie plana en el otro para posar al ave, y permitió que Rosaura se encargara del resto.

Cascabel aún llevaba las pihuelas, así que, cuando Irene le acercó un trozo de tela gruesa que enrolló en su mano y parte de su brazo, lo extendió hasta que el halcón estuvo encima. A continuación, caminó con él de espaldas al posadero. Allí, con toda la tranquilidad del mundo, como si hubiera repetido aquel proceso desde el día en que nació, Rosaura levantó la cola de Cascabel y permitió que los dedos de sus patas tocaran el objeto para que no se asustara con el primer contacto.

Félix sonrió. Así era como debía hacerse la primera vez. Otorgando al ave la confianza necesaria. Diciéndole, por medio de actos, que nada malo le ocurriría, aunque no viera hacia dónde se dirigía.

Y el animal siempre respondía subiéndose solo al posadero, para satisfacción de su dueña, que terminó girándose hacia él con una expresión de orgullo en la cara tan intensa, tan atrayente, que tuvo que apretar los dientes para no ceder al deseo de estrecharla entre los brazos y besarla.

—Es un ejemplar precioso, Rosaura —alabó Irene con admiración.

—Creció conmigo. El halconero de mi tío me enseñó a adiestrarlo, pero debemos darle de comer cuanto antes. Si lo consigo por sí mismo, no volveré a verlo —concluyó con orgullo.

—Necesitas mejorar, pero como táctica no está mal —apuntó Félix con severidad, guardándose la sonrisa que amenazó con asomar a sus labios cuando la vio parpadear, confundida y ofendida—. Ahora, por favor, vayamos a por el espejo.

Durante los minutos siguientes, se arrepintió de haber dicho aquello.

Si terminó por subirse a ese animal metálico llamado «coche» solo para evitar que Rosaura le viera como un cobarde, cuando bajó de él su cabeza daba tantas vueltas que tuvo que alejarse para vomitar incluso lo que no había comido.

Solo cuando logró reponerse, vio que habían llegado al lugar indicado en un tiempo récord. Mucho más rápido que en cualquier montura. Y que todos, Rosaura incluida, continuaban indemnes.

Empezaron a buscar repartiéndose por la zona, pero demasiado pronto él comprendió que no encontrarían nada. El espejo no se hallaba cerca, y el simple hecho consiguió que empezara a

sentirse encerrado de nuevo, acorralado por circunstancias que ni conocía ni podía controlar.

Miró a Rosaura. Sus ojos le hablaban del mismo desconcierto que lo atacaba a él, aunque carecían de esa sensación de peligro que le acogotaba, y que se convertía en una soga al cuello si pensaba que podría afectarla a ella mucho más que a él.

—Rosaura, la situación es grave. Sin el espejo, tendremos que quedarnos aquí.

—Bueno... —En un gesto desconcertante, ella lanzó una mirada a Irene y sonrió antes de encogerse de hombros—. De momento, no veo demasiado inconveniente.

Félix ahogó una maldición. ¿Qué podría esperar de una muchacha que no veía el peligro, aunque lo tuviera delante?

Nada, salvo que él se lo hiciera notar.

—Por los clavos de Cristo —masculló. Se plantó delante de ella y se dirigió al resto con toda su autoridad recuperada—. Vosotros, esperadnos aquí. Tú, ven conmigo. Ahora.

—No.

—¿Estás segura de lo que acabas de decir?

—Félix, aquí las cosas no funcionan así...

Su mano extendida frenó las intenciones de David de cuajo.

—De donde yo vengo, así funcionan las cosas entre un padrastro y su hijastra —apuntó con toda la intención, antes de arrastrar a Rosaura con él hacia un lugar más privado—. ¡Pierde cuidado, sargento! Solo pretendo hablar.

Su presencia lo confundía constantemente. Sus instintos parecían despertar ante cualquier cosa que indicara su cercanía. Deseaba reconfortarla al mismo tiempo que besarla. Deseaba hacerla sentir segura y demostrarle el peligro que ambos corrían en esos instantes. Necesitaba verla sonreír con él, pero también encontrar una muestra de la desconfianza que debían regir sus pasos. Todo aquello se mezclaba en su cabeza cuando se detuvo, furioso, lleno de miedo.

La miró de reojo y respiró hondo, en un intento de calmarse. Rosaura respiraba tan rápido que la punta de sus pechos se marcaba desvergonzadamente contra aquella tela demasiado fina para ocultarlo. Sus ojos se quedaron clavados en esa parte hasta que le escocieron. Fue entonces cuando alzó la vista para toparse con dos esmeraldas encendidas de indignación, unas mejillas deliciosamente rojas y una furia que añadía belleza a aquel rostro que lo desafiaba.

Condenación. Era un hombre de costumbres espartanas nacidas del autocontrol. Un conquistador, un guerrero. El siglo XXI, si es que ahí se encontraban, no constituía más que un desafío para él. No tendría más problema en dominarlo que en domar a una mujercita con inflas.

—¿Para qué me has traído aquí? —le preguntó ella entre dientes—. Pensaba que podíamos hablar en silencio sin necesidad de alejarnos de nadie.

—Algo inexplicable, pero cierto. ¿O sí puedes explicarlo, muchacha?

—¡Si realmente hubieras crecido en la religión de los antiguos, podrías explicarlo tú mismo! Es un don, Félix. Ambos gozamos de él.

—Pues utilízalo para averiguar dónde está el espejo.

—De acuerdo. —Con un suspiro, Rosaura adoptó una posición desafiante con los brazos cruzados y el mentón alzado en su dirección—. Su desaparición ha sido obra de la misma magia que nos ha traído aquí. ¿Qué te parece?

—¡Demasiado desprecupado por tu parte! ¡Si no lo encontramos, nos quedaremos aquí para siempre! ¡Y, si regresamos sin él, seguirás a merced de los intereses políticos del conde! —La sujetó por el brazo y la acercó más a él, hasta que sus alientos se entremezclaron. Dejó que sus ojos se pasearan por aquella boca de labios rosados entreabierto por la sorpresa. Permitted que su sangre se calentara y a punto estuvo de tomarlos, solo para darle una lección—. Si es lo que

quieres, solo tienes que decirlo y te devolveré a tu tío en cuanto estemos en Trabada.

—Si no me sueltas ahora mismo, empezaré a desear que lo hagas.

—¡Cuando escuches lo que tengo que decirte! Debemos permanecer aquí hasta que nuestra situación se aclare. Y, en ese tiempo, te atenderás a mis decisiones. Empezaremos por esa ropa indecente que con tanta tranquilidad exhibes, como si siempre hubieras vivido aquí.

—¡Vestiré según las costumbres de estas tierras! ¡No tienes autoridad para prohibírmelo!

—Soy tu padrastro.

—Y yo la sobrina del conde al que sirves.

—Hasta donde sé, el conde no está presente. Céntrate en mí, muchacha. —Félix alzó una ceja con expresión petulante—. Eres mi responsabilidad. Soy hombre, guerrero, diestro con las armas y experimentado en otras artes. Una ventaja sobre ti que, te guste o no, jamás podrás igualar.

Ella entrecerró los ojos con una expresión de desafío tan parecida a la que recibió aquella mañana en el remanso que le dieron ganas de reír.

—No estamos en una guerra. ¿Todavía no te has dado cuenta?

«Sí. Pero la situación puede cambiar con rapidez», pensó.

«Nunca la dejes sola».

Eso era lo que se proponía, pero necesitaba que lo siguiera. Sin obligaciones. Sin coacciones. Sin miedo. Por convicción.

—Rosaura, por muy fuerte que parezcas, en el fondo estás asustada —comenzó, posando un dedo sobre sus labios para hacerla callar cuando vio que intentaba hablar.

La caricia, tenue como el aleteo de una mariposa, se convirtió en un arma mortal directa a su pecho. Lo quemó como si tocara la llama de una vela. Desconcertado, apartó la mano y se esforzó por seguir manteniendo su postura de dureza, pero el tirante de la camiseta se deslizó por el hombro de Rosaura, atrayendo a los ojos negros como si fuera miel.

No pudo evitarlo. Como si hubiera extendido sobre él un sortilegio que le privara de voluntad, enganchó el tirante con los dedos y lo colocó nuevamente en su sitio, acariciando la porción de piel cremosa con tanta delicadeza que pudo sentir cómo, a su paso, se erizaba como respuesta.

«Maldición...». Félix tragó saliva, dominando el leve estremecimiento que lo recorrió entero, y se concentró en lo que le había llevado allí en vez de en su cuerpo traicionero.

—No te culpo —continuó con una voz que esperaba que fuera convincente—. Todo esto parece una ratonera, y nosotros el trozo de queso. ¡Por las barbas de Lucifer! ¡Confías en ellos basándote en la imagen de un espejo!

—Irene también confía en mí basándose en lo mismo. Y no solo me fío de eso, sino del espejo en sí, Félix. Sé con qué intención me lo regalaste, porque mi abuela me lo explicó. La flor de los siete pétalos, las siete diosas paganas que me protegerán.

—Cierto. Y, puesto que ahora ignoramos dónde se encuentra, cabe pensar que su protección tampoco se halla con nosotros. Tenemos una desventaja que, llegado el caso, podría ser mortal para todos. Para ti. —En un arranque de ternura, posó las manos sobre los hombros desnudos de Rosaura y la atrajo hacia él. Necesitaba tocarla y esa era la manera más segura. Para ambos. La sintió suave entre sus brazos, mientras hundía una de sus manos en la espesa mata de rizos negros—. Soy un guerrero. Si continúo con vida es porque he aprendido a controlar las situaciones más desfavorables.

—Pero esta escapa a tu control. —Él asintió—. Podrías probar a aclimatarte lo antes posible a su modo de vida, sea el que sea.

—¿Para qué? No me gusta lo que he visto y no necesito aclimatarme a algo que tendré que abandonar en breve. —O eso esperaba—. Solo deseo tu bien, muchacha.

Incluso cuando la había besado tomándola por una hermosa campesina. Y, aunque aquel momento no tenía nada que ver con el que les ocupaba, se dejó llevar por el arrullador suspiro que escuchó como respuesta a sus palabras y notó cómo la tensión del cuerpo femenino se iba disipando.

—¿Nada de imposiciones? —la escuchó preguntar, en un tono que despertó su sonrisa cuando ella elevó los ojos hacia él con una fingida mirada de candidez que no logró engañarlo.

—Solo información de dónde te encuentras en cada momento —aseguró.

—Será mutuo. De lo contrario, no encontraré mi equilibrio.

—¿De qué hablas?

—Me dejé guiar por mi abuela hasta este tiempo en busca de ayuda para ti, pero también esperando hallar mi equilibrio y, con él, mi sitio. —Una mirada de adoración se escapó de aquellos ojos esmeralda—. Verte aquí, conmigo, constituye el mayor acto de fe, capitán. Nunca nadie había hecho eso por mí, y estoy segura de que nunca nadie lo hará. Pase lo que pase, no estoy dispuesta a perderte de nuevo. De modo que, si tú conoces mi paradero, yo también conoceré el tuyo.

—Por favor, dime que lo harás si yo cedo —pidió con su voz más persuasiva—. Si has sido capaz de salir de Trabada en plena noche para ayudarme, ¿estarás dispuesta a hacer algo así por mí?

—De acuerdo —cedió Rosaura, y el corazón de Félix saltó de alegría—. Lo haré por ti, capitán.

La tienda de antigüedades de Irene era un espacio aparentemente amplio, pero lleno de objetos, la mayor parte desconocidos para ellos, que conformaban un perfecto orden dentro de su desorden. La luz del día penetraba por unos amplios ventanales para corroborar la exquisita limpieza que dotaban de brillo a cada una de las piezas que contenía.

Con naturalidad, sin percatarse de que para ellos aquello suponía una novedad espectacular, Irene dejó las llaves sobre el mostrador y, sin dar la vuelta al cartel de «CERRADO», se dirigió a una pequeña caja rectangular que había en un extremo y, con solo un par de movimientos de sus dedos, consiguió que se encendiera, ante el asombro total de Rosaura.

Ella todavía estaba agitada por su conversación con Félix... y por cómo le sentaba su nuevo atuendo, con esa especie de calzas aparentemente desgastadas y una «camiseta», como la había llamado doña Irene, negra y ajustada a su torso. Si vestido de guerrero quitaba el aliento, ataviado de hombre del siglo XXI arrebatava el sentido común. Si se fijaba en sus anchas espaldas o en los marcados músculos de su pecho, y que la camiseta hacía notar todavía más, la garganta se le secaba y el recuerdo infame de su única experiencia con un hombre se diluía. Seguía conservando su barba y su pelo por los hombros. A pesar de que su aspecto había rejuvenecido, conservaba su aura de ferocidad e implacable seriedad.

Solo necesitaba una sonrisa espontánea que alejara aquella sombra de preocupación de sus ojos, tan negros como su camiseta, para sustituirla por el brillo de la pasión por la vida.

«Hará falta un milagro», se dijo, intentando centrar su atención en lo que le rodeaba. No había tramo de pared, esquina o estante que estuviera libre de antigüedades. Sin embargo, todos componían un cuidado orden y una escrupulosa limpieza que la admiraron.

—Desde la muerte de mis padres, pasé más tiempo aquí que en cualquier otro lugar. Era la vida de mi abuela. Y ahora es la mía —suspiró Irene sin apartar la vista del ordenador.

—¿Todo esto es de verdad? —preguntó Félix, tan ensimismado como Nuño y Alana, rodeando

una armadura medieval con una enorme espada colgada de la pared junto a ella.

—Lo que veis cuenta con la documentación que lo autentifica como antigüedad. De hecho, lo más actual con lo que contamos es un reloj de cuco del año 1880, propiedad de un rico hacendado de la zona y vendido por sus descendientes —aclaró Irene, evidentemente complacida por el interés que suscitaba—. Si tuviéramos tiempo os mostraría todos nuestros tesoros, pero de momento debemos aprovecharlo en otras cosas. Buscaremos el espejo en el inventario de la tienda. Así tardaremos menos que si lo hacemos a mano.

—¿Y si no está?

Irene miró a Alana con detenimiento, como si conociera parte de su verdadera naturaleza.

—Buscaremos por otro lado —declaró—. Los caminos de Internet son infinitos.

Tardaron poco más de una hora en averiguar que no había en la tienda nada ni remotamente parecido a su adorado espejo. Regresaron a casa envueltos en un silencio reflexivo, roto tan solo por David al despedirse de ellos.

—No te desesperes, Rosaura. Mira, mientras hago la cena, podemos investigar acerca de la próxima lluvia de estrellas. ¿Te parece? Lo encontraremos.

Dudaba de eso. Y estaba convencida de que Nuño, Alana y Félix también dudaban. Pero no se atrevió a decir más, mientras Irene maniobraba con una caja similar a la utilizada en la tienda, y en la cocina se freían unos buenos filetes que calmarían al menos el extraordinario apetito de los guerreros, ya que el suyo parecía haberse cerrado.

—Ordenador. Su pantalla se ha encendido gracias a la luz eléctrica —explicó Irene. Movié los dedos con rapidez sobre la otra parte, hasta que las letras empezaron a aparecer, intercaladas con imágenes, produciendo un suspiro de alivio en ella—. Menos mal.

—¿Qué? —inquirió Félix—. ¿Qué pasa?

—Que contamos con casi cuatro meses para buscarlo —respondió, mostrándoles la imagen de un cielo estrellado que los dejó boquiabiertos—. Ya os explicaré más tarde cómo funciona esto. Ahora lo más importante es que tenéis tiempo. Y un techo bajo el que cobijaros: el mío.

—Casi cuatro meses —repitió Nuño con el ceño fruncido—. ¿Eso cuánto es?

—Veamos. La luna tarda un mes en dar una vuelta alrededor de la tierra, así que... ¿Casi cuatro lunas? Es posible que así me entendáis.

Alana se dejó caer en el sofá, junto a Rosaura, pero al cabo de un rato su cara se iluminó.

—¡La Abadía de los Cuerpos Santos! —casi gritó—. ¿Y si estuviéramos cerca de los monjes? ¿Y si alguno de los guerreros del rey traidor, o algún monje, hubiera cogido el espejo?

—No me suena ninguna abadía, pero déjame ver. —Los dedos de Irene volaron. Todos aguardaron en vilo, hasta que la oyeron resoplar con desánimo—. La Abadía de los Cuerpos Santos está considerada como el origen de la ciudad de Santander. Ya no existe.

Un silencio sepulcral los envolvió. Rosaura miró a Félix, pero él no lo notó. Permanecía mudo con la angustia más absoluta pintada en un gesto férreo que dirigía a la ventana del salón.

Sabía que diría algo, pero no esperaba escuchar lo que escuchó.

La mirada oscura se clavó en ella, segundos antes de que él también se sentara con movimientos escalofriantemente pausados y entrelazara las manos bajo su barbilla con ademán pensativo.

—Es cierto, entonces. —Solo cuando lo oyó, Rosaura comprendió la total extensión del significado de aquellas palabras. El peso de la realidad también cayó sobre ella, sobre todos ellos. El viaje en el tiempo era verídico. La desaparición del espejo también y la lluvia de estrellas. No serviría de nada seguir negándolo—. Estamos atrapados en este lugar; solo nos queda esperar cuatro malditas lunas.

Escuchar la derrota viniendo de alguien de la envergadura, el poder y la fuerza de un guerrero como Félix era demoledor. Rosaura se negó a sí misma la posibilidad. Aunque lo que más deseaba era chillar enrabiada hasta quedarse sin voz, demandando un desenlace diferente, respiró hondo y tomó una de sus manos entre las de ella.

Era áspera, pero cálida. Grande, pero acogedora. Incluso tierna.

Y, cuando entrelazó sus dedos con los de él, hizo lo mismo con sus ojos:

—*Necesitamos a estas personas para sobrevivir aquí. Pagaremos a doña Irene su hospitalidad y buscaremos el espejo por todo el reino de esta España en la que nos encontramos, si es necesario. ¿Qué te parece, capitán?*

—*Que cuentas con mis bendiciones.*

Junto con parte de su corazón. Porque acababa de descubrir que, fuera lo que fuese lo que el destino le tenía reservado, se habían terminado los días de soledad.

Él no se resistió cuando ella le pidió que la llevara hasta esa tienda de antigüedades, solo para ver que ellos se le habían adelantado y permanecían en su interior.

—No podemos entrar, si no quieres que te reconozcan —aventuró él—. Porque te reconocerían, ¿no es así? Por eso te mantienes oculta, a mi lado.

—Si estoy a tu lado, y esa Irene te conoce, no parece que esté muy oculta, ¿no crees?

En otras circunstancias, cualquier hombre se hubiera reído de su razonamiento. Incluso lo hubiera atajado de una manera rápida y violenta, pero él no.

Solo asintió, en una muestra de esa servidumbre que ella buscaba.

—Si Irene hubiera estado sola, habríamos podido entrar sin problema —añadió en un susurro cuando vio a las cinco personas saliendo del local—. Te hubiera presentado como una amiga, y ella te hubiera enseñado el interior.

—¿De verdad? ¿Tanto confía en ti?

—Piensa que soy su amigo. Que nunca la traicionaré.

¿Lo había dicho con un ramalazo de remordimientos? Oh, sí. Al parecer, su conciencia todavía se resistía al mundo de riquezas sin fin que ella le había prometido.

—Vaya... —canturreó, una vez regresaron a su casa—. Veo que tu avaricia tiene límite, mi señor.

—Soy un hombre. Y tengo sentimientos.

—Que eres un hombre, está más que demostrado. —Se acercó a él mientras se lamía el labio inferior con deliberada lentitud, hasta que enganchó el borde de sus pantalones con un dedo para atraerlo hacia ella—. De lo segundo me encargaré yo.

Se ocupó de que no desviara sus ojos de ella mientras le bajaba la cremallera y atrapaba su miembro erecto con la mano. No perdió el contacto cuando comenzó a acariciarlo arriba y abajo, segura de que llenaba su mente con todo aquello que él necesitaría recordar mientras su pene seguía creciendo, endureciéndose y vibrando bajo sus caricias.

Y cuando lo presionó sin compasión, un segundo antes de que él se vaciara en su propia ropa interior con un gemido agónico de pura impotencia, sonrió.

Porque sus ojos se habían quedado tan vacíos como su sexo, como su esencia y como su alma.

—Tenemos que volver a la tienda. He de buscar un objeto muy importante para mí —susurró con voz aterciopelada, apartándose de él con total indiferencia.

Él parpadeó ante su lejanía, desconcertado, como si acabara de librarse de un hechizo poderoso, aunque ella sabía que no era así.

Su dominación seguía su curso. No había marcha atrás.

—En cuanto sepa que Irene está sola en ella —replicó—. Ya te dije que...

—No me has entendido, mi señor. —Con movimientos fluidos como los de un felino, ella empezó a desnudarse. Contuvo una carcajada despectiva al ver cómo las pupilas masculinas iban dilatándose conforme se clavaban en cada porción desnuda de su cuerpo, hasta que la abarcó al completo. Oh, era un hombre tan simple...—. Quiero que entres tú, no yo. Solo. Cuando la tienda esté cerrada y no haya nadie dentro. Y te diré lo que debes buscar.

Ignorando el quedado lamento que surgió de la garganta del hombre cuando le mostró todo su trasero mientras se inclinaba sobre la mesa, empezó a dibujar el espejo con la mayor precisión posible.

A continuación, dejó el papel, se encaminó al dormitorio, se tumbó sobre la cama y abrió las piernas de modo que él pudiera ver la plenitud de todo lo que le esperaba.

No podía permitirse ni un solo titubeo más. Necesitaba incentivar su ambición, la desidia que vio en él la primera vez que se refirió a Irene para decir que, tarde o temprano, también lo traicionaría.

Empezó a acariciarse a sí misma, estableciendo una nueva conexión ocular que se intensificó al mismo ritmo que sus caricias.

—Ella nunca te dará esto... —murmuró con una sonrisa perezosa.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

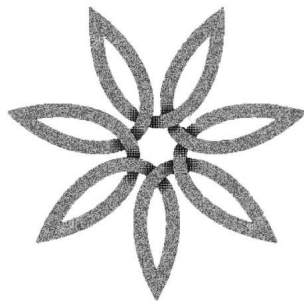
—No quiero esto de ella —aseguró—. Pero sí de ti.

—Entonces ven a mí —insinuó, retorciéndose ante un placer creciente que surgía de sus propios dedos—. Déjame demostrarte mi grado de gratitud ante lo que vas a hacer por mí.

—Oh, sí, ya lo creo.

Él se arrancó la ropa, se introdujo en su interior sin más ceremonias, y empezó a moverse.

Ella sonrió. Y, cuando lo escuchó gemir de puro éxtasis, supo que haría todo lo que le pidiera.



Veintiuno

Félix pasó la primera noche sentado en el suelo de su habitación.

Con la luz encendida y la vista fija en cada detalle del mobiliario. Alerta ante el cúmulo de ruidos que le obligaron a aferrarse a la empuñadura de su espada como si la vida le fuera en ello.

En la estancia de al lado se hallaba Rosaura. Posiblemente tan dormida como él despierto.

Pero, cada crujir de la madera, cada siseo de las hojas mecidas por el viento, cada voz que parecía escucharse en la lejanía; incentivaban todos sus instintos de guerrero de tal modo que, cuando llegaron las primeras luces del alba, no había en él ni rastro del cansancio que se suponía debía aquejarle tras una noche de vigilia.

Fue el primero en salir de su habitación, después de comprobar que, en efecto, en aquella casa no había nadie más que Irene. Una mujer solícita que se decidió a enseñarles la propiedad en cuanto Rosaura y Alana se levantaron, mucho más tarde que él y mucho más descansadas también.

Pasaron la mañana escuchándola hablar acerca de los planes de futuro para aquella casa y todo lo que le rodeaba. Les informó de lo que desearon saber: desde lo más básico, como el funcionamiento del reloj, el calendario, la existencia del cristal o las cremalleras. Hasta temas mucho más complejos como el cambio climático; algunos avances médicos, como las vacunas o los antibióticos; la contaminación o la forma de gobierno de aquel lugar. La razón por la que todos, sin distinción de clase social, raza, condición religiosa o sexo; tenían el derecho de elegir a sus dirigentes o el pago de los impuestos.

También les habló de la imprenta. De cómo, gracias a su invención, la producción de libros era mucho más rápida y prolífica. De la educación, extendida a ambos sexos y cualquier clase social, que conseguía que todos tuvieran acceso a los conocimientos que, en el siglo X, estaba destinado a los monjes y notables.

De hecho, la clase fue tan fecunda e interesante que solo fueron conscientes de la hora de comer porque sus estómagos se lo indicaron.

—No veo la utilidad de esto. —Félix contemplaba el artilugio desde todos los puntos de vista con el ceño fruncido.

Sentados alrededor de la mesa, el resto examinaba los suyos con la misma incomprensión que hizo que Irene soltara un resoplido.

—Ya te lo dije anoche —respondió—. Es un tenedor y sirve para pinchar la carne.

—Para eso ya está el cuchillo. ¿Veis? —Nuño ensartó el filete con el suyo y desgarró la carne

de un mordisco—. Tengo la impresión de que vivís la mayor parte del tiempo complicando cosas cuya naturaleza es sencilla.

—¿Por ejemplo?

—¡Todo! ¡Mire a donde mire, me encuentro inventos propiciados por el mismísimo diablo! —exclamó Félix—. El hecho de que salga luz con solo pulsar un botón es... ¡Un milagro!

—¿Por eso te has pasado el último cuarto de hora encendiéndola y apagándola con la boca abierta? ¿Y por eso has estado girando el mando del grifo para comprobar la temperatura del agua? —preguntó Irene, divertida—. Pues déjame decirte que el agua es un bien muy escaso por el que debemos pagar y de la luz ni hablamos... ¡Está a precio de oro!

—¿Pagáis por el agua? ¿Y por la luz?

—Si no queremos regresar a la época de las velas y las teas encendidas, sí.

—Vaya, doña Irene, yo vengo de esa época y he sobrevivido. —Félix enarcó una ceja con gesto crítico—. ¿Cómo llamáis a la placa que se calienta hasta poder cocinar sobre ella?

—Vitrocámica.

—¡No puedo comprender cómo es posible que habléis con otra persona por medio de un aparato pegado a vuestra oreja!

—Teléfono. Fijo o móvil, depende del caso.

—Por no hablar de esa caja de la cual no paran de salir imágenes hipnóticas...

Irene rio ante la ocurrencia de Rosaura y asintió.

—Has dado en el clavo. «La caja tonta», la llamaban en su día. Y, sí, tiene el poder de hipnotizar a la gente. Si no te andas con cuidado, se apropia de tu inteligencia hasta convertirte en un monigote.

—Muy peligroso sin duda, doña Irene. —Alana decidió imitar el gesto de Nuño para comerse el filete. En cuestión de minutos, solo Irene comía con el tenedor—. Y tan misterioso como esa otra caja de la que sale una música estridente.

—Cadena de música. Y ya estoy anticuada.

—¿Qué me decís de la nevera?

—Sirve para conservar los alimentos durante más tiempo. ¿No te parece útil?

—Lo es si te provees de muchos alimentos —intervino Rosaura—. Pero ¿por qué no comprarlos más a menudo para evitar tenerlos en ella durante días?

—Bueno, porque...

—Y la lavadora —apoyó Alana con un asentimiento de cabeza—. No sería necesaria si laváramos la ropa a mano.

Irene los miró con una expresión de derrota, hasta que finalmente dejó la servilleta sobre la mesa.

—Vale, me rindo —refunfuñó—. Entiendo que para vosotros todo esto pueda suponer algo incluso traumático. Infernal, sobrenatural. Como queráis llamarlo.

—Digamos que supone un conjunto de motivos por los que desconfiar.

Irene sacudió la cabeza.

—Félix, como bien me dijiste en su momento, si hubierais querido matarme, lo habríais hecho en el momento en que me sorprendisteis en el establo. Créeme si te digo que, de haber querido encerraros de por vida, yo también hubiera podido hacerlo. Así que, por el bien común, sugiero que me ayudéis a recoger la mesa —añadió, poniéndose en pie—. Así llenamos la enorme boca del lavavajillas para no fregar a mano y nos vamos a comprar ropa. Solo tenéis la que lleváis encima y hay que cambiarla a diario.

—¿A diario?! —Félix y Nuño se miraron a sí mismos a la vez, pero fue el primero quien

terminó encogiéndose de hombros—. Mi señora, ¿qué tiene esta de malo? Yo no la veo sucia.

Irene puso los ojos en blanco.

—Lo está, hacedme caso.

—No puedo salir así.

Rosaura sonrió y cruzó una mirada cómplice con Alana e Irene.

—Vamos, capitán. Seguro que estás muy guapo.

—No se trata de eso. —Al otro lado del probador se escuchó un carraspeo demasiado fuerte y seguido—. Es que... ¡Condenación! ¡Esto me los aprieta demasiado!

La carcajada de Nuño no se hizo esperar. Sabía a qué se refería, porque él ya había aceptado con resignación la presencia de la ropa interior masculina bajo unos vaqueros desgastados y una camisa granate que acentuaba el moreno de su piel.

Félix, al parecer, se mostraba más reacio, pero era su turno de mantener la admiración que había despertado en la dependienta nada más entrar en la tienda. La chica era joven, bastante agraciada, y con unos enormes ojos marrones que parecieron salirse de las órbitas cuando hizo un rápido y desvergonzado recorrido visual por ambos guerreros, para detenerse un poco más en Félix.

No le había quitado la vista de encima durante el tiempo que Nuño estuvo probándose ropa y, cuando le tocó al capitán, corrió rauda y veloz por todo el establecimiento, hasta llenar sus brazos con un montón de prendas. Su expresión era tan clara que Nuño estuvo a punto de ir en busca de un caldero donde pudiera depositar sus babas.

—Venga, amigo mío —casi canturreó—. No puede ser peor que las protecciones de cuero que usas en tus entrenamientos, ¿verdad? De hecho, yo llevo unos y ni siquiera los noto.

—Eso es porque os han apretado tanto que parece que no tenéis...

Una carcajada desde el exterior del probador interrumpió el resto de su frase.

—Te aseguro que los tengo, capitán. Tan cómodos y calentitos que no echan para nada de menos el cuero que siempre los cubre cuando nos ejercitamos —respondió Nuño con su habitual sorna—. Es más, estoy pensando en llevarme unos cuantos de estos cuando volvamos para extender su uso entre los hombres del conde. ¿Qué te parece?

—Una idea horrible.

—Bah. Cuando los soportes un tiempo, pensarás lo mismo que yo.

Desde el otro lado del probador, Félix torció la boca. Lo dudaba, pero aun así lo aguantaría. Se colocó los pantalones negros de montar, el cinturón y la camisa amarilla, y echó una última mirada a aquel espejo de cuerpo entero que lo tenía subyugado. Era la primera vez que veía uno así y esperaba que no fuera la última. Todavía le costaba aceptar que aquella imagen fuera la suya. Era nítida, clara, no como la que recibía de los pocos espejos que había visto en su época.

¿Reflejarían con la misma exactitud la belleza de Rosaura? ¿Se verían con la misma claridad el conjunto de curvas suaves y armoniosas de sus pechos, la estrechez de su cintura que daba paso a la redondez de sus caderas, el destello descarado de sus ojos verdes, el brillo de su cabello negro o el rubor de sus deliciosas mejillas? ¿Le harían justicia a la forma de aquellas piernas largas y armoniosas que tan bien se veían en aquellos ropajes propios de ese siglo?

Al pensarlo, un súbito calor se adueñó de él. Y también un acceso de timidez completamente desconocido en sus veintinueve años de vida.

Pero todo tenía una explicación: Rosaura le observaría.

Nunca fue tan consciente de lo que una mujer como ella podía hacer con su resistencia hasta

que no salió y recibió una mirada de absoluta admiración de sus ojos verdes.

—Oh, Félix, es...

—¿Qué? ¿No te gusta?

—Estaría ciega si no le gustara. —Ese fue el instante elegido por la dependienta para intervenir. Se colocó entre ellos, le hizo un examen minucioso de arriba abajo y sonrió como si él fuera el postre de una copiosa comida, y ella se dispusiera a engullirlo. Todo el embelesamiento de Rosaura desapareció para ser sustituido por un ataque de celos fulminante—. Todo lo que te has probado hasta ahora te queda perfecto. ¿Puedo tutearte?

—Pues...

Félix ni siquiera la miraba. El magnetismo de los ojos verdes lo tenía completamente embobado mientras apreciaba la sutil sonrisa de Rosaura al contemplar su aspecto:

—*Así que pantalones de montar...*

—*Ignoraba que se necesitaran para tal menester, pero doña Irene lo creyó conveniente.*

—*Ya. Al parecer, no es la única.* —Con un sutil movimiento de cabeza señaló a la empleada, que continuaba parlotando sin que ninguno de los dos le prestara la menor atención—. *¿Has visto por aquí muchos caballos, capitán?*

—*Ninguno. Pero doña Irene afirma que podré ejercitarme en una hacienda no muy lejos de aquí.*

—No sé, me pareces demasiado joven y cercano como para seguir hablándote de usted. Y tu estilo es muy desenfadado.

Las palabras de la dependienta cayeron en saco roto. Félix sentía la caricia de aquella mirada en todo su cuerpo, pese a que los ojos verdes parecían inmersos en los suyos. Brillantes, anhelantes, hablándole de algo mucho más íntimo que iba más allá del simple pensamiento.

—*Vaya, hay más cosas buenas en este siglo de las que a primera vista parecía, ¿no crees?* —preguntó Rosaura con una ceja levantada. La nuez de Félix se movió arriba y abajo. ¿Estaba coqueteando con él? Buen Dios, ¡eso parecía! Y no solo no le molestaba, sino que caldeaba su sangre de un modo tan placentero que no pudo por menos que corresponder con una sonrisa—. *Espero que solo uses este atuendo cuando haya caballos de por medio.*

—*¿A qué te refieres?*

—*A tus... protecciones, ya sabes. No parecías muy cómodo con ellas, a pesar de las palabras de don Nuño.* —¿Bromeaba? Sí, desde luego. De una manera tan malévola que él pudo sentir cómo su sangre se le encrespaba en las venas—. *Espero que cumplan su función sobre un caballo igual que a pie.*

—*¡Condenación, Rosaura! ¡Esos pensamientos no son los apropiados para una doncella que...!*

—*No soy doncella, capitán. Y, por lo que puedo apreciar, no te disgustan precisamente.*

Félix se cuadró como si estuviera ante el mismísimo conde de Trabada, a pesar de que la risa pugnaba por brotar de su boca para desconcertar a todos los presentes. Fingió un gesto de severidad y echó un vistazo a su alrededor con un ramalazo de pánico que resultó ridículo.

Solo él conocía los pensamientos de Rosaura.

Solo él... ¡Qué bien sonaba en su mente!

—Son unos amigos que han venido a pasar una temporada a Santillana —estaba diciendo Irene a la pobre dependienta que, en vista de la indiferencia casi ofensiva que estaba sufriendo por su parte, había optado por obtener información por otros cauces.

—¡Ah, entonces seguro que nos veremos por ahí! Te invitaré a tomar algo si te veo, er...

—*Te está pidiendo tu nombre, capitán. ¿A qué esperas para dárselo?*

De nuevo Rosaura se había colado en su cabeza con aquella fina ironía que hacía que el verdor de sus ojos se intensificara con picardía.

Félix frunció el ceño, pero no borró su sonrisa. Mentiría si dijera que aquella actitud no alimentaba su vanidad masculina. Mentiría si afirmara que se sentía ofendido en vez de halagado. Y, por descontado, mentiría si no aceptara que su cuerpo vibraba por aquella especie de juego inesperado entre ellos.

—*A que me diga que me considera atractivo, muchacha* —respondió, satisfecho, al ver el ceño ligeramente arrugado de su Rosa—. *Veo que a ti te agrada mi aspecto, pero no estaría mal recibir su opinión para hacerme sentir mejor en este siglo...*

—*Eres demasiado presumido.* —Rosaura puso los ojos en blanco, y la sonrisa de Félix se agudizó—. *Pero me gustará conocer tus pensamientos cuando se cambien las tornas. Recuerda que yo también necesito ropa, a juicio de doña Irene...*

Su resoplido fue la respuesta antes de romper el contacto ocular.

Eso le pasaba por intentar caminar seguro por arenas movedizas. «La voluntad de Rosaura es firme, pero con aspectos que podrían variar más rápido que el viento», se dijo.

Tuvo una buena muestra de ello cuando dejaron a la obnubilada dependienta y entraron en la siguiente tienda, dedicada a la venta de ropa femenina.

Si le había desafiado con la mente, no hizo menos con su mirada, cuando, cargada con un montón de ropa, Rosaura penetró en los probadores. Y el desafío se convirtió en tortura cuando la vio aparecer con el primero. Estaba preciosa con aquel vestido ajustado que apenas le llegaba a la rodilla. Siguió estándolo con la ropa mucho más informal con la que salía buscando su aprobación; pero, en cada ocasión, él se limitaba a apretar la mandíbula, los puños y el resto de su cuerpo, conteniéndose. Deseaba arrancarle la ropa para volver a vestirla con sus hermosas túnicas. Pero también deseaba contemplar todo aquello que tan bien ocultaba lo que llevaba puesto. Apremiar su belleza con las yemas de los dedos y no solo con los ojos.

Buen Dios, ¡la deseaba a ella! Entera, en cuerpo y alma. Sin límites ni restricciones. Su risa era un bálsamo para cubrir todos sus errores. Su fuerza lo golpeaba de lleno en el pecho haciéndolo sangrar. Tenía la impresión de que había pasado años a su lado, efectuando aquel extraño viaje, y no horas, si la contemplaba sonriendo, como en aquel momento, mientras exhibía unos pantalones escandalosamente cortos y ajustados, junto con una camisa sin mangas, abierta hasta el nacimiento de sus senos, que se anudaba a la cintura. Algo que Irene llamó «informal», pero que para él adquiriría la categoría de «demoledor», y que no mejoró cuando, poco después, apareció con un vestido de tirantes que dejaba buena parte de su espalda al descubierto y que se amoldaba a su busto como si fuera una segunda piel.

Ella giró sobre sí misma, de modo que la vaporosa falda flotó alrededor de sus muslos. Rio con naturalidad, pero él apretó los puños, mientras sentía cómo cierta parte de su anatomía despertaba en el momento menos oportuno, presionando la tela de los vaqueros que había vuelto a ponerse, hasta resultar incómodo.

—¿Te gusta? —la oyó preguntar con voz cantarina.

—¿Qué pasaría si no me gustara?

Rosaura frunció los labios y se cruzó de brazos.

—*Absolutamente nada, capitán* —resolvió en silencio, alzando las cejas con seguridad—. *Me lo llevaré de todos modos, pero para mí tu opinión es importante.*

—*¿Tan importante como lo fue para mí el hecho de que ignoraras las intenciones de la dependienta y me dijeras con los ojos cuánto te gusto con los pantalones de montar?*

—*Ignoráramos, Félix. ¿O vas a negarme que tú tampoco le prestaste mucha atención?*

Rosaura colocó una mano en su cintura y agitó las pestañas con su habitual inocencia.

La saliva de Félix se espesó hasta el punto de no pasar de su garganta.

—*Tenía otros asuntos mucho más interesantes que tratar* —respondió en medio de un carraspeo incómodo, mientras colocaba el trasero en su asiento, como si hasta el momento no hubiera encontrado la postura adecuada—. *Y más importantes.*

—*¿Cómo cuáles?*

—*Como controlar el descaro de una muchacha que no debería provocar a un guerrero como yo.*

—*Ya que tanto te provooco con mis palabras, céntrate en mi aspecto.* —Rosaura frunció el ceño y se giró, ofreciéndole todo un espectáculo con aquella espalda—. *Sigo esperando tu opinión al respecto, puesto que, no me preguntes por qué estúpida razón, me sentiría mejor si la obtuviera.*

Félix respiró hondo. Se centró en su encantador aspecto, desde luego, pero también en lo que sus pensamientos le transmitieron.

Lo tenía en cuenta. No mentía ni fingía ni exageraba.

Era la muchacha más bonita que había visto en su vida. Y, aunque no debería bajar la guardia del todo, como el buen guerrero que era, en ese momento no pudo por menos que soltar una carcajada que desconcertó al resto.

Rosaura se giró hacia él al escucharlo. Toda la contrariedad que había habitado en aquellos ojos cuando le dio la espalda desapareció al contemplarlo. Y una débil sonrisa asomó a aquellos encantadores labios cuando siguió escuchándolo reír.

—*Eres única, mi Rosa —la halagó—. Por supuesto que me gusta. Lo contrario sería de necios.*

El fulgor de los ojos verdes le dio la respuesta. Le habló de una aceptación que hizo que el pecho de Félix se llenara de un extraño calor.

Porque había comenzado a romper corazas.



Veintidós

Los últimos acontecimientos habían estado a punto de terminar con él.

Todo le llevaba a renegar de lo que había considerado su mundo. Este había desaparecido en beneficio de otro del cual no comprendía apenas nada, a través de un viaje incomprensible. Por si eso fuera poco, había contemplado la presencia de una mujer que podía cambiar la naturaleza a su antojo a la vez que implantaba en él la capacidad de comunicarse con Rosaura a través de la mente.

Si un obispo escuchara su relato, lo trataría de poseído. Y, si él se fiara de lo ocurrido, también.

Solo había una razón que le decía que todo era real: Rosaura.

Cualquier hombre con una mujer como ella a su alcance, aprovecharía la ocasión.

Aunque él no era cualquier hombre. Kadyja se encargaba de recordárselo cada vez que empezaba a pensar lo contrario. Ignoraba cómo atajar los sentimientos y emociones que se aferraban a su pecho y que debía rechazar, pero que a cada minuto abrazaba con más fuerza.

Ella se había propuesto colocarlo ante sí mismo y lo había conseguido. No se trataba solo de su necesidad de protegerla de aquello que les estuviera ocurriendo. La atracción que ejercía sobre él también tenía que ver con su naturaleza de guerrero. Con sus ansias de conquista. Con la obtención del mismo respeto que estaba dispuesto a otorgar. Con una soledad que había arrastrado durante demasiado tiempo.

La espontaneidad de Rosaura, mezclada con una resolución inquebrantable, resultaba un reclamo imposible de obviar para él porque le había hecho ver que tenía un corazón. Ella lo hacía latir. Le hacía sentirse vivo en todos los sentidos de la palabra.

Abandonó los escalones de la entrada y elevó los ojos al cielo del anochecer. Cascabel sobrevolaba el firmamento con majestuosidad. Casi esperó encontrar a una mujer de blanca túnica y negros cabellos, pero fue Rosaura quien centró su atención con unas mallas oscuras, una camiseta holgada y el brazo extendido con su protección correspondiente, esperando a que el halcón se posara en él.

Observó su elegancia cuando lo consiguió. Su silueta serena, formando un conjunto indivisible con el ave que se llevaba al establo, ejercía sobre él la misma atracción que la luz sobre una pobre polilla. Apreció la seguridad manaba de ella mientras exhibía firmeza. La tranquilidad que transmitía en cada gesto.

Destilaba armonía. Aquella muchacha podía derribar montañas si se lo proponía. Sin proponérselo, volvía a ser una potente razón para permanecer donde estaba. Él volvía a aferrarse a su imagen, aunque por motivos bien distintos.

El estómago se le tensó al pensarlo. Aun así, afrontó la posibilidad de dar un paso más.

¿Y si lo intentaba? ¿Y si decidía abrir una ranura minúscula en su bien pertrechado pasado, para que ella pudiera mirar? ¿Y si resultaba que no reaccionaba como él pensaba, sino como deseaba?

—¿A qué estás esperando, hombre?

La voz de Nuño a su lado lo sobresaltó. Se hallaba tan inmerso en sus pensamientos que, por un momento, no supo de lo que hablaba. Hasta que lo vio señalar con la cabeza en dirección a donde Rosaura acababa de desaparecer.

—No os entiendo —se excusó.

—Llevas entendiéndome desde el día en que interceptamos la carta de don Gonzalo. Incluso desde antes, si me paro a pensarlo. Ya que no puedes, o no quieres, dormir, ¿por qué no aprovechas la oportunidad de acercarte a ella?

—¿Y por qué no hacéis vos lo mismo con vuestra esposa? Aquí perdéis el tiempo.

—Haría falta que ella lo quisiera. —El gesto de Nuño se ensombreció cuando cogió una ramita del suelo y empezó a dibujar garabatos sobre la tierra—. Se empeñó en salir a dar un paseo después de la cena, sin mí; así que, aquí estoy, esperando un milagro, como tú.

—Creedme si os digo que mi milagro tardará más en cumplirse.

—Si vamos a empezar una competición, me pondré cómodo, capitán. —Arrojó la ramita lejos de él y miró a Félix con una sonrisa torcida—. Soporto la presencia de doña Irene lo justo y necesario para no terminar muerto de hambre. Tengo la sensación de que, cada vez que la miro, mi mente se resquebraja un poco más.

—Decid mejor que lo hace vuestro olvido, lo cual es bueno, mi señor.

—Ya no sé qué pensar. Aunque sí sé por dónde empezar. ¡Te aconsejo que hagas lo mismo! —exclamó Nuño cuando distinguió la figura de Alana acercándose por el camino.

Corrió hacia ella. Necesitaba tenerla presente para recordarse que era la fuerza de su amor, y no el recuerdo nebuloso de otra mujer, lo que lo mantenía a su lado. Y necesitaba que ella lo supiera. Que se alegrara de que, a través de la niebla, empezaran a colarse tímidos rayos de luz.

Pero Alana no sonreía ni le recibió con su habitual beso. Su gesto seguía igual de serio que cuando la había despedido.

—Buena noche, esposa mía —saludó él con cordialidad—. ¿Qué tal tu paseo?

—Mucho mejor que tu poca disposición a permitir que lo diera en soledad —le respondió, antes de dejarlo atrás con un enérgico movimiento de caderas.

Nuño resopló y maldijo en silencio.

—Alana, espera... Alana, ¡haz el favor de detenerte! —gritó cuando comprobó que su esposa hacía caso omiso de su orden.

Ella obedeció, pero permaneció dándole la espalda con terquedad cuando él la alcanzó. Tuvo que girarla él mismo para ver su cara. Normalmente, sus emociones siempre se reflejaban allí, pero, en aquella ocasión, permanecía impasible.

—¿Deseáis algo, mi señor?

—A ti. A todas horas. Esté en este tiempo o en cualquier otro. Pero, ya que estamos atrapados aquí, he decidido adaptarme antes que morir. —No permitió que se fuera. La sujetó con fuerza por los brazos para obligarla a mirarlo—. Alana, he empezado a recordar, y ha sido gracias a Irene.

—Vaya... Una mujer.

—No cualquier mujer. Su parecido con doña Inés es tan grande que, cuando la miro, retazos de mi otra vida vienen a mí sin que pueda pararlos.

—Me alegro por vos, mi señor. —La sonrisa cínica de su esposa le abrió el pecho, pero no la soltó—. Por que al parecer sois un señor, ¿verdad?

—Sí. El tuyo. Y no me refiero al hombre que ordena a una esposa que debe obedecer —añadió con tanta dulzura que ella ni siquiera pudo sentirse ofendida—, sino a aquel que ha entregado su corazón a una mujer, en la seguridad de que es la única. Pero necesito que me ayudes.

—¿A qué?

—A seguir recordando.

Bajo sus manos, el cuerpo de Alana se tensó. Sus ojos se clavaron en los de él con una mezcla de fiereza y resignación que le hizo soltar un gruñido.

¿Cómo hacerle entender que, por mucho que doña Inés se colara en su mente, no dudaba de la consistencia de su amor hacia ella? ¿Cómo explicarle que no permitiría que su supuesta sangre noble interfiriera en lo que ambos habían construido?

De una manera rápida, contundente y sin dejar lugar a dudas: besándola.

Se apropió de su boca antes de darle oportunidad de resistirse. Se preparó para soportar su rechazo, pero no llegó. Mientras sus lenguas se enredaban en una lucha apasionada de voluntades y se adentraba en la cálida humedad que se le ofrecía, ella gimió. Su cuerpo se amoldó al de él con un abrazo apasionado que logró acoplarlos a la perfección, como si hubieran nacido el uno para el otro.

«Así es», pensó Nuño con regocijo, demorándose en el beso, en los pechos suaves de Alana comprimiéndose contra el suyo y en sus pequeñas manos, entrelazadas alrededor de su nuca.

Pero el Paraíso duró demasiado poco. Del mismo modo que se plegó al beso, lo rechazó.

—Pídeselo a doña Irene —replicó con aspereza—. Después de todo, su rostro ha resultado ser la llave de tu memoria.

—En otras circunstancias, me sentiría halagado por tus celos. Ahora, solo puedo decirte que ella no tiene la culpa, Alana. No la veas como a una enemiga. Ni siquiera como a una rival.

Tuvo la satisfacción de ver los ojos claros brillando de esperanza, antes de que volvieran a apagarse.

—Quizá no doña Irene, pero sí la mujer a la que evocas. Ella sigue en tu cabeza —dijo, propinándole pequeños toques con el dedo en la frente—. Y, mientras no se vaya, no serás totalmente mío.

—Entonces, ¡ayúdame a echarla! Llámame por mi nombre.

—¿Fortún?

—Nuño. —Había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, pero comprobó que daba resultado cuando ella no huyó ni lo encaró a gritos—. Necesito escucharlo para tomar posesión de mi verdadera identidad, Alana. ¡Tú sabes que ese es mi verdadero nombre! Y yo necesito enfrentarme a mi pasado para dejarte claro mi presente, al parecer. Así que te lo ruego, esposa mía. Ayúdame a que doña Inés no sea más que otro de mis recuerdos, de mis sentimientos pasados.

—¿Eso es... lo que quieres?

—No. Querría seguir besándote por cada porción de tu cuerpo para asegurártelo, pero me temo que tendré que conformarme con las migajas.

Bromeaba. A pesar del dolor de todo su cuerpo por el deseo insatisfecho. Pero contuvo un grito de euforia cuando vio cómo Alana asentía con una sonrisa, antes de regresar a la casa.

Nuño tenía razón, como casi siempre, así que siguió su consejo y la buscó.

La luz que penetraba en el establo a esas horas era tan exigua que le costó distinguirla de espaldas a él. En cuanto lo escuchó entrar, le dio la bienvenida con una sonrisa.

—¿No vas a dormir? —le preguntó él con despreocupación.

—No tengo sueño. Y Cascabel necesitaba ejercicio.

—Ajá. Ha sido un día intenso, ¿verdad?

—Sí. Para todos. —Rosaura le quitó la capucha a Cascabel y dejó al ave para dedicarle toda su encantadora atención—. ¿Vienes en busca de más halagos para tu vanidad masculina o solo querías un poco de compañía?

—Ambas cosas. —Los ojos negros centellearon al contemplar su aspecto informal, sus mejillas arreboladas y el cabello suelto, simulando una enorme cascada de rizos negros que asomaba por detrás de sus caderas—. No creas que quiero reprenderte por tu conducta en la tienda, muchacha. Desde luego, me halagaste.

—Me alegro de lo primero. —Rosaura se encogió de hombros—. En cuanto a lo segundo, no era lo que me proponía, pero no me arrepiento de haberlo conseguido.

—¿Y qué te proponías, exactamente?

No debía haber formulado aquella pregunta, pero ya era demasiado tarde. Ella desvió su mirada hacia el ave y la acarició ensimismada.

—Hacerte sentir bien —confesó con voz trémula—. Abrirte los ojos para que comprendas que, de momento, no podemos hacer nada aparte de sacar partido a todas las ventajas que este mundo nos ofrece, que son muchas.

—Así que abrirme los ojos. Bueno, como intento no estuvo mal. —Intentaba bromear, pero el tono trascendental de Rosaura hizo que un incómodo nudo se alojase en la boca de su estómago cuando se acercó a Cascabel solo para intentar captar la atención de su dueña—. ¿Sabías que los halcones se adiestran con los ojos tapados para que no tengan miedo a lo que les rodea? Solo cuando son capaces de reconocer el entorno de ese modo, se les permite ver.

—¿Pretendes adiestrarme? ¿O es que quieres que ambos sigamos a ciegas?

—Pretendo que tú también abras los ojos, Rosaura. No soy el hombre adecuado para ti.

Su gesto apacible desapareció. Había una tormenta en aquellos ojos verdes cuando colapsaron con los de él. Rosaura se acercó con el mentón alzado de forma desafiante sin ningún atisbo de la comprensión que él pretendía implantar en ella.

—Si esa es tu intención, no quiero seguir perdiendo el tiempo contigo.

Félix solo pudo apreciar su precioso trasero alejándose de él a paso vivo, antes de asimilar lo que acababa de escuchar y de ocurrir.

Podría detenerla con un solo y autoritario grito, pero solo conseguiría alejarla de él. ¡Y por los fuegos del infierno que aquello era lo último que quería!

Por lo tanto, resolvió seguirla, hasta que la alcanzó y pudo sujetar su brazo con firmeza.

—Por favor, no te vayas —pidió, rezando para que su humildad alejara su enfado.

Lo consiguió cuando vio cómo hundía los hombros y lo miraba de reojo.

—Deberías dejar que yo decidiera quién es apropiado para mí y quién no —le recriminó al cabo de un rato de caminar en silencio—. Soy perfectamente capaz de hacerlo.

—No lo dudo ni lo dudaré nunca. Pero tu experiencia con hombres se reduce a una, lo suficientemente dura como para que reniegues del resto. Sobre todo, si el objeto de tus desvelos tiene tanto que ocultar, tanto por lo que temer y tanto que confesar.

Rosaura se sentó en el primer escalón de la entrada de la casa, bajo la luz de un farol y lo miró con extrañeza, pero no con miedo.

—Sé que estoy aquí para salvarte —afirmó. Esperó a que él la acompañara y tomó sus manos entre las de ella—. Sé, sin ningún género de dudas, que es a ti a quien amo y a quien siempre amaré. Del mismo modo que también sé que algo te impide abrirte a mí para reconocer que no te

soy indiferente.

La palabra le provocó una carcajada. Limpia, fresca. La segunda en un mismo día.

—¿Indiferente? Podría añadir mil vocablos a lo que me resultas, e inventarme otros tantos, pero te aseguro que «indiferente» no se encuentra entre ellos. Es más complicado que eso.

—Prueba a explicármelo, Félix.

Había una muda súplica en sus ojos cuando se decidió a enfrentarlos.

Respiró hondo, espantando los últimos restos de dudas, y se preparó para empezar una confesión que tal vez terminaría con un rechazo irrevocable.

—No puedo acercarme a ti más de lo que lo estoy ahora. Yo...

—Tienes miedo de dañarme, pero no lo vas a hacer. Nadie me dañará más de lo que lo hizo mi propio esposo. ¿Crees de verdad que alguien puede salir indemne de una experiencia semejante?

—Por Dios Santo, ¡Rosaura! ¡Él te poseyó por la fuerza!

—Él me poseyó, sí. Por la fuerza, también. Me rompió de mil formas diferentes, pero no me venció, capitán. ¡Nunca me vencerá, porque está muerto! ¿Sabes cómo deseé esa muerte? Que Dios me perdone, pero ¡nunca te lo agradeceré lo bastante! —Se derrumbó ante sus ojos un instante antes de que él le abriera los brazos para que se refugiara en ellos. Para que liberara toda la rabia contenida durante demasiado tiempo. Era la primera vez que hablaba tan abiertamente con él de lo que había padecido a manos de Laín y, en lugar de sentir lástima por ella, un sentimiento feroz de posesión se abrió paso en su interior hasta apretarla contra su pecho y verter sobre sus rizos negros un beso y miles de maldiciones. Dejó que se sacudiera contra él y acarició su espalda. No dijo ni una palabra, sabedor de que sería ella quien lo haría—. Hasta que realicé este viaje, creía firmemente que era lo que debía padecer por mi condición de mujer. Que debía resignarme a mi suerte como tantas otras lo hicieron antes que yo, y otras lo harían después. Pero todo lo sucedido hasta el momento me ha abierto los ojos, Félix. He sido dócil. Buena sobrina. Acepté mi casamiento por motivos que iban mucho más allá de mi felicidad, pero no volveré a aceptar ese tipo de destino nunca más. ¡Nadie tendrá ese derecho sobre mi persona si yo no se lo concedo! ¡Yo decido sobre mí! ¡Solo yo! Y te he elegido a ti con todo lo que eso conlleva.

—¿Por agradecimiento?

—Por amor. —Rosaura se apartó para abarcar su rostro con las manos. Por un momento, pensó que intentaría besarlo, pero se equivocó. Solo pretendía que leyera en sus rasgos cada una de las emociones que la dominaban—. Te amaba antes de que te enfrentaras a él, te amo ahora y te seguiré amando mucho más allá del tiempo. Eso no va a cambiar, aunque no logres comprender lo que sentí cuando Laín me redujo a base de golpes o lo que siento ahora. Piensas que huiré despavorida ante tu contacto, pero ¡no es así! Porque tu contacto es lo único que he anhelado siempre. El único que soportaré y el que puede recomponer mis pedazos.

Félix abrió la boca, completamente desbordado por lo que acababa de escuchar.

Rosaura le había abierto una parte de su corazón que había permanecido cerrada a cal y canto y lo había hecho creyendo que él no la comprendía.

¡Que equivocada estaba!

—Sé de lo que hablas. Conozco lo que has padecido mejor de lo que crees, porque yo también lo he sufrido. —Sujetó sus manos con las de él y se acercó más a ella—. Yo también me encontré perdido, destrozado, con tantas ganas de morir que solo tu recuerdo consiguió que me aferrara a mis propias reglas. Pero, ahora, son esas mismas reglas las que me impiden acceder a aquello que deseo. Ella suspiró varias veces; cuando logró serenarse, se apartó de él—. Primero las reglas —afirmó—. Después, los deseos, si no te importa.

Félix las recitó sin titubeos. Conforme lo hacía, el brillo de decisión de los ojos verdes se fue

apagando para ser sustituido por uno de inmensa tristeza. Incluso de soledad.

—Entiendo —dijo, aunque él dudaba de que fuera así—. Ahora, ¿qué es lo que deseas, Félix?

Apresarla entre sus brazos para no dejar ni un solo resquicio entre ellos. Apagar esa ansiedad que lo abrumaba si pensaba en el contacto de sus pieles, si se recreaba en el fuego que ardía en las dos esmeraldas o si se permitía soñar con ir mucho más allá.

Estuvo a punto de gritarlo a los cuatro vientos, pero, en cambio, se zambulló en el mensaje oculto de los ojos de Rosaura y decidió que merecía la pena arriesgarse en ese punto.

—Olerte —confesó.

La mano le temblaba cuando la elevó en dirección a su mejilla. La recorrió con lentitud, sorprendido al comprobar que la suavidad satinada de su piel se extendía a la curva del cuello y a la parte del hombro que la camiseta dejaba al descubierto.

Era tan hermosa, tan increíblemente atrayente, que por un momento se permitió el lujo de dejarse envolver por el perfume que manaba de su pelo. Sus sentidos reaccionaron como uno solo cuando, con la otra mano, cercó su cintura para acercarla a él y enterró el rostro en el delicioso hueco de su cuello, ahí donde el pulso le latía desaforado.

—Besarte —prosiguió con la voz ronca.

—Adelante. Sé que nunca atentaría contra mi honor, capitán. Confío en ti.

«No debo ir más allá», se dijo; pero, en el momento en que escuchó el suave jadeo contenido de ella y notó en la boca el ligero sabor salado de aquella parte de su piel, diseminó cientos de pequeños y húmedos besos en sentido ascendente, hasta llegar al lóbulo de su oreja. La mano que había permanecido en la mejilla de Rosaura se desplazó hasta el otro lado del cuello para sujetarla. No quería que se apartara. Necesitaba sentir aquella pequeña pulsión bajo su boca. Era primordial para él dejarse envolver por el aroma que, a causa de la humedad de sus besos, se había incentivado.

Gruñó y la apretó más contra él. No encontró oposición, sino un cimbreado y joven cuerpo que se amoldaba a sus necesidades. Unos senos cuya presión sobre su costado actuó como un firme latigazo en su ingle hinchada. Un jadeo intermitente lleno de expectación, no de miedo ni de reticencia.

Respiró hondo. Dejó que sus ojos quedaran prendidos de los labios entreabiertos, invitadores y sensuales. Maduros. Listos para ser devorados. Aquella boca suponía una tentación tan grande, tan apetitosa, que un gruñido oscuro llenó su garganta cuando la mano que permanecía en su cuello reptó hasta ella para repasar su cálida humedad con la yema de los dedos.

Notó el tacto resbaladizo. El tenue aliento contenido de ella lo llevó a un jadeo corto, firme, lleno de anhelo. Incluyó la cabeza en su dirección, incapaz de resistirse al embrujo de aquella boca que ella humedeció con la punta de su lengua. Probó su sabor con un leve roce y cerró los ojos cuando la abrazó para que no quedara ni un espacio libre entre ellos. Expulsó de su mente todo lo que no fueran dos ojos verdes brillantes de apasionado desafío y volvió a rozar los labios jugosos con los suyos...

—¿Kadyja?

Toda la magia se desvaneció. Félix se apartó de ella como si hubiera una enorme espada entre ambos, y la miró parpadeando, todavía con la creciente excitación dominando su cuerpo.

—¿Quién te ha hablado de ella? —preguntó sin rodeos.

—Tu mente acaba de llamarla. ¿Es una mujer importante para ti, capitán?

¿Su mente? ¡Condenación, había bajado la guardia!

Rosaura se incorporó con el ceño fruncido, pero él trató de retenerla a su lado.

—No, escucha —pidió, elevando una mano que ella rechazó—. No es lo que...

—¡Estáis aquí! —Ambos miraron en dirección a la puerta de entrada que se había abierto de golpe. Ante ellos estaba Irene con el rostro distorsionado y pálido y el móvil en la mano—. ¡Alguien ha entrado en la tienda! La alarma ha saltado...

No necesitó decir más. Félix dejó resbalar su mirada oscura por el cuerpo de Rosaura con codicia, antes de tomarla por el brazo y acercar la boca a su oído.

—También deseo protegerte, muchacha —concluyó—. De todo y todos, pero, sobre todo, de mí.

A continuación, siguió a Irene.

Cuando Irene vio el destrozo, fue incapaz de hacer otra cosa que no fuera caer derrumbada sobre una silla, ocultar su cara tras las manos y llorar.

El valor de los destrozos sería difícil de calcular, pero constituiría un montante muy alto. Varias piezas de porcelana hechas añicos, otras tantas con serios daños que dudaba poder reparar, y un número indeterminado yacía amontonado de cualquier manera, como si no sirvieran para nada.

—Dios mío...

No quería mirar el escenario donde parecía haberse desarrollado una batalla campal, pero tuvo que hacerlo cuando David le apartó las manos y se arrodilló frente a ella con la preocupación tensando los hermosos rasgos de su cara.

—Irene, necesitamos saber si falta algo. ¿Puedes hacerlo?

Claro que podía. Es más, debía hacerlo. Así podría marcharse a casa cuanto antes.

Enrabiada, empezó a pasearse por todo aquel campo de batalla en busca quizá de algo que hiciera notar su ausencia sin tocar nada, sin cambiar nada de lugar, hasta que los guardias civiles no hubieran terminado su trabajo.

—A simple vista, no parece que se hayan llevado nada. Pero tendría que recomponer los pedazos que veo por el suelo para asegurártelo —afirmó con aspereza sin mirar a David—. ¡No puedo... asegurarlo ahora mismo! —gritó, para arrepentirse casi a continuación—. Joder, David, perdona. Tú no tienes la culpa. Es solo que todo esto me supera. El tarot, la imagen en el espejo, la presencia de Rosaura y el resto... Y ahora esto.

—Tranquila. He pasado por cosas peores como para sentirme ofendido.

Le limpió las lágrimas con el pulgar con la misma dedicación de unos meses atrás. Su recuerdo puso a Irene a la defensiva de inmediato. Abrió la boca dispuesta a rechazar cualquier gesto que pudiera llevarla a mostrarse todavía más débil delante de él, cuando el tono de wasap de su móvil sonó.

En un principio leyó el mensaje sin prestarle atención. Pero algo en él hizo que volviera a leerlo.

«Un don por un don. Exijo la entrega inmediata del espejo o la desgracia se cernirá sobre vosotros de un modo que ni siquiera podréis imaginar».

—El espejo... —Su murmullo hizo que Félix pudiera leer el mensaje de texto antes de que la pantalla del móvil se apagara. Miró a Irene con el ceño fruncido, parpadeando muy deprisa, pero no pronunció ni una sola palabra—. Joder...

Se giró para que nadie pudiera ver su nuevo cargamento de lágrimas de impotencia, pero David la sujetó por los hombros y permitió que apoyara la cabeza sobre su pecho.

Mientras acariciaba el pelo rubio, lanzó una muda pregunta a Félix.

—Un don por un don —repitió el capitán como respuesta—. Quien sea que haya entrado aquí

hoy, conoce la cultura de los antiguos. Va tras el espejo. Y ha imaginado que Irene podría tenerlo aquí. Solo se me ocurre una razón para tal conclusión, y es que tenga alguna relación con vosotros y sepa que estáis viviendo con ella.

Ellos también lo pensaban, al igual que la propia Irene, pero nadie dijo nada al respecto cuando ella lanzó una exclamación de rabia.

David la miró con comprensión. Como hacía mucho tiempo que no la miraba. Y, cuando extendió los brazos, ella no dudó en refugiarse en ellos.

No se sorprendió al hallar amparo, calor, apoyo. Ofrecido de forma desinteresada.

Levantó la cabeza, buscando en los ojos de David algo que encontró.

—Vamos a pillarlo, rubia. Sea de este tiempo o de otro, no pienso dejar que se te acerque.

Y ella le creyó.



Veintitrés

Tardaron dos semanas en reparar los daños ocasionados en la tienda.

Irene constató que no se habían llevado nada. El wasap había sido enviado desde un móvil prepago, así que no pudieron averiguar a quién pertenecía, pero la denuncia siguió su curso. Mientras tanto, todos se propusieron arrimar el hombro para ayudarla con aquel revés. Félix y Nuño los primeros.

Ambos se encargaron de las reparaciones del edificio, como pago por su hospitalidad. En poco tiempo, aquello se convirtió en un taller eterno donde cambiaban ventanas, lijaban madera, arreglaban escalones, pintaban paredes y, cómo no, comenzaban la construcción de un vallado ideal para la futura granja escuela.

Apenas disponían de tiempo libre, pero lo emplearon en ejercitarse con los caballos de un vecino cercano, previo pago, y con los entrenamientos en los que incluyeron a David. Un intercambio de favores, según Nuño. El sargento les mostraba el funcionamiento de las armas de fuego, y ellos le enseñaban la utilidad de las espadas.

Fue así como aquella mañana de domingo los encontró Rosaura. En el terreno que se extendía por la parte de atrás de la casa, empuñando una pistola de balines perteneciente a David para intentar acertarle a una enorme sandía situada sobre un poste, sin conseguirlo.

Era uno de esos escasos momentos en los que podía disfrutar de semejante espectáculo sin temor a ser ignorada, como en los últimos días.

La incertidumbre acerca de aquella Kadyja que había aparecido en la mente de Félix la carcomía por dentro. El temor a conocer su identidad rivalizaba con la frustración si recordaba cómo él se había abierto a ella, cómo había acariciado sus labios con los dedos, con su propia boca, para después dejarla con una enorme sensación de frustración y un montón de incógnitas que crecían día a día con su indiferencia.

Porque, desde entonces, el capitán se había asegurado de estar ocupado el tiempo suficiente como para no cruzar con ella más que palabras corteses de saludo.

Buen Dios, ¡aquel hombre era exasperante!

Tanto como ella persistente. Y no podría llamarse sobrina de don Martín si no intentara derribar el último escollo que la apartaba de lo que fuera que Félix temía tanto.

Frunció el ceño y se apoyó en el marco de la ventana de la cocina, con un café caliente entre las manos —una de las delicias de aquel tiempo para ella, junto con la pizza y la ducha diaria—, mientras un coro de risas en el exterior atraía su atención.

A pesar de la brisa fresca que corría aquel día, Félix solo llevaba unos pantalones grises de

chándal anclados a la parte baja de su cintura. Una parte muy baja que dejaba al descubierto la línea de vello que ascendía, extendiéndose hacia sus bien formados pectorales llenos de cicatrices.

Marcas de guerra. Señales de valentía, de supervivencia.

Rosaura bebió un sorbo de café. Sonrió cuando vio cómo David le palmeaba la espalda entre bromas que no pudo entender, antes de que el capitán le ofreciera la espada de Nuño para iniciar un combate imaginario con el sargento.

Otro suspiro escapó de sus labios al comprobar cómo sus músculos se plegaban por el ejercicio. Su elasticidad bajo aquella piel morena perlada en sudor donde clavó los ojos hasta hacer que su corazón ardiera por él casi con tanta intensidad como su cuerpo.

—Te gusta.

Rosaura dio tal respingo que estuvo a punto de tirarse por encima los restos del café.

—Buen Dios, ¡qué susto me habéis dado! —exclamó, girándose en dirección a Irene y Alana.

Ambas le sonrieron antes de acompañarla a disfrutar del espectáculo que se desarrollaba al otro lado de la ventana.

—Os gusta, mi señora —corroboró Alana—. Pero ahora no estamos en Trabada. Y, si es quien dice ser, tampoco habría impedimentos por esa parte.

—Aún no conozco los impedimentos, pero los hay, creedme.

—Pues no escatimes en medios para averiguarlos. Aquí nadie va a censurarte.

En cuanto miró a Irene, supo lo que insinuaba con tanta certeza que sintió cómo enrojecía.

—¡Nunca podría hacer algo semejante! Esa clase de cosas son las que deben suceder después de un casamiento. Si ocurren antes, provocan la desgracia en la mujer, además de un bebé que...

—Supongo que, cuando tengas la regla, me tocará ejercer de madre adoptiva.

—¿La regla?

—La menstruación. El sangrado que todas las mujeres tenemos una vez al mes.

—Ah, eso...

—Sí, eso. Supongo que no has oído hablar de las compresas y los tampones ni de los métodos anticonceptivos, así que mejor no pensar en la copa vaginal o puede darte un infarto.

—Cuando sangramos, utilizamos unos lienzos...

—Entonces, ¡preparaos para una conversación de chicas! —exclamó, frotándose las manos—. No sé cuándo fue la última vez que participé en una.

Por consentimiento tácito, las tres se sentaron en torno a la mesa de la cocina. Ella y Alana, sumamente interesadas en la información. Irene, más hinchada que un pavo, al contar con unos conocimientos que les harían la vida muchísimo más fácil, tanto si tenían pareja como si no.

Durante la siguiente media hora, Rosaura y Alana asistieron atónitas a una clase impagable acerca de las relaciones íntimas. Si Alana ya sabía lo que era yacer gustosamente con un hombre, arriesgándose, eso sí, a un embarazo, deseado o no; descubrió junto con Rosaura que podían impedirlo, que existían medios para prevenirlo, destinados tanto al hombre como a la mujer. Al escuchar aquello último, el asombro genuino de Rosaura dio lugar a las reticencias. Sin decir ni media palabra, regresó junto a la ventana. Los hombres continuaban ejercitándose y, a juzgar por las risotadas, se lo estaban pasando en grande.

—Los hijos son el principal cometido del casamiento —afirmó—. Los linajes se perpetúan gracias a ellos. Los hombres adquieren esposa para legitimar su descendencia, doña Irene.

—¿Y vosotras? ¡Vuestra opinión cuenta tanto como la de ellos!

—O tanto como la vuestra con David —apostilló Rosaura con una sonrisa casi malvada al ver el estupor en la cara de Irene—. No os hagáis la inocente. He visto cómo os miráis. Cómo os

habláis. Si hubiera un sello de este señorío en vuestro dedo que os marcara como su esposa, no me hubiera extrañado. Pero no estáis juntos.

—Ni lo estaremos, al menos por una temporada.

—Aunque suspiráis por él a cada tanto. —Alana tomó la mano de Irene entre las suyas y le sonrió—. Vamos, mi señora, no podéis ocultárnoslo. ¿Ha sido deshonesto con vos?

—Puede decirse así. —Después de resoplar acorralada, añadió—: Llevábamos poco tiempo juntos cuando, una noche de juerga y estando él completamente borracho, se dejó llevar y se lio con una chica que llevaba tiempo detrás de él. Yo lo vi y... fin de la historia.

—Eso es lo que decís, no lo que pensáis —apuntó Rosaura.

—Está claro que él tampoco se ha dado por vencido —remató Alana—. En su favor hay que decir que, cuando un hombre permite que el alcohol nuble su mente, no es muy dueño de sus actos.

—Me ha pedido perdón. Está dispuesto a demostrarme que, al parecer, le importo.

—Deberíais darle otra oportunidad.

Irene volvió a resoplar y miró a aquellas dos con los ojos entrecerrados. ¿En qué momento había pasado a ser ella la cuestionada?

—Bueno, ¡basta ya! —exclamó—. No hablábamos de mí, sino de vosotras. De hijos.

—¡Yo estaría feliz de darle un hijo a mi esposo! —exclamó Alana con énfasis—. No cabría pensar otra cosa, ¿no es cierto, doña Rosaura?

—Nunca nadie me ha preguntado al respecto. No entra dentro de mi limitado entendimiento cuestionarlo siquiera. Pero lo cuestiono. Porque si hubiera resultado encinta de Laín, después de lo que sufrí, me hubiera costado asimilarlo. Tampoco cabe pensar siquiera en ese tipo de cosas con Félix, pero dudo mucho que lo aceptara.

—¿Has hablado con él de estos temas?

—¿Qué? ¡No! Pero he hablado de otras cosas y, a pesar de que ha sido incapaz de negarme que me desea, no me ha dado la razón por la que me rechaza.

Le pareció volver a sentir el tacto rugoso de su yema recorriendo con lentitud cada palmo de sus labios, antes de hacerlo con los suyos. De un modo extraño, se encontró mucho mejor al expresar sus temores en voz alta mientras no dejaba de observar sus movimientos expertos, elegantes y contundentes, que superaban con mucho a los de David.

—¿Quién te impide intentarlo ahora? —Irene se acercó a ella y le susurró al oído—: Está relajado, distendido. ¡Joder, es verdaderamente guapo cuando sonríe! Seguro que no se espera que una mujer interrumpa algo que, desde su punto de vista, es exclusivamente para los hombres.

Rosaura se giró hacia ella con una sonrisa malévola en la cara.

Tenía razón. Le pillaría con la guardia baja. No sabría cómo defenderse delante de dos hombres tan aguerridos como él. Lo acorralaría y no tendría más remedio que retomar la conversación ahí donde antes la habían dejado.

—Volveré en un rato —canturreó, cogiendo un cuchillo de cocina.

—No tengas prisa. ¡Y, por favor, no vayas a matarlo que no es esa la idea!

—¡Vamos, capitán! ¡Demuestra a este débil de qué está hecho un guerrero medieval! Estás muy taciturno. ¿Es que acaso echas de menos una buena montura entre las piernas?

—Sin duda, mi señor. Un brioso caballo que me haga sentir el viento, además de estos intentos inútiles por hacer del sargento algo parecido a un guerrero, sería inmejorable.

Nuño rio, pero David frunció el ceño.

—Ya te daré yo debilidad, gilipollas. ¡En cuanto termine con él, mi pistola te va a temblar en

las manos por muchos callos que tengas!

—Buen día a todos.

Los hombres abandonaron sus bromas en cuanto la vieron.

Rosaura exhibía una sonrisa encantadora. Armada con unos vaqueros desgastados y una camiseta que dejaba un hombro al descubierto, se presentó delante de ellos meneando sus caderas con soltura, aunque sus ojos se dirigieron solo a él.

Félix tragó saliva, se olvidó de David y resopló.

—Buen día, doña Rosaura —saludó, inclinando la cabeza en señal de respeto—. ¿Qué se os ofrece?

—Por lo pronto, tu atención. ¿Estás muy ocupado?

—Como podéis ver, sí.

Señaló a sus compañeros con la mano, pero ni siquiera apelando a un trato formal se libraría. Ella no se daría por vencida. Después de días de forzada indiferencia, escudándose en unas excusas ridículas hasta para él, allí estaba, acompañada de toda su indómita belleza.

Rosaura no se desanimó por su respuesta. Se encogió de hombros y mostró el cuchillo.

—No importa, capitán. Me ejercitaré con vosotros y así podremos hablar lo que tanto tiempo llevamos posponiendo. —No hizo caso de la súbita palidez de Félix y se colocó de espaldas a él y de cara a la sandía que permanecía intacta—. Estos días los he pasado con doña Irene y Alana. En la tienda. «Socializando», como dice doña Irene.

—Así que socializando...

—Relacionándome con la gente de Santillana. Por si te interesa saberlo.

—Me interesa.

—Me alegro. Porque también te interesará saber que he asistido con ellas a clases de defensa personal. —Con un gesto de cabeza, señaló la ventana de la cocina, donde los rostros de sus amigas aparecían pegados al cristal, llenos de expectación—. Un hombre joven, y muy diestro en esas artes, me ha enseñado a hacer un PENE.

—¿Un qué?!

David respondió a la exclamación conjunta de Félix y Nuño con una carcajada.

—Golpe en el plexo solar, en el empeine, en la nariz y en la entrepierna, Hércules —informó el sargento con una sonrisa de aprobación dirigida a Rosaura—. Muy bien hecho. Irene sabe dejar a un tío fuera de juego cuando se lo propone, eso puedo asegurártelo.

—¿Me estás diciendo que, teniéndome a mí, has preferido que un desconocido te inicie en el arte de la defensa? ¿Y eso por qué?

—Si te hubieras molestado en dirigirme algo más que un frío saludo cada vez que nos hemos cruzado, lo sabrías.

—Oh, buen Dios... —El capitán miró a sus compañeros, cohibido, con los dedos hundidos en su cabello despeinado, antes de dirigirse de nuevo a Rosaura. Tenía razón. La había ignorado hasta el dolor, sabiendo que ella no se conformaría con eso. Y allí tenía el resultado—. Está bien. Muéstrame lo que has aprendido. Vamos, muchacha. No temas hacerme daño. Lo superaré.

La provocación dio resultado. Con el ceño fruncido y el cuchillo olvidado, Rosaura lo embistió como si fuera un toro furioso, y él un cervatillo, pero terminó con la espalda pegada a su pecho y su cintura apesada por un fuerte brazo, mientras él llevaba su muñeca hacia atrás con tanta maestría y rapidez que apenas se dio cuenta.

—Lección número uno: antes de mostrar tus habilidades al enemigo, debes conocer las suyas. Es posible que estas sean superiores —le susurró al oído.

El cuerpo de Rosaura reaccionó con un débil estremecimiento al que ella se negó a sucumbir.

—De acuerdo —cedió con la respiración acelerada por la tensión del momento y por la cercanía de Félix—. Por favor, don Nuño, acercadme el cuchillo. A no ser que el capitán pretenda mantenerme prisionera de este modo para siempre, seguro que me permitirá mostrarle otra clase de habilidades.

Lo escuchó sisear contrariado tras ella, pero terminó dejándola libre.

—¿Queréis ver mi puntería? —los desafió, levantando el brazo que sostenía el cuchillo.

—La madre que..., esto no me lo pierdo —afirmó David.

—Digno de contemplar —secundó Nuño.

Por el rabillo del ojo, Rosaura vio cómo ambos aguardaban, divertidos. Félix apareció en su campo de visión con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión socarrona en la cara que casi le cortó la respiración.

—Me encantaría, doña Rosaura, «la lanzadora de cuchillos» —apreció con sorna.

—En algún momento, capitán, te tragarás esas palabras.

Rosaura achicó los ojos ante la sonrisa burlona de Félix y se concentró en la figura inerte de la sandía. No desvió su atención de allí ni siquiera cuando volvió a sentirlo tras ella. Sin tocarla, pero envolviéndola con un aroma mezcla de olor a jabón, tintes de sudor reciente y esa fragancia única que la llevaría a reconocerlo entre un millar de hombres.

Cerró los ojos un instante y se permitió saborearlo.

—Lección número dos: para impresionar a un guerrero experimentado, debes al menos parecer tan experimentada como él. No tienes buena posición, muchacha. Estás demasiado tensa. Separa un poco las piernas e inclínate un tanto hacia delante. Así.

Un ligero toque de su pie fue suficiente para que Rosaura regresara al presente y repartiera el peso de su cuerpo entre sus piernas abiertas; pero, cuando sintió el calor del brazo masculino rodeando su cintura para tirar de ella hacia atrás hasta que la parte baja de su espalda chocó contra el muro de músculos del abdomen de Félix, contuvo la respiración y cerró los ojos de nuevo.

Se sentía tan bien de ese modo que estuvo tentada a dejar caer la cabeza sobre su hombro para mecerse contra él, antes de recordar dónde estaba. Con quién. Su objetivo.

Aclaró su mente, desviándola de cierta y masculina distracción que respiraba muy cerca de su cuello. Levantó el brazo que sostenía el cuchillo por la hoja y calculó la distancia. Se disponía a lanzarlo, cuando un inesperado soplo en su oído desvió el tiro hasta pasar rozando la oreja de David.

—¡Eh, joder! ¡Casi me cortas la oreja!

La risa queda que oyó la hizo enrojecer.

Félix se mofaba después de provocar su distracción, mientras seguía sosteniéndola por la cintura.

—Sí, ya lo veo —murmuró sin apartarse—. Tienes una puntería muy certera.

—Casi igual que la tuya con la pistola, Hércules —replicó David con una carcajada.

—O similar a la tuya con la espada, sargento —remató Nuño, alzando sus cejas hasta que todos terminaron riendo con algo muy parecido a la camaradería.

Rosaura no respondió a la provocación. Por el rabillo del ojo apreció el mango de un puñal asomando por el cinturón de Félix y no se lo pensó.

Se lo arrebató y lo lanzó, clavándolo directamente en la sandía.

—Lección número tres: no necesito instrucción en este sentido, capitán. La obtuve de ti cuando era niña —proclamó orgullosa de arrancar un silbido de admiración en Félix. Clavó la vista en el bulto entre sus piernas que los pantalones amplios insinuaban tan bien y sonrió con malicia—. Si

vuelves a reírte de mí, «eso» sufrirá serios daños. Ni siquiera tus calzoncillos lo salvarán.

—¿Tendrías tan poco corazón?

—¿En tanta estima tienes esa parte de tu cuerpo para apelar a mi corazón?

—Yo y alguna que otra mujer, espero. Pero recuérdame que no te dé la espalda, mi Rosa. Se mostraba relajado. Pretencioso, orgulloso de su masculinidad.

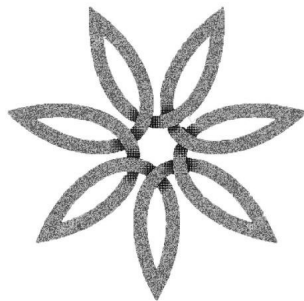
Bien. Era la hora de la ofensiva directa.

—Precisamente quería hablarte de una de esas mujeres en particular, capitán —comentó con tono aparentemente desenfadado—. O, más bien, que tú me hables de ella. Kadyja...

—¡Por los fuegos del infierno! —La exclamación precedió a un severo tirón de brazo que la apartó de los otros. No le dijo nada más. Su mirada oscura hablaba por sí misma, pero no le importó, porque ella había vencido. No hubo lugar a dudas cuando Félix se cubrió con una camiseta negra, envainó su espada en la funda y echó una breve mirada a sus compañeros—. Nos vemos luego —afirmó, antes de alejarse tan rápido que ella casi tuvo que correr para seguirlo.

Lo hizo con gusto. Y con una sonrisa.

Porque lo último que vio fue los rostros de Irene y Alana, aplastados contra el cristal de la ventana, rezumando aprobación.



Veinticuatro

Caminaban en silencio, aparentemente tranquilos, mientras se alejaban de todo signo de civilización, pero Félix dudaba entre mostrarse ofendido o huir tal y como había hecho las últimas jornadas.

Rosaura había liberado algo en él; podía sentirlo en el brusco golpeteo de su corazón, en el sudor que humedecía las palmas de sus manos o en la tensión que gobernaba su cuerpo de guerrero.

La situación era grave. Y tenía que ver con Kadyja.

—Si me he plegado a tus deseos es simplemente porque no me gustan las encerronas, muchacha —refunfuñó con petulancia, apretando el paso de modo que a ella le costó seguirlo—. Interrumpir un entrenamiento de hombres es un ardid muy viejo.

—No pretendía interrumpir, sino participar. Esperaba que así se me pasara el enfado.

—¿Tú estás enfadada? ¿Conmigo? —Félix se detuvo de forma tan repentina que Rosaura estuvo a punto de chocar contra él—. ¡Por las barbas de Belcebú! ¡No he sido yo quien ha soltado el nombre de Kadyja tan despreocupadamente!

—No me dejaste elección si quería tu atención. ¡Has sido cruel!

—No. He sido lógico. Créeme si te digo que no me ha resultado agradable precisamente.

—Agradable no sé, pero cómodo, seguro.

¿Eso pensaba?

Desde la noche en que habían compartido un simple roce de labios, no podía apartarla de sus pensamientos por mucho que lo intentara, de todas las formas posibles. De nada le había servido actuar a la defensiva. Si escuchaba su voz alegre, fantaseaba con ella. Si veía cómo disfrutaba con cada pequeño placer, imaginaba que lo hacía con él. Si se la cruzaba por los pasillos de la casa, tan ligera de ropa, su cuerpo reaccionaba como si él la desposeyera de ella.

Le había costado un mundo seguir aparentando indiferencia cuando clamaba por lo contrario.

¿Y le hablaba de comodidad?

—Nunca estaré cómodo tratándote como te he tratado —manifestó con solemnidad—. Pero sé que no me he comportado como debería, a pesar de mis razones.

Rosaura arqueó una ceja.

—¿Me estás pidiendo perdón?

—Pedir perdón no siempre significa reconocer nuestras equivocaciones. También puede

significar que valoramos una relación mucho más que nuestro orgullo.

—Ya. Y este, ¿qué caso es?

—Los dos, mi Rosa. Los dos. Lo verás en cuanto te cuente lo que, al parecer, más ansías saber. Porque no vas a desistir hasta obtener lo que has ido a buscar al entrenamiento, ¿verdad?

—Has acertado, capitán. Veo que empiezas a conocerme.

Y, aunque su corazón dio un brinco de alegría al verlo claudicar, permaneció a la espera, respetando su espacio. Debía parecer accesible para que sacara aquello que lo carcomía por dentro, por mucho que deseara colgarse de su cuello y terminar lo que habían comenzado hacía días. Por eso tomó su mano cuando él buscó sus dedos y prosiguió el camino hasta que él decidió detenerse de nuevo, lejos de la casa de doña Irene.

Cascabel voló hacia una rama cercana y ellos tomaron asiento en un par de piedras del camino. Félix la miró de reojo, esperanzado, para terminar sacudiendo la cabeza.

Estaba a punto de abrir su corazón al completo.

—Kadyja fue la mujer que me marcó para siempre. Antes de que digas nada, no en el sentido que tú estás pensando. Su recuerdo me persigue, pero para atormentarme, no para mantener atado mi corazón —dijo, elevando un dedo en su dirección cuando ella abrió la boca—. Después del asedio de Laciana y de que tú viajaras a Trabada con tus tíos, después incluso de la desaparición de don Nuño, yo tuve que luchar contra los moros en la frontera del río Duero. De nuevo. En aquella ocasión, ellos nos superaban en número y nos derrotaron. Apenas hubo prisioneros, pero yo estuve entre ellos. Gravemente herido, apenas fui consciente de que me trasladaron en una carreta durante jornadas enteras, hasta terminar muy cerca de Isbilya. En un pequeño califato fiel a Abderramán, cuyo emir tenía una hija llamada Kadyja.

—¿Era joven y guapa?

—Muy joven y muy guapa. Y muy caprichosa también —concluyó Félix con una triste sonrisa—. Hacía lo que le placía con la voluntad de su padre. Y, desde el momento en que me vio, decidió que sería para ella. Puso especial empeño en lograr alejarme de la muerte. No era una mujer fácil de disuadir, así que a nadie extrañó que consiguiera el primer paso. El siguiente requería convencer a su padre para que sacara provecho de mis dotes como guerrero en sus propias huestes.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Y te plegaste a ese tipo de deseos? —El jadeo sorprendido de Rosaura fue la primera señal de lo que se avecinaba—. ¡Eso es tanto como hablar de traición, Félix!

—Cuando utilizan métodos de persuasión tan convincentes contigo, te aseguro que todo lo demás carece de importancia. —Cerró los ojos, tratando de que las imágenes de las torturas brutales que minaron su firmeza legendaria pasaran por su mente como un simple recuerdo sin más, pero no pudo evitar estremecerse al recordarlo—. Me privaron de comida y agua hasta que creí perder el juicio. Me arrancaron las uñas una por una, asegurándose de que me mantenía consciente en todo momento. Me sometieron a toda clase de imaginativas torturas, hasta que accedí. Era eso o mi vida, y pensé que, si conservaba la segunda, podría hacer frente a todo lo que derivara de lo primero.

—Ella se salió con la suya.

—Sí, mi Rosa, en todos los sentidos. Aprendí su idioma, sus costumbres, me vestí como ellos para convertirme en su halconero, el instructor de los soldados de su padre, su bufón particular. — Llegaba el momento de la parte más difícil. Aquella que había ocultado incluso ante sí mismo. Y no podía hablar de ella en voz alta ignorando a Rosaura, de modo que se giró hasta que sus ojos se encontraron—. Y su amante en la clandestinidad, sin que su padre tuviera conocimiento de ello.

Terminó siendo un secreto a voces para todos, menos para él. «La puta de Kadyja» me llamaban por los rincones cada vez que me veían pasar en dirección a sus aposentos. Todavía puedo escuchar sus risillas burlonas o sentir sobre mí sus miradas despreciativas.

—No... No comprendo.

Se negaba a comprender, que era bien distinto. Félix respiró hondo. Se sentía ahogar. Aunque hubiera previsto aquella clase de reacción, fue incapaz de buscar su contacto para reconfortarlo.

No se había sentido tan sucio desde que consiguió escapar de aquel infierno.

—Ella quería mis favores en el lecho —continuó con los ojos clavados en Cascabel para aliviar parte de su mortificación.

—Pero tú te negaste, ¿verdad?

—Cuando tu vida pende de un hilo, puedes negarte hasta cierto punto. A partir de ahí, muchacha, la insistencia puede rayar en la inconsciencia. Y yo, por aquel entonces, seguía valorando mi vida. —Se sintió incapaz de continuar allí sentado, bajo el escrutinio de los ojos verdes, a la espera del peor juicio de su vida. Se puso en pie y reinició el paseo. Rosaura lo siguió de inmediato, pero no intentó tocarlo. Sabía que no debía hacerlo hasta que él no hubiera terminado de hablar, así que se colocó a su lado con la atención puesta en el halcón que abandonó la rama para volar en círculos sobre sus cabezas—. No sabía que, una vez Kadyja me poseyera, perdería algo mucho más importante: mi honor. Porque me poseyó. Desde todos los puntos en los que una mujer puede poseer a un hombre. Me acosté con ella cuantas veces quiso. Empleé posturas, maneras de proporcionarle placer, de alargar el mío hasta conseguir el suyo, que me marcaron para siempre. Se apropió de mi cuerpo y, aunque nunca pudo hacer lo mismo con mi corazón, sí me arrebató el orgullo de hombre. Mi masculinidad, todo lo que yo había sido hasta el momento.

—Oh, buen Dios, ahora entiendo...

Félix se detuvo para encontrarse con el brillo de las lágrimas en los ojos verdes de Rosaura.

Lágrimas que no derramaría, lo sabía con una certeza desgarradora.

—Cuando te hablé de lo que Laín me había hecho, me dijiste que sabías cómo me sentía —le explicó—. En cierto modo, pasaste por algo muy parecido a lo que yo padecí. Me comprendías a la perfección, pero estabas atado de pies y manos para remediarlo. Ya era demasiado tarde para mí.

—Al igual que lo fue para mí. No, no busco tu compasión, Rosaura, así que no hagas que mi hombría caiga aún más bajo otorgándomela. —Se apartó cuando ella alargó una mano hacia él, para seguir caminando. La ligera brisa parecía ser suficiente para sofocar parte de aquel calor bochornoso que lo obligaba a huir lejos de allí, a un lugar seguro donde Rosaura no pudiera seguir escuchándolo ni pudiera juzgarlo ni, por supuesto, condenarlo como lo condenaría—. Tiempo después, cuando averiguaron a quién servía, el padre de Kadyja pidió a don Martín un rescate por mí.

—¿Mis tíos conocen todos tus padecimientos?

Una risa amarga, que no parecía provenir de él, llenó el ambiente.

—No, mi Rosa. Es demasiado vergonzoso como para ir contándoselo a cualquiera, ¿no crees?

—Me lo has contado a mí.

—Tú no eres cualquiera.

Félix dejó caer los hombros al mismo tiempo que vaciaba los pulmones de aire. Rosaura intentó establecer contacto ocular con él, en la esperanza de que así le fuera más fácil hablar de lo ocurrido, pero se mantenía cabizbajo con un montón de arrugas añadidas a su gesto adusto. Como si hubiera envejecido varios años en tan solo una hora.

Tuvo la fugaz sensación de que aquel era el rostro de un desconocido. Alguien capaz de vender su propia alma para conservar algo mucho más mundano para sus principios como la vida.

—¿Qué... ocurrió después? —preguntó al cabo de unos minutos eternos.

—Vaya, muchacha. En verdad eres valiente y decidida. Me sorprendes. Pensé que, a estas alturas, no querrías saber el resto de la historia.

Rosaura se detuvo, sabiendo que él terminaría por hacer lo mismo. Y, cuando lo consiguió, se cruzó de brazos con la misma severidad que él solía emplear con ella cuando no se plegaba a sus deseos.

—Entiendo que estés rabioso con el mundo, contigo e incluso conmigo, aunque ambos seamos los más inocentes en esta historia. Solo por eso te permito ese acceso de furia injustificada hacia mí. —Por eso y por el tormento que reflejaba la mandíbula rígida, los tendones que sobresalían de su cuello y aquel cuerpo, surcado por tantas cicatrices, en completa tensión. Rosaura se acercó, pero ni siquiera lo rozó. Temía que, si lo hacía, él se rompería en mil pedazos imposibles de recomponer. Igual que su alma—. Todo lo que me ha ocurrido, contigo y sin ti, desde que apareciste de nuevo en Trabada, ha ayudado a forjarme un espíritu fuerte, capitán. Y sé que siempre has pensado que lo era. Me lo decías cuando era una niña.

—Ahora ya no lo eres —respondió él, deslizando una mirada codiciosa por su cuerpo.

—Ahora soy una mujer con todo lo que ello implica. ¿Qué ocurrió? —insistió.

—Que tu tío pagó el rescate de un hombre que ya había perdido su alma en aras de la supervivencia. Que se llevó con él a un guerrero vencido en todos los frentes en los que un guerrero puede ser vencido, sin honor, sin futuro, sin ganas de vivir. Con unas estúpidas reglas a cuestas como un intento patético de trazar un nuevo rumbo a su existencia, y con la firme convicción de que nunca, jamás, sería merecedor de ningún honor que se me concediera ni, por supuesto, de ninguna mujer.

—¿Quieres decir que desde entonces no has estado con... nadie?

Insinuarlo le provocó un calor en las mejillas del que, afortunadamente, Félix no se dio cuenta.

—Ninguna mujer se merece un desecho semejante —confesó, torciendo la boca en un gesto amargo—. Las hubiera ultrajado. Y me hubiera hundido todavía más en mi propio infierno.

—Mi tío sacrificó parte de las arcas del condado por ti. Tus reglas te ayudaron a salir adelante como un hombre.

—Desprovisto de todo lo que hace que un hombre lo sea, en la plena extensión de la palabra. No te olvides de ese pequeño detalle.

—¿Kadyja aceptó el desenlace tan tranquila?

—Por esa época ya no requería de mis servicios tan a menudo —respondió él con un tono de voz aparentemente inflexible, pero con el cuerpo temblando. Rosaura se fijó en la nuez de su cuello que subía y bajaba mientras tragaba saliva—. Hacía varias lunas que su padre la había entregado en matrimonio a uno de sus ministros más influyentes, un anciano medio senil que ni siquiera reparó en la falta de doncellez de su esposa, mucho menos aspiraba a mantenerla satisfecha en el lecho. Pero su nueva condición exigía más discreción. Y mi mansedumbre terminó por cansarla. Le divertía pensar que sometía a un gran guerrero, que jugaba con su voluntad. Que conseguía mis favores sexuales sin mi consentimiento. Lo cierto es que no lo sé, mi Rosa. Ignoro cómo se lo tomó, porque casi tuvieron que obligarme a volver al reino cristiano.

—¿No querías?

—Mis principios me exigían que expiara mi culpa antes de regresar. —En ese punto se giró hacia ella con tanta ferocidad que Rosaura dio un paso atrás, un poco asustada y muy desconcertada—. ¡Me convertí en un traidor para los míos, un ser sin principios ni moral! ¡Por

todos los santos del cielo, pude resistirme por la fuerza a las intenciones de Kadyja y no lo hice!

—Hubieras muerto mucho antes, Félix.

—Morí después. Durante mucho tiempo, Kadyja siguió martirizándome de mil formas diferentes. Si alguna moza me atraía, su recuerdo me impedía dar un paso más allá. Y, cuando creía que ya la había olvidado, se me manifestaba en mis peores sueños. ¡Aún sigue haciéndolo! —gritó con desesperación y las manos extendidas en su dirección, como si así pudiera hacerla entender mejor—. ¡Me convirtió en un cobarde, un paria, alguien que eligió una vida sin sentido! Solo... Solo tu recuerdo me ayudó a mantenerme en pie.

—¿Me recordabas?

—Nunca dejé de hacerlo, Rosaura. —La voz se le quebró cuando sintió su pequeña mano posada en su brazo con la intención de detenerlo. Intentó cerrar los ojos, abstraerse de todo lo que no fueran sus recuerdos para poder huir de allí en cuanto terminara de hablar, pero aquella muchacha tenía la facultad de atraerlo sin palabras, así que terminó sumergido en el verdor de sus ojos. Unos ojos que mostraban cautela, cierta comprensión y mucho desconcierto, pero no el rechazo que él casi deseaba—. En mi más absoluta oscuridad, tú fuiste la luz. Si rememoraba el beso que me diste en Laciana, los que debía prodigar a Kadyja parecían menos sucios. Comparé tu pureza con su ponzoña en mi beneficio, y me odio por ello.

—Repetiste nuestro beso en tu mente...

¿Había admiración en aquellas palabras? Oh, sí. Su adorable rostro se hallaba surcado por una dulzura que le empujaba a besarlo. A adorar sus párpados, sus mejillas sonrosadas, su pequeña nariz, sus labios llenos y el calor que aquella boca le otorgaría para expiar sus culpas.

«Pero hay demasiadas culpas que purgar», se dijo con un gruñido.

—Tantas veces que llegué a pensar que todo había sido producto de mi imaginación —añadió con dureza. Se soltó de su contacto y comenzó a caminar con paso firme y tan rápido que Rosaura casi tuvo que correr para ponerse a su altura—. Cuando el conde me encomendó la tarea de llevar al obispo a officiar tu casamiento, creí que mi nueva misión me otorgaría el honor perdido, pero me equivoqué. Porque la única manera de recuperar mi honor hubiera sido librarte de aquel casamiento infernal, y llegué tarde. —Se detuvo con un hondo gemido que intentó esconder tras las manos que cubrieron su rostro, como si no quisiera llorar, cuando lo cierto fue que las lágrimas ya habían escapado—. Sabía lo que estabas padeciendo sin necesidad de verte. Y creí que realmente lo mataría cuando lo vi enarbolar la sábana ensangrentada como si fuera una señal de absoluta victoria sobre ti.

—Pero tú no tuviste la culpa...

—No hace tanto opinabas lo contrario.

—Estaba decepcionada. Desesperada. ¡Esperaba que aparecieras en el momento justo, y no pudiste hacerlo! Cuando desperté, tú fuiste el primer rostro que vi, Félix. Vertí sobre ti todo mi dolor.

—¿Comprendes ahora por qué debo protegerte de mí? ¡Si quiero cumplir el juramento que te hice, tendré que alejarte de mí! —Intentó apartarse lleno de vergüenza, pero ella no se lo permitió. Sentir sus manos en torno a sus hombros fue como notar la presión de unas tenazas al rojo vivo—. Un solo acto no redime a un hombre de todos sus errores, pero basta para condenarlo —gimió—. El día que me plegué a los deseos de Kadyja sin matarla con mis propias manos, me condené.

—¿Ante quién?

—Ante Dios. Ante los hombres. Ante mí, pero, sobre todo, ante ti, mi Rosa. Mereces a alguien mejor que yo. De lo contrario, estarás condenada cuando regresemos a nuestro siglo.

Expresar aquellas palabras en voz alta le ayudó a convencerse de su veracidad, pero no pudo

evitar la decepción que lo golpeó cuando vio cómo ella lo miraba aturdida sin moverse del sitio.

¿Por qué se extrañaba? A pesar de la defensa tenaz que acababa de escuchar, era lógico que se mostrara reticente. Rosaura conocía las reglas de su siglo. Su pasado acababa de chocar contra sus sentimientos hacia él; el resultado era un sufrimiento que hacía que su mentón temblara mientras trataba de encontrar una respuesta rápida y satisfactoria.

Félix no hurgó en su mente, pero no lo necesitó para saberlo. Su rostro era un espejo de las emociones más diversas, hasta llegar a la desolación.

—Eso debería decidirlo yo, capitán —la escuchó murmurar entre lágrimas.

—Sí. Por eso sé que esa duda que veo en tus ojos necesita tiempo.

—¡No dudo de ti! ¿Cómo puedes estar tan ciego?

—Dudas de lo que tu propia conciencia te dicta porque sabes que estoy en lo cierto.

Rosaura abrió la boca, pero fue incapaz de hablar cuando vio la desilusión ensombreciendo el apuesto rostro de Félix. La tristeza que manaba de su media sonrisa o el modo en que dejaba caer sus hombros derrotados.

—No, escúchame...

—Lo haré, muchacha, no penes. —Con un suspiro, acarició su mentón—. Cuando tu mente esté lo suficientemente clara. Ahora tus sentimientos te ciegan. Deja que se enfríen.

Ella lo vio marchar con impotencia, con los puños apretados y las lágrimas nublándole la vista.

«La puta de Kadyja».

Su mente repitió aquellas palabras detestables hasta la saciedad. Él había sufrido un auténtico infierno en la tierra. Cada cicatriz de su cuerpo llevaba consigo un padecimiento inimaginable. Una humillación permanente como guerrero y como hombre. Y, sin embargo, lo había compartido con ella antes de darle la libertad de elegir.

Su corazón le gritaba una opción, pero su cabeza le aconsejaba otra.

Se sintió cobarde, miserable, egoísta. La soledad que la embargó en aquel momento amenazó con ahogarla. Sabía dónde se hallaba su cura, pero rehusó ir a buscarla. Se limpió las lágrimas y avanzó en sentido contrario, hacia la espesura del bosque que le otorgaría la tranquilidad de espíritu necesaria para asimilar lo que acababa de escuchar. Para decidir.

«Nunca he tenido tanta libertad al alcance de mi mano», pensó; pero, entonces, que se le mostraba en todo su esplendor, solo la consideración hacia Félix y sus sentimientos por él le impedían tomarla.

Porque seguía sintiendo por él. Mucho y cada vez más profundo.

—*Ten cuidado, Rosaura. Regresa con el capitán.*

Una repentina ráfaga de viento pareció llevar aquellas palabras hacia ella. La temperatura descendió y el cielo se plagó de colores turbios y oscuros. Justo en el momento en el que se internaba en la arboleda, una sombra pareció moverse delante de sus ojos.

La sombra de una mujer de largos cabellos negros, que se movía entre los troncos con la seguridad propia de alguien que conocía el terreno.

—¿Qué?

Intentaba escuchar mejor aquella advertencia, seguir a la mujer que, en un momento dado, se detuvo y la miró por encima del hombro.

Hubiera jurado que sonreía. Que su silueta se hacía fuerte para luego desdibujarse en medio de una risa cantarina que reverberó en cada rincón del bosque, alejando de ella unos temores infundados.

—¡Espera! —Alargó una mano en su dirección, pero Cascabel, demasiado nervioso, salió

volando. Ella memorizó el lugar donde lo había dejado y se aventuró un poco más allá, en pos de la desconocida—. ¡No te vayas! ¿Quién eres? ¿Por qué me adviertes?

Demasiado tarde detectó otras señales. Demasiado tarde percibió las formas intrincadas de las ramas que parecían cerrarse en torno a ella conforme avanzaba. Cuando se detuvo, comprobó que no sabía dónde se encontraba. Quiso volver, llamando al halcón con su sonido característico, pero un cuerpo mucho más grande que el suyo se cernió sobre ella para taponarle la cabeza por completo, al mismo tiempo que un golpe en su sien consiguió que todo a su alrededor se volviera negro.

Cuando abrió los ojos, un dolor terrible de cabeza la recibió.

Tardó unos instantes en recuperar el sentido de la realidad. El mismo tiempo empleado en aclarar la vista y repasar el lugar en el que se hallaba.

Una cueva. Bastante reducida, pero cuya entrada nadie había taponado. Así pues, la claridad del día la ayudó a vencer las náuseas que casi la estrangularon cuando, poco a poco y con todo el sigilo posible, consiguió incorporarse para terminar con la espalda apoyada en la pared.

Dejó caer su cabeza y trató de escuchar cualquier sonido proveniente del exterior que le indicara el grado de peligro que podría aguardarla ahí afuera; pero, salvo los sonidos propios de la naturaleza, nada más pareció alertarla.

Nada... Salvo el pitido constante que solía acompañar al uso del teclado de un móvil.

Rosaura agudizó el oído y se inclinó un poco hacia delante. Sí, la figura de un hombre completamente vestido de negro, situado unos metros por delante de la entrada de la cueva, parecía muy entretenido con uno de aquellos aparatos. El sonido, muy parecido al de Irene y que había llegado a resultarle familiar, se repetía incesantemente.

Tragó saliva. Sacudió la cabeza, en la esperanza de que así los últimos vestigios de aquel horrible mareo se fueran y se puso en pie.

Ignoraba por qué la habían raptado o quién era el hombre que la retenía, pero aquellos objetos demoníacos poseían la facultad de abstraer la voluntad de la persona que los utilizaba.

Y, en ese momento, su captor lo estaba utilizando poniendo en él sus cinco sentidos.

Aquello le dio la fuerza suficiente como para intentarlo al menos. Solo tuvo que dar un par de pasos para encontrar una piedra del tamaño adecuado. Conteniendo la respiración, y soportando el dolor lacerante de su sien, Rosaura se acercó al desconocido por su espalda y la estampó contra su cabeza. En el momento en que él gruñó y soltó el móvil para llevarse la mano al lugar del golpe, ella se colocó enfrente, le atizó un puñetazo en la nariz, otro en el plexo solar, un pisotón en el empeine y un rodillazo en la entepierna que lo dejaron fuera de combate, pero no fueron lo suficientemente fuertes.

Caminó unos metros sin darle la espalda y después echó a correr.

Cuando Félix escuchó el graznido agudo de Cascabel, al observar su vuelo en picado hacia él y aquellos ojos amarillos, supo que algo iba condenadamente mal.

Todo su cuerpo respondió como si él mismo estuviera en peligro de muerte. Tembló. Sudó. Se debatió con un miedo desconocido hasta ese momento. Oscuro, primitivo y tenaz.

—¡Rosaura! ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?

Siguió repitiendo su nombre. Insistió en conectar con ella, hasta que escuchó su voz en su

cabeza.

—Alguien me golpeó, me raptó. Conseguí escapar, pero ¡me persigue! Intento esconderme, correr, ¡dirigirme hacia algún lugar seguro!

Un alarido de rabia cruzó la aparente quietud del día. Se dio cuenta de que procedía de su propia garganta cuando, como un animal enjaulado, empezó a dar vueltas sobre sí mismo, buscando algo que pudiera manejar con soltura para permitirle ir más rápido tras ella, seguir el camino que emprendió con el halcón y rastrear hasta encontrarla.

No fue necesario que preguntara a Irene la manera de hacerlo. Justo cuando iba a ir en su busca, ella salió de la casa con el móvil en la mano y la cara completamente lívida.

Cuando él lo leyó, tardó en comprender que su pasado había viajado con él. Que era real.

«El espejo y el capitán por la muchacha. Informa a la puta de Kadyja».

—¿Quién es la puta de Kadyja? —preguntó.

Nunca hubiera imaginado que tendría que confesar una pequeñísima parte de ese pasado tan pronto, en un lugar tan dispar al suyo. Pero lo haría por Rosaura.

—El mensaje es para mí. Yo soy la puta de Kadyja.



Veinticinco

—*¡Corre! ¡No te detengas, oigas lo que oigas, hasta que el capitán aparezca! Y, después, ¡sálvalo!*

Rosaura obedeció a aquella voz que le resultaba tan familiar y extraña al mismo tiempo. No miró atrás, a pesar de que la cabeza parecía estallarle, sangre que no era suya manchaba su camiseta y no sabía dónde estaba. Los pulmones le ardían, las piernas le temblaban por el esfuerzo y un sudor fino se le colaba por debajo de los pantalones. Aun así, no disminuyó la marcha hasta que el terreno no la obligó a hacerlo. De pronto, sin previo aviso, la vegetación dio paso a una interrupción abrupta que casi le cuesta la vida.

Rosaura sacudió los brazos para evitar precipitarse hacia el fondo del acantilado que pisaban sus pies. Chilló, pero inmediatamente se tapó la boca y miró alrededor.

Todo parecía sereno, en calma.

Demasiado.

Cerró los ojos y afinó todos sus sentidos, a la espera. No le hubiera sobresaltado volver a escuchar la voz de mujer advirtiéndola de cualquier otro peligro; se sentía arropada por ella, como un signo inequívoco de que, a pesar de no tener la protección del espejo, seguía encontrándose segura. Sin embargo, sus instintos saltaron al mismo tiempo al percibir un leve movimiento a su espalda. Un ligero crujir de ramas y una pequeña sacudida de hojas, que le dieron una idea exacta de su situación.

No podía seguir hacia delante si no quería despeñarse por el acantilado ni podía retroceder, pero debía moverse en algún sentido antes de que aquel que había intentado secuestrarla terminara por hacerse con ella de nuevo.

El ruido ya conocido del motor de un coche que se acercaba fue el detonante. El cuerpo obedeció las órdenes de su cerebro y se movió hacia su derecha. Tropezó un par de veces, cayó de bruce y volvió a levantarse. Su camiseta se enganchó en una de las ramas que trató de apartar, pero no disminuyó la marcha ni siquiera cuando sintió cómo la tela se rasgaba tras ella, hasta que se encontró amparada por una pequeña arboleda, a una distancia prudencial del acantilado que se encontraba a su espalda.

Frente a ella se encontraban las aguas tranquilas de una pequeña laguna rodeada por arbustos. Agudizó el oído, esperando oír de nuevo aquel ruido infernal, pero solo pudo escuchar el susurro del viento que le revolvió los rizos negros. Nada más. Ni él ni la extraña voz de la mujer impeliéndola a tomar un camino u otro. Y, en ese momento, la alternativa se reducía a las gruesas ramas de un árbol que se erigía entre la vegetación espesa.

Contaba con esos segundos de ventaja en los que parecía que nadie la acechaba, y pensaba aprovecharlos, aunque para ello tuviera que enfrentarse al peor de sus miedos.

—Buen Dios, ayúdame —murmuró, mientras elevaba la mirada hasta la copa de aquel

frondoso árbol y calculaba sus posibilidades.

Félix cerró los ojos un instante y respiró hondo.

No la oía en su cabeza, a pesar de que no cesaba de llamarla. David, junto con dos de sus compañeros e Irene, lo llevaron en su coche siguiendo el vuelo del halcón, hasta terminar en un lugar mucho más alejado de donde él la había dejado.

Cuando detuvieron los vehículos donde Cascabel decidió posarse, Félix descendió con precipitación, ignorando las náuseas del viaje y se arrodilló junto a unas marcas en la hierba.

—Está aplastada, formando roderas —confirmó, alzando la cabeza en dirección al viento, como si esperara que este le trajera el olor familiar de Rosaura a su nariz—. Imagino que habrá habido algún coche por aquí. Y, teniendo en cuenta el tiempo que hemos tardado en llegar, no me extraña. El hombre que la tiene ha necesitado de ese medio de transporte para traerla hasta aquí.

—¿Por qué crees que es un hombre?

Félix se miró los brazos antes de alzar la vista en dirección a Irene.

—Rosaura es ligera, pero se necesita mucha fuerza para trasladar un cuerpo... inerte. —Se negó a pronunciar otra palabra, porque se negó otra posibilidad.

—No deberíamos pisar el terreno más de lo necesario —añadió David—. En el caso de que a Rosaura le haya ocurrido algo, destruiríamos pruebas que podrían sernos de utilidad.

De acuerdo. Entonces lo haría a su modo.

Se desplazó hacia la derecha siguiendo las roderas que abollaban el sendero que parecía perderse entre la vegetación, pero algo lo detuvo.

A él y a su respiración.

Las gotas rojas resaltando sobre el fondo verde de una hoja lo llamaron mucho más que la voz de Rosaura en su cabeza. Rezó para que no fuera lo que él creía que era, pero su olfato se lo corroboró.

Sangre fresca. Probablemente de Rosaura, aunque también podía pertenecer a su atacante.

Miró por encima de su hombro. Irene se hallaba de espaldas a él, junto a David, que se encontraba inmerso en una conversación por teléfono mientras sus hombres recorrían el perímetro reducido.

Era la oportunidad perfecta.

Sabía ser silencioso como un gato cuando la situación lo requería, por mucho que el paraje en el que se hallara le resultara desconocido. Ellos podían contar con eso que llamaban «adelantos», pero él poseía su intuición, el uso de sus sentidos más agudos cuando intuía el peligro y su experiencia. La naturaleza seguía siendo su medio de comunicación; la aprovecharía.

Se alejó sin contar con ellos. Si se encontraba con el hombre que había hecho daño a Rosaura, quería hacerlo en completa soledad. Le proporcionaría un claro ejemplo de lo que ocurría en su tiempo con los malnacidos que raptaban mujeres, todo después de encontrarla.

No perdió de vista las roderas, pero exploró los alrededores del sendero. Fue así como encontró un trozo de tela prendido en una rama. La olió, para comprobar que aún contenía el aroma de Rosaura, y frunció el ceño cuando vio huellas de pisadas que se alejaban del sendero.

«Bien por ella», se dijo. Siguiendo el camino que aparentemente había tomado, Félix concluyó que se había alejado, en la esperanza de que su raptor no pudiera seguirla con el coche, pero contuvo el aliento cuando comprobó a dónde había llegado.

El acantilado se le antojó enorme cuando casi se arrastró hasta allí, rezando para no ver su cuerpo inerte en el fondo de las rocas, deseando que...

—*Félix, ¡estoy aquí!*

Escucharla en su cabeza fue el mejor regalo que había recibido desde que había ido a parar a aquel mundo extraño y sinsentido. Con fuerzas renovadas, Félix abandonó el acantilado y volvió a centrarse en las pistas que el terreno le ofrecía sin descuidar la posibilidad de que, en el momento menos pensado, se encontrara cara a cara con su atacante.

No ocurrió. Ni siquiera escuchó el ruido vago del motor de uno de sus coches infernales cuando, tras atravesar un pequeño claro cerca del agua cristalina de aquella laguna, la vio.

Permanecía sentada en una rama alta del árbol que tenía frente a él. Con las pupilas clavadas en el suelo, tan dilatadas que ni siquiera se percató de su presencia, y los nudillos blancos por la fuerza con la que se aferraba a la rama.

Félix no supo si reír de felicidad al encontrarla o enfurecerse por su temeridad. Comprobó que los únicos daños sufridos, a simple vista, se reducían al desgarró de su camiseta a la altura del hombro, dejando a la vista un profundo rasguño, además de un ligero corte cerca de la sien derecha. Tenía el cabello enmarañado y una expresión de auténtico terror que la hacía parecer ausente.

Como poseída.

—Las alturas son malas, las alturas son malas, las alturas son malas...

Era lo único que repetía mientras miraba a la nada. Rosaura no estaba allí ni en aquel momento, sino en otro lugar y otra circunstancia.

Probablemente llevada por la necesidad de huir, había intentado superar su miedo más profundo subiéndose a aquel árbol. Pero, en vista de que su perseguidor no aparecía, el terror a las alturas había terminado por vencer a cualquier otro, incluido a aquel que amenazaba su propia vida.

Debía atraer su atención. Hacerla volver con él.

Después, la pondría en su lugar. Se aseguraría de que jamás volviera a desafiarlo de ese modo.

—Rosaura, soy yo, Félix —afirmó con más contundencia. Se colocó en su campo de visión y alzó los brazos, pero los hermosos ojos seguían ausentes—. Aquí no hay nadie más que yo. Baja.

—No. ¡Nunca bajaré de aquí!

—Nunca digas nunca, muchacha. Solo te hace sentir más tonta cuando terminas cambiando de opinión. Ahora, por favor, hazme caso. Podrías caerte. Y me harías el hombre más desgraciado del mundo si eso ocurriera.

Estaba a punto de trepar al árbol él mismo, cuando Rosaura lo miró como si lo viera por primera vez. Parpadeó confundida con el ceño ligeramente fruncido y aquella deliciosa boca abierta. Con ese aspecto semisalvaje tan parecido al que tenía cuando se encontraron en el remanso de Trabada y que tanto le atrajo. Con aquella belleza en todo su esplendor cuando clavó sus ojos, ya completamente lúcidos, en las manos extendidas de Félix y, poco a poco, soltó la rama para terminar apoyándose en sus anchos hombros.

—He caído al pozo, he caído...

—Shhh... —Félix la aprisionó contra su pecho y comenzó a acariciar su columna vertebral con dos dedos, para que dejara de temblar. Aguardando, con el alma en vilo, a que ella volviera en sí del todo—. Tranquila. Nunca caíste al pozo, ¿recuerdas? Doña Jimena llegó antes de que ocurriera.

Los estremecimientos que le sacudieron los brazos le indicaron que Rosaura lloraba en silencio. Tan asustada como él por lo que había ocurrido. Pasó una eternidad hasta que la sintió calmada, relajada bajo las caricias de su mano. Y otro tanto hasta que la vio asomar una temerosa

mirada verde en su dirección, a sabiendas de que había cometido una imprudencia que lo había llenado de pánico, y que le permitió examinarla con minuciosidad, alertado por la sangre que vio en su camiseta.

—La sangre no parece tuya... —murmuró para sí mismo, conforme iba palpando partes de su cuerpo. Al fin, después de comprobar que no tenía nada roto y que solo presentaba golpes leves, la tranquilidad dio paso a la furia por el miedo sentido—. Por las barbas de Satán, ¿no tienes permiso para darme un susto así! ¿Me oyes? ¿No lo tienes!

Ella no respondió. Todavía temblaba, aferrada a él con desesperación. Félix no la había visto así desde que se había hecho cargo de su cuidado. En aquella ocasión, el cariño hacia aquella niña bastó para abrazarla, mientras le aseguraba que nunca más estaría sola. En ese momento, era algo más fuerte y mucho más desconocido lo que lo había impulsado a apretarla contra su cuerpo, duro y tenso, para demostrarle lo mismo.

—Félix...

No fue una advertencia, sino un lamento largo y prolongado lo que profirió cuando pronunció su nombre. Se agarró a su cuello. Sobre él, Félix sintió el cálido y frenético aliento del miedo incrustándose a través de cada uno de sus poros.

Su Rosa, aquella muchacha valiente y decidida, tan impulsiva que no parecía conocer los límites del pánico, buscaba en él su refugio. Su protección.

Aquello había ocurrido por su culpa, por dejarla sola. Recordó las razones que deberían alejarla de él, pero todos sus sentidos la añoraban. A ella y a esa fragancia con la que se paseaba, ajena al efecto que producía en él. A ella y a su atractivo, expuesto a través de esas ropas.

Su resistencia se iba debilitando y la tensión del momento lo llevó al límite. ¡Al infierno con todo! La tenía tan pegada a él que pudo notar su respiración, el calor que desprendía, el movimiento tenue de sus pechos chocando contra su torso.

Cerró los ojos un instante. Aún estaba a tiempo. Solo tenía que mostrar todo el enfado que debía dominarlo en vez de ceder al deseo que crepitaba en su interior, pero entonces ella presionó con suavidad sus hombros mientras se adelantaba con el resto de su cuerpo, hasta que la notó incluso bajo la piel y supo que estaba derrotado.

Lo abrazaba mientras no dejaba de mirarlo. Félix inclinó la cabeza hacia ella con un quedo gruñido que evidenciaba todas y cada una de sus debilidades, y enterró los dedos en su cabello negro, a ambos lados de su cabeza.

La besó con miedo, pero con firmeza. Fue un beso salido del alma que la abrasó de la cabeza a los pies con una súbita oleada de calor. Tan profundamente que ella no pudo respirar hasta que él le llenó los pulmones con su propio aliento. Rosaura bebió de él, como si Félix fuese el aire que necesitaba para sobrevivir, y se aferró a su cuerpo con una mezcla de euforia y miedo que la hizo sentirse pequeña a su lado, pero tan poderosa como una diosa.

Abrió la boca, tal y como había ocurrido la primera vez que se habían unido de aquel modo. Permitted el delicioso asalto de la lengua masculina en su interior. Con delicadeza al principio. Demostrando toda la dedicación de la que él le había hablado, toda la angustia que había leído en su rostro cuando la había ayudado a bajar de aquel árbol, en mitad de un ataque de pánico absoluto.

Pero, después de todo lo ocurrido, estaba con él. Para Félix solo existía Rosaura, el temor horrible a haberla perdido y su necesidad de verterlo en ella. Solo con ella, su pasado más oscuro se desvanecía. Solo en su boca podía imaginarse como un hombre apasionado, vulnerable a los encantos de una hembra bien dispuesta. Besar podía ser muy útil para expresar todas las emociones que lo vapuleaban de un modo fascinante, así que se empleó a fondo. Mordió su labio

inferior y descendió hasta su mentón. Lamió aquellas comisuras que lo habían hechizado hacía demasiado tiempo, luchó contra aquella deliciosa lengua con la suya. El deseo inundó todo su ser. Un sonido animal surgió de las profundidades de su garganta, hasta que un pequeño quejido le hizo salir de la neblina apasionada que lo rodeaba para permitirle pensar.

¡Por los fuegos del infierno! ¿Qué estaba haciendo? Rosaura le devolvía la mirada con el brillo inconfundible de la pasión insatisfecha. Igual que el rojo de sus mejillas o su respiración errática.

Debía detenerse antes de perderse para siempre.

—Buen Dios —musitó entre jadeos y un dolor delator entre las piernas—. ¡Estás herida, y yo...!

Seguía teniéndola entre los brazos. La escuchó soltar el aire de golpe, pero una auténtica tormenta inundó sus sentidos cuando ahuecó la mano contra su mejilla, como si tuviera miedo de que se fuera. Una idea ridícula; ella se quedó inmóvil, como si aquel fuera su lugar natural.

—Me has besado.

—Sí.

—¿Te arrepientes?

Él desvió su mirada un instante, antes de terminar uniendo su frente con la de ella.

—La pregunta es: ¿te arrepientes tú? Porque, después de haberte concedido tiempo, acabo de...

No pudo seguir. Escuchó un breve silbido antes de que el cuerpo de Rosaura, completamente receptivo a cada una de sus caricias, de sus palabras, de sus besos e incluso de sus alientos; cayera desmadejado entre sus brazos que aún la rodeaban.

Félix tardó una fracción de segundo en comprender lo que ocurría. El tiempo necesario en comprobar que un dardo, sospechosamente parecido al que acabó con la vida de don Gonzalo de Proaza en Trabada, asomaba en el brazo de Rosaura.

Y entonces todo cobró sentido. El mal, en su vertiente más desconocida y destructiva, había traspasado también la línea del tiempo y se cebaba con ella.

Reaccionó de inmediato. Mientras la sostenía para evitar que cayera, con la mano libre le arrancó el dardo y lo arrojó lejos.

La miró incrédulo, negándose a aceptar lo que veía. No estaba sucediendo. Era inaceptable. No podía perder a Rosaura. Sintió algo salvaje y oscuro que se removía en su interior y se agitó furioso.

No recordó haber gritado pidiendo ayuda ni haber gemido de angustia cuando David, Irene y los otros dos hombres llegaron a su lado y maniobraron con el brazo de Rosaura. Tampoco fue consciente de haberles informado acerca de la sustancia que teñía de violeta aquella parte de la muchacha a pasos agigantados. Rasgó una tira de su camisa, abrió el pequeño orificio para succionar el veneno con la boca y afianzó la tira de tela con firmeza un poco más arriba de la herida.

A continuación, mientras veía cómo la palidez mortecina se iba apoderando del rostro de Rosaura y la calidez de su cuerpo desaparecía gradualmente, rezó todas las plegarias que le habían enseñado de niño. Suplicó en silencio a todos los dioses conocidos por él y después esperó un milagro.



Veintiseis

Aquel fue el día en que conoció a Raúl.

Junto a Irene y David, penetró en aquel edificio inmenso lleno de enfermos en diferentes habitaciones, y personas embutidas en batas blancas o verdes —sí, también mujeres—, que iban de un lado a otro para atenderlos.

Pasó por alto el hecho de que ese Raúl, además de guapo y capaz, parecía mucho más joven que él, más cercano a la edad de Rosaura, cuando vio cómo se la llevaban en una camilla, a toda prisa.

Intentó seguirla, pero Raúl se lo impidió.

—No puedes entrar ahora. Entorpecerías la labor de los doctores.

—Mi nombre es Félix y tengo todo el derecho del mundo a estar con ella.

—Cuando la estabilicen, no antes.

Su tono no admitía réplica, pero empezaba a cansarse de esa pequeña capa de civilización con la que le habían revestido desde que había puesto un pie en ese mundo. Con un gruñido apartó a Raúl, pero la mano de Irene en su brazo lo detuvo.

—Félix, no pretenden separarte de ella, sino analizar el veneno contenido en el dardo lo antes posible para poder aplicarle un antídoto.

—¿Pueden encontrar un antídoto tan rápido? —preguntó con desconfianza.

—Gracias a tu información y a mí —intervino David—. Si hubiera dejado el dardo donde tú lo arrojaste, el proceso sería mucho más lento. Ahora, por favor, relájate y ármate de paciencia, que todo el mundo aquí está igual que nosotros y nos están mirando.

Mucho después, le dijeron que solo habían esperado unas horas, pero a él se le antojaron días hasta que Raúl volvió a hacer acto de presencia.

—Se encuentra estable y fuera de peligro, que ya es decir mucho, teniendo en cuenta que el veneno que contenía el dardo pertenecía a una cobra. Una especie que actualmente habita en los países árabes. Actuaste con rapidez al arrancárselo del brazo, Félix. Aunque es mortal, el hecho de que sajaras la herida y absorbieras parte con la boca probablemente le ha salvado la vida.

Una cobra. La cabeza de Félix empezó a funcionar como solía. Se retrotrajo a aquella noche en la que sorprendió a don Gonzalo en sus propios aposentos, guardando un animal semejante en un cesto de mimbre con mucho más mimo del que emplearía en tratar a cualquiera de sus siervos. Revivió su propia muerte días más tarde, a manos de un dardo empapado en veneno, muy similar al que había estado a punto de acabar con Rosaura.

¿Y si la conexión se había mantenido a pesar de cambiar de tiempo? Él desconocía la identidad del asesino de don Gonzalo y sus motivos, pero, después de lo ocurrido, intuía que esos motivos podían tener que ver con el espejo, con lo que contenía.

Con Rosaura y con él.

—Menos mal... Gracias por informarnos, Raúl —intervino Irene—. ¿Podemos verla?

—Está sedada, así que cinco minutos como máximo.

—Pienso quedarme con ella hasta que se recupere, le pese a quien le pese.

—Nadie va a impedírtelo. —Raúl se encogió de hombros con indiferencia y centró su atención en Irene—. ¿Hace unas cervezas este fin de semana? Espero que para entonces Rosaura esté repuesta.

—Entonces sin problema.

—¡Genial! Ahora tengo que irme, pero todavía me quedan unas cuantas horas de curro, así que no tengo inconveniente en echarle un vistazo cuando os vayáis, por si hubiera algún cambio.

—Uy, eso me suena a otro tipo de interés, Raúl. Y no me extraña, porque la chica está muy...

—Ya te dije que yo me quedaría con ella.

Félix interrumpió la broma de David con un paso al frente y los puños apretados, en un claro gesto de posesión incondicional.

Los ojos risueños de Raúl parecieron oscurecerse, un segundo antes de que terminara por asentir.

—En cualquier caso, estaré por aquí por si me necesitas, Félix —se ofreció con aparente afabilidad—. Venid conmigo, y os diré en qué habitación se encuentra.

—Raúl tiene razón. Ahora que Nuño y Félix han aparecido, lo mejor es que dejes que se vayan a donde tengan que irse.

Irene no pareció escuchar ni una sola de sus palabras. Observaba absorta cómo Félix, con sumo cuidado, se sentaba en el borde de la cama de Rosaura y le tomaba la mano mientras, inclinado sobre ella, la envolvía en profundos susurros.

—La ama —afirmó con tanta seguridad que provocó una sonrisa en David.

—Vaya, qué curioso. Eres capaz de ver el amor en un extraño y permaneces ciega al de alguien mucho más familiar para ti.

—¿Quién ha dicho que Félix no me resulte familiar?

—¿El hecho de que lo conoces desde hace unas semanas? —respondió David con ironía.

—Suficiente para ver su interior, David. Si hubiera sido tan perspicaz contigo, no habría ocurrido lo que ocurrió. Así, quizá, no te tendrías por «familiar».

Irene hizo amago de marcharse, pero él se interpuso en su camino.

Aún estaba resentida. Lo entendía, incluso la apoyaría de ser una mujer y su amiga. Pero no era ninguna de las dos cosas, sino el hombre que la había cagado con ella a base de bien.

Aunque también pretendía arreglarlo. A como diera lugar y empleando el tiempo necesario.

—Vale. No hablemos de amor si te incomoda —cedió.

—¿Incomodarme? Eso significaría que no me resultas indiferente y no es así.

—Vale —repitió con un suspiro que evinciaba su impaciencia—. Digamos que te soy indiferente, que ya has superado lo que ocurrió entre nosotros, aunque ninguno de los dos lo hayamos hecho. Céntrate en lo que ha ocurrido con Rosaura. Por encima de situaciones rocambolescas y argumentos de otra época para explicarlas, ahí afuera hay alguien que ha pretendido asesinarla. No lo ha logrado por poco, pero la próxima vez puede intentarlo contigo. Y,

en contra de lo que piensas, me importas.

Irene alzó una ceja, aunque por dentro su corazón dio un brinco de alegría.

—¿Qué propones? —murmuró, más que dispuesta a salir del hospital, con o sin David.

—De momento, invitarte a un café de verdad. Después, vigilar tu casa día y noche si es necesario.

Irene se detuvo en seco y lo fulminó con la mirada.

—No es necesario —afirmó con sequedad—. Como tampoco lo es que te presentes allí sin previo aviso, como si todavía tuvieras una confianza que hace tiempo que perdiste. ¿O es que tienes intención de recuperarla?

—Ese es otro tema, rubia, aunque puedes contar con que lo intentaré. De momento, solo pretendo analizar los hechos.

—Ah, esa es una buena prueba de que crees en mi historia acerca del viaje en el tiempo.

—Un paso más para recuperarte, no te equivoques. —Pero su sonrisa canalla le dijo que bromeaba—. Un desconocido, a través de un móvil prepago, te envía un mensaje donde exige la entrega del espejo que ellos, con tu ayuda, buscan con tanto ahínco, además de la presencia de Félix, a cambio de Rosaura. Lo cual indica, de entrada, que alguien la tenía retenida en contra de su voluntad. Pero su secuestrador, o secuestradores, decidieron cambiar los planes y eliminarla, aunque sigan queriendo el dichoso espejo de mierda.

—¡Eh, no hables así de una antigüedad que vale mucho más que tú, so cretino!

—Si no fuera porque sé que tu trabajo te apasiona, me lo tomaría como un insulto. —Ahí estaba otra vez, aquella sonrisa capaz de incendiar el polo norte—. Ese psicópata conoce tu número de teléfono, así que estará al tanto de todo lo demás: dirección, familia, lugar y horario de trabajo. No ha encontrado el espejo en tu tienda, así que buscará otro medio.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al pensarlo.

—Tendré cuidado —fue todo lo que pudo prometer, antes de reiniciar su camino hacia la salida.

No fue consciente de que David la seguía hasta que no sintió un leve tirón en su brazo que la hizo detenerse de nuevo, esa vez en mitad de la calle.

—No es suficiente —murmuró, reteniéndola tan cerca de él que sintió su aliento en la nariz.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Puedo disponer de un par de hombres para...

—Para nada.

—¿Qué?

—Ya me has oído —parafraseó Irene, imitando su postura—. Si por casualidad el atacante de Rosaura vigila nuestros pasos, nunca dará uno en falso si os ve pululando a mi alrededor. Lo mejor es que actuemos con total normalidad, sargento. —Antes de que David pudiera objetar nada, ella reanudó el camino—. Yo no tengo el espejo, pero eso solo lo sabemos nosotros, ¿cierto?

—Por completo.

—Entonces, actuemos sin miedo, como si lo ocurrido con Rosaura no fuera más que un incidente producto de la mente trastornada de algún colgado. Sin darle más importancia. Dejándonos ver por Santillana, por la playa, entre los vecinos. Sé que la presencia de Félix y compañía en mi casa ya es la comidilla de oriundos y foráneos por igual, así que calmemos su curiosidad. Presentémoslos en sociedad, por decirlo de alguna manera.

—O sea, que pretendes andar por ahí sin una mísera escolta. No.

—Ya te encargas tú de aparecer como una mosca cojonera sin ser invitado. Sí.

—Ese lenguaje, rubia —tuvo la desfachatez de recriminarle con aquella expresión de engreimiento que, a su pesar, conseguía ablandarla sin proponérselo.

—Ese ramalazo machista, sargento —contraatacó con firmeza, apartándolo de un soberbio empujón para entrar en su coche—. No te conviene mostrarte así conmigo si quieres ganar puntos.

—¿Eso significa que puedo ganarlos?

Oh, mierda. No estaría nada bien ni para su orgullo ni para su corazón, responder lo que este último le indicaba, pero decidió ser sincera consigo misma.

David era ingenioso, alegre, decidido y muy inteligente, además de atractivo a rabiar. Y lo cierto era que nunca, ni siquiera cuando tuvo aquel desliz que le costó una ruptura, había dado su brazo a torcer con respecto a ella. En su momento no tuvo inconveniente en reconocer su metedura de pata. No se molestó en buscar excusas ridículas que agravaran su situación; en cambio, no se había cansado de pedir perdón de todas las formas posibles, e incluso de alguna imposible, mostrando una perseverancia digna de, al menos, un poco de atención.

En ese instante también lo hacía con aquella humildad pintada en las facciones fuertes de su cara que le decían que seguiría insistiendo, que su interés en ella permanecía intacto y que pretendía refrendar cada una de sus afirmaciones.

Vio sus intenciones reflejadas en sus ojos un instante antes de que las llevara a cabo. Aun así, la pilló por sorpresa cuando enlazó su cintura con el brazo y estampó su boca contra la de ella en un beso impetuoso, rudo, pero también intenso, que consiguió una respuesta por su parte tan inesperada para él como para ella.

No supo cuánto lo llevaba necesitando, deseando, hasta que no se encontró con sus manos alrededor del cuello de David para atraerlo más hacia ella. No le importó estar en plena calle, en pleno día y besando al hombre que la había traicionado unos meses atrás. De hecho, estuvo a punto de gimotear con fastidio cuando él puso fin al beso y se apartó con la respiración acelerada, la mandíbula apretada y todo un mundo reflejado en su mirada.

—Todo el mundo comete errores, Irene —murmuró, inclinando la cabeza en señal de un respeto que la sobrecogió—. La parte más difícil consiste en aceptarlos y aprender de ellos. Creo que he superado ambas fases con creces. Acabo de arriesgarme a recibir las peores calabazas de mi vida, pero me has respondido como llevaba esperando meses. Podría sacar como conclusión que tu beso significa el comienzo de una segunda oportunidad, pero, si no es así, seguiré trabajando en ello. ¡Ah, me olvidaba! —Hurgó en sus bolsillos y sacó unos documentos de identidad pertenecientes a Nuño, Rosaura, Alana y Félix—. Me costó convencerlos para que se hicieran una foto de carné. El resto forma parte de mis contactos. Fuentes que no puedo revelar y todo eso, ya sabes.

Y si, de paso, se ganaba un poquito más su confianza, mejor que mejor, claro. Irene suspiró. Lo miró de reojo, intentando seguir mostrándose dura con él, inflexible. Pero ya no quedaba en ella ni una pizca de la rabia que la había conducido en todo aquel tiempo.

—Te espero en mi casa —afirmó, poniendo el coche en marcha—. Si de verdad quieres tomarte un buen café, no se me ocurre otro lugar mejor.

—A mí tampoco —replicó él con una sonrisa de oreja a oreja.

Inés y sus angelicales ojos azules.

Inés y su tímida sonrisa como respuesta a cada uno de sus avances.

Inés y su rubor cuando, en su último día en Laciana, le pidió que lo esperara.

A continuación; la guerra, la sangre, la muerte, la devastación.

Y, después, Alana. La mujer que conquistó su corazón de verdad, consiguiendo que lo que había sentido por doña Inés quedara relegado a la categoría de simple capricho. Como si, una vez abrió los ojos para escapar de la muerte, una nueva vida se hubiera mostrado ante él.

Nuño intentó concentrarse en los tableros que estaba utilizando para construir un vallado a Irene. Siempre se le habían dado bien todos los trabajos manuales. Incluso siendo un niño, llevaba a cabo las enseñanzas de su instructor con una destreza asombrosa. Félix era aquel instructor. Ya lo recordaba. Recordaba todo, como si las compuertas de su memoria se hubieran abierto sin medida y eso lo llenaba de un miedo aterrador. Porque no solo rememoraba los hechos, sino que los sentía.

Alana lo llamaba por su nombre, pero seguía distante, esperando. Y lo comprendía.

Había llegado el momento, era él quien debía dar el paso. Quien debía explicarle que su mente se había abierto para no cerrarse nunca más.

—Amo a Alana —murmuró con una sonrisa—. Amo a Alana, amo a Alana.

—No deberías tener dudas al respecto. ¿O sí?

La voz suave y segura a su espalda le hizo detenerse en el acto.

—No necesito repetirlo para convencerme, mi vida. —Y, sin más dilación, la tomó en sus brazos para besarla. Ella le correspondió, pero no con la pasión esperada, sino más bien con conformidad. Y, cuando se apartó, no vio pasión en sus ojos, pero sí tristeza—. Alana, necesito hablar contigo...

—¿De esto? Se ha terminado la madera..., Nuño. Tendrás que ir al establo a por más. Irene ha llamado. Doña Rosaura está en el hospital, pero se encuentra bien. Solo quería que lo supieras.

Nuño vio impotente cómo se giraba con ese contoneo de caderas tan característico de ella, dejándolo mucho más solo y perdido de lo que estaba antes de su visita, pero no se desanimó. Era cauta, prudente. Estaba haciendo lo que él le había pedido, por mucho que la mortificara. Por eso la amaba.

Y seguiría amándola una vez le dijera lo que debía decirle, quisiera ella escucharlo o no.

Sujetó con fuerza los tablones que todavía quedaban, apilados en la pared más apartada del establo. Cargó con ellos, pero golpeó la pared con uno de sus extremos de tal manera que el sonido de una piedra al desprenderse le hizo girarse.

El golpe había desviado una de las piedras que la componían, dejando un enorme agujero oscuro por el que asomaba algo. Nuño dejó los tablones a un lado y se inclinó. Solo tuvo que meter la punta de sus dedos en él para alcanzar el mango de algo que permanecía envuelto en una especie de lienzo polvoriento que cubría la totalidad del objeto. Lo desenvolvió, con cuidado de no esparcir el polvo que contenía el lienzo, y observó estupefacto lo que contenía entre las manos.

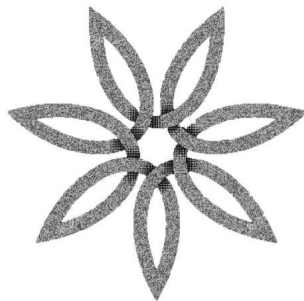
Allí estaba, la flor de los siete pétalos, la protección de las siete diosas celtas que Félix quiso regalar a Rosaura. Intacto, pese al paso del tiempo.

Lo giró varias veces, como si así pudiera asegurarse de que lo que veía era real y, por último, se dejó caer en el suelo, meneando la cabeza.

—Buen Dios —musitó—. Acabo de encontrar el espejo.

Le dio la vuelta y lo abrió por la parte de atrás, pero terminó por soltarlo con un gruñido.

Estaba vacío. No había ninguna carta puebla escondida en él.



Veintisiete

Cuando Rosaura despertó por completo, lo primero que vio fue la silueta enorme de Félix paseándose de un lado a otro de la habitación, cabizbajo.

Rumiaba algo en voz baja que no pudo entender, pero que le provocó una sonrisa.

—Si no paras, vas a marearte —susurró con dificultad.

Fue como si entonara alabanzas a Dios, y este la escuchara. En un segundo, lo tuvo junto a ella. Con sus toscas manos encerrando la suya y una mirada conmovida, pero fuerte, que hizo que su corazón latiera desenfrenado.

—¿Cómo te encuentras? —murmuró, conteniendo su ansiedad.

—Un poco aturdida. Y con muy mala pinta, a juzgar por cómo me miras.

—Nunca estarás fea a mis ojos, muchacha. —Con los ojos entrecerrados, Félix extendió una mano y acarició sus rizos desmadejados con las yemas de los dedos—. La luz incide justo aquí, para arrancarte reflejos azulados. Y, aunque estás pálida, el color empieza a asomar a tus mejillas. Tus ojos carecen de brillo, pero es debido al cansancio, a la muerte que te ha rondado. Ciertamente, estás hermosa, y es posible que yo te vea así porque he temido verte de otra forma durante demasiado tiempo. ¡Buen Dios, Rosaura! Ha faltado poco para perderte. No voy a permitir que eso ocurra, ¿me oyes? No pienso volver a dejar que...

—Más despacio, capitán. Todavía estoy demasiado aturdida como para seguirte.

Posó su mano sobre la maraña de pelo negro encrespado y asintió ante la imagen que presentaba Félix con su camisa arrugada y arremangada hasta los codos, las ojeras producto del cansancio y los ojos hundidos con una mirada de arrepentimiento cuando sacudió la cabeza.

—Soy un bruto insensible. Lo siento —se lamentó—. Pero es que has estado un día completo inconsciente y temía lo peor. Ahora que has despertado, solo pienso en otorgarte todo lo que, al parecer, no te di.

—¿De qué hablas?

—Te dejé sola. Has podido morir. Buen Dios, ¿no sabes lo que sentí cuando te vi encaramada en aquella rama o cuando te derrumbaste en mis brazos, después de...!

—Haberme besado.

—Sí. —Félix se incorporó lentamente para tomar asiento en una butaca colocada al lado de la cama—. Admito que no me arrepiento. Que te deseo con todo mi cuerpo, con toda mi alma. Pero no insistiré hasta que tú no me hagas saber tu decisión.

Sus ojos reflejaron el anhelo que aquella última frase pareció dejar suspendido en el aire.

Rosaura tragó saliva.

Era el momento de decirle... ¿El qué? ¿Que tenía miedo de lo que podría suceder con él si volvían juntos a Trabada y todo su pasado salía a la luz?

Era el heredero de Proaza. Si se descubría lo ocurrido con Kadyja, no solo se le privaría de ese derecho, sino de todo lo demás. Su tío no lo conservaría a su lado.

Terminaría muriendo en la miseria. Y ella no podía consentirlo.

—El asesino de don Gonzalo ha viajado con nosotros —aludió Félix, como si le hubiera leído el pensamiento—. Viene a por los dos. Lo dejó bien claro en el mensaje que envió al móvil de doña Irene. Quería el espejo y a mí, a la «puta de Kadyja», a cambio de ti, pero no voy a permitir que se acerque tan fácilmente. Nunca volverás a tener miedo si yo puedo impedirlo, Rosaura.

Ella contuvo la respiración.

La persona que había estado a punto de matarla venía de su propio tiempo. Si conocía aquel apodo repugnante, también conocería su origen. El pasado de Félix.

Ahí tenía la razón de todas sus dudas con respecto a él. Podría destruirlo por completo.

Un nudo de congoja se alojó en su garganta al escucharlo. Félix se había inclinado hacia ella hasta que sus bocas estuvieron al mismo nivel. Pudo percibir su aliento agitado por el miedo. El mismo miedo que la acometió a ella cuando comprendió el alcance del peligro al que se enfrentaban.

—No temeré si sigues a mi lado —afirmó, acariciando su barba descuidada—. Pero si piensan que poseemos el espejo...

—Nuño lo encontró en el establo de Irene. Lo tenemos, aunque vacío. —Acto seguido, procedió a explicarle todo lo ocurrido desde que la habían ingresado en el hospital.

—¡Eso es imposible! A no ser que...

«Cuidado, mi niña. Si un mismo objeto coincide en un mismo plano temporal con su réplica, pero ambas han surgido de dos épocas diferentes, una de esas réplicas puede desaparecer».

Las palabras de su abuela retumbaron en su cabeza como si acabara de escucharlas.

Félix sacudió tenuemente su mano con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre?

—Doña Teodomira me habló de lo que ocurriría si dos réplicas de un mismo objeto coincidían en el mismo tiempo —musitó ensimismada—. No entiendo qué hacía el espejo en el establo de doña Irene ni por qué tiene las cartas del tarot de mi abuela, pero estas no han desaparecido. Quizá sea porque no hay ninguna réplica de ellas en otro tiempo. En cambio, yo viajé con el espejo y la carta puebla escondida en él.

—¿Quieres decir que, si también ha desaparecido la carta, es porque su réplica anda cerca?

—No lo sé, Félix. Nada de esto tiene sentido. —Un ramalazo de ternura la atravesó de pies a cabeza cuando vio su desolación. Le hubiera gustado abrazarlo, pero apenas podía moverse, mucho menos espantar de ellos la sensación de que seguían encerrados. De que habían llegado a un callejón sin salida—. Pero la encontraremos.

—No.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, muchacha. —Tenía la mirada mucho más oscura de lo habitual cuando se apartó de ella para darle la espalda—. No pienso poner en riesgo tu vida ni por todas las cartas puebla del mundo. Ahora, por favor, explícame qué ocurrió. Necesito saber hasta el último detalle, si estás en condiciones de darlo.

Lo estaba y se lo dio. Punto por punto, sin omitir nada. Ni siquiera se calló la extraña

aparición de la mujer que le advirtió antes de que el secuestrador cayera sobre ella.

—Pareció salir de la nada. Vestía una de nuestras túnicas, blanca, y llevaba su melena negra cubriéndole la espalda. No pude reconocerla, pero escuché su voz del mismo modo que escucho la tuya cuando hablamos... sin hablar. Me dijo que corriera hasta que tú aparecieras y que después te salvara, así que eso me propuse hacer.

Pensaba que él la regañaría por seguir los dictados de una desconocida que muy probablemente ni siquiera fuera real, pero Félix permaneció mudo, blanco como la nieve, hasta que carraspeó y se acercó a ella de nuevo.

—¿Y de qué debías salvarme, si puede saberse?

—La seguí para averiguarlo, pero cuando quise reaccionar fue demasiado tarde y el hombre me apresó después de golpearme.

—¿Recuerdas su aspecto? ¿Algo que pueda ayudar a atraparlo?

—Llevaba una capucha que tapaba su cabeza por completo y no me habló. Lo siento.

Después de aquello, silencio. Espeso, revelador. Rosaura esperaba algo más, comprensión quizá, pero los rasgos de Félix permanecían tan inexcrutables como su mente cuando regresó a la ventana, con ademán oscuro y pensativo.

—No volverás a separarte de mí, Rosaura. No te pido que vayas donde yo vaya, solo... Solo quiero tenerte siempre a la vista. Excepto en tus momentos íntimos, claro.

—Claro.

Cuando al fin decidió girarse, Rosaura vio que le sonreía con aquel aire pícaro y desenfadado que había dejado en el olvido y que empezaba a emplear de nuevo con ella.

—Ahora lo que tienes que hacer es reponerte cuanto antes para poder llevar a cabo nuestros planes —afirmó, sentándose en el borde de la cama, tan cerca de ella como pudo—. Tenemos el espejo. Si así lo deseas, podemos averiguar si habrá una nueva lluvia de estrellas antes del plazo marcado por Irene y regresar.

—¿Sin la carta puebla?

—Pero con el documento que prueba la traición de don Gonzalo. Nuestro perseguidor ignora su existencia, así que el mayor peligro para ti se quedaría aquí. Lo demás dejaría de tener importancia.

—¿Y si es una imitación? No se me había ocurrido pensarlo...

—Irene quiere llevarlo al hombre que la ha ayudado antes de buscar la carta puebla.

Aquello la desconcertó.

—Un momento. ¿Sabías que podíamos buscar la carta y aun así te ofreces a marcharte sin ella?

—Ya te lo he explicado antes. No me hagas repetírtelo.

Su tono de voz sonó cortante, seco, pero su gesto parecía tan mortificado que Rosaura tomó su cara entre las manos y le estampó un sonoro y rápido beso en los labios sin más pretensiones.

—No te lo haré repetir, capitán —murmuró con el pecho encogido de dicha.

Ernesto era un hombre que había sobrepasado los cincuenta, pero con una constitución fibrosa, ágil para su edad, que recibió a todo el grupo con los brazos abiertos en su casa, situada en pleno centro de Santillana del Mar. Un piso pequeño decorado a la antigua usanza con un despacho lleno de objetos similares a los que Irene tenía en su tienda.

Ella los presentó como un grupo de amigos que habían ido a Santillana a pasar unos meses sabáticos hasta poco antes de las Navidades, pero se extrañó al ver su aspecto cansado. A Ernesto le gustaba el deporte, el aire libre y la vida saludable. Tenía una agilidad envidiable y una

vitalidad impresionante que ese día parecía un poco apagada.

—¿Estás bien? —preguntó Irene.

—Ah, no te preocupes. Los años, que no perdonan —se excusó, moviendo la mano para restarle importancia—. En fin, dime qué te ha traído hasta aquí, te conozco desde que empecé a trabajar para tu abuela. Para venir sin avisar y tan acompañada, es que el asunto es urgente. ¿Es esta la chica que desapareció en una de las cuevas y casi muere por un dardo envenenado?

Irene soltó una carcajada al ver cómo señalaba a Rosaura.

—Santillana no deja de ser un lugar muy pequeño para determinadas cosas. Sí, se trata de ella. Y también es la dueña del sello que te traje hace unos días, ¿recuerdas?

—¿Cómo me voy a olvidar? Últimamente te rodeas de objetos valiosos y únicos.

Su mano acogió la de Rosaura para verificar que el sello de Laín seguía en su dedo y era el mismo que había examinado en su momento. Por un breve instante, sus ojos relampaguearon, antes de dirigirse al espejo que Irene le mostró sin más preámbulos.

—Ayer Nuño encontró esto en mi casa, y me preguntaba si podrías avalar su autenticidad.

Ernesto lo cogió con sumo cuidado para depositarlo sobre la mesa de su despacho. A continuación, abrió un pequeño maletín del que extrajo unos guantes de algodón y una lupa con la que se inclinó sobre el espejo para examinarlo a conciencia.

Todos parecieron contener la respiración, a la espera, hasta que, con unos ojos como platos, el hombre los miró uno por uno.

—Es auténtico, Irene —musitó con asombro—. Al menos, eso parece dados los instrumentos de que dispongo ahora mismo. Con un examen más exhaustivo podría datarlo al milímetro, pero basta decir que el símbolo de la flor de los siete pétalos, el material utilizado en su construcción, la ausencia del cristal... son signos que me hacen pensar en los siglos posteriores a la invasión árabe. Entre el IX y el XI, me atrevería a decir. Y, si es así, su valor sería incalculable en el mercado. ¡Has descubierto una verdadera joya! ¿Piensas ponerlo a la venta? ¿Donarlo a un museo, tal vez?

—Se trata de un recuerdo familiar. No tiene precio, al menos para mí, así que me lo quedaré.

El especialista la miró con auténtico estupor. Se quitó las gafas con mucha lentitud, antes de devolverle el espejo y achicar los ojos en dirección a los recién llegados.

—Y es por cosas como esta que sigo siéndote fiel, Irene. Sabes que si lograras venderlo a algún coleccionista excéntrico te harías rica, ¿verdad? Podrías terminar las reparaciones y convertir el terreno que te dejó tu abuela en esa granja escuela que tanta ilusión te hace. Aunque es tu espejo, es tu decisión. —Con un suspiro de resignación, Ernesto le echó un último vistazo antes de devolvérselo y sustituir su expresión calculadora por otra mucho más afable—. Chicos, espero veros más a menudo por aquí. Muchacha, me alegra comprobar que lo que quiera que te pasase no fue más que un susto —añadió, dirigiéndose a Rosaura—. Ojalá todo se solucione pronto.

Tuvieron el resto del día para caminar por las calles empedradas de Santillana, estrechas y empapadas de otros tiempos, llenas de una historia de diversos matices que descubrieron en su visita al museo dedicado a las torturas de la Inquisición. Contemplaron absortos, escandalizados y sobrecogidos la inmensa colección de objetos dedicados al sufrimiento ajeno, mientras atendían las explicaciones de Irene al respecto. Y, cuando salieron de allí, Félix preguntó cuál sería el siguiente destino. No soportaba la sensación de indefensión que lo acometía en aquellas calles. Vestido con los ropajes adecuados para pasar desapercibido, pero sin sus armas, se sentía desnudo. Indefenso.

—La colegiata de Santa Juliana —reveló Irene—. Allí conservan el Libro de Regla, un cartulario que compila documentos relativos a la concesión de títulos, propiedades y demás,

anteriores al siglo XII. Podemos empezar por ahí.

Cuando avistaron la plaza en mitad de la cual se erigía la iglesia de la colegiata, un nudo de emoción se alojó en la garganta de Félix. Penetrar en aquel edificio extraordinario de origen románico fue como volver a casa, al mismo tiempo que se dio cuenta de lo equivocado que estaba en sus apreciaciones. No había ningún representante de Dios oficiando ceremonia alguna, pero el lugar no dejaba de ser visitado por personas que entraban y salían, y muchas que se quedaban a orar.

Las imágenes parecían tan reales que los cuatro se quedaron absortos contemplándolas. Irene tuvo que levantar la voz para llamar su atención y llevarlos a un rincón de la nave central. Allí, dentro de una urna de cristal, descansaba el libro del que ella les había hablado.

—No podemos tocarlo —se quejó Rosaura—. ¿Cómo sabremos si contiene la carta puebla de Félix?

—No es necesario, muchacha. Acabo de verlo.

El destino volvía a mostrarle un camino aparentemente fácil de cruzar, pero difícil de solventar.

Todas las miradas se dirigieron a Félix, que señalaba la urna. Junto al libro, y como una muestra más de lo que probablemente contenía su interior, aparecía un pergamino desgastado por el tiempo con los bordes recortados de forma irregular y la marca inconfundible del sello de Proaza junto al nombre de don Gonzalo. Todos permanecieron en silencio mientras leían su contenido con dificultad, puesto que los trazos de tinta aparecían borrosos en algunos pasajes. Y el suspiro de sorpresa también fue colectivo.

—Buen Dios, Félix, ¡es tu carta puebla! —exclamó Rosaura, completamente emocionada por el hallazgo—. ¡Tenemos que recuperarla! ¡Tenemos que...!

—Encontrar la verdadera. —Sus ojos se hallaban clavados en la parte posterior del documento. Donde debería haber una mancha de tinta que no estaba—. Estaba presente cuando don Gonzalo la redactó. Esta es una copia. Muy lograda, probablemente muy antigua, pero una copia.

—¿Estás seguro?

Félix miró a Irene con las cejas alzadas.

—Yo estaba allí, mi señora. Puedo aseguraros que me acuerdo.

—Bien. —Ella miró a su alrededor con disimulo, sacó el móvil e hizo una foto a la carta puebla con tanta rapidez que nadie pareció darse cuenta. Después, con una sonrisa de lo más inocente, señaló la salida—. Ya podemos marcharnos.

—Hay que ir a por el espejo. A su casa.

La orden no admitía réplica, pero ella comprobó que aquel insignificante hombre se atrevía a apartarse de ella, completamente desnudo después de haber copulado como animales, para dirigirse a la otra punta de la habitación.

Le sonrió de ese modo oscuro y perverso, sabiendo que manejaba la situación, estuviera donde estuviese, con la tranquilidad que otorgaba el control de su mente de forma irremediable.

Sabía que su aspecto joven y atractivo lo atraía tanto como su mirada, mucho más antigua que el mundo, lo repelía, pero en aquel momento no estaba para juegos.

—¿Por qué piensas que puede estar allí? —osó preguntarle.

—Porque Rosaura y Félix conocen su poder. Su importancia. Y después de que Rosaura se te escapara y casi muriera...

—¿No era eso lo que querías?

Ella entrecerró los ojos. A pesar de que hacía tiempo que él estaba a su merced, en ocasiones como aquella dudaba de la efectividad de sus dones.

¡No!, estuvo a punto de gritarle. Quería recuperar el espejo para acceder a la carta puebla que encumbraba a Félix como señor de Proaza, al mismo tiempo que desposeía a Rosaura de su protección. Además, era imprescindible para realizar el viaje de vuelta a su siglo. ¡La esposa de don Nuño así se lo había dicho a Rosaura en su momento! Quería deshacerse de ella para poder embaucar al capitán, tal y como había hecho con su predecesor. Y necesitaba saber el momento exacto en el que podría volver con todos sus tesoros para hacer uso de su nuevo poder.

Félix debía sufrir antes de despojarlo de todo lo que, gracias a la carta puebla, había conseguido.

—Quería utilizarla antes de matarla, mi señor —aclaró con fingida dulzura—. Pero fallaste.

—Si ese capitán no la hubiera encontrado...

—Deja a Félix de mi cuenta. Ahora tu misión es bastante más sencilla que hacerte cargo de una pobre muchacha indefensa, ¿no crees? —preguntó con ironía, pero con la amenaza implícita bajo aquel tono de voz aparentemente amable—. Me lo debes, mi señor. Y me lo pagarás.

No era una sugerencia, sino una orden. Se acercó a él igualmente desnuda con pasos medidos, pausados, hasta que lo arrinconó contra la pared. Sonreía, pero era una sonrisa que desvelaba una pequeña parte de la crueldad que podría utilizar con él, cuando posó uno de sus dedos en el mismo centro de su pecho.

El efecto fue inmediato. Ella sintió cómo su corazón se retorció dentro. Cómo dejaba de latir por un instante, logrando que la sangre se detuviera en sus venas, que un sopor progresivo lo dejara sin fuerzas y que el aire no pudiera penetrar en sus pulmones.

Aun así, tuvo la osadía de mirarla a los ojos. «¡Pobre diablo!», pensó con regocijo. No sabía que, de ese modo, se introducía en ellos. Que, de esa manera, ella le dejaría ver algo que le provocó un grito oscuro, primitivo, antes de que ella desviara el dedo y le permitiera vivir.

—¡Me diste el dardo para utilizarlo si tenía problemas con ella! —logró balbucear el hombre entre bocanadas de aire, incapaz de impedir que su espalda resbalara por la pared hasta terminar sentado en el suelo, observándola desde su posición de inferioridad—. Pero ¡no soy un asesino!

—Tampoco eres un secuestrador, aunque te la llevaste —afirmó ella, enarcando una ceja—. Ni eres un ladrón, aunque te hiciste con un coche que no era tuyo. Volverás a hacerlo si deseas conservar la vida y obtener venganza. Un don por un don.

Le dio la espalda, en la seguridad de que lo tenía completamente sometido, para empezar a vestirse. Cuando se giró, disfrutó de su rostro distorsionado, de su mirada vacía, de su mente carente de pensamientos que no estuvieran supeditados a ella.

Y saboreó la respuesta justo antes de que esta se produjera.

—De acuerdo. Iré —afirmó él, luchando por no ponerse a llorar como un niño.



Veintiocho

El hombre vestido de juglar danzaba al son de la música de sus compañeros, mientras recorrían las calles entre cánticos y vítores.

Era una muestra del llamado Festival de Música Infrecuente. Una celebración que transcurría justo el día después de que Rosaura recibiera el alta en el hospital. Así que allí estaban todos juntos, con Raúl incluido, disfrutando del ambiente festivo de muy diversas maneras.

Él, junto con Nuño y David, permanecían apoyados en la barra de uno de los muchos bares que permanecían abiertos, bebiendo cerveza como si fuera agua, mientras Rosaura bailaba, reía y saltaba en buena compañía.

A lo mejor era su manera de seguir su propia recomendación. Le había prometido espacio, y ella había decidido llenarlo con...

«No. ¡condenación, no!». Todo en él se rebelaba al pensarlo. Ni siquiera era capaz de terminar el razonamiento en su cabeza sin gruñir como un animal en celo al apreciar su figura. El contorno de sus pechos bajo el corpiño de tirantes ajustado de aquel vestido de flores o la forma esbelta de sus piernas cuyos muslos ocultaba la falda vaporosa.

Siseó su frustración y echó un buen trago.

Su deseo por Rosaura no se amoldaba a su disciplina, sino que crecía de manera independiente cuanto más grande era su esfuerzo por contenerlo, aunque, ¿quién se lo reprocharía? Aquella noche estaba preciosa con su cabello recogido en una cola de caballo que dejaba al descubierto un delicioso y esbelto cuello. Apenas se había maquillado, pero sus rasgos naturales no necesitaban de artificios para dejarlo loco de celos y débil, muy débil.

—No te preocupes, Hércules. Rosaura se lo está pasando de vicio, pero siempre puedes acompañarla.

Félix miró a David como si hubiera proferido el peor de los insultos, aunque su ceño se relajó cuando escuchó reír al sargento.

—No sé bailar —reconoció con un bufido.

—Entonces, quédate con nosotros. ¿No ves que Irene la protege como si fuera un perro de presa?

—Mejor harías en controlar a ese perro de presa para que no termine por clavarte los dientes. ¿Crees que soy el único que se contiene? Somos tres hombres cuyas mujeres están ahí, bien cerca, pero, al mismo tiempo, muy lejos.

—Demasiado —murmuró Nuño.

—Brindemos por las meteduras de pata. —David hizo chocar su botellín con el de ellos y sonrió con amargura—. ¿Qué queréis que os diga, tíos? La cagué bien cagada una noche muy parecida a esta, porque iba de birras hasta el culo y había discutido con ella. Una pelirroja que

estaba buenísima se me puso a tiro y...

—Disparaste.

—Veo que vas comprendiendo la jerga de este siglo, capitán. Disparé y todavía me estoy arrepintiéndome, aunque solo fueron un par de morreos sin consecuencias...

—¿Morreos?

—Besos con lengua, Nuño. Tardé un par de horas en comprender que era Irene quien me interesaba y no aquella tía, y estoy tardando meses en demostrárselo. Pero creo que voy por buen camino, ¿no os parece? —La señaló con la boca del botellín antes de darle otro trago—. A veces la sorprendo mirándome como antes, como si quisiera comerme con los ojos.

—Que te coma con los ojos es una cosa y que lo haga de verdad es otra —intervino Nuño.

—Nos hemos besado. Yo empecé, y ella me siguió. Pero tampoco quiero presionarla. Sé que si vuelvo a cagarla no tendré otra oportunidad. Con Irene, no.

—¿Y tú, capitán? —Nuño miró a Félix con malicia—. Estás muy callado. ¿Qué hay de ti y de doña Rosaura? Hoy está especialmente hermosa...

—Ella es hermosa.

—Hay muchas mujeres hermosas. ¿Es más hermosa que el resto?

—Ella es más que el resto. Así de simple.

—Joder, sí que estás pillado —comenzó David con un silbido de admiración—. Cuando un tío es capaz de afirmar ese tipo de cosas de una mujer, es que realmente lo tiene agarrado por los huevos.

Félix sonrió al comentario, pero la sonrisa se le borró de la boca cuando vio a Rosaura apartarse del resto en compañía de Raúl.

—No estoy acostumbrado a beber, sargento —aseguró. Trató por todos los medios de desviar la mirada, pero era como si sus ojos se le hubieran quedado prendidos en ella—. Este brebaje nuestro nubla el entendimiento de una manera muy dulce y progresiva.

—Vamos, como te gustaría perderlo con tu chica, ¿eh? —David le dio un codazo, y Nuño soltó una carcajada—. Echando un buen polvo... Pues, adelante, no te cortes. Yo no soy muy experto en mujeres, pero me da que esa de ahí tiene las mismas ganas que tú.

—Está con Raúl.

Y pronunciar su nombre equivalía a llenarse la boca con varios quintales de arena.

—Raúl es un pichabrava. Un picaflor. No dejará pasar la oportunidad de tirarse a una chica que le guste salvo que ella le pare los pies.

—¿Quieres decir que...? —El resto se le atascó en la garganta cuando David asintió—. ¿Y sin proponerle siquiera matrimonio?

—Una cosa son las ganas de follar y otra atarse para toda la vida. —David terminó por encogerse de hombros y señaló a la pareja con el botellín de cerveza en la mano—. De todos modos, si no confías en que ella sea perfectamente capaz de mandarlo a la mierda, puedes intentar llevártela antes de que lo haga él.

—¿Llevársela? ¿El capitán? —La carcajada de Nuño consiguió que le mirara todavía más malhumorado—. Su honor se lo impedirá, seguro, aunque... No sé, Félix, es posible que David tenga razón. Si no lo intentas...

Gruñó de pura impotencia. Debía intentarlo, aunque por otras razones diferentes de las que aquellos dos cabezas huecas insinuaban. Aquel momento, sin duda, sería tan bueno como cualquier otro para hablar con ella, ¿verdad? Si adivinaba que lo que en realidad quería era apartarla de moscones inapropiados como el sanador, ya vería cómo capeaba el temporal.

Con un gruñido se encaminó hacia ellos, pero de pronto se detuvo.

—Condenación... —murmuró, apretando las piernas—. Tengo la lengua pastosa, por no hablar de la vejiga. Puedo pasar por un cobarde ante vuestros ojos, don Nuño, pero odiaría parecer un patán delante de ella, por mucho que lo que me apetezca sea agarrar a Raúl y...

—Eso tiene fácil arreglo. —David tiró de su brazo, tambaleándose, y se lo llevó a un pequeño descampado al final de la calle. Tropezaban cuando los tres se detuvieron, entre risas, de espaldas a la multitud—. ¿Hace una competición?

—¿De qué?

—¿Pues de qué va a ser? ¡Vamos a ver quién llega más lejos!

Después de las cervezas le costaba preservar la seriedad, así que cuando vio cómo Nuño y David echaban mano a sus respectivas braguetas, soltó una risotada, comprendiendo.

—Oh, Señor, ¿qué están haciendo?

—Bajarse la cremallera para ver quién mea más —informó Raúl, ante su completo estupor—. Son unos cerdos, pero son buenos tíos.

Sonrió, satisfecho por la compañía que se había procurado aquella noche, después de aceptar la invitación de Irene. Cuando la comparsa volvió a pasar por su lado con su música alegre, tomó las manos de Rosaura entre las suyas y la hizo girar cada vez más rápido, al compás de los acordes, hasta que ella tropezó y cayó, literalmente, sobre su pecho.

—Eh, cuidado o empezaré a pensar que te me estás insinuando.

—¿Yo? —Para cuando se dio cuenta de que era una broma, ya tenía las mejillas encendidas y los enormes ojos verdes clavados en los de él y en su mirada profunda de auténtico interés—. Per... Perdona, no...

—Te perdono si aceptas dar un paseo conmigo —propuso. Rosaura miró los alrededores con desconfianza, pero Raúl sonrió—. No pretendo aprovecharme de ti. Solo quiero salir un poco de este barullo. No me gusta hablar a gritos. ¿Hace?

—De acuerdo.

Sus ojos no se apartaron de Félix mientras caminaba junto a Raúl por las calles empedradas, propias de siglos pasados, pero no tan antiguas como ellos. De hecho, solo centró su atención en el doctor cuando la detuvo con el ceño fruncido.

—No me escuchas —le recriminó.

—Perdona, estaba en otro sitio.

—Bueno, supongo que es cosa mía hacer que vuelvas. —Raúl deslizó sus dedos entre los de ella de un modo tan sutil que apenas se dio cuenta hasta que vio sus manos enlazadas—. Te decía que sigues llevando el sello en tu dedo. ¿Echas de menos a tu marido?

—Antes echaría de menos al diablo —farfulló.

Raúl soltó una carcajada que se cortó en cuanto ella se apartó de aquel contacto.

—Ha sido una suerte que Irene se topara contigo aquella noche —apreció.

—Ah, ¿sí?

Félix parecía vagabundear sin un destino fijo. Con las manos en los bolsillos del pantalón y sin demasiada estabilidad, se abrió paso entre la gente en un intento poco disimulado de seguirla.

—Sí. Somos amigos desde hace muchos años, ¿sabes? Cuando se trasladó aquí a vivir con su abuela tendría unos trece años, más o menos. Así que la conozco como a la palma de mi mano. A ella y a todo lo que le rodea, incluido su lio con David. Ser amigo de los dos es un poco complicado, ¿sabes? Ese cabronazo le rompió el corazón, aunque ahora se esté ganando el cielo.

—Espero que lo consiga.

—Yo también espero ganármelo. Contigo.

Félix detuvo su errático paseo y movió la cabeza entre la multitud, como si estuviera buscando a alguien. Rosaura esperaba que fuera a ella, pero las últimas palabras de Raúl volvieron a sacarla de su ensimismamiento.

El doctor se había detenido delante de ella, obstruyéndole la visión.

—Me gustaría invitarte a cenar mañana, después de pasar el día en la playa. ¿Qué dices?

Ella no le respondió enseguida. Estaba demasiado sorprendida como para hacerlo.

Aunque no debería estarlo, ¿verdad? Raúl era un hombre joven, simpático, atento, agraciado y que la trataba con cortesía.

Pero no era Félix.

No despertaba en ella el menor deseo, ni siquiera una mínima atracción.

—Verás, Raúl, creo que lo mejor será...

En ese momento volvió a localizar al capitán. Y él a ella. Cuando sus ojos se encontraron, su corazón se detuvo. Parecía triste, resignado. En un principio ella creyó que se acercaría, pero lo que hizo fue darse media vuelta y alejarse en la dirección contraria.

—Lo siento, pero no puedo aceptar —añadió, soltándose de la mano de Raúl—. Si me disculpas, acabo de recordar que tengo que ir a un sitio...

No se le ocurrió otra excusa para ir detrás de Félix, pero tampoco le importó.

Ya hablaría con el doctor más tarde.

En ese momento, lo primordial era su capitán. Su decisión.

Su corazón y su alma.

—Félix, ¡espera!

Apenas le dio tiempo a volverse antes de encontrarse con su precioso cuerpo pegado al de él, por medio de un abrazo intenso, lleno de sentimientos y emociones que traspasaron su ropa, su piel, para llegarle directo al pecho. Para llenar el vacío que parecía haberse instalado en él.

—Rosaura...

De pronto, las personas que pululaban a su alrededor dejaron de existir. También la música, la algarabía, las risas y los llantos. Todo se llenó de una extraordinaria paz cuando Félix la envolvió en sus brazos con los ojos cerrados y una silenciosa plegaria de agradecimiento elevada al cielo oscuro.

La tenía allí, con él. Temblando de emoción entre sus brazos. Con el calor que manaba de cada poro de su piel contagiándolo. Con su aroma a mujer envolviéndolo.

Le costó un mundo apartarla lo justo para poder observar la expresión de su rostro; pero, cuando lo enmarcó entre las manos, fue completamente consciente de que volvía a recuperar el corazón que una vez perdió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, recordando de pronto al sanador con los ojos entrecerrados y una sombra de sospecha en ellos.

Si le había hecho algún daño...

Rosaura sonrió y negó con la cabeza, respondiendo así a su pregunta. Las lágrimas le mojaban las mejillas, pero Félix comprendió su significado. Eran de alegría, de emoción.

Eran lágrimas de alguien que acababa de tomar una decisión que le liberaba. Para siempre.

—Que no sabía bailar —bromeó, tirando de él en dirección a donde se hallaban los músicos—. ¿Me haces el honor, capitán?

—¿Yo? —Félix carraspeó para espantar la sensación de pánico cuando ella asintió—.

Muchacha, soy un guerrero, no un bailarín.

—Eres el señor de un poderoso señorío. Danzar al son de la música que se toque formará parte de tus muchas obligaciones.

Los ojos verdes chisporroteaban de placer mientras lo provocaba con aquellas palabras.

Y él terminó por ceder gustoso.

La hubiera acompañado al fin del mundo si hubiera sido necesario. El alcohol le hacía sentirse más ligero, más desinhibido, así que no tuvo problema en seguir el ritmo de la música y girar vertiginosamente con Rosaura cogida de las manos, como si de verdad estuvieran en su mundo, celebrando lo que a partir de ese momento cambiaría entre ellos para siempre.

Rio sin ataduras cuando tropezó, y sonrió como un auténtico bobo cuando fue ella quien se enredó con sus pies y tuvo que sujetarla con firmeza de la cintura para evitar que cayera. La retuvo así, al mismo tiempo que apretaba los dientes y sentía cómo su excitación crecía imparable. En ese momento, el mundo se detuvo a su alrededor. Con sus respiraciones agitadas y sus cuerpos pegados, se quedaron mirándose en un silencio atronador, hasta que Rosaura alargó una mano para tocar sus labios completamente ensimismada por su tacto.

Un ramalazo de deseo lo atravesó como un rayo.

—¿Entiendes lo que acabo de decirte? —le dijo ella con voz temblorosa.

Por completo. Sin palabras. Sin intromisiones inoportunas en su mente. Con un simple gesto que para él supuso el cielo dentro de su propio infierno.

—¿Por qué, Rosaura? —Félix acarició el contorno de su barbilla con el dedo, eufórico por la sensación de victoria que lo embargaba—. ¿Por qué me has perdonado?

—Porque el único perdón que necesitas es el tuyo, y alguien tenía que decírtelo. He considerado todo lo que puede dañarte, sin tener en cuenta que es lo mismo que me puede dañar a mí. Permaneces aquí, atrapado, por mí. No dudaste a la hora de seguirme, aun sin saber a dónde te llevaría mi viaje. Y, después de contarme aquello que te atormentaba, te has hecho a un lado para permitirme decidir. Por todo eso, y por mucho más, te pido mil disculpas, mi señor.

Con toda la humildad del mundo, sin importar que estuvieran rodeados de gente, Rosaura se inclinó ante él antes de que sus manos rudas la obligaran a ponerse en pie.

—¡No vuelvas a hacer algo así nunca! —Su exclamación terminó siendo un ruego que acompañó con la ternura de su mirada—. No deberías temer por mí ni...

—Si todo tu pasado sale a la luz cuando volvamos, de nada servirá lo conseguido aquí. Terminarás siendo mucho menos que el capitán de mi tío. Pero yo estaré contigo, tal y como tú estás conmigo. Si tú puedes dar tu vida a cambio de mi honor, ¿por qué no puedo yo dar mi honor a cambio de tu vida? ¿O es que crees que yo no te amo tanto como puedas amarme tú?

—Creo que jamás llegarás a entender la naturaleza y la profundidad de lo que siento por ti.

—Explícamelo, capitán.

—¿En serio quieres que lo haga?

Ella asintió, demostrando una confianza que lo sobrecogió. Eran tantas las cosas que se manifestaban en su cabeza para dar esas explicaciones que tuvo que apartarla para no llevarlas a cabo allí mismo. Con una sonrisa sesgada y un brillo malicioso en sus ojos negros, Félix la cogió de la mano y atravesó el pueblo en su compañía. Necesitaba la intimidad que le proporcionó una pequeña arboleda cercana, iluminada por los reflejos de las luces de las calles, la tranquilidad de la naturaleza y también la paz de espíritu que ella le proporcionaba con una sola de sus sonrisas.

—No pretenderás atentar contra mi honor, ¿verdad? —bromeó Rosaura.

Él tomó asiento junto al tronco de un árbol y tiró de ella para que lo acompañara.

—Muchacha, hay muchas maneras de rehuir el honor en aras de otras emociones —afirmó sin

soltar su mano—. Solo pretendo librarte de ellas y protegerte de los instintos más bajos de un hombre.

—¿Y eso por qué?

—Porque he descubierto que eres una mujer a la que no me cansaría de contemplar a la luz de la luna, de unas velas o de la hoguera; a la vez que admiraría todos sus atributos, incluida su inteligencia. Por eso.

Todo su rostro se iluminó cuando lo escuchó. Se inclinó sobre él, hasta que sus bocas estuvieron a una distancia demasiado corta como para no percibirse.

—¿Me contemplas?

—¿Cómo, si no, podría vigilarte cuando ese Raúl anda cerca, muchacha?

Igual que se acercó, Rosaura se apartó ante la mirada divertida de Félix.

—Me vigilas.

—Ese imberbe...

—Tiene barba. Y es mayor que tú. Treinta años.

—Cree que puede tenerte, pero no te tendrá a menos que tú lo quieras, porque ese es tu poder, aquí o en cualquier otro lugar. ¿Es lo que quieres? —Presionó sus hombros y se acercó, mostrándole su anhelo contenido. Rosaura negó con la cabeza, y la boca de Félix se torció con alivio—. Bueno, menos mal. Pensé que...

—Estás celoso.

—¿Qué? No, para nada.

Se encogió de hombros intentando aparentar indiferencia, pero ella terminó estallando en carcajadas que le demostraron que no le creía en absoluto.

—¡Estás celoso! —repitió—. Aunque no deberías, capitán. Si hubieras aprendido a confiar en lo que sientes y no solo en lo que ves, lo comprenderías. Eso es lo que yo hago.

—¿Y qué sientes?

—Que eres leal a mí, de una manera que ni siquiera tú conoces del todo.

—Te hubiera seguido hasta el fin del mundo. No lo olvides nunca.

Rosaura contuvo la respiración cuando él le sujetó las manos entre las suyas con vehemencia, pero con tanta ternura que la desarmó. Casi sin pretenderlo, su mirada se quedó clavada en aquella boca que se había posado sobre la suya hacía ya una eternidad.

—Acepto todo lo que eres, Félix —afirmó, súbitamente seria—. Cada rasgo de tu pasado, sea de la naturaleza que sea, porque forma parte de ti, al igual que mi pasado forma parte de mí. Tú me ayudaste a convertirme en la mujer que soy ahora. Por favor, permíteme ayudarte a volver a encontrar al hombre que una vez fuiste. —Las manos en torno a sus hombros aflojaron la presión para deslizarse poco a poco por sus brazos. Los ojos negros se oscurecieron todavía más y su mandíbula se endureció—. ¿Me lo demostrarás? —Él asintió sin titubear, y Rosaura se armó de valor cuando su mirada se quedó clavada en los labios carnosos que tenía tan cerca—. Si decido besarte, ¿me rechazarás?

—Oh, buen Dios... Si no estuviera tan excitado ahora mismo, me reiría de tu ocurrencia, muchacha.

Rosaura se lamió los labios y se acercó más a él. Alejó de sí cualquier signo de nerviosismo y se inclinó hacia su boca, hasta que chocó con ella. Cerró los ojos un instante, recreándose en el tacto acogedor y cálido que le proporcionaba, pero no se sintió capaz de llegar más allá.

—Bueno... —musitó cuando logró apartarse un poco—. Si tuvieras que puntuar el grado de satisfacción que sientes ahora mismo del uno al diez, ¿cuál sería?

—Pues no sé... Un siete.

—Un siete es un buen número. ¿Eso quiere decir que te gustó?

Félix apoyó la cabeza contra el tronco del árbol y fingió despreocupación.

—No estuvo mal —concluyó.

—Ya. Un siete y no estuvo mal.

—Rosaura, ¿a dónde quieres llegar?

Ella carraspeó y lo miró de reojo. Si lo demoraba más nunca se atrevería, así que volvió a intentarlo. Con más ahínco, con más pasión. Lamiendo los labios masculinos como él le había enseñado y aventurándose al interior de la boca con su lengua cuando esta se entreabrió.

En aquella ocasión, las manos de Félix se anclaron en su cintura con una fuerza tan repentina que le costó soltarse para observar su reacción.

—¿Y este? ¿Supera el siete? —logró preguntar con un mínimo de dignidad.

Él no se movió. Pero la miraba. ¡Y cómo!

Parecía que los fuegos del infierno se habían concentrado en sus ojos.

—Digamos que... un ocho —murmuró con la voz enronquecida.

—Vaya. Tendré que esmerarme para llegar al máximo. —Se levantó para colocarse frente a él, respiró hondo, le cercó la cara con las manos y apretó más contra su boca. Un simple contacto que terminó de la misma forma que el anterior—. ¿Me voy acercando?

No esperaba la respuesta que recibió.

De pronto, se vio impulsada hacia el firme y caliente regazo de Félix con tal ímpetu que tuvo que sujetarse a su cuello para no caer. El aire se condensó a su alrededor. Él la sujetaba por la cintura sin hacer otro movimiento que delatara su estado excepto aquella presión bajo su trasero.

—Si pretendes confundir a alguien de esa manera, más vale que aprendas —susurró.

—¿Me vas a enseñar tú?

—Si insistes...

Inclinó su cabeza hacia ella. Sus labios se rozaron con suavidad, pero con tanta intensidad y magia que Rosaura empezó a percibir aquella deliciosa humedad como si estuviera limpiando todo el dolor que los había rodeado para ser sustituido por la esperanza. Abrió la boca lentamente, invitándolo a entrar. Recibiendo su lengua con la de ella en una danza ancestral que consiguió que aquel enorme cuerpo se envarara, apretándose contra el suyo.

Félix abandonó su cintura y desplazó las manos hasta sus mejillas. Las acunó sin separar sus bocas, mientras, al mismo tiempo, adelantaba poco a poco sus caderas para que ella notara su erección. El calor que desprendía. El inicio de un camino sin vuelta atrás.

A pesar de que su sangre rugía en las venas por la pasión largo tiempo reprimida, siguió besándola, pero controló su impaciencia. Despacio, con suavidad. Con una intimidad que la hizo ser consciente de cada matiz, de cada paso que él daba. Solo se apartó de su boca para repasar a conciencia la línea de su mentón y regar de pequeños besos el hueco de su cuello. Y sonrió cuando la sintió estremecerse al contacto de las yemas de sus dedos contra el nacimiento de sus pechos.

Todos sus instintos más primarios rugieron a un tiempo, demandando una satisfacción que tenía al alcance de la mano. Su ingle palpitó contra ella cuando desplazó la mano libre a lo largo de su suave pantorrilla en sentido ascendente, pero aún quedaba algo de cordura en él.

La empleó anclado a su rodilla, mirándola a los ojos.

—¿Estás segura? —musitó.

—Quiero saber cómo es de verdad, Félix. —Ella asintió con la cabeza apoyada en su pecho—. Sé que respetarás mi honor, que lo preservarás. Que seguirás protegiéndome.

—¿Ese es tu deseo, Rosaura?

Los brazos masculinos la cercaron con más ahínco, con más calor, cuando ella asintió.

—Confío en ti al completo.

—Entonces espero no decepcionarte.

Rosaura se estiró todavía más cuando sintió los dedos masculinos vagando a lo largo del interior de su muslo. Lentamente, pero con intensidad. Provocándole un placer inesperado y desconocido del que deseaba más. Solo del hombre que no dejaba de mirarla mientras avanzaba en su exploración por aquel tramo de piel caliente, suave, que deseaba saborear, tomar de mil formas distintas.

El cuerpo de Félix reaccionó con violencia ante el contacto. Todos sus músculos, entrenados para el sufrimiento extremo, parecieron licuarse cuando la punta de sus dedos alcanzó a tocar el tejido de la ropa interior de Rosaura. Su corazón le latía en el pecho, en las sienes, en el cuello y entre las piernas; pero se obligó a mantener la calma. Tragó saliva y se detuvo de nuevo.

—Rosaura, ardo en deseos de tomarte aquí mismo, pero quiero que ese momento sea especial. Para los dos —añadió en mitad de una respiración errática que delataba su estado de excitación—. Y este no es un lugar digno de ti.

Ella levantó la cabeza con una mirada confundida, pero no dejó de aferrarse a su robusto cuello ni se apartó lo más mínimo. Seguía sintiendo el fuego que los dedos de Félix prodigaban a cada paso que daba. Seguía anhelando todo lo que pudiera darle, pero comprendía lo que quería decir.

—Félix, te amo —fue todo lo que pudo expresar con palabras.

Él, en cambio, se veía incapaz de hablar.

Volvió a apoderarse de su boca, esa vez sin contención. No fue un beso. Fue una fusión completa. Rosaura no hubiera podido rechazarlo ni aunque hubiera querido. Sentía la invasión total de su lengua como si estuviera besando a un animal salvaje. Sentía sus dientes deslizándose sobre su lengua mientras succionaba dentro de su boca. La presión de su endurecida ingle contra su trasero. Su mano enganchada al borde de su ropa interior, inmóvil.

Y una mirada de deseo descarnado acompañada de una sonrisa tan pícaro que el corazón se le detuvo en el pecho cuando la apreció.

—No hay nada con lo que yo pueda pagar semejante declaración, aunque puedo acercarme. — Se aproximó a su oído y mordisqueó el lóbulo de su oreja, mientras sus dedos al fin empezaron a moverse hasta colarse en el interior de su ropa. En el punto más íntimo de ella. El que palpitaba y se humedecía sin que ella conociera las razones—. Existen tantos medios de preservar tu doncellidad como maneras de gozar sin peligro.

—No... soy... doncella.

—Para mí lo eres. No ha ocurrido nada hasta este momento, ¿comprendes? Todo lo que ocurra, será a partir de ahora. Solo entre los dos.

Y se dedicó a demostrárselo.

Su mano aparecía completamente oculta bajo la tela de las bragas cuando cubrió su sexo por completo, pero Rosaura perdió el control en el mismo momento en que sus dedos se impregnaron de su flujo de excitación. Sus piernas parecieron de mantequilla cuando él empezó a moverlos en círculos, esparciendo la humedad por sus pliegues más íntimos.

Se apropió nuevamente de su boca. No dejó de besarla mientras la acariciaba con intensidad, con dedicación. Sabiendo a cada momento el efecto que causaba en ella aquella firme y creciente presión en el centro de su vientre, que se extendía por el resto de su cuerpo como si fueran tentáculos dispuestos a asfixiarla de puro placer.

—Félix, ¡por favor! —rogó.

Él la apretó más contra sí mismo e incentivó el ritmo de las caricias.

—¿Quieres que pare? Solo tienes que decirlo...

—No... lo... sé...

—En ese caso, sigue tus instintos.

Ya lo hacía. Su cuerpo guiaba sus movimientos, sus reacciones, el ritmo de su respiración y su transformación progresiva. Estaba extasiada, sorprendida, pero completamente entregada a aquello que sentía. El otro brazo de Félix rodeando su cintura le dotaba de seguridad y su rostro...

Buen Dios, ¡su rostro!

Reflejaba el tormento más profundo mientras recorría cada rincón de su intimidad con delicioso conocimiento. Y con la ternura más plena, pese a que todo su cuerpo se hallaba en una tensión tan fuerte que temió que se rompiera.

No la dejó caer. No la dejó moverse. No le permitió escapar a semejante vorágine de placer creciente, y la apretó contra su pecho cuando, incapaz de soportarlo por más tiempo, Rosaura clavó los dedos en su cuello. Sus caderas se fueron hacia delante buscando más contacto. Gritó su nombre. Permitted que sus extremidades llegaran a la rigidez extrema para terminar sacudiéndose víctima de violentos espasmos que la llevaron a chocar contra su pecho. Junto a un corazón que latía desenfadado y a una respiración irregular, superficial, que calentó su rostro cuando lo elevó en su dirección sin comprender lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué... ha... sido eso? —logró preguntar cuando pudo recuperar parte de su aliento perdido.

—La antesala de lo que ocurrirá a partir de ahora entre nosotros. No voy a consentir que todo se quede aquí. Ya no.

Le costó media vida imprimir seguridad a sus palabras, cuando todo su cuerpo rugía por ella. Y le costó mucho más retirar la mano de aquel sexo empapado, tierno y palpitante para recolocarle el vestido. Si permanecía acariciándola un segundo más, prescindiría de su propio honor y se hundiría en ella allí mismo.

No era eso lo que quería. Ni lo que buscaba. Pero cuando la ayudó a incorporarse para ponerse en pie, el olor a hembra satisfecha que impregnaba sus dedos lo golpeó con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en el tronco del árbol. Con los dientes apretados, la mandíbula tensa, los puños presionando la corteza y un montón de imágenes repulsivas poblando su mente para controlar las palpitations de su entrepierna, hasta que el dolor fue soportable.

Solo entonces abrió los ojos, para encontrarse con la ingenuidad pintada en los de Rosaura, dirigida directamente a él.

—Has sufrido —aseguró con angustia.

—Oh, no... No, mi Rosa. —Con una sonrisa desmayada, la abrazó—. Es solo que necesito un momento para... reponerme.

—¿Y después?

—Tu después es mi ahora. Y ahora formalizaremos nuestra situación delante de Dios y los hombres.

«Mejor comenzar por los hombres», pensó mientras tiraba de ella en dirección a donde había dejado al resto. Esperaba que Raúl aún estuviera con ellos, porque sería el principal destinatario de su mensaje; pero, cuando no los encontró, enfiló el camino de vuelta a casa entre miradas cómplices y sonrisas que lo decían todo.

No se esperaba lo que allí se encontró.

Un coche de la Guardia Civil se hallaba aparcado en la entrada. Cuando entraron, se quedaron inmóviles, incapaces de asimilar el desastre que los recibió.

Parecía la antesala de una guerra.

Irene lloraba sobre el hombro de David mientras él acariciaba su pelo y prodigaba pequeños besos en las comisuras de sus labios para consolarla. Nuño y Alana permanecían en la cocina, preparando grandes cantidades de café mientras, en el salón, Raúl y Ernesto hablaban en susurros.

—Alguien ha puesto todo patas arriba —sollozó Irene—. Ernesto, Raúl, os agradezco que os quedéis, pero no es necesario, de verdad...

—Si me marchara no sería tu amigo —afirmó el primero—. Y creo que lo soy, chica.

—Aquí estoy para lo que me necesites —añadió el segundo.

Félix tomó con más fuerza la mano de Rosaura entre la suya.

El mal más absoluto se acercaba inexorablemente.



Veintinueve

—¿Tienes el espejo en casa? ¡Algo así no debería estar aquí! No solo por tu seguridad, sino también por la suya. ¡Es muy valioso!

Ernesto la miró con alarma, cuando David tuvo que dejar a Irene y Raúl lo reemplazó, tomando sus manos entre las de él para no dejarla sola.

—¿Estás segura de que esto no ha sido cosa de algún gilipollas borracho que decidió hacer de okupa en tu casa?

Irene lanzó a Raúl una mirada determinante.

—Un okupa no destroza lo que se supone que utilizará para vivir, ¿no? —preguntó a su vez.

—Bueno, en eso tienes razón. Pero no me creo que todo este desastre sea por un espejo.

—Lo es, Raúl. Ya me lo han dejado claro con anterioridad, y no pararán hasta encontrarlo.

—Si es así, Ernesto tiene razón. Parece algo demasiado valioso como para arriesgarse de esta manera, por muy escondido que se encuentre.

—¿Dónde lo tienes, Irene?

—En el mismo lugar donde fue encontrado: el establo. Pero aún estoy a tiempo de cambiarlo.

—¿A qué te refieres?

Irene miró a sus dos extrañados amigos antes de que una sonrisa trémula asomase a sus labios.

—A la próxima lluvia de estrellas —dijo, sacudiendo la cabeza como si no se creyera sus propias palabras—. Sé que suena estúpido, pero dispongo de ese tiempo para...

—...Llevarlo a un lugar seguro, Irene. Un banco, un museo, alguna caja fuerte. —Ernesto la abrazó con fuerza.

—¿Lluvia de estrellas? —preguntó Raúl—. Me parece que esto te ha afectado demasiado...

—En su momento te aconsejé venderlo; pero, ya que parece empeñada en conservarlo contigo, deberías tomar precauciones. Creo que el doctor se refiere a eso —insistió el marchante, mientras lanzaba a Raúl una mirada de advertencia que lo hizo callar—. El precio a pagar es demasiado alto.

—¿Por mucho que sea auténtico?

—Ningún espejo auténtico merece tu vida, Irene. Piénsalo mientras te preparo una tila en la cocina y te la tomas toda.

Félix apretó la mandíbula mientras veía cómo los tres se dirigían a la cocina.

«Condenación, todo se está complicando».

El asaltante buscaba el espejo porque conocía su poder protector con respecto a Rosaura. Si doña Irene hacía caso a Ernesto y lo cambiaba de lugar, todavía dispondrían de poco más de dos

lunas para encontrar la carta puebla que lo colocaría como el legítimo señor de Proaza, como el primogénito reconocido de don Gonzalo. Si, además de la carta puebla, regresaba acompañado del documento que revelaba el montante de su traición, su victoria sería absoluta.

Pero, para eso, necesitaba saber que dicho documento seguía a salvo.

Se inclinó junto al oído de Rosaura y depositó allí un suave beso.

—Vuelvo enseguida —aseguró—. Mientras tanto, podrías acompañar a doña Irene.

—No quiero apartarme de ti, capitán.

—Tampoco yo, muchacha. Te lo aseguro. Pero ella puede necesitar tu consuelo.

Ni siquiera esperó a que los compañeros de David terminaran su trabajo. Salió como una exhalación hacia el establo. El hacha permanecía donde la había dejado. Se aseguró de que el documento seguía oculto allí y respiró tranquilo cuando lo tuvo en sus manos.

—Gracias a Dios... —murmuró con alivio.

—Te conozco, capitán. Sabía con qué intenciones te habías escabullido. —A su espalda, Nuño permanecía con los brazos cruzados y su habitual sonrisa socarrona—. Pensé que podía serte de ayuda, aunque veo que he llegado tarde. ¿Todo en orden?

—Si os referís al documento de don Gonzalo, sí, mi señor. —Para confirmarlo, lo agitó delante de él—. Quien quiera que haya irrumpido así en la morada de doña Irene ignora su existencia y me quiere vivo. Pretendía que yo me cambiara por Rosaura, pero nadie me asegura que, una vez realizado el cambio, ella siga conservando la vida. No sabemos a quién nos enfrentamos, pero él sí nos conoce. Conoce mi... apodo —concluyó, rezando en silencio para que Nuño no hiciera preguntas al respecto.

El notable se limitó a asentir con respeto y le acompañó a la salida cuando Félix decidió que necesitaba respirar aire fresco.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —le preguntó.

—Tengo demasiados frentes abiertos como para pensar en todos ellos a la vez. —Dejó que un suspiro se escapara de su boca cuando echó un vistazo a los coches de la Guardia Civil que se alejaban—. Doña Irene necesita protección y ayuda extra para reconstruir todo lo que han destruido en tan poco tiempo.

—Sabes que tendrá ambas cosas. Seguiremos trabajando de sol a sol, y David parece su sombra. Además, hemos puesto nuestras armas a su disposición.

—Si las utilizamos, tendremos que dar más explicaciones de las necesarias, mi señor. En cuanto a lo demás..., voy a casarme con mi Rosa.

La noticia provocó que Nuño se detuviera de golpe.

—¡Ya era hora, hombre! Has escogido el día adecuado, desde luego. Si llegas a esperar un poco más, ese mastuerzo de Raúl te hubiera ganado la partida, quién sabe si de forma permanente. ¡Deja que te dé un abrazo! —De ese modo, Félix se encontró envuelto en unos brazos tan fuertes como los suyos—. ¡Muchas felicidades! Ahora, le daré la enhorabuena a la novia, como corresponde.

—¿Qué? ¡No! —¡No había podido pedírselo a Rosaura como correspondía! Si era Nuño quien se lo comunicaba primero, su reacción sería imprevisible—. ¡Esperad, os lo ruego!

Demasiado tarde. Nuño ya había desaparecido. Por mucha prisa que se dio, Félix solo pudo alcanzarlo en el momento en que él tomaba la mano de Rosaura y la besaba con reverencia, ante el estupor general.

—Dejad que sea el primero en daros la enhorabuena —exclamó, a sabiendas de que eso atraería la atención del resto.

Félix se quedó congelado en la puerta, observando cómo Rosaura miraba a Nuño sin

comprender.

—¿A mí?

—No creo que el capitán se refiriera a otra cuando dijo: «voy a casarme con mi Rosa».

El silencio los envolvió de repente. Un silencio que resonó en la cabeza de Rosaura desde el momento en que sus ojos colisionaron con los de Félix:

—*¿De qué se trata esta vez, capitán? Explícamelo antes de que termine enfurecida contigo por permitir que un extraño reciba la noticia antes que yo una simple petición.*

—*No, escucha...*

Rosaura se cruzó de brazos. Sus ojos ardían con un fuego verde dirigido exclusivamente a él a medida que el tiempo pasaba y hasta sus pensamientos permanecían en silencio.

—*Estoy esperando, Félix...*

Fue incapaz de expresarlo en su mente, pero el enfado de Rosaura creció hasta que ella, con un gruñido muy poco femenino, se encaminó a la salida de la cocina.

Se iba a marchar. Tendría que calmarla, convencerla, volver a recuperar el terreno que acababa de perder con aquella mirada desencantada que le había dirigido antes de darle la espalda.

¿Estaba dispuesto a permitirlo?

¡No, por supuesto que no!

—Aguarda, muchacha.

Ella hizo oídos sordos a su petición y siguió avanzando hasta colocarse a la misma altura de Raúl, que se atrevió a tocar los dedos de su mano.

La sangre de Félix se revolvió. Apretó los puños y frunció el ceño hasta que sus ojos se convirtieron en dos rendijas negras.

—¡Maldición, Rosaura, detente ahora mismo! —gritó—. Si quieres que te lo explique, ¡dame al menos la oportunidad, por Satanás!

La vio suspirar con algo muy parecido al cansancio, antes de girarse en su dirección.

Y entonces supo lo que tenía que hacer.

Se acercó a ella e hincó la rodilla en tierra. Tomó la mano que seguía llevando el sello colocado por Laín y se lo quitó, para sustituirlo por el que él llevaba al cuello. Su mirada se oscureció por lo que estaba a punto de decir. Sintió la garganta repentinamente seca y la mirada de todos los presentes clavada en él, pero respiró hondo y se decidió.

—Mi intención era pedírtelo aquí, delante de todo el que quisiera escucharlo, pero no he podido hacerlo, aunque don Nuño haya dado por hecho lo contrario —añadió en clara reprimenda dirigida al notable—. Aun así, te lo pido ahora. Rosaura, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Durante un espacio de tiempo demasiado largo para él, Rosaura desplazó sus ojos al dedo adornado con el sello de su madre. Hubo un silencio tan profundo, tan prolongado, que Félix estuvo a punto de huir de allí como alma que lleva el diablo, intuyendo una negativa que machacaría su orgullo masculino, pero, cuando ella elevó la cabeza en su dirección, solo pudo incorporarse.

Aquellas dos esmeraldas verdes brillaban de pura emoción contenida. Le gritaban la respuesta que no tardó en recibir en voz alta.

—El honor será mío, capitán —declaró con la voz estrangulada—. Sí, acepto.

—¡Menos mal! Félix, perdóname. Me adelanté a los acontecimientos, pero ha sido con buena intención. —Nuño inclinó la cabeza en dirección a Rosaura, pero sus ojos se clavaron un segundo en Raúl—. Y vos, señora, perdonadme también. El capitán no es culpable de nada, salvo quizá de posponer esta petición dadas las circunstancias. Ahora, ¡lo importante es que vais a casaros

dentro de...! Bueno, desvela tú la fecha, amigo.

—¿Dos meses? —sugirió Félix.

Rosaura asintió, y Nuño palmeó la espalda del capitán.

—¿Dos meses entonces! ¿Qué tal un beso para celebrarlo?

Desde luego, no se haría de rogar. Félix le apartó el pelo del cuello y posó allí su mano para atraerla a él. Rosaura se estremeció por el contacto, por el calor y por ese quedo suspiro que surgió de su boca antes de que se apropiara de la de ella. Fue un beso demasiado breve, pero suficiente para dar a entender al resto que aquella muchacha fogosa, bella y valiente lo había aceptado en todos los sentidos posibles.

Cuando se apartó de ella, una fugaz mirada dirigida a Raúl le bastó para darse cuenta de su contrariedad, antes de que el resto los felicitara entre risas, aplausos y abrazos.

Al parecer, no fue el único en darse cuenta. Nuño salió de la casa con discreción, pero tan satisfecho consigo mismo que se sobresaltó cuando sintió la pequeña mano de Alana deteniéndolo.

—¿Se puede saber qué has hecho ahí dentro? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Poner a Raúl en su sitio, entre otras cosas.

—No has hecho ningún favor al capitán.

—¿Cómo que no? Ahora Raúl sabe que Rosaura es de Félix.

—¡Bruto! ¡Rosaura no es de nadie! ¡Aquí las cosas no funcionan así!

—¿Qué quieres decir?

—Que mejor harías en arreglar tu casa antes de meterte en la de nadie. Nosotros estamos tan atrapados como ellos, con la diferencia de que ellos recuerdan quiénes son y lo que sienten.

Nuño estuvo a punto de replicarle, pero, cuando abrió la boca, se dio cuenta de su equivocación.

«Como yo. ¡Por Cristo! Si hay algo que recuerdo es el amor por esta mujer».

No se lo pensó dos veces. Cuando vio que las intenciones de Alana consistían en alejarse de él, la cortó el paso.

—¿A dónde crees que vas, mujer? —le dijo con severidad.

—A alejarme de ti. Pareces muy cómodo en este siglo, don Nuño —remató casi con desprecio—. Aunque no deberías. Tarde o temprano, regresarás para enfrentarte a tu pasado y aceptar tu futuro.

—¡No me gusta que hagas eso, Alana! ¡Utilizas tus dotes cuando te conviene y me dejas indefenso!

Una triste sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha.

—Tú nunca has estado indefenso. Pero sí pareces confuso.

—Ya no. —Nuño pasó a sujetarla por la cintura, ciñéndola con ambas manos para acercarla más a él—. He comprendido que lo que verdaderamente tengo es lo que veo. Porque, a pesar de mi confusión, de mis dudas, de mi aparente alejamiento; nunca he dejado de amarte, meiga.

Los ojos claros se abrieron hasta lo indecible. Casi tanto como los labios de Nuño se curvaron en una sonrisa, por primera vez desde que habían aparecido en aquel lugar, segura.

—¿Has recordado?

—Tú eres la experta. Deberías saberlo. —Un gruñido disconforme y un puñetazo en el hombro fue lo que recibió a cambio. Ambas cosas le hicieron reír—. ¡Basta, me rindo! He recordado. Mis orígenes, lo sucedido con Inés y con Rodrigo, mi otro hermano. La guerra a la que partí, el tiempo que pasé en el campo de batalla. Fui afortunado, porque a causa de mi caída en él te conocí a ti, Alana. ¿Qué importancia tienen los sentimientos del pasado cuando vivo por y para los del presente?

—Nuño...

—O Fortún. O como tú desees, mujer. No me importa, porque lo que siento por ti no cambiará uses el nombre que uses.

—¿No me engañas?

—¿Quién puede engañarte? Lo sabes todo, condenación. —La risa cantarina que recibió a cambio le dijo todo lo que necesitaba saber. La levantó en vilo con extraordinaria facilidad y se apropió de su boca sin miedo. Sabía que ella le correspondería en la misma medida, como así fue. Vertió en su boca toda la añoranza, todas las esperanzas que habían quedado en suspenso durante demasiados días y, cuando se apartó de ella y la sintió suspirar, creyó que el corazón se le rompería en mil pedazos—. Por lo tanto, también sabrás lo que va a ocurrir ahora con nosotros, esposa mía.

—Lo intuyo.

—¿Y quieres que ocurra?

Se sorprendió a sí mismo al preguntarle al respecto, pero se dijo que era una buena influencia de ese siglo cuando, con una sonrisa incitante, Alana tomó su mano y asintió, tirando de él en dirección a la oscuridad, lejos del resto.

Irene abordó a Ernesto en cuando la inesperada alegría por el compromiso de Rosaura y Félix se lo permitió, con el móvil en la mano y la imagen de la carta puebla en la pantalla.

No tuvo más que enseñársela para que la cara del hombre palideciera de tal manera que incluso Raúl se dio cuenta del cambio.

—Ernesto, ¿te encuentras bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tranquilo, que todavía tengo cuerda para rato —bromeó el marchante—. Es que, últimamente, aquí nuestra amiga común roza la ilegalidad. El menor día nos la encontramos en el calabozo.

—¿Qué? No, hombre. ¿No ves que el sargento del puesto de Santillana es su novio?

—¿Queréis dejar de bromear con esto? —siseó Irene entre dientes—. ¡Es serio!

—Y tanto que lo es. —Igual de serio que ella, Ernesto señaló la pantalla del móvil—. No sé si lo sabrás, pero no puedes hacer fotos al libro de Regla, chica.

—Pues claro que lo sé. Pero era la única manera de enseñarte lo que busco.

—¿Buscas un papel?

Raúl se acercó, súbitamente interesado, antes de que ella suspirara evidenciando cansancio.

—Buscamos —corrigió, señalando con un significativo movimiento de cabeza a Rosaura y Félix, que charlaban con David—. Es algo sumamente importante para el capitán. Y para su prometida. Su prometida, Raúl. Que no se te olvide.

—Me ofendes, Irene.

—Eso no te lo crees ni tú. Solo te aviso. Que como médico eres muy bueno, pero como picaflor eres aún mejor. —Al final, Raúl no pudo por menos que reír—. Ernesto, fíjate bien en la foto, por favor. ¿Recuerdas si alguno de nuestros clientes coleccionistas tiene algo parecido?

—Pues no sabría decirte a simple vista... —Los ojos de Ernesto se achicaron con atención. Examinó cada rasgo que mostraba la foto, hasta que terminó por sacudir la cabeza—. No lo recuerdo, Inés, pero, viendo los datos de fecha y lugar del documento, podría averiguarlo. De cualquier modo, tendrán una copia...

—Tendrán el original. Esta es la copia.

Tanto Raúl como Ernesto la miraron asombrados. El primero por la seguridad con la que

hablaba, el segundo por esa vitalidad que veía en sus ojos y que tan bien conocía.

—Irene... —advirtió como si fuera su padre—. ¿No has tenido bastante con el asalto a la tienda y a tu casa? ¿No vas a parar hasta que el ladrón vaya más allá?

—No iré. —En ese momento, la mirada de Irene se escapó hacia David con una sonrisa—. No estoy sola, Ernesto. Os tengo a vosotros. A todos. A partir de hoy, se lo pensará dos veces antes de volver a intentarlo. Pero, mientras tanto, ¿podrías hacer las gestiones necesarias para encontrar la carta?

Ernesto se cruzó de brazos y asintió.

Los platos volaron en todas direcciones, estrellándose contra las paredes.

A continuación, vinieron los vasos. Y, después, los adornos de la casa.

Todo lo que podía romperse, se rompió. Aunque no se acercaba ni de lejos a lo rota que ella se sentía por dentro después de conocer la noticia.

No habría suficientes objetos en aquella morada para calmar su ira, su desencanto, su frustración. La impotencia que la consumía por aquel revés con el que no contaba.

Si a eso le añadía que el destrozo en la casa de Irene no había servido para encontrar el espejo, la cólera se convertía en un torbellino de fuego sin control.

—¡Inútil! —chilló, yendo directamente a por sus instrumentos de trabajo. De un manotazo los lanzó al suelo. Ni siquiera se molestó en mirar al hombre. En esos momentos, lo consideraba un ser demasiado insignificante como para merecer ni un segundo de su atención—. ¡Eres demasiado lerdo para encontrar un simple espejo!

—Pero he averiguado dónde está. Y también que tenemos hasta la próxima lluvia de estrellas para encontrar la carta puebla antes que ellos.

Ella se detuvo en ese mismo momento.

Sudaba. Respiraba con tanta premura que pensó que el corazón se le saldría del pecho.

No era capaz de pensar con coherencia, de encontrar su equilibrio para decidir cuál sería el próximo paso a dar. «Esta no es la mejor manera de proceder», se dijo mientras cerraba los ojos y trataba de recuperar la calma. Si su predecesora la viera, ciertamente, la reprendería.

—¿La próxima lluvia de estrellas? —Él asintió con una satisfacción que a ella le resultó patética—. ¿Y cuándo será eso?

—Dentro de un par de meses. Puedo incluso mostrarte el día exacto...

—Si buscan la carta puebla, quiere decir que no se encontraba en el espejo cuando hicieron el viaje, pero que ha viajado con ellos... —murmuró ensimismada—. Félix la necesita igual que yo para probar que don Gonzalo lo reconoció como su primogénito cuando regresemos.

—¿Vas a regresar?

—Nunca pensé en quedarme, mi señor —afirmó, conteniendo una sonrisa cruel al ver cómo su cara se transformaba en una máscara de desolación casi infantil. Bien. Su dependencia de ella se acrecentaba al mismo tiempo que su sumisión. Cuando terminara con él, no sería más que un pobre diablo que no recordaría por qué carecía de voluntad—. Pero, ahora..., van a casarse.

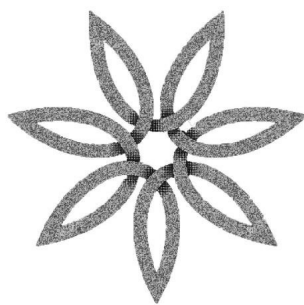
Félix volvería con una esposa de sangre noble, protegida por él.

Miró a su alrededor. Sus ganas de destrozar todo lo que encontrara a su paso regresaron, pero se contuvo nuevamente y centró su atención en el hombre que permanecía inmóvil junto a ella, como si esperara sus órdenes.

—Perdona el desorden —dijo—. Espero que no te lleve demasiado tiempo ni esfuerzo arreglarlo, porque irás a esa boda antes de recuperar el espejo.

—¿Y después?

—Después... —Sus ojos penetraron en los de él. Caminaron hasta su mente y depositaron allí cada uno de sus pensamientos, aunque ella los pronunciara en voz alta—. Después nos haremos con la carta puebla y obtendrás tu recompensa, mi señor. La gloria total y absoluta.



Treinta

Félix nunca pensó que respetar el honor de su prometida supusiera un sacrificio semejante.

Pero es que era demasiado trabajo el que debían hacer para reconstruir lo que aquel desalmado había destruido. Demasiados esfuerzos para aparentar normalidad delante de los habitantes de Santillana cada vez que salían a la calle y recibían las preguntas de cortesía. Demasiada incertidumbre al ver que la Guardia Civil no hacía progresos, pero, sobre todo, demasiada contención.

¡Buen Dios! Rosaura dormía cada noche a solo una pared de distancia. Sus instintos de guerrero lo llevaban a no perderla de vista más allá de lo necesario, y los de hombre lo empujaban hacia su cuerpo como si fuera un panal de miel para un oso hambriento.

Pero no debía hacer nada que pudiera comprometer su honor hasta el día de la boda. Así que, cuando ese día llegó, después de acatar con paciencia infinita todos los preparativos y rituales propios de la ceremonia en aquel siglo, creyó que ciertamente Dios se apiadaba de él.

Mientras dejaba que David y Nuño le colocaran el traje de novio, todas las alarmas seguían activas en su mente.

Se casaría en la Colegiata. Delante de mucha gente, además de sus invitados.

El desconocido que los buscaba se encontraría allí.

Resopló, mirándose en el espejo sin verse.

David le había informado de que el coche en el que habían trasladado a Rosaura el día del secuestro era robado. Aparte de la evidencia física de que ella había estado en aquel maletero, puesto que se encontraron cabellos suyos en él, y de algo llamado ADN, que les permitiría cazarlo a través de un análisis de la sangre de la camiseta de Rosaura; si no aparecía en los archivos, no tenían a lo que agarrarse para identificarlo o siquiera para suponer que su raptor era la misma persona que había irrumpido en la casa de Irene.

Tenía el ceño fruncido cuando ella entró en su habitación sin avisar, con las mejillas sonrosadas que acentuaron su color cuando su mirada se cruzó con la de David, antes de dedicarle toda su atención y enseñarle el móvil.

—¿Qué haces aquí, rubia? ¡Da mala suerte ver al novio antes de la boda!

—Es ver a la novia, sargento. Y lo que traigo es cualquier cosa menos mala suerte. ¡Hemos localizado la carta puebla!

Félix sintió cómo cada gota de sangre huía de su cuerpo para dejarlo paralizado.

—Doña Irene, ¿estáis segura?

—Bueno, hemos localizado al coleccionista que la tiene. ¡Es el heredero del señorío de Proaza! ¿Te lo puedes creer?

No más que el resto de cosas que estaban sucediéndole. Dos réplicas de un mismo objeto que coincidían en un mismo tiempo no podían sobrevivir. Eso había ocurrido con el espejo que Rosaura había portado, porque su réplica descansaba en el establo de Irene.

Con él se había volatilizado la carta puebla, porque su réplica acababa de ser hallada en el reino astur. En el antiguo señorío de Proaza.

Cómo habían llegado aquellos objetos a aquellos lugares aún era un misterio, pero a Félix no le importó lo más mínimo.

Habían encontrado la carta puebla. Al fin.

El cerco se cerraba.

Félix sonrió de oreja a oreja cuando se giró hacia Irene.

—¿Rosaura lo sabe?

—Se lo acabo de decir.

—¿Y cómo ha reaccionado, rubia? Teniendo en cuenta que acabas de decirnos que la carta puebla está en poder de un particular que probablemente no tenga intención de soltarla, podrías haberte ahorrado la noticia hasta después de la boda, ¿no?

—¡No! Va a ser uno de los objetos que se subasten en Sevilla mañana.

—¿Mañana?!

—En el centro de Isbilya Subastas, si no recuerdo mal. Y voy a pujar.

—¿Con qué? ¿Con tu precioso cuerpo?

—Te perdono porque piensas que soy preciosa, que si no... —El guiño bromista de David la hizo sonreír. Se había establecido un nuevo punto de partida entre ellos que él dejó patente acallándola con un beso, antes de que ella lo apartara con un mohín de enfado—. No sé cómo lo haremos, pero lo haremos. Y, además, nos encargaremos de que todo el pueblo lo sepa antes de que acabe el día. Ya he reservado vuelos directos a Sevilla para los cuatro, además de dos habitaciones de hotel. Nuño y Alana se quedarán para proteger el espejo.

Félix asintió, masculló una disculpa torpe y se precipitó hacia el dormitorio de Rosaura. Necesitaba comprobar el efecto que la noticia había causado en ella, aunque se arrepintió al instante.

Porque no iba preparado para encarar la visión que le llenó los ojos, la mente y el corazón al mismo tiempo, de modo que ni siquiera pudo reaccionar para no parecer un auténtico bobalicón, allí plantado, con la boca abierta y el corazón en la garganta.

Rosaura parecía un ángel con aquel vestido sencillo de color marfil con escote palabra de honor, un corpiño que se ajustaba perfectamente a su figura y falda vaporosa de tul que la cubría hasta los pies.

Llevaba el pelo recogido en una cascada sencilla de rizos salpicada de margaritas que desembocaban en el nacimiento de sus hombros de manera informal, y que Alana estaba cubriendo en esos momentos con un velo. Félix supuso que las flores serían artificiales, dado que también habían aprendido a imitar los dones de la madre naturaleza con aquella exactitud, pero no perdió el tiempo pensando en semejantes nimiedades.

Bastante tenía con respirar.

Nunca esperó sentirse fascinado por ella, pero allí estaba, admirando el aspecto de una mujer hermosa y fuerte, lo suficientemente resuelto como para rechazarla según su modo de vida, pero que obtenía de él el efecto contrario.

—¡Ahora sí, en serio, da mala suerte ver a la novia antes de la boda!

Félix sonrió al comentario de Irene.

—No la vi antes de su primer casamiento. No pienso cometer otra vez el mismo error.

Se embebió de la admiración que agudizó el brillo de sus ojos verdes. Sintió un estúpido orgullo al comprobar que, gracias a la que él le profesaba, aquellas preciosas mejillas se teñían de un delicado tono carmesí, y avanzó poco a poco hasta tomar sus manos entre las de él, cuando la vio inclinar la cabeza con modestia al saberse deseada.

—Estás tan hermosa que todavía me pregunto qué he hecho para merecer este día —susurró con palabras salidas de lo más profundo de su corazón, y que provocaron una sonrisa pícaro en Rosaura.

—¿Ya conoces las buenas nuevas, Félix? —preguntó con voz cantarina.

—No podría haber recibido mejor regalo de bodas, muchacha. Ahora falta celebrarlo.

—No te preocupes, capitán, que tendrás tu oportunidad —intervino Irene—. La diferencia solo será de lugar y, teniendo en cuenta cómo la miras, me parece que ni siquiera la notarás.

—El problema parece ser esa subasta que no sé cómo funciona, salvo que se necesita una buena cantidad de dinero para ello, ¿no, doña Irene?

—Sí, pero soy una mujer de recursos. Lo encontraré en un tiempo récord, ya lo verás. David puede prestarme bastante, y yo tengo unos ahorros que...

Su voz se extinguió en el momento en que Rosaura buscó el sello de Laín y se lo tendió.

—A no ser que lo necesitéis de inmediato, vendedlo —le dijo—. No lo quise nunca ni lo necesito ahora. Tengo el de Félix. Él es el legítimo heredero de Proaza. Él va a ser mi esposo. Solo aceptaré el suyo, pero si este, que tanto sufrimiento me trajo, puede servir para que mi capitán sea restituido en su verdadero lugar, lo daré por bueno.

Irene palideció. Abrió la boca atónita cuando tomó el sello en su mano y después pasó su mirada muy deprisa de Félix a Rosaura.

—Joder, que esto es muy, pero que muy fuerte —musitó, completamente extasiada. Luego, como si al fin pudiera reaccionar, apretó a Rosaura en un abrazo fraternal que le hizo temblar el corazón—. Nadie había hecho algo así por mí nunca. Realmente he encontrado a mi amiga.

—Entonces, aprovechadlo mucho mejor que yo.

—No puedo venderlo así como así...

—Pues cambiadlo.

No lo miró, pero apretó la mano de Félix para transmitirle solo una pequeña parte de todo lo que había sentido al verlo aparecer de repente con la esperanza iluminándole la cara, tan apuesto y varonil, con su musculoso cuerpo embutido en un elegante traje oscuro que, al parecer, era lo necesario para presentarse en la Colegiata donde se oficiaría la ceremonia sin levantar más expectación de la que ya habían levantado.

Llevaba su barba corta perfectamente recortada y el pelo peinado hacia atrás. Si siempre lo había encontrado guapo; entonces, sencillamente, le robaba el aliento.

No podía quitarse de encima el influjo de su mirada sobre ella abrasándola, pero lo hizo cuando cerró los dedos de Irene en torno al odiado sello.

—Hacedlo —insistió—. Si el hombre que tiene la carta puebla es un amante de las antigüedades, nadie podrá igualar este precio, doña Irene.

—Para igualar, ¿tendría que añadir un plus!

—Mejor. De ese modo, pagaremos todo lo que habéis hecho por nosotros antes de... regresar.

La palabra se le atascó en la garganta incomprensiblemente. Hasta ese momento, había dado ese retorno por hecho; pero, al decirlo en voz alta, empezó a considerar otras posibilidades que enterró en lo más recóndito de su mente en cuanto vio las expresiones de Félix y Alana.

«No cabe otro camino», se dijo mientras asentía.
Volverían. Pero, antes, tomaría como esposo a Félix, señor de Proaza.

En aquel mundo lleno de buenos e ingeniosos avances que facilitaban la vida de las personas, haciendo que fuera más larga y provechosa, también había representantes de Dios. En concreto, uno de ellos los estaba casando delante de un puñado de amigos y otros tantos curiosos que se habían acercado al lugar llevados por el boca a boca.

Era un mundo lleno de cuestiones, de formas de pensar que él no comprendía, pero sí tenía clara una cosa: había situaciones en las que las mujeres habían aprendido a desenvolverse sin el apoyo constante de un hombre. Rosaura era una de ellas. Había demostrado su capacidad de adaptación, su voluntad por sacarle todo el jugo a cada situación favorable. Y su deseo de compartirlo con él.

Félix nunca había poseído nada ni se había sentido responsable de nadie como lo era de ella, pero cuidaba de lo que era suyo.

Y Rosaura lo era, al igual que él lo era de ella.

Lo supo con claridad meridiana en el transcurso de la ceremonia, mientras la contemplaba extasiado, sumido en una especie de sopor que dejaba fuera de su círculo todo lo que no fueran ellos dos. Ni reglas ni privaciones. Solo él y ella, que le ofrecía su precioso y risueño perfil lleno de una felicidad que no sabía cuánto podría durar.

—Con mi cuerpo y mi vida te protegeré, con mi alma te honraré, con mis bienes te proveeré.

La seriedad en sus facciones mientras colocaba el sello de su madre en el dedo de Rosaura era tal que incluso pasó por alto la presencia de Raúl en la ceremonia, así como la del pobre Ernesto, que acusaba el cansancio en cada arruga de su cara.

Solo ella ocupaba sus pensamientos. Cada detalle de su aspecto, cada gesto o cada palabra.

De hecho, Félix no había demostrado hacia ella tanta dedicación desde que la habían atacado con el dardo envenenado, aunque Rosaura supo que había otras muchas razones que tenían que ver con la atracción de un hombre hacia una mujer. Con el deseo sin tapujos con el que la miraba.

Inmersa como estaba en su propia adoración hacia el hombre que la tomaba como esposa, no fue consciente de que la ceremonia había terminado hasta que Félix tomó su cara entre las manos para depositar en sus labios un beso húmedo, cálido y tierno que levantó los aplausos de todos los asistentes, tanto conocidos como desconocidos.

Era la primera muestra de cariño en público, y Rosaura se sintió morir de felicidad.

—Gracias —murmuró contra sus labios.

—¿Por qué?

—Por todo lo que me has dado y por lo que aún está por venir.

Con una sonrisa radiante, salieron de la Colegiata como una pareja de enamorados.

Lo siguiente fueron las fotos en las que alguien lleno de temor, inquina y rabia tuvo que participar para que todo siguiera pareciendo normal, hasta que los vio desaparecer en el coche de Irene.

Él sabía a dónde se dirigían, y conocía la manera de colarse en sus planes sin que su identidad quedase al descubierto.

A cambio, obtendría la gloria.

«Eso me ha prometido ella», se dijo con regocijo. Y eso obtendría.



Treinta y uno

Dientes: limpios.

Uñas: cuidadas, cortas y con buen aspecto.

Barba: igualada, como siempre.

Pelo: bueno..., corto por dar gusto a su esposa.

Estado en general: aparentemente relajado después de la ducha, pero un manojo de nervios sentado en el borde de la cama, cubierto tan solo con una toalla anudada a sus caderas.

Félix intentó tranquilizarse, pero no pudo evitar una sonrisilla de anticipación al pensar en lo que estaba a punto de suceder, y un fruncimiento de cejas al comprobar el efecto de sus pensamientos en la parte baja de su anatomía.

Había soportado ese vuelo infernal que le había revuelto el estómago hasta límites inimaginables, solo por disfrutar del contacto de la cabeza de Rosaura en su hombro mientras dormía plácidamente. A continuación, se había plegado a los deseos de sus acompañantes y había tomado algo con ellos en el bar del hotel, hasta que se fue pretextando cansancio y la necesidad de una ducha mientras la esperaba, cuando en realidad necesitaba asimilar que, en cierto modo, su noche de bodas sería una primera vez para ambos.

Ella encarnaba todos los pecados conocidos para él. Era codicia y lujuria. Un hambre insaciable de sentir su carne. De palparla, de saborearla con apasionada impaciencia.

De adorarla como solo ella se merecía. Y no sabía si estaría a la altura.

—¿Puedo pasar?

Su dulce voz le hizo dar un respingo tan repentino que la toalla se deslizó por sus pantorrillas cuando se puso en pie. La recogió y volvió a ponérsela en su sitio antes de responder.

—Adelante —dijo después de un carraspeo inquieto.

Ella parecía una deliciosa visión cuando se acercó a él con una sonrisa incierta. Llevaba un precioso vestido granate, cuyo escote en pico dejaba al descubierto el nacimiento de sus hermosos pechos. Se ajustaba a su talle hasta la cintura y, ahí, moldeaba sus caderas hasta el límite de las rodillas. Encaramada a unos tacones de vértigo que llevaba con soltura, el color resaltaba el moreno de su piel y contrastaba con el verdor intenso de sus ojos. Su pelo aparecía recogido en un moño informal del que se escapaban algunos rizos rebeldes.

Era la viva imagen de la tentación, pero parecía sorprendida.

Gratamente sorprendida, a juzgar por cómo recorría cada músculo de su cuerpo con los ojos, como si se asegurara de grabárselo en la cabeza antes de pasar al siguiente, hasta que llegó a la toalla que cubría sus caderas.

—Buenas noches, esposo mío.

—Buenas noches, muchacha. ¿Irene y David ya se han ido a dormir? —Ella no respondió con

palabras, pero desvió su atención de él con su sonrisa tan acentuada como el rubor de sus mejillas que decía mucho más. Se mordió el labio inferior con coquetería. «Condenación, ese labio...»—. Ah, entiendo —añadió Félix, torciendo la boca—. Puede decirse que esta noche estarán calientes sin necesidad de esa calefacción que tanto alaba doña Irene, ¿no es así?

—Bueno... Yo diría que sí. De cualquier forma, era lo que ambos deseaban desde hacía tiempo.

—¿Y tú, mi Rosa? ¿Qué es lo que deseas?

Rosaura se acercó meneando las caderas con un gesto pícaro en la cara que lo encendió. Con un dedo, como si tuviera toda la experiencia del mundo, siguió la línea del vello de su pecho en dirección descendente.

Félix contuvo el aliento. Aquel cosquilleo suave iba a terminar con él si no se detenía...

Pero se detuvo justo en el borde de la toalla.

Sin que su humedad le importara, se apretó contra él. Lo abarcó en sus brazos todo lo que pudo y empezó a depositar pequeños besos a lo largo de su robusto cuello, hasta llegar a su mentón barbudo.

—Deseo notar los latidos de tu corazón en mí —añadió, colocando una mano entre su pecho y el de él—. Nota el mío en ti.

Tomó una de sus manos y se la llevó a sus senos sin un solo titubeo. La presionó contra ellos, como para asegurarse de que recibía el errático golpeteo en la palma y asintió con los ojos brillantes.

Félix exhaló un suspiro de asombro y devoción.

Le estaba demostrando que todos sus padecimientos estaban superados para entregarse a él. Era fuerte, resuelta. La adoraba, la deseaba con una fuerza que iba más allá de toda lógica y mucho más lejos de su cuerpo. Quería explorar cada rincón de su corazón, cada grieta de su alma.

La sujetó con firmeza por la cintura para anclarla al lugar donde había permanecido siempre.

—La fuerza de mi deseo por ti se acerca a la violencia, Rosaura. —Vio cómo los ojos verdes se empañaban por un atisbo de miedo que él se encargó de desterrar—. Vivo anhelándote. A cada momento. Cuando me despierto, cuando me duermo. Cuando se pone el sol y cuando sale. Si veo un prado fresco y verde, pienso en tus ojos. Estoy enfermo, y solo puedo sanar si te tengo conmigo.

—Entonces..., ¿me amas?

—Te amo más allá de toda duda y de cualquier olvido. —Con un gruñido lleno de pasión, Félix clavó los dedos en su cintura y rozó sus labios con los de él—. Te lo demostraré besándote, tocándote. Y haré mucho más, solo para saber que realmente soy digno de ti. Siempre te protegeré. Si me llamas, estaré allí. Si lloras, te consolaré. Si caes, Rosaura, te ayudaré a levantarte.

—¿Y si siento esta pasión por ti, Félix? ¿También me ayudarás a saciarla?

No recibió una respuesta verbal, pero el cuerpo de Félix habló por sí mismo cuando se colocó tras ella con pasos lentos y medidos. Durante un instante que pareció una eternidad, no se movió. Rosaura contuvo la respiración y cerró los ojos. Dejó que su aroma masculino penetrara por su nariz, por los poros de su piel. Permitted que el calor que manaba de él la envolviera, y que el sonido de su respiración le embotara los oídos hasta sustituir todo lo demás en su cabeza. Solo Félix y aquellas manos de dedos hábiles que se posaron sobre la cremallera trasera de su vestido para deslizarla con desesperante lentitud. Solo él y aquel tacto áspero lleno de ternura que actuaba con delicadeza cuando deslizó la prenda hacia abajo.

Ella permaneció de pie, vestida solo con sus bragas negras de encaje y un sujetador a juego, sin saber qué hacer a continuación salvo esperar.

Y su espera obtuvo recompensa.

Los dedos de Félix delinearón la forma de sus hombros hasta toparse con los tirantes del sujetador. Los siguió hacia abajo, y continuó por el borde de las copas para terminar en el centro de la prenda. En lo más profundo del valle de sus pechos.

Apenas le había tocado la piel, pero supo que, para él, el contacto había resultado tan incendiario como para ella. Se hallaba tan sensible que incluso pudo sentir cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba a la vez, cuando lo escuchó contener la respiración para soltar un siseo a continuación que no alivió la tensión que lo embargaba.

No tenía miedo, pero sí una necesidad que crecía. Deseaba que el contacto se intensificara. Que aquellos dedos que recorrían el mismo camino trazado por el sujetador en sentido ascendente, se colaran bajo la prenda para sentirlos mucho más, sin tela de por medio.

Deseaba sentirlo a él, por completo.

Se giró para afrontar las pupilas negras dilatadas por la pasión, para aceptar las llamas que parecían surgir de aquellos ojos clavados en cada parte de su cuerpo expuesto.

—Eres preciosa. —Dio un paso atrás para contemplarla en todo su esplendor y torció la boca—. Confieso que este tiempo tiene muchas ventajas, por mucho que me cueste aceptarlas. Viajar en esos coches es más rápido que los carros, no digamos ese bicho volador que nos ha traído aquí... Pero nada es comparable con las calzas cortas que te cubren, mi amor. Este tipo de...

—Lencería erótica. Así lo llamó doña Irene cuando me aconsejó comprarlo.

Los ojos de Félix centellearon al fijarse en el encaje, en la forma de las copas del sujetador y en aquellas bragas que tan bien acogían la redondez de sus glúteos.

—Ciertamente, es erótica —concluyó después de tragar saliva—. Pero, si pienso en lo que oculta, terminaré por destrozártelo. Prefiero que te lo quites tú.

—¿Y después?

Félix endureció la mandíbula y la llevó hasta el borde de la cama cogida de la mano.

—Rosaura, quiero ver si tu espalda se arquea como creo que lo hará —afirmó, tomando su cara entre las manos—. Quiero ver esas posaderas tan hermosas y todo lo que voy a besar y saborear. Esto no es para mí, sino para ti. Permíteme adorarte. No te arrepentirás.

Pronunciaba su nombre con un fervor ronco que la dejaba anhelante de esa adoración preñada de promesas que desconocía. Respiró hondo y asintió. Seguiría sus instintos. Se dejaría llevar hacia lo que verdaderamente deseaba hacer, hacia lo que deseaba obtener.

Sin despegar sus ojos, se quitó las horquillas del pelo y dejó que la cascada de rizos negros flotara sobre sus hombros. Él siguió el movimiento, completamente hipnotizado. Y, cuando los dedos femeninos ahuecaron la melena para terminar recogéndola sobre el hombro derecho, ella inclinó la cabeza a un lado, dejando una porción de cuello deliciosamente al descubierto.

Félix contuvo el aliento. Estaba demasiado deseoso de posar justo allí sus labios, de absorber su textura con la boca y después seguir con el resto de su cuerpo.

El guerrero implacable con sus reglas había desaparecido; en ese instante, era el hombre quien regía sus movimientos, sus pensamientos y cada uno de sus deseos. Era él, por primera vez en años, quien se encontraba afectado por el modo en que ella se desabrochó el sujetador y agitó sus hombros hasta que la prenda se deslizó por los brazos, en un lento deambular hasta el suelo.

Si ver aquellos pechos en toda su plenitud casi le hizo perder la poca cordura que le quedaba, comprobar cómo enganchó el borde de sus bragas y tiró de ellas hacia abajo hasta terminar enredadas en sus tobillos supuso la explosión total de todos sus sentidos.

El triángulo oscuro que coronaba aquellos muslos jóvenes y turgentes lo llamó con un sonido más antiguo que el mismo tiempo. Libre de ataduras, de prejuicios, de miedos. Sus ojos hicieron

el lento recorrido desde las pantorrillas hasta las caderas, demorándose allí hasta que la boca se le llenó de saliva que tuvo que tragar con dificultad para aliviar la sequedad de su garganta. Continuó su camino hasta los pezones enhiestos que apuntaban hacia él con el mismo descaro con el que su dueña lo miraba, como si él fuera la ofrenda principal de un sacrificio.

Parecía impetuosa y muy mujer al mismo tiempo. Demasiado de cualquiera de las dos cosas. Amenazante para sus principios. Casi tanto como excitante.

—Si supieras las veces que he soñado con este momento...

Solo atinó a decir aquellas torpes palabras antes de pegar su cuerpo al de él y hacerse el dueño total de su boca.

Rosaura conocía el alcance del deseo reprimido de Félix mucho antes de que aquella explosión se produjera. Por eso lo abrazó con frenesí, enredando su lengua con la de él en una danza enardecida y sexual. El corazón empezaba a latirle en todo el cuerpo al unísono. La sensación de vértigo, acompañada de esa creciente humedad entre los muslos y la presión que ponía su vientre dolorosamente rígido, se acrecentó al escuchar un gruñido.

—Esta noche es para ti —murmuró con la voz espesa y oscura—. Te daré la ternura que te han negado y el placer que mereces más allá de toda duda. Adiestraré tu cuerpo para mí.

—Hace tiempo que mi cuerpo solo responde a ti, capitán.

—De acuerdo, esposa mía... De acuerdo, entonces.

Tomó su cara entre las manos y diseminó cientos de besos por su frente, sus párpados, sus mejillas y, finalmente, su boca, mientras caminaba con ella hacia la cama. Cuando los dos estuvieron sobre el colchón, Rosaura sintió el tacto de aquellos dedos ásperos recorrer el hueco de su cuello antes de hacerlo con los labios. A pesar de que los músculos de su torso parecían a punto de explotar por la tensión sufrida, Félix imprimía a cada caricia una suave cadencia que la relajaba, que la excitaba y la llenaba de expectación, de anhelo. Se estremeció cuando notó el húmedo reguero de besos descender hasta uno de sus pezones. Contuvo la respiración cuando sintió su experimentada lengua chuparlo, mientras con una de sus manos amasaba con delicadeza su otro pecho, como si lo modelara a su antojo. Como si en verdad poseyera el tamaño perfecto para abrigarlo en el calor de su palma, arrancándole un jadeo repentino antes de que su espalda se arqueara poco a poco en su dirección.

Gimió al sentir los labios de Félix descendiendo por su vientre, mientras sus manos delineaban la forma de sus costados, los huecos entre las costillas, la depresión de su cintura. La humedad dejada por sus besos hacía que temblara, que el frío que la acometía rivalizara con el calor que comenzaba a asfixiarla. Respondía a cada descubrimiento que las manos y la boca de Félix le mostraban. Le hacía ser consciente de cada parte de ella cuando la veneraba con ternura, como si su piel hubiera esperado siempre aquel momento para despertar a la sensualidad más firme y demoledora. Vibraba, cobraba vida, pero también deseaba averiguar si podía despertar en el cuerpo de él la misma montaña de sensaciones que hacían temblar el de ella.

Se apartó lo justo para poder incorporarse y señaló la toalla que lo cubría.

—Yo también quiero tocarte. Yo también quiero besarte y deseo verte... Bueno, ya sabes...

—¿Desnudo?

—Sí.

Las mejillas le ardían cuando él se incorporó hasta terminar sentado frente a ella, se deshizo de la toalla y abrió los brazos.

Rosaura contuvo la respiración tanto tiempo que temió ahogarse al contemplar tal cúmulo de belleza y fuerza, combinados en un equilibrio letal para ella.

No, contemplar no era la palabra. Festín era más adecuado. Porque eso fue lo que se dio con

cada pliegue de sus músculos, cada protuberancia. Suspiró con codicia ante sus caderas estrechas, la fuerza implícita en sus muslos morenos, la presencia del vello oscuro en aquel pecho poderoso lleno de cicatrices, la línea que desembocaba en sus ingles y el enorme miembro que se alzaba orgulloso.

Se sintió reclamada. Y se relamió inconscientemente al sentir cómo ardía de deseo de nuevo.

—Tú también eres hermoso —confesó, alargando una mano para posarla en uno de sus fuertes hombros al mismo tiempo que sus miradas quedaban perfectamente engarzadas—. ¿Podré apreciar esa belleza de... otra forma?

La mandíbula de Félix se apretó tanto que temió romperse los dientes. Cerró los ojos al imaginarse aquella boca de labios carnosos rodeando sus pezones como él había hecho momentos antes. Aquella lengua inquieta chupando. Aquellos pequeños dientes mordiendo.

Asintió. Pero en el momento en que notó el revoloteo de los dedos femeninos siguiendo la firme línea de sus brazos, hasta terminar en sus dedos toscos, abrió los párpados.

No quería perderse ni una sola de sus expresiones mientras avanzaba en su exploración hasta posar la totalidad de la palma en sus pectorales. Paladeó la intensidad de su rubor con la misma excitación con la que disfrutó de aquel tacto inseguro que cada vez se hacía más constante, más ardiente. Las pulsiones en su ingle se volvieron casi insoportables cuando Rosaura, con el ceño fruncido, se decidió a enterrar su rostro en su cuello para lamerlo.

Fue un cruel latigazo que castigó su erección hasta casi obligarlo a derramarse.

Se contuvo con los puños cerrados, tan rígido como una tabla. Y soltó el aire poco a poco al sentirla descender, con aquellos labios deliciosamente diabólicos, hasta apresar con ellos una de sus tetillas.

El sudor perló las palmas de sus manos. Sus ojos se quedaron clavados en los rizos negros que cubrían el rostro de su Rosa mientras lo torturaba con aquellos movimientos que lo llevaban al delirio. Notó su aliento agitado cuando se apartó. Su respiración rápida y desacompañada. La humedad que también cubría sus manos cuando dejó que resbalaran hasta su vientre tenso. Y cuando abarcaron su objetivo, contuvo el aliento y apretó la sábana entre los puños hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—¡Santísimo Jesucristo! —siseó.

Ella se detuvo de inmediato. Sentada frente a él con las piernas abiertas y la cascada de rizos negros diseminados alrededor de su torso; parecía la viva imagen del pecado más puro cuando entreabrió los labios con un gesto de sorpresa.

—Lo siento, Félix, yo... soy inexperta —afirmó—. He podido dañar también tu orgullo y...

—Tu inexperiencia la querrían muchas mujeres casadas, te lo aseguro. ¿Mi orgullo? Hace tiempo que está a tu disposición, muchacha.

—¿Entonces?

—Acaríciame cuanto quieras. —Posó su mano firme sobre la de ella y le indicó cómo hacerlo. Sentía los latidos de su miembro palpitante en cada recoveco de su cuerpo, pero apelaría a toda su capacidad de autocontrol para darle el tiempo que ella necesitara. Mientras le recorría en toda su longitud y extensión, maravillada ante el tacto aterciopelado y caliente de aquella parte, él clavó los ojos en su sexo expuesto. Brillante por su excitación, desprendiendo aquel aroma almizclado que lo llevaría a la locura—. Nunca dejes de tocarme, Rosaura. Porque el día en que lo hagas, moriré.

—¿Podrías morir?

—Te lo mostraré...

La alzó hasta que estuvo sobre sus pantorrillas y se ancló a su cintura. Con la nueva posición,

Rosaura tuvo un mejor acceso a su erección. Apretó con sus pequeños dedos en torno a ella mientras seguía estimulándolo lentamente, disfrutando de su mayor descubrimiento.

Félix jadeó. Cerró los ojos, buscando el temple necesario para continuar, antes de dejar de razonar, y llevó sus dedos hasta el sexo de Rosaura. Un manjar delicioso, empapado en los fluidos de su propia excitación, caliente y tan palpitante como lo estaba él, que diseminó a lo largo de sus pliegues con abrasadoras caricias que lo llevaron a su punto más sensible.

Sonrió cuando la sintió gemir al presionarlo con la yema del pulgar. Conseguía de ella una entrega incondicional con cada caricia. Faltaba por ver qué ocurriría si iba más allá.

Abrió los ojos al mismo tiempo que introducía un dedo en su interior, para ver los de Rosaura clavados en él con la sorpresa más genuina. Su mano se había detenido, aunque todavía lo abarcaba con deliciosa determinación.

—¿Te gusta? —pudo preguntar, mientras empezaba a mover el dedo.

Inmersa en una especie de nube, la mente de Rosaura tardó en registrar la mirada apasionada de su esposo mientras esperaba respuesta.

¡Oh, Buen Dios! ¿Cómo decirle que iba más allá del simple gusto? ¿Cómo explicar el grado de conexión que había alcanzado con él mientras dejaba que ella explorara, que descubriera, que lo excitara sin límite?

¿Cómo hacerle entender todo lo que aquella unión le hacía sentir?

Con su cuerpo. Respondiendo a sus caricias como todos sus sentidos le indicaban. Cuando Félix siguió moviendo su dedo dentro y fuera, mientras extendía aquella humedad que la inundaba con la palma de la mano, se sintió desfallecer. Pensó que se desintegraría, que realmente moriría.

—Félix... —musitó, incapaz de decir nada más.

—Sí, mi amor. Lo sé...

Con delicadeza, él volvió a entrelazar sus manos para inclinarse hacia adelante. En aquella posición, Rosaura no tuvo que moverse cuando su espalda tocó el colchón. Sus piernas permanecieron abiertas rodeando la cintura de Félix, abrigándolo en su centro.

Se deslizó dentro de ella con un leve movimiento, fluido, natural, que lo confundió por completo y lo presionó de un modo casi insoportable. Se quedó quieto, observando su cuerpo desnudo, vibrante de deseo, unido al de él de una forma íntima, inmensa, casi total. Sus pechos colapsaban contra el suyo al mismo tiempo que sus respiraciones se entremezclaban. Sus ojos se inundaban de la mirada del otro, mientras sus corazones galopaban al mismo ritmo, como un resplandor intenso que los inundó.

Él había visto antes ese resplandor dentro de ella que siempre hablaba. Que le indicaba que ofrecía todo sin reservas, pero en ese momento lo aceptó. Aceptó ese maravilloso corazón lleno de bondad y dejó que lo envolviese como si fuera vida. La vida que él había necesitado siempre, porque comprendió que su unión estaba hecha de necesidad en estado puro y fusión irracional, como si cada uno pudiera arrastrarse hacia el interior del otro si se acercaban lo suficiente.

Movió su cadera hacia adelante con un gemido de éxtasis que fue acompañado por el de Rosaura. Con sus miradas engarzadas como si fueran las piezas indivisibles de la mejor joya del mundo.

Ella era la clase de mujer que un hombre siempre conserva a su lado y estaba con él.

Dándole placer y recibéndolo a manos llenas. Esperando más, siempre más.

Se dedicó a ofrecérselo, por completo. Procuró que cada poro de su piel tocara cada poro de la de ella. Que cada gota de sudor fuera compartida y que el baile de sus caderas se convirtiera en algo acompasado con una suave cadencia. Encontraron su propio ritmo, pero este aumentó cuando él notó que el clímax llamaba a su puerta. Su control estaba a punto de romperse en pedazos, pero

el de ella lo haría antes.

Notó cómo Rosaura se sacudía salvajemente contra él, y entonces la necesidad alejó todo pensamiento racional. Con una última embestida se vació en su interior en medio de un grito casi agónico que expresó sin palabras todo lo que sus ojos conectados dijeron al unísono.

«Acabo de experimentar la unión más perfecta de mi existencia», pensó mientras recuperaba el resuello y llenaba su rostro de multitud de besos que desembocaron en sus labios. Salió de su interior con cuidado de no lastimarla y sonrió de pura satisfacción masculina al ver la placidez de sus ojos, el rubor de sus mejillas o el pecho agitado que subía y bajaba.

—Condenación, Rosaura, ha sido...

No encontró la palabra adecuada cuando se recostó a su lado sin dejar de mirarla. No podía despegarse de ella. Ni dejar de enredar sus dedos en los bucles negros, mientras su otra mano vagaba por el vello íntimo de Rosaura, trazando perezosos círculos llenos de íntima humedad, mientras en el aire flotaba un aroma casi olvidado por él, pero al que dio la bienvenida.

—Único. Y siempre lo será si lo comparto contigo, capitán.

El corazón de Félix quedó deliciosamente expuesto a ella.

A su sinceridad apabullante, a su pureza y a esa belleza que todavía lo llamaba a ser besada, acariciada hasta la saciedad. Que despertaba sus instintos más primarios para lamer cada rincón de su cuerpo y los más tiernos para darle el lugar que le correspondía.

—Eres la esposa del señor de Proaza. —Abarcó su rostro entre las manos y se aseguró de que no dejaba de mirarlo mientras hablaba—. A ojos de Dios, nuestro vínculo nunca se romperá.

—¿Y a los tuyos?

—Buena pregunta, aunque claramente innecesaria. —Con una sonrisa insinuante, Félix rozó su brazo—. Si dudas, no tengo inconveniente en demostrártelo las veces que sean necesarias.

Rosaura elevó sus ojos hacia él, sonrió y se pegó a su cuerpo por completo cuando le rodeó el cuello con los brazos para abarcarlo cuanto pudo.

Todo él correspondió como si fuera un sediento, y ella representara la fuente de la vida. La apretó contra su pecho con ansia, con deseo, con alegría por saberse aceptado. Con un corazón que había vuelto a latir gracias a ella.

—Pero no quiero hacerte sufrir —murmuró—. Ni ahora ni nunca.

—Entonces dime lo que quieres, Félix. Llevo esperando toda mi vida para dártelo.

Las palabras surgieron de su boca fluidas, como el cauce de un río cristalino que llevaba unas emociones tan puras como las que aquella muchacha le estaba ofreciendo.

—Que sigas amándome —respondió—. Para siempre.

Al fin.

Por fin podía ver su interior al completo, observar las arrugas de un rostro desbordado de pasión antes de que se hiciera el dueño absoluto de su boca.

Podía apreciar la claridad de unos ojos que habían albergado tantos y tan dolorosos secretos.

Rosaura abrió la boca del mismo modo que había abierto su mente y su corazón, para volver a besarlo. Lo albergó en su interior y penetró en la suya con el mismo descaro, satisfecha al escuchar cómo jadeaba o al comprobar el efecto demoledor que causaba en él aquel beso incendiario.

Las piernas le flaquearon cuando él, con las manos abarcando sus nalgas y su erección pidiendo paso a través de sus muslos, la aprisionó deliciosamente contra el colchón.

—Rosaura, haces que todo parezca demasiado insignificante al lado de lo que tú representas para mí.

—Estás vivo. Estás conmigo. Intento que todo lo demás parezca un juego.

—Y a fe mía que lo consigues, muchacha. —Rosaura levantó una ceja insinuante. Venciendo un repentino ataque de timidez, deslizó una mano entre ellos hasta alcanzar su endurecida virilidad. Tuvo la satisfacción de comprobar cómo sus ojos se velaban y cómo contenía el aliento, por la sorpresa y por el deseo desbordado—. Si haces eso...

—Estaré jugando. Es lo que quiero, capitán. Que me enseñes todo lo que pueda aprender acerca del amor. Que vuelvas a hacerme llegar al cielo con la magia de tus manos, de tu boca, de tu cuerpo.

—Entonces, ¡vive Dios que lo has conseguido!

Con un rugido demoledor tiró de sus piernas hasta tenerlas abiertas frente a él. Mientras mordisqueaba su cuello y frotaba su sexo contra el de ella, pellizcó uno de sus pezones ya erectos, deseosos de sus atenciones, provocando que su espalda se arqueara pidiendo más.

—¿Te hago daño?

—No más que el placer que me das.

Él elevó la cabeza con asombro.

—Muchacha, no dejas de sorprenderme. La mezcla del dolor y el placer en el acto sexual no es algo que agrade a muchas mujeres, sobre todo si no lo han experimentado antes.

En ese punto ambos se detuvieron. Rosaura sujetó aquel rostro adorado entre las manos y le obsequió con una sonrisa que haría palidecer al mismo sol.

—Equilibrio, ¿recuerdas? El que tú me proporcionas consigue que quiera más. Mucho, mucho más.

—Te lo daré, mi vida. Todo lo que sea capaz de ofrecer. —Se apartó de ella lo justo para alcanzar uno de los cojines de la cama y colocárselo debajo de su trasero, de modo que sus caderas quedaron ligeramente elevadas hacia él—. El amor es un juego o miles. ¿Quieres que juguemos? —Por supuesto que quería. Sentirse expuesta de esa manera a sus ojos conseguía que vibrara de anticipación, que se ahogara en su propia excitación. Félix sonrió y enarcó las cejas—. Voy a darte placer dentro de ti sin moverme. Si consigo que llegues al clímax, ganaré.

—¿Y si no?

—Si no, seguiré insistiendo —insinuó.

Entró dentro de ella con fuerza, con profundidad, y con tanta dedicación como empleó en hacerse con su boca en un beso que fue el fiel reflejo de la invasión del resto de su cuerpo. La penetró con la lengua al mismo tiempo que lo hacía con su pene. Rosaura se rindió ante semejante conquista con cada fibra de su ser. Clavó las uñas en sus hombros y los talones en sus nalgas cuando él se mantuvo en su postura sin pujar con las caderas.

Solo presionaba mientras contenía la respiración, hasta que ella sintió cómo su interior se llenaba de él por completo. Cuando la punta del falo pulsaba, ella respondía con su propia contracción con un movimiento suave, lento y profundo que le hizo temblar hasta la punta de los pies.

—Félix... —logró articular mientras arqueaba la espalda hasta un punto casi imposible y todo su ser se rendía ante la fuerza de la marea que comenzaba a fraguarse—. ¡Buen Dios, Félix!

Se tensó como la cuerda de un arpa finamente tocada, justo antes de dejarse llevar en medio de violentos estremecimientos que la hicieron chocar contra él. Gritó su placer y mordió su cuello cuando sintió cómo su sexo temblaba entre las paredes que lo tenían acogido, al mismo tiempo que se estremecía entre sus manos.

Sonrió sudorosa, débil, dolorida y satisfecha.

Sus ojos brillaban con una reposada sensualidad cuando Félix consiguió soltar los barrotes a los que había permanecido sujeto y se tumbó a su lado, acogiéndola bajo su brazo protector.

No pudo hablar durante un largo periodo de tiempo, pero sí sentir. El aroma a hembra que flotaba en la habitación, envolviéndole más aún que aquella sedosa manta de rizos negros que le cubría el pecho, agitado por la hecatombe que acababa de experimentar de nuevo. O su cálido aliento, derramándose justo sobre el lugar donde su corazón latía desaforado, aún excitado. Emocionado.

Era una mujer excepcional. Vivía su pasión sin ataduras. Se daba por completo y recibía a manos llenas. Y había aceptado todo de él.

Recordar cómo había pronunciado su nombre en medio del culmen de su pasión, cómo lo había abrigado en su interior, le hizo sonreír mientras acariciaba su cabeza ensimismado.

—Me parece que he ganado, esposa mía —anunció con petulancia.

—Me rindo ante ti, esposo mío. Pero eso no quiere decir que no debas seguir insistiendo, ¿cierto?

Félix irguió la cabeza, incrédulo, para ver una luz de diversión bailando en los ojos de Rosaura.

Y de pasión.

—No puedes estar insinuando lo que creo que estás insinuando.

—A ver si esto te da una pista. —Tras un segundo de indecisión, Rosaura se colocó a horcajadas... justo sobre su boca—. Por favor, si soy demasiado descarada házmelo saber antes de reducir mi orgullo a cenizas, pero necesito despejar algunas dudas.

—¿Como... cuáles?

—Doña Irene nos explicó que era posible que la mujer consiguiera placer de esta manera... Y...

Félix dejó de escuchar. El olor a excitación hizo desaparecer de él todo atisbo de contención para sustituirlo por una ola imparable de crudo deseo. Sus ojos solo advirtieron la carne rosada que se le ofrecía, tan cerca que apenas tendría que moverse para tomarla. Su lengua vibró dentro de su boca ante la deliciosa anticipación y sus manos hicieron el resto.

—Más tarde tendré que hablar con doña Irene —murmuró atolondrado.

—¿Por qué? ¿Lo que me dijo es malo?

—Oh, no. Al menos no para mí. Espero que tampoco lo sea para ti, aunque veo que te encuentras bastante cómoda.

—Excitada. Deseosa. Insaciable.

—Provocadora —susurró Félix contra aquella deliciosa carne palpitante—. Sensual. Apasionada.

Se lanzó a por el manjar que se le presentaba con tanto ímpetu que el cuerpo de Rosaura se vio proyectado hacia delante con fuerza. Tuvo que sujetarse a los barrotes para no caer sobre el rostro de Félix antes de elevarse sobre sus rodillas cuando tiró de ella como indicación.

Quiso saciar su curiosidad a base de nuevas preguntas, pero todo quedó borrado de su mente cuando sintió su boca en la parte más íntima de su cuerpo, absorbiendo toda la excitación que volvió a brotar de ella, rebuscando entre sus pliegues más íntimos con una lengua que no dejó rincón sin explorar.

Félix se dedicó por completo a cumplir lo que había prometido al inicio de la noche, y no se detuvo ni siquiera para comprobar si le complacía lo que hacía. Saltaba a la vista que era así por el modo en que arqueó la parte inferior de su cuerpo hasta que solo su negra cabeza quedó a la vista entre unos muslos cuyo interior se dedicó a mordisquear antes de volver a estimularla de un modo tan efectivo, tan implacable, tan deliciosamente íntimo que Rosaura se bamboleó hacia adelante con un nuevo grito de éxtasis cuando este la inundó por completo.

Cuando consiguió enfocarlos a ambos a través de la neblina del deseo saciado y contempló el rostro demudado de pasión de Félix entre sus piernas, con la boca húmeda de sus fluidos, entreabierta y jadeante; la imagen le pareció tan erótica que se elevó sobre sus rodillas para colocarse a su lado y señaló su miembro, nuevamente palpitante y dispuesto.

—Mío —declaró, presionándolo entre sus dedos hasta que lo sintió agitarse.

—Sí, desde luego.

Félix tiró de ella hasta volver a ponerla sobre él y guio la punta hasta su sexo. Con ayuda de su propia mano, lo movió para empezar a estimularla de esa forma, encantado por ver cómo comenzaba a ronronear como si fuera una gata satisfecha.

—Quiero tenerte dentro, Félix. Quiero sentirme llena... de ti.

—Sí. Sí, mi señora.

La empujó hacia abajo hasta estar completamente enfundado en su interior, empapado de ella. Disfrutó del velo de deseo que oscureció sus ojos cuando permaneció montándolo, con sus manos apoyadas en su pecho, y la dejó hacer cuando ella atrapó una de sus tetillas entre los dientes para pasar a rozarlo con la lengua, como él había hecho.

—Enséñame cómo tu cuerpo se mueve sobre el mío. Domíname.

—¿Puedo hacer todo eso?

—Te mostraré cómo.

Rosaura supo de su grado de excitación por las pequeñas sacudidas que sintió dentro de ella, pero se dejó guiar. Mientras las manos de Félix se llenaban con la tersura de sus pechos y los masajearan al mismo tiempo que rozaba sus pezones doloridos de deseo con los dedos, ella siguió sus instrucciones. Sin que sus miradas se apartasen, fue comprobando cómo toda ella recibía cada emoción, cada reacción a lo que estaba sucediendo entre ellos. Pero no fue repentino ni violento, sino paulatino. El contrapunto a lo ocurrido con anterioridad inundó su cuerpo igual que el amanecer, igual que la promesa que acarrea todo lo nuevo, lo fresco, lo esperanzador.

Con sus caderas inmóviles inició la suave ascensión hacia la cumbre y llegó a ella de varias maneras diferentes. Fue algo apoteósico, completamente desconocido que la cegó por completo. A un primer clímax casi inesperado, le siguió otro menos fuerte, pero más intenso, al que sucedió un tercero que le arrancó lágrimas de placer.

Solo dejó que se derramaran cuando Félix la acompañó. Y solo entonces descendió para contemplar por un instante, que era de ambos, cómo los traspasaba la luz que envolvía sus respectivos temblores, antes de entrelazar sus manos y quedarse allí, sobre él, donde recibió el abrazo del sueño a la vez que el del hombre al que había arrebatado el corazón.

Esa noche hicieron el amor tres veces más.

Y cuando las primeras luces del alba le dieron de lleno en los ojos para despertarla, acurrucada dentro del cerco que formaban los fuertes brazos de su marido, Rosaura se giró para disfrutar un poco más de su presencia, de todo él.

Permanecía profundamente dormido y arrebatadoramente desnudo, boca abajo. Con los glúteos firmes, morenos, que ella había aprendido a mordisquear por puro placer, a la vista y su rostro girado hacia ella. En paz consigo mismo y con sus sueños.

Así de relajado, sin la fiereza y la dureza implícita en su mirada, parecía aún más hermoso. Más atrayente. Y mucho menos atormentado.

Suspiró y dejó que sus ojos se recrearan con la longitud y el espesor de sus pestañas negras, con la fuerza de los pómulos parcialmente cubiertos por aquella barba que le había rascado y

acariciado en lugares demasiado sensibles que se encontraban deliciosamente doloridos. La boca de labios generosos sabía conseguir magia de cualquier parte de su cuerpo. Y el pecho moreno, que permanecía oculto sobre el colchón, albergaba un corazón que había comenzado a sanar.

En medio de aquella paz que le procuraba el siglo en el que vivían, todo parecía posible. Sus ansias de libertad, la posibilidad de que aquel hombre le perteneciera para siempre, la longevidad de la que parecían disfrutar la mayor parte de las personas que había visto...

¿Y si decidía quedarse en lugar de irse?

Una sensación de ingravidez la embargó al pensarlo. Por primera vez, después de que la idea hubiera revoloteado en su cabeza sin decidirse a echar raíces, se atrevía a preguntárselo a sí misma, pensando en preguntárselo a él. En cómo reaccionaría si se atrevía.

Seguramente lo rechazaría. El espíritu guerrero de Félix no parecía encajar mucho en aquel siglo, pero se permitió el lujo de imaginarse allí dentro de muchos años. Rodeados de hijos. Con un trabajo que la hiciera sentirse útil, persona, como doña Irene. Con su guerrero.

—*Cuando llegue el momento, tomarás la decisión correcta.*

Rosaura no se asustó. Escuchar aquellas palabras supuso un calmante para su revuelta conciencia al pensar siquiera en la posibilidad de quedarse allí, lejos de su familia, de los suyos. Pero se dirigió hacia la ventana de puntillas, convencida de que la voz había provenido de allí.

Al otro lado de la calle, medio cubierta por la vegetación de un parque cercano, creyó vislumbrar a la misma mujer que había visto el día en que la secuestraron. El mismo cabello, la misma túnica y los mismos rasgos, no lo suficientemente nítidos como para reconocerlos por completo, pero sí familiares, que llenaron su pecho de paz.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro, segura de que la mujer la escucharía.

—*Soy todo y nada. La claridad para muchos, la oscuridad para otros. Él necesitaba renacer y lo ha hecho a tu lado. Le has salvado, como debías, pero ¡el mal más pútrido todavía os acecha!*

—¿Ese es el propósito de este viaje? ¿Ayudar a Félix a librarse de todas sus cadenas conmigo? ¿Averiguar si realmente mis sentimientos eran reales, al mismo tiempo que él descubriría los suyos? ¡Dímelo! ¡Dime quién eres!, ¡por qué te apareces cuando necesito respuestas y no me das ninguna!

El cielo se tiñó de colores turbios y el viento comenzó a arremecer, revolviendo el cabello de Rosaura en torno a su cara. Ella se lo apartó de un manotazo, pero cuando entrecerró los ojos en busca de más detalles, solo le pareció ver una figura vestida de blanco que desaparecía con tanta rapidez que Rosaura se preguntó si no habría sido producto de su imaginación.

«No. Hace tiempo que he dejado atrás la niñez», se dijo. Se habían terminado las fantasías, los sueños. Todo aquello que, hasta el momento de su viaje, habían incentivado sus sentimientos por Félix, porque se habían convertido en realidad.

Debían lidiar con el presente. No había tiempo para soñar.

Y el presente pasaba por la carta puebla, por el documento que demostraba la traición de don Gonzalo y por el hombre que yacía dormido en la cama, satisfecho, después de haberle entregado su corazón al completo.



Treinta y dos

Rosaura se alegró de haber seguido las instrucciones de doña Irene en lo que a vestimenta se refería.

Ninguno de los cuatro desentonaba con el resto de participantes en la subasta. Irene lucía un vestido color vino burdeos y zapatos de tacón de aguja del mismo color que resaltaban su figura y el tono de su cabello. En cuanto a ella, y a juzgar por cómo la miraba Félix, había acertado con su vestido verde botella, ajustado hasta la rodilla y con un escote barco que marcaba la plenitud de sus pechos.

—Parecemos demasiado elegantes, ¿no creéis, doña Irene?

La aludida sonrió ante su inseguridad y la tomó del brazo para alejarla de Félix.

—Sofisticados y civilizados. Esa era nuestra idea, ¿recuerdas? Veo que contigo hemos conseguido lo primero, y con Félix..., lo segundo. Sin duda.

—La subasta irá por lotes —informó David. Rosaura pudo apreciar que su traje oscuro, al igual que el de Félix, les confería un aire mucho más... actual. Sí, esa era la palabra—. Esperemos que la carta puebla pertenezca a uno lo suficientemente pequeño como para poder pagarse con el sello, rubia.

—Siempre puedo añadir mi cuerpo, ¿recuerdas? —Irene respondió al gesto ceñudo de David con un guiño cómplice y les mostró su DNI—. Sacad el vuestro. Tenemos que identificarnos para poder participar en la subasta.

—Veo que le habéis dado una segunda oportunidad —le susurró Rosaura cuando echaron a andar delante de los hombres.

—Como bien dijo él en su día, todo el mundo comete errores, todos lo hacemos. Espero que haya aprendido del suyo lo mínimo para, al menos, no repetirlo, porque de lo contrario una nueva oportunidad no será lo único que pierda.

Irene hizo un movimiento de tijeras con los dedos que provocó en ella una risilla, antes de que los cuatro comenzaran a rellenar los formularios necesarios para ser aceptados en la subasta.

A continuación, penetraron en una sala donde todos los objetos subastados permanecían expuestos a la vista de los interesados. La carta puebla se hallaba junto a un camafeo del siglo XIX y una pistola del XVII, pero en una vitrina aparte.

En cuanto la vio, el corazón de Félix se saltó un latido. Pegó las manos a la superficie de la vitrina, inclinándose hacia ella solo para comprobar lo que ya sabía.

—Es la auténtica. —Todo se lo decía. Desde la mancha de tinta hasta el aspecto antiguo del papel, pasando por los trazos de la escritura de su padre o el sello que sirvió de rúbrica al giro

completo de su destino—. Buen Dios, no hay lugar a dudas...

Tenía frente a él la solución a todos sus problemas al alcance de la mano, literalmente. Y, sin embargo, aún tendría que pasar por más pruebas para hacerse con algo que le pertenecía.

El director de la subasta presidía el acto que dio comienzo de inmediato. Rosaura pudo aprender el funcionamiento con rapidez y sin necesidad de explicaciones, pero permaneció callada, a la espera y con el corazón en un puño, hasta que apareció el lote que contenía la carta puebla.

El director presentó los objetos, uno por uno, hasta llegar al que les interesaba.

—Una carta puebla donde don Gonzalo, señor del antiguo señorío de Proaza, reconoce la legitimidad de su primogénito y le concede la propiedad de tierras y siervos, según figura en el texto. Es un documento sumamente antiguo, datado del siglo X, y único. Solo existe una copia en el Libro de Regla de Santillana del Mar, pero lo que ven ustedes es auténtico y original. Empezamos la puja por... teléfono. —Irene y David se miraron extrañados, pero permanecieron silenciosos mientras el director atendía una repentina llamada—. Sí, un postor perfectamente identificado que empieza la puja por la cantidad de...

—Mierda —siseó Irene al escuchar la cantidad—. Hay alguien más interesado. Y no sabemos quién es, porque el director no está obligado a hacerlo público.

—Tranquila. El sello tiene un valor muy superior al que han ofrecido de entrada.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Se llama aprovechar el tiempo, y es lo que he estado haciendo mientras preparábamos el casamiento, y tú me ignorabas —respondió Rosaura a Félix con una sonrisa—. De todas formas, ¿qué haremos si ofrecen más?

—Pujar en privado por uno de los objetos del lote —intervino David—. Es posible que nuestro desconocido amigo no esté interesado en la carta puebla en particular y sí en el resto. De todas formas, esperemos a ver qué ocurre y entremos en la puja.

En un principio hubo bastantes interesados que levantaron sus paletas, dispuestos a pagar la cantidad que iba ascendiendo poco a poco, pero pronto solo quedaron el desconocido y ellos, en un mano a mano infernal que les puso un nudo en la garganta, hasta que el director anunció la retirada del primero para adjudicarles el lote completo.

—Por un valor astronómico. Joder, esperemos que el sello lo valga y lo supere, porque de lo contrario, acabo de empeñar mi futuro y el de varias generaciones —murmuró Irene mientras abandonaban la sala y se dirigían a la sala de recepción, donde una mujer dejó de teclear en el ordenador para prestarles atención.

—Pago del lote número tres —informó Irene, antes de sacar el sello y dejarlo junto al teclado.

La mujer lo miró sorprendida, pero enseguida frunció el ceño.

—Solo se permiten pagos en efectivo para cantidades inferiores a dos mil quinientos euros, y por transferencia bancaria a la cuenta corriente de la Sala, o cheque bancario conformado, para cantidades superiores. Lo siento, pero este... anillo, no pertenece a ninguna de las dos categorías.

—Ya, lo sé, pero ¿podría ponerse en contacto con el dueño del lote e informarle de que deseo pagarle de esta forma? Verá, no he podido venderlo, pero estoy segura de que al dueño le interesará el cambio. Al menos inténtelo, por favor...

«Desde luego, Irene puede ser muy persuasiva cuando parpadea con ojitos de cordero degollado y ese mohín de ángel que me pone a cien», pensó David con una sonrisa disimulada de admiración cuando la cara agria de la mujer pareció suavizarse un tanto.

—¿Tiene algún certificado que avale su autenticidad? —le preguntó

—Por supuesto. —Irene sacó de su bolso un par de documentos y se los entregó.

La mujer los examinó con el ceño fruncido y finalmente se rindió en parte.

—Está bien, esperen aquí —ordenó, antes de desaparecer con el sello.

Les pareció que había transcurrido una eternidad cuando regresó con el sello.

—El dueño del lote número tres al aparato —dijo, tendiendo a Irene un móvil que ella se colocó en la oreja de inmediato.

—¿Sí, hola? Habla con Irene Rodríguez, la persona que ha adquirido su lote en la subasta.

—Buenos días, señorita Rodríguez. Espero que no se sorprenda de que me dirija a usted directamente y no a través de mi habitual intermediario, pero, después de ver el sello, he considerado que la situación lo requería. —La voz era agradable. Pertenecía a un hombre no demasiado mayor, aunque sí lo suficientemente maduro como para andarse con esas formalidades—. Aunque supongo que ya lo sabrán porque el director de la subasta me habrá identificado, lo volveré a hacer. Me llamo Fernando Núñez de Proaza y creo que aún soy el dueño del lote que pretende adquirir.

A Irene casi se le cayó el móvil de la mano al escuchar el nombre. Abrió tanto la boca que los demás temieron que se lo tragaría en vez de hablar por él cuando logró volver a colocárselo en la oreja.

—Esto... Sí. El director lo mencionó, como debía hacer, claro. —Vocalizó en silencio el nombre, como si los demás estuvieran obligados a saber quién era y carraspeó para dar a su voz un poco más de aplomo—. Verá, tenemos especial interés en la carta puebla que forma parte de ese lote, aunque no nos importará comprar el resto si el sello que le ofrecemos compensa el precio.

Escuchó un susurro de papeles, unas voces lejanas y un «ajá».

—No solo lo compensa, sino que lo supera con creces. —Cuando le dio la cifra que, según él, conformaba la diferencia, Irene tuvo que apoyarse en el mostrador de la empleada para no caerse redonda. Con la mano libre comenzó a abanicarse mientras trataba de seguir la conversación—. ¿Le parece a usted un precio razonable? Si lo considera demasiado bajo estoy abierto a negociación. Me he visto obligado a vender esas antigüedades que siempre han estado con mi familia porque necesito una cantidad en efectivo mucho mayor que la que le ofrezco, debido a cierto negocio al que le he echado el ojo... Sin embargo, si está interesada, la transferencia se realizará de inmediato.

—En... Entonces no... no resolverá su problema con la adquisición del se... sello.

¿Estaba tartamudeando? Desde luego. Siete cifras eran una muy buena razón para tartamudear.

—Puedo permitirme un margen de tiempo para obtener liquidez por otras vías, no se preocupe. —La voz de Fernando Núñez la trajo al presente—. La empleada de la sala de subastas me envió la información necesaria acerca del sello y su imagen. Si usted es coleccionista...

—Poseo una modesta y humilde tienda de antigüedades perdida en el mapa, pero sé apreciar la valía de un objeto cuando lo veo.

—Bien. En ese caso, comprenderá mi ansia por obtener su sello, señorita. —«Comprendido, pero no asimilado. Para eso necesitaría media vida», se dijo—. Si es tan amable de darme un número de cuenta donde pueda efectuar el ingreso, tendrá el dinero en un par de horas a lo sumo. Solo entonces, la casa de subastas me hará llegar el sello. Por supuesto, el tema de los impuestos, tanto en lo referente al lote como al dinero restante, corre de su cuenta.

—Po... Por supuesto, señor Núñez.

Procedió a dar la información requerida. Y, a continuación, comprobaron que una inmensa fortuna, unida a un nombre legendario, obraba milagros.

En el tiempo estimado, aquella impresionante e increíble cantidad de dinero figuraba en su

cuenta corriente.

—¿Quién coño te ha pagado semejante barbaridad por un puto anillo?

Ya en la puerta de la sala de subastas, Irene miró a David como si fuera un alumno perezoso.

—¡Pues don Fernando Núñez de Proaza, el actual heredero de prácticamente todo el territorio que antiguamente conformaba el señorío, además de innumerables bienes inmuebles repartidos por toda España! El director de la subasta dio sus datos antes de empezar con el lote. ¿Dónde estabas?

—Contigo, rubia, contigo. Igual que ahora. Creo que vas a desmayarte de un momento a otro, así que lo mejor será que tomes un poco el aire. O, en su defecto, que te desplomes encima de mí y...

El sonido de su móvil cortó la broma.

Se alejó de ellos para responder, pero, cuando volvió a acercarse, tenía un gesto preocupado.

—Era uno de los chicos —dijo, dirigiéndose a Irene—. Al parecer, anoche alguien entró en el establo y encontró el espejo. Nuño les avisó esta mañana y están registrando el lugar.

Irene abrió la boca para coserlo a preguntas, pero un nuevo pitido, aquella vez proveniente del wasap de su móvil, los dejó mudos. Era un mensaje de voz. Irene tuvo que sujetarse a los hombros de David para no terminar desmayada cuando lo escuchó:

—¡Por favor, Irene, haz caso de lo que te digan! ¡Están completamente locos! ¡Son capaces de...!

La voz aterrada de Ernesto se cortó ante un nuevo pitido, esa vez de un mensaje escrito:

«Yo tengo el espejo y al viejo. Vosotros tenéis la carta puebla y al capitán. Haremos el cambio el día de la lluvia de estrellas, al atardecer, en la cueva donde Rosaura debería haber muerto. Después, no volveréis a saber de mí».

Félix siseó algo por lo bajo y se sacudió el pelo.

—Es una encerrona —declaró—. Quien quiera que esté detrás de todo esto, sabe qué pasos seguir para cerrar el cerco poco a poco, hasta asfixiarnos.

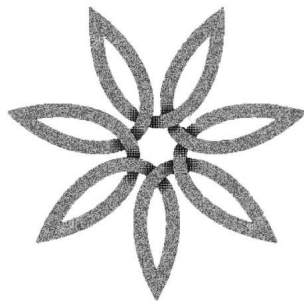
—¿Y qué propones?

—Me quieren a mí y tienen a don Ernesto. —Sus ojos parecieron aún más negros cuando respondió a Rosaura. En aquel momento, su mente de capitán guerrero comenzó a funcionar a un ritmo endiablado, casi perfecto, hasta que los primeros esbozos de un plan consiguieron que sonriera—. No disponemos de mucho tiempo, pero espero que sea suficiente.

—¿Para qué?

—Mí Rosa, si hay algo que sé hacer bien es preparar una escaramuza —asintió con una sonrisilla malévol—. Estoy acostumbrado a cuidar de las vidas de los hombres que tengo a cargo. Ambicionan la carta puebla, ¿verdad? Pues vamos a dársela.

Nadie lo cuestionó ni dudó. Porque todos supieron que aquel era el inicio de un plan para salvar su vida, su honor, su presente y, sobre todo, su futuro.



Treinta y tres

Dos semanas después

—Antiguo dios de las profundidades del bosque, maestro de la bestia y el sol. Aquí, donde el mundo es silenciado y duerme, te llamo. Te pido que me escuches rezar y me envíes tu fuerza...

Félix se arrodilló junto al vallado que Nuño había terminado para Irene. Con los ojos cerrados, tomó un puñado de tierra en su mano y mordió el puño, antes de incorporarse para observar el cielo blanco que ocultaba el sol y que anunciaba nieve.

Algo tan insólito para esas tierras en aquel tiempo como la batalla que al día siguiente emprendería.

Suspiró profundamente cuando hizo un rápido repaso mental por los puntos que harían de su plan un éxito rotundo. Irene se hallaba dentro de la casa con Alana y Rosaura. Los documentos se encontraban en su lugar.

—Todo saldrá bien —repitió para sí mismo sin arrepentirse de haber puesto su destino en manos de los dioses paganos. Al fin había recuperado aquella parte de su mente que durante tanto tiempo había ignorado. Al fin había comenzado a ver—. Por los dioses...

—Y los hombres. —Rosaura terminó la oración por él en el momento en que soltó la tierra que todavía permanecía encerrada en su puño. Cuando él se giró vio la sonrisa que más temía encontrar—. Voy a ir contigo. Nadie podrá impedírmelo.

—Yo puedo impedírtelo, muchacha. Soy tu esposo.

—Pero nada más. Y eso, capitán, no te otorga ningún poder extra.

—Ah, ¿no? —Con un repentino movimiento, Félix sacó su puñal de la funda y simuló clavárselo en la parte baja de la espalda, muy cerca de los riñones—. Este es el punto exacto. Húndelo justo aquí y retuerce con fuerza la muñeca. Lo dejarás fuera de combate mucho antes que con tu PENE.

—No será necesario. Estarás conmigo.

—Maldito sea el diablo...

Con un gruñido, Félix lanzó el puñal hasta clavarlo en un árbol cercano, para después ir a por él lleno de frustración y enfado.

Lo había intentado todo como persuasión: las charlas interminables, las imposiciones, el chantaje emocional e incluso las sesiones de sexo desinhibido en el lecho, esperando que al

menos la luz que iluminaba sus ojos hasta conferirle un verde único regresara. Pero tampoco había averiguado qué era lo que se los apagaba. Qué provocaba la tristeza que parecía acompañarla como una sombra desde que habían encontrado la carta puebla, pese a que se esforzaba en aparentar que todo andaba bien.

—No hagas que te ate a la pata de la cama, esposa mía —apreció con ironía, caminando hacia la entrada cuando recuperó el puñal—. Sabes que soy capaz para cumplir mi juramento. «Perderé mi honor por el tuyo, mi alma por la tuya, mi vida por tu vida, solo para protegerte». ¿Lo recuerdas?

Su gesto empecinado le dijo que no daría marcha atrás tan fácilmente.

—Entonces, ¿por qué me enseñas a clavar un puñal en el cuerpo de una persona?

—Para estar seguro de que podrás defenderte, en caso de ser necesario. —Sus ojos resbalaron apreciativamente por sus pantalones forrados, su jersey de cuello alto que remarcaba su figura y la cazadora de piel abrochada hasta la barbilla—. Y para combatir el frío aquí fuera, preservando tu honor. Dentro lo haría de otra manera, muchacha.

Enarcó una ceja y dejó entrever una sonrisa insinuante, que se borró con la insistencia de Rosaura.

—Podría permanecer en el coche de David.

—No. Yo vendré a por ti cuando todo esto acabe para regresar a nuestro hogar.

—¿Y si dejas pasar la oportunidad y nos asentamos aquí definitivamente? Los dos juntos. Seguros. Con muchas más opciones de vivir mejor de lo que lo haríamos en Trabada o incluso en Proaza.

La vocecita parecía insegura. Casi le costó trabajo entender lo que dijo, pero lo entendió, sin lugar a dudas. La sangre se le heló en las venas cuando vio aquel gesto aparentemente humilde con el que inclinaba la cabeza, pero que contenía todo el montante de sus mayores temores.

«Buen Dios».

Acababa de insinuar que podían abandonar su mundo para quedarse en aquel.

No. No lo había insinuado. Era una afirmación en toda regla.

Su mente no fue capaz de asimilarlo con la suficiente rapidez, pero su instinto le dijo que debía amarrarla con fuerza a él para no perderla de vista en ningún momento.

No obstante, solo lanzó una significativa mirada a la puerta de entrada. Deseaba perderse por ella, tomar lo necesario para terminar con quien fuera que los amenazase, llevarla con él y desaparecer de aquel siglo de una maldita vez para poder vivir su vida como siempre debió hacer, desde que era un niño y su madre aún vivía. Deseaba estar sordo para no seguir escuchando insensateces.

Pero supo que las escucharía, que la escucharía a ella, en el momento en que quedó atrapado en la súplica silenciosa de aquellos ojos esmeralda.

—Bien, muchacha. Explícate —exigió con aparente serenidad.

Ella inclinó la cabeza pensativa. Se mordió el labio con tanta determinación que el miedo de Félix se convirtió en pánico.

—Añoro a mi familia con tanta fuerza que a veces duele —empezó sin titubear.

—Perfecto, pues. Dentro de nada te reunirás con ella.

—Pero la necesidad de volver a casa compite con la de pertenecer a un lugar así, donde se me tiene en cuenta, donde puedo ser dueña de mis decisiones —continuó Rosaura con voz temblorosa—. Cada paso que doy en esta dirección me aleja de mi vida anterior para incluirme en otra sobre la que no tengo ningún dominio, lo reconozco. Y, sin embargo, me siento más libre que nunca. Félix, mi abuela me advirtió que debería buscar el equilibrio para hallar mi lugar. ¿Y si se refería

a esto? ¡Piénsalo al menos, te lo ruego! ¿Y si ese era el propósito principal del viaje? «Cuando las estrellas conquisten la tierra será vuestro momento», dijo.

—Se equivocó. Es imposible.

—No quiero sufrir más por ti —añadió con suavidad, posando una mano cauta sobre uno de sus poderosos hombros—. Deseo que muramos de viejos en lugar de por una guerra, a causa de una herida o una enfermedad que nuestra fe no podrá curar. Conocer tu paradero en todo momento. Quiero poder demostrarte mi amor sin miedos ni restricciones, y que tú me demuestres el tuyo.

Félix dudaba, por eso tardaba en responder. Y sufría. Por eso contraía los labios de aquella manera. Mantenía una lucha consigo mismo porque, lo reconociera o no, los deseos de Rosaura eran también los suyos.

Porque aquellas dos semanas habían supuesto un claro ejemplo de lo que podría prolongarse en el tiempo si accedía a su propuesta.

—Mi Rosa, las personas fuertes sonríen con el corazón roto, lloran con las puertas cerradas y pelean en batallas de las que nadie se entera —afirmó al cabo de una eternidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú eres así, muchacha. Sobrevivirías a la guerra, la incertidumbre, el miedo. Ahora la pregunta es: ¿te sientes lo suficientemente fuerte como para aceptarlo en tu corazón?

—Yo lo he aceptado, capitán. Solo aspiro a compartir contigo todo lo que se me ofrece aquí.

—Ya lo haces. El núcleo de cualquier relación vinculante entre un hombre y una mujer es el lecho y lo que ocurre en él, pero quiero que entre nosotros haya mucho más. Sé que puedo darte otras cosas: mi comprensión, mi amistad, mi fuerza. Mi protección. Te escucharé si necesitas hablar. Seré una roca si quieres apoyarte en mí. Y, si quieres olvidarte de todo, te amaré hasta que pierdas el sentido.

«Pero no puedo aceptar lo que propones».

Félix no se atrevió a afirmarlo en voz alta por miedo a perderla definitivamente. En cambio, pensó como un capitán que quiere conservar a su lado a un guerrero avezado. Debía aprender a escuchar para ganársela. Mataría sus dragones y entonces empezaría su curación. Él sanaría con su amor las heridas más profundas que podían llevarla a considerar el hecho de renegar de su propio mundo.

Pero sería una vez volvieran a su hogar.

Rosaura lo miró con una mezcla de desolación y cólera que hizo que sus ojos brillaran. Aspiró el aire frío con fuerza y contuvo un escalofrío, pero su mentón tembloroso la delató.

Se debatía entre marcharse airada o seguir intentándolo, y eligió lo segundo.

—Ahora no necesito que me ames de esa manera, Félix —insistió—. Solo necesito tu generosidad.

—Por las barbas de Satán... ¿Me lo dices en serio?

—Deberías conocerme lo suficiente como para conocer la respuesta a esa pregunta, capitán.

«Oh, buen Dios. Oh, buen Dios. Oh, buen Dios. La situación es más grave de lo que creía».

La conocía. Aquella decisión no era repentina. Seguramente había estado fraguándola en su cabecita durante demasiado tiempo. Un tiempo en el que lo había apartado a un lado deliberadamente, para terminar por exponérselo a la desesperada, a solo un día de la lluvia de estrellas.

Félix se acercó a ella y abarcó una de sus mejillas con la mano. Si seguía su instinto, la besaría hasta absorber todas aquellas ideas ridículas a través de su boca. Si se dejaba guiar por la desesperación que empezaba a anidar en su pecho, incluso le imploraría.

Sin embargo, sabía que nada de eso conseguiría disuadirla. Y él necesitaba disuadirla, así que

probó con lo único que haría mella en su voluntad: el razonamiento inteligente.

—¿De verdad quieres quedarte en este mundo? ¿En una época donde los hombres no cuidan de las mujeres como deberían o donde un niño puede denunciar a sus padres por impartir disciplina? ¿En un lugar plagado de basura, de delincuentes que salen de sus cárceles por una justicia demasiado blanda, de bosques que se queman y animales que se extinguen?

—Quiero quedarme en una época donde los hombres cuidan de las mujeres en su mayoría, al igual que las mujeres cuidan de los hombres y donde los avances médicos impidieron que yo muriera envenenada. Quiero quedarme en un mundo donde una mujer pueda vestirse como quiera, elegir a su compañero o, sencillamente, elegir no tener ninguno. Donde pueda ser dueña de mi propia vida, tomar mis propias decisiones. He hablado con Raúl hace un rato.

—¿Con Raúl?! ¿Y por qué tienes que cruzar una sola palabra con él?

—Porque es mi amigo. Llamó al móvil de Irene para disculparse conmigo por su actitud antes de nuestro casamiento y, de paso, me preguntó qué pensaba hacer ahora que estaba casada. Me habló de estudiar, Félix. Me dijo que, aunque tuviera esposo, podría hacer algo útil con mi vida. Lo que yo decidiera, siempre a través de unos estudios para los que me ve perfectamente capacitada.

—Desde luego que lo estás, muchacha. Para todo lo que te propongas. Por eso habrás aprendido que, a pesar de todo, aquí también hay bestias.

—Y a pesar de todo deseo quedarme. Amarte y que me ames en la misma medida. Que ambos decidamos de común acuerdo los aspectos relacionados con nuestra vida sin que yo sea tu sierva, y tú mi señor. Quiero seguir en el lugar que puede acoger y dar sentido a todo lo que será aplastado en cuanto regrese a Trabada.

—¡Eres la esposa del señor de Proaza!

—No sería nadie sin él. Y, con él, seguiré sin serlo. ¿Es eso lo que te da miedo? —le preguntó al cabo de un rato—. ¿Que realmente pueda estar a la par de ti y no un paso por detrás?

Félix apretó los dientes. Su miedo no tenía nada que ver con eso, sino con su falta de control absoluto respecto a todo lo que les rodeaba. Pero confesarlo equivaldría a confesar su debilidad. Era mucho mejor demostrárselo. Se acercó por detrás y volvió a girarla hacia él para comunicárselo con un abrazo férreo y un beso impositivo y tierno que logró su rendición provisional.

—¿Desde cuándo tenías planeado esto? —siseó, más confundido que furioso—. ¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Porque he necesitado de todo este tiempo para asegurarme de lo que realmente deseo.

—Pensaba que yo entraba en esos deseos.

—¡Y entras! —¿Cómo hacérselo entender? Acarició su barba con la punta de los dedos, pero él se apartó, dolido—. Quiero quedarme... contigo. Esa es mi única intención.

Escuchó un hondo suspiro. No levantó la cabeza, pero notó su alejamiento de inmediato.

Cuando abrió los ojos se topó con los de él fijos en ella. Fríos, impenetrables.

El guerrero implacable había vuelto, dispuesto a no dar su brazo a torcer.

—No puedo —concluyó.

—Entonces es que no me amas lo suficiente.

—Condenación... —Félix la tomó por los hombros con autoridad—. ¡Me he adaptado a esta vida extraña y sin sentido solo porque tú me lo pediste, cuando lo que realmente deseaba era marcharme de aquí contigo! ¡Te he confesado mis secretos más ocultos y mis mayores vergüenzas! ¡Y me he rendido, a ti y a todo cuanto significas o puedes llegar a significar para mí! ¡Dime si eso es tan solo un pequeño ejemplo de lo que siento por ti y ahora mismo me marcharé!

El corazón de Rosaura respondió con un estruendo ante aquella última afirmación.

Acababa de declararle su amor incondicional, y era tal su estado de rabia e impotencia que ni siquiera parecía haberse dado cuenta.

Quiso besarla hasta quedar sin aliento. Recompensarlo de todas las maneras posibles y acallar esos aullidos que conseguían dividirla en dos mitades dolorosamente iguales.

Pero solo asintió.

—Precisamente en nombre de ese amor te pido que te quedes —murmuró.

Él la soltó. Su rostro era una máscara de decepción cuando retrocedió, sacudiendo la cabeza una y otra vez, incrédulo y completamente destrozado.

Casi tanto como lo estaba ella.

—Precisamente en nombre de ese amor te pido que me acompañes —replicó. En un ramalazo de ternura, enredó el dedo en uno de sus rizos antes de colocárselo tras la oreja—. Puedes pensarla hasta mañana. Y, si tu decisión es quedarte aquí, la respetaré. No te obligaré a hacer aquello que no deseas. Espero que te parezca suficiente muestra de amor.

Rosaura le dio la espalda. Escuchó sus pisadas alejándose con el alma muerta y el rostro bañado en lágrimas. No supo cuánto tiempo estuvo así, incapaz de reaccionar. Perdida, destrozada, a punto de dar marcha atrás, cuando sintió otra presencia tras ella.

Se giró esperando verlo. Y no pudo disimular su desilusión cuando comprobó que era Alana.

—Dejadle tiempo.

—Ningún tiempo del mundo conseguiría el milagro, Alana. No me ama lo suficiente como para quedarse. Ni siquiera para comprender mis deseos.

—¿Lo decís basándoos en sus palabras?

—¿Es que acaso puedo concluir otra cosa basándome en ellas?

—Las palabras pueden disfrazarse de mil emociones, mi señora. Y todas pueden ser falsas o no. Sin embargo, los hechos hablan con el corazón. Félix es un hombre parco en lo primero, pero muy profuso en lo segundo. Os está hablando constantemente con cada gesto, con cada paso que da. Y ambos van en una sola dirección: vos. Os ama, tanto y tan profundamente que no es capaz de aceptarlo ni siquiera ante sí mismo, solo por miedo al propio miedo que eso le suscita.

—No veo que me lo demuestre.

—Pues quitaos la venda de los ojos. La mantenéis ahí por propia voluntad, mi señora. Porque quizá también temáis lo que podéis descubrir más allá de las simples palabras. Félix es un hombre de honor, ante todo, pero también un hombre perdidamente enamorado. Y, cuando ambas cualidades se unen, tenemos a un ser único e irremplazable que os entregará su corazón en cualquier época, lugar y circunstancia. Sin condiciones, sin peros, sin matices. Él ya es vuestro, mi señora, al igual que vos sois suya. La diferencia estriba en la percepción que ambos tenéis del mismo hecho.

—No te creo. ¡No puedo creerte cuando veo cómo ha rechazado mi decisión!

—¿Respetándola?

—¡Negándose a secundarla!

Alana resopló.

—En una ocasión oí a Nuño decir que teníais fama de niña malcriada. Os ruego que no me deis una muestra de ello y que perdonéis la impertinencia que acabo de tener en aras de vuestro beneficio —aseguró con severidad—. Vuestra abuela aseguró que habría un «tiempo para sufrir y otro para amar», ¿recordáis? Pues bien, creo que el primero está a punto de terminar.

Por primera vez desde que habían aterrizado en aquel lugar, Alana sabía lo que ocurriría.

Igual que sabía que aquel siglo no era para ella ni para Nuño.

Él había recordado.

Y, con sus recuerdos, habían regresado su sentido del honor, su valentía y sus deseos de luchar por su amor. Por ella.

Lo harían juntos. Volverían con toda la información de la que disponían en cuanto a su futuro que, allí, era un pasado muy lejano, para atar los cabos que Félix y Rosaura dejarían sueltos.

«Sí, Félix ha rechazado la firme propuesta de Rosaura, pero no se desviará de sus reglas», pensó.

Todo ocurriría tal y como tendría que ocurrir.

Durmieron separados por primera vez desde que se habían casado.

Se pasaron buena parte del día siguiente sin hablarse, en la misma casa, mientras la nieve hacía acto de presencia para empeorar aún más la situación.

Félix estaba enfadado, defraudado y triste; Rosaura lo sabía. Lo entendía, porque eran las mismas emociones que la embargaban a ella, acicateando el orgullo que le impedía dirigirle la palabra, ni siquiera mentalmente, y que empezaba a destrozarla por dentro cuando, después de comer y aprovechando que Irene y Alana se fueron en busca de David, ella se encerró en su habitación antes de que su esposo se le adelantara.

Pasó más de una hora paseándose furiosa por no conseguir que claudicara, triste por padecer su férrea indiferencia... y conmovida. Cada vez más.

Hasta que comprendió que esa desazón que empezaba a carcomerla por dentro como si fuera un parásito, llevándose consigo su resentimiento, era culpabilidad, además de comprensión.

Félix no había concebido hasta el momento la posibilidad de quedarse en ese tiempo. Ella nunca había dado muestras de querer hacerlo y, una vez había reunido la valentía necesaria para exponérselo, esperaba que él lo aceptara de buen grado.

Le había exigido demasiado. A él y quizás a ella misma.

Recordó las palabras de su abuela acerca de los árboles.

Félix era su árbol. Había permanecido con las ramas rotas, pero a su lado ella había crecido hasta proporcionarle fortaleza, una sombra infinita bajo la que querría cobijarse por siempre.

Ella pertenecía a aquel tronco fuerte y robusto. Formaba parte de aquellas hojas que habían comenzado a brotar en su espíritu. Pero él constituía su salvia. Si renunciaba a él, moriría.

No quería perderlo. Y al infierno con su orgullo. ¿Qué importaba el lugar o el tiempo, si lo vivía con él a su lado? Si tenía que ceder, cedería. Si tenía que perder, perdería. Si el sacrificio de verse privada de todas las libertades que había conocido era recompensado por el amor incondicional de su esposo, bien valdría la pena.

Tenía que hacérselo saber. Se encaminó hacia la puerta, pero esta se cerró de golpe y la ventana a su espalda se abrió con el mismo ímpetu:

—*Hola, mi niña. Cuánto tiempo sin saber de ti...*

Rosaura se quedó paralizada, sin atreverse a girarse, pero recibiendo el frío del viento y de aquellas palabras en su espalda como si fueran latigazos.

No reconoció en aquella voz a Félix; todos sus instintos saltaron a la vez para advertirla de que lo llamara. Cerró los ojos y se concentró; pero, antes de que lograra formar el nombre en su cabeza, la voz volvió a colarse en ella sin permiso.

—*Si lo haces, él morirá. Y tú lo amas, ¿verdad? Lo quieres tanto que no te importa renunciar a todo lo que esta vida puede ofrecerte a cambio de regresar con él. Te importa demasiado como para dejarlo ir, aunque tendrás que hacerlo si quieres que conserve su vida.*

—¿Quién eres?

Haciendo un alarde de valentía se precipitó hacia la ventana, esperando ver la conocida figura vestida de blanco. Sin embargo, solo los copos y la capa blanca que cubría el terreno la recibieron, al mismo tiempo que una risa burlona le retumbó en las paredes del cráneo haciendo que se lo sostuviera con las manos, como si se fuera a resquebrajar de un momento a otro.

—*Alguien mucho más experimentada que tú en estas artes. Permaneceré en tu mente lo quieras o no. Incluso terminaré con Félix si es necesario.*

—*No soy estúpida. Si has requerido de su presencia es que lo necesitas vivo. No vas a matarlo solo por una amenaza dirigida a mí.*

Un chillido demasiado agudo para cualquier oído humano pareció inundar la habitación, aunque ella sabía que solo resonaba dentro de su cabeza. Sus ecos la hicieron caer de rodillas en el suelo con las manos taponando sus orejas y un grito de sufrimiento que solo se escuchó allí dentro.

—*¡Vete! ¡Déjanos en paz! ¡No conseguirás quedarte con él porque yo lo protegeré!*

—*¿Y quién te protegerá a ti? El espejo está lo suficientemente lejos como para no tener efecto. Él vendrá a mí.*

—*¡No! ¡Es mi esposo! ¡Nos hemos casado ante Dios y los hombres! ¡No puedes deshacer el vínculo!*

—*¿Ves con qué facilidad puedo reducirte, niña estúpida? Conseguiré lo mismo con él antes de que tú llegues a la maldita puerta. ¿Amas a Félix?*

—*¡Siempre lo amaré!*

—*Me lo suponía. Demasiado ingenua como para salvaguardar su vida por encima de cualquier emoción proveniente de cualquier hombre.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Que si hasta el momento no sabes quién soy, lo descubrirás por ti misma... después de que sigas mis instrucciones al pie de la letra. Ya has visto lo que puedo provocar en el cuerpo de una persona, Rosaura. ¿Deseas esto para tu amado?*

—*¡No!*

—*Entonces haz lo que te digo. Ahora. Antes de que te demuestre que, si hasta el momento sigues pensando con libertad, es solo porque yo te lo permito.*

Lo sabía. Algo enterrado en lo más profundo de su ser se lo decía. Antiguo, atávico, que renovaba ataduras ya olvidadas y dispuestas a apretar hasta asfixiarla.

Seguía libre porque acababa de convertirse en un instrumento mucho más eficaz y rápido que Félix. Por alguna razón desconocida, la dueña de aquella voz requería de su presencia antes que la del capitán. Probablemente para quitarla de en medio.

Rosaura se puso en pie poco a poco y sacudió la cabeza con determinación. No le importaba si con eso evitaba que Félix arriesgara su vida.

—*¿En serio? ¿Le amas hasta el punto de ofrecermte tu vida en sacrificio por la suya? ¿Sin ninguna garantía de que se hará de ese modo?*

—*¿Vas a mostrarme alguna?*

—*Vístete y coge la carta puebla. Después, sal de la casa sin hacer ruido. Si descubro que avisas a alguien, Félix morirá. Si decides no seguir el camino, Félix morirá. Si te niegas, Félix morirá.*

—*Deseabas su presencia.*

—*Y la tendré. A su debido tiempo.*

Pero teniendo la carta puebla llevada por su propia mano, conseguiría alejar aquel mal de su

capitán, al menos por un tiempo suficiente como para protegerlo.

Se abrigó y cogió lo que se le requería. Escondió el documento bajo su abrigo y salió al exterior por la parte de atrás, para que nadie la viera.

Pasó por delante del establo, ignorando las voces que provenían de él. Félix y Nuño parecían intercambiar impresiones de un plan que acababa de ser modificado por ella. Se detuvo y cerró los ojos, apretando el documento contra ella.

—Lo siento tanto... —musitó en un susurro—. Te amo, capitán. No lo olvides nunca.

No supo cuánto tiempo transcurrió caminando mientras la voz seguía impartiendo instrucciones sin pausa. Tampoco supo hacia dónde se dirigía mientras hundía las botas en la capa de nieve y la humedad se le incrustaba en los huesos. No sintió el cansancio ni la pena o el remordimiento. Conforme se alejaba de Santillana, su cuerpo parecía desengancharse de su mente, como si se acercara a su verdadero dueño. Solo fue consciente de esa lejanía y de todo lo que constituía su protección para internarse en la vegetación tupida por caminos similares al que la llevó hasta aquel acantilado por el que estuvo a punto de caer.

Sin embargo, el terreno agreste fue suavizándose hasta encontrarse frente a una cabaña medio derruida, probablemente refugio de pastores.

No encontró impedimento alguno para abrir la puerta y penetrar en ella. Dentro, unas velas negras rodeaban una silueta que nada tenía que ver con la mujer de blanco que Rosaura había visto en dos ocasiones, aunque le resultó tan horriblemente familiar que todo el vello del cuerpo se le erizó, la sangre se le congeló en las venas y comenzó a respirar con dificultad, como si una de aquellas manos apretara su garganta.

Su abuela le había dicho que había heredado el don de hablar con la mente. En aquel momento, al ver a quién tenía delante, comprendió quién se lo había legado.

La mujer tenía el mismo cabello ensortijado que ella, la misma complexión y unos rasgos faciales que apenas habían cambiado con el tiempo. Vestía una simple túnica gris muy propia de su época. Sin embargo, sus ojos oscuros poseían un brillo de maldad mucho más intenso que la última vez que se habían encontrado. El color negro ocupaba toda la superficie ocular, acentuado por una sonrisa demoníaca que le hizo comprender de golpe por qué le había asegurado que podía deshacer su casamiento con Félix.

Félix aún permanecía casado. Con ella.

La que había marcado su destino y amenazaba con volver a hacerlo.

—Madre... —musitó incrédula—. Madre...



Treinta y cuatro

—Veo que estás tan sorprendida de verme como yo de que te hayas casado con mi esposo, niña. —Su voz parecía de ultratumba. Inflexible, profunda, grave. Portadora de todos los maleficios existentes desde el principio de los tiempos, al igual que su expresión llena de un odio visceral hacia su hija que no había disminuido con el paso de los años. Muy al contrario, había aumentado hasta afianzarse en una mente donde el buen juicio hacía tiempo que no habitaba—. Y veo también que no eres capaz de pronunciar una sola palabra —añadió Sol con desdén, regodeándose en la palidez mortal de Rosaura cuando, con una sonrisa bailando en sus crueles labios, le mostró el espejo—. Me decepcionas. Una hija mía debería intentar al menos defenderse. Sin ninguna ayuda adicional. Convendrás conmigo en que este espejo no promueve una lucha justa en igualdad de condiciones, ¿verdad?

Le costaba tolerar aquella presencia sin resquebrajarse entera. Percibía la totalidad de su poder aun sin que este penetrara en su mente. Era consciente de su magnitud, porque la había probado en carne propia. Todos sus efectos regresaron para aterrorarla, pero se sobrepuso a base de fuerza de voluntad cuando vio cómo Sol se paseaba por delante de ella con su habitual actitud desdeñosa.

—No vas a intimidarme —afirmó con valentía—. Tienes el espejo, pero eso no significa que te proteja a ti y no a mí.

—¿Y quién ha dicho que pretendo tal cosa? Mi hombre se hizo con este artilugio con el único fin de desposeerte de su protección y regresar a mi tiempo... cuando tenga todas las piezas en mi poder. Ahora, con la carta puebla que portas, solo me queda una: Félix.

El corazón de Rosaura se detuvo cuando escuchó su nombre, un instante antes de que su madre le arrebatara el documento de las manos.

—Dijiste que no atentarías contra su vida.

—¿Quién ha dicho que pretenda tal cosa? —repitió—. ¡Él es mío! ¡Siempre lo fue!

—¡No querías casarte con él! ¡Organizaste una mentira con la intención de que lo castigaran como culpable de una violación que no cometió y así librarte de tu casamiento! ¡No lo amas, maldita seas!

—Nadie ha hablado de amor, pero sí de otros intereses mucho más... provechosos. —No pareció especialmente ofendida cuando tomó asiento en el suelo y lanzó una mirada más allá de Rosaura, como si esperara que en cualquier momento llegara Félix para completar la lista de sus peticiones—. Él no era nadie al lado de don Martín, pero me prometió con él, ¡sin yo quererlo! Y tú... —añadió, achicando los ojos hasta que estos se convirtieron en un par de rendijas—. ¡Tú los ayudaste, sabandija! ¡Renegaste de tu propia sangre, de tu propia madre, en su beneficio!

—¡Don Martín también era de mi sangre, madre! Quisiste engañarlo, embaucarlo con malas artes...

—Unas artes que he perfeccionado con el tiempo, como has podido comprobar. —Con una sonrisa retadora, volvió a ponerse en pie y se acercó a ella. Sus pasos eran medidos, seguros y le provocaron un estremecimiento que pudo controlar a tiempo—. Paciencia, muchacha. Esa es la clave de esta vida para conseguir lo que se quiere. Y lo que yo quería en el momento en que fui desterrada era conservar la vida para procurarme una venganza acorde con el montante de la ofensa.

—Mi tío no te ofendió.

—¡Lo hizo al tratarme como una simple sierva después de haberme adorado en el lecho! —gritó Sol con tanto ímpetu que su cabello rizado terminó cayéndole sobre la cara. Lo apartó de un furioso manotazo y clavó a Rosaura en el sitio con una de sus miradas—. Lo hizo al entregarme a un guerrero enamorado de mí al que yo aborrecía, pero los caminos de Dios son inescrutables... y el destino hizo que el guerrero se convirtiera en señor, y yo en su señora.

—Así que es eso... —Rosaura empezaba a comprender, conforme la neblina del miedo se desvanecía—. Has descubierto el lazo de sangre que unía a Félix con don Gonzalo y te propones aprovecharte de que vuestro casamiento no ha sido anulado.

—Ni él me ha repudiado ni yo he muerto, para tu desgracia, muchacha —añadió Sol con un escalofriante encogimiento de hombros—. Cuando él sepa que te has ido vendrá a por ti sin pensarlo. Tú serás mi cebo antes de ser pasto de las alimañas del bosque.

—¿Pretendes... acabar con tu propia hija?

—¿Por qué no? ¿Qué me ha reportado esa hija, aparte de traiciones dolorosas? —La mirada de Sol fue fulminante—. ¿Acaso me acompañó en mi destierro? ¿Acaso comprobó cómo padecí mil penurias que estuvieron a punto de acabar conmigo o presencié cómo nadie se dignaba a darme sustento y cobijo? ¿Es que acaso estuvo presente cuando, a punto de desfallecer de hambre y calamidades, una hechicera se compadeció de mí y me acogió en su humilde morada para pasar a enseñarme todo lo que sabía y que pudo serme de utilidad?

—¿Así aprendiste a meterte en la mente ajena?

Sol rio y negó con la cabeza.

—Ese es un don que ambas poseemos, niña. Me lo has demostrado. Solo me enseñaron a sacarle partido. Aunque confieso que no todas las mentes son igual de susceptibles a la hora de dejarse vapulear por alguien más poderoso que ellos, siempre he encontrado quien me lo permita —confesó sin tapujos—. Gracias a la hechicera aprendí a manejar la voluntad de los hombres mucho mejor de lo que lo hacía hasta el momento. Controlé el poder de las plantas, los bebedizos que anulaban reticencias. Pero los infieles lanzaron una aceifa contra la aldea donde vivía y mataron a mi benefactora, tomándome a mí como prisionera. Fue así como pasé a formar parte del harén del padre de Kadyja. Allí estuve el tiempo suficiente como para ver de nuevo a Félix. «La puta de Kadyja» llegó a ser muy popular, pero yo planeaba utilizarlo para llegar al conde de Trabada y cobrarme mi venganza. No obstante, mi amo me vendió a don Gonzalo antes de que pudiera siquiera intentarlo. En cuanto supe que había prometido a su hijo con la sobrina del conde de Trabada, y que el capitán era el encargado de escoltar al obispo hasta allí, supe que mi momento había llegado. No me fue difícil, la verdad —añadió, sonriendo como si en verdad estuviera orgullosa de sí misma y sus logros, cuando a Rosaura le costaba respirar mientras asimilaba lo que estaba oyendo—. Bastó con tenerlo contento en el lecho... y aguardar. Don Gonzalo era un hombre sorprendentemente simple dado el poder que poseía. Cuando Félix le exigió la escritura de la carta puebla donde se le restauraban todos los derechos que se le arrebataron al mismo tiempo que a su madre, me encomendó la tarea de encontrarla. Lo intenté, por supuesto, pero no lo logré, y ahora sé por qué. —Agitó el espejo delante de Rosaura—. ¡Él la

había ocultado aquí dentro y te la había regalado! Astuto, desde luego. Un extraño juego en el que él, de alguna manera, ya te ofreció en ese momento todo lo que era, dejando su destino en tus manos.

—Pero don Gonzalo fue asesinado...

—Por mí. Le gustaba poseer cosas exóticas, por eso me compró. Y por eso guardaba una cobra cuyo veneno no dudé en utilizar para quitarlo de en medio. Pero, mientras no encontrara la carta puebla de Félix, tú eras la única heredera de Proaza, eso sin contar con que estuvieras encinta del gusano apestoso de Laín. Afortunadamente, no lo estás. Ni de tu difunto esposo ni del actual.

Rosaura no se molestó en preguntar cómo lo sabía. Solo intentaba comprender la razón de tanta inquina, de tanto odio, mientras la horrible idea de que su propia madre había intentado acabar con ella, por segunda vez en su vida, se abría paso en su mente.

—Fuiste tú —musitó incrédula—. ¡Tú me atacaste con aquel dardo envenenado! ¡Conocías el mote con el que llamaban a Félix y enviaste los mensajes a Irene!

—No. Solo guie a la persona que lo llevó a cabo.

—¿Hay... otra persona?

Sol pasó por su lado y se detuvo junto a la puerta.

—La noche en la que tú y doña Alana escapasteis de Trabada os seguí hasta la cabaña de una sanadora cuyo poder advertí. Por eso aguardé hasta que os encaminasteis al claro del bosque sin ser consciente de que Félix y don Nuño también lo hacían. Un pequeño descuido que arreglé en cuanto escuché al capitán afirmando que el espejo que tú poseías contenía todo su futuro. Me introduje en el haz de luz antes de que este desapareciera... Y hete aquí que ambas volvemos a encontrarnos, varias lunas después, con un mismo objetivo y métodos similares para llegar a él.

—En eso te equivocas, querida madre. —El desprecio que sentía por ella había ganado con mucho al miedo. Rosaura levantó el mentón en una actitud tan combativa como la que demostraba Sol y se giró para no darle la espalda en ningún momento—. Yo nunca utilizaré la muerte como un arma para conseguir un fin. Ni me serviré de artes ladinas para someter la voluntad de un hombre. Félix se ha casado conmigo por amor.

—¿Eso te ha dicho? —Su carcajada la hizo sentirse insignificante. Bajó la mirada, pero tuvo que alzarla cuando su madre tiró de su mentón—. ¿Has utilizado tus dones para ponerlo a tus pies?

—¡Nunca lo engañé! ¡Él me ha hecho saber su amor sin necesidad de utilizar la mente!

—¿Él también puede hacerlo?

Demasiado tarde se dio cuenta de su error. Sol no ocultó su sorpresa, pero tampoco el hecho de que sacaría provecho de aquella inesperada información.

«¡Qué estúpida he sido!».

—Sí, ya lo creo —respondió a los pensamientos de Rosaura—. Bastante, pero ahora ya no tiene remedio, niña. Félix es mi esposo. Por lo tanto, yo soy la señora de Proaza. En cuanto vuelva a mi lado y regresemos a nuestro tiempo, me encargaré de manejarlo para que ponga todas sus tierras al servicio del Alfonso Froilaz. Luchará contra las huestes de tu tío y lo vencerá. Esa será mi venganza, la que llevo fraguando desde que volví a veros a los dos. La que he estado perfeccionando desde que él me ha ayudado a sobrevivir en este tiempo. Él fue quien disparó aquel dardo, Rosaura. No entraba en nuestros planes, pero escapaste y tuvo que recurrir a métodos más radicales para intentar atraparte. He encontrado en él a un hombre instruido, pero con la debilidad mental suficiente como para terminar manejado por mí. Te ha vigilado constantemente, incluso participó en aquella subasta con el fin de hacernos con la carta puebla sin tener que recurrir a estos métodos.

—Vosotros llamasteis al director de la subasta por teléfono...

—Ventajas de este siglo, lo reconozco. —Sol se encogió de hombros—. Lo he adiestrado de tal modo que se ha convertido en un digno rival para cualquier guerrero.

Aquello equivalía a decir que masacraría a Félix si él se negaba a sus propósitos, aunque Rosaura sabía que él se negaría a acompañarla por las buenas. Que volvería a renegar de ella una y mil veces.

—No sé de quién me hablas —dijo con la seguridad de que lo averiguaría a continuación.

Sol abrió la puerta e hizo una seña para que alguien entrara.

Alguien vestido con ropas oscuras y gruesas que Rosaura reconoció de inmediato, pero que no evitó que su estupor la dejara clavada en el suelo sin apenas aliento para seguir respirando.

En un momento el corazón se le paró en el pecho y al momento siguiente empezó a latir desbocado. Clavó sus ojos en el rostro del hombre, que llevaba al descubierto, y parpadeó hasta hartarse, en la esperanza de que aquello no fuera más que un producto retorcido de su imaginación, pero terminó por sacudir la cabeza.

No. Era bien real. Igual que su mirada gélida, vacía, o el rictus asesino de su boca cuando la enfocó, al mismo tiempo que empuñaba la espada con fuerza, como si no la reconociera.

Su miedo por Félix le había hecho olvidarse por completo de él, de su suerte, incluso del mensaje de voz enviado a Irene, rogándole que se atuviera a las instrucciones de su secuestrador.

—Ernesto...

—Dudo que te dirija la palabra. Su mente está supeditada solo y exclusivamente a mí, vacía de todo lo demás. Fue una suerte que la noche de nuestro viaje lo encontrara en la misma carretera por la que transitabais doña Alana y tú en el coche de esa Irene. Solo tuve que utilizar una pequeña parte de mi poder de persuasión con él para que terminara a mis pies. Igual que ahora.

Rosaura retrocedió, hasta que su espalda chocó contra la pared.

Sol tenía razón. No quedaba nada del Ernesto afable y solícito. El desconocido que tenía enfrente poseía una expresión despiadada acorde con el resto de su postura, que conseguía que su mente se quedara en blanco.

—*Mátala.*

La orden penetró en su cabeza al mismo tiempo que en la de Ernesto. Él se movió hacia ella con un enorme cuchillo sacado de algún sitio, como si, en efecto, no la recordara.

—Ernesto, soy yo, Rosaura —afirmó, asintiendo con la cabeza al mismo tiempo que pegaba las palmas de las manos a la pared—. Soy amiga de Irene, al igual que tú. Estuviste con ella cuando entraron en su casa en busca del espejo. La ayudaste con él y con el sello. Trabajaste incluso para su abuela cuando aún vivía...

Los ojos sin vida se estrecharon hasta formar un par de rendijas cuando el hombre balanceó la hoja del cuchillo demasiado cerca de ella.

—Irene... —murmuró, antes de que se produjera un estallido de furia que, a buen seguro, era consentido por Sol—. ¡Esa desgraciada me robó lo que debería haber sido mío!

—¿Qué... qué dices?

—Su abuela era una buena mujer. Y previsor. Antes de que los padres de Irene fallecieran, redactó un testamento donde me dejaba la tienda de antigüedades. ¡Ah, si supieras la cantidad de planes que tenía para ella! Convertirla en algo mucho más grande, para bolsillos mucho más selectos. ¡Yo era el marchante! Por mis manos han pasado las mejores reliquias. ¡El mercado negro está lleno de ellas! —exclamó. Rosaura vio sus dientes y un hilillo de saliva escapándose por ellos—. Pero tuvo que aparecer aquella mocosa interesándose por el negocio, y su abuela cambió de planes. ¡Me excluyó! No tuve más remedio que permanecer en la sombra, al servicio de

Irene, esperando mi oportunidad... Y mi oportunidad fue ella. —Con una mirada de auténtica devoción dirigida a Sol, sacó una moneda de un bolsillo y la balanceó entre sus dedos—. Ella me ha mostrado el camino. He estado todo el tiempo en contacto con aquello que ansía, y se lo he conseguido. A cambio, me ayudará en mi venganza. ¡Me hará rico!

—Madre no te ayudará. A su lado, solo conseguirás hundirte en tu desgracia.

—No me importa. La amo.

—Oh, niña, he aquí el producto de mi obra. —Evidentemente satisfecha, Sol señaló a Ernesto y al cuchillo—. Por favor, mi señor, te ruego que cumplas mi orden... lejos de aquí. Yo he de recibir visitas y no me gustaría tener que hacerlo con un cadáver a mis pies.

—Como desees. —Ante los espantados ojos de Rosaura, Ernesto besó a su madre antes de empujarla a ella al exterior de la cabaña con tanto ímpetu que, después de dar unos titubeantes pasos hacia delante, cayó al suelo nevado—. ¡Vamos, levántate!

A su espalda escuchó un gruñido, pero sus dudas le hicieron concebir una idea.

Se puso en pie y respondió al nuevo empujón caminando hasta que dejaron atrás la cabaña.

—¿A dónde me llevas?

—A un lugar donde tarden mucho en encontrar tu cuerpo. Para entonces, ella y yo ya estaremos muy lejos. Nadie podrá vincularme contigo, y disfrutaremos de las riquezas que ha traído de tu siglo.

—¿Y por qué no utilizas un arma propia del tuyo y terminas conmigo de un tiro? Limpio, rápido...

—Ruidoso. Lo que llevo en la mano me servirá para lo mismo y la satisfará igual.

—Ella espera a la lluvia de estrellas para regresar con Félix. Es a Félix a quien quiere, no a ti. Tú solo has sido su medio para obtener su fin, ¡estúpido!

—Cállate.

—¿Has visto el cielo? Dentro de nada empezará a anochecer. En cuanto vuelvas de realizar tu encargo, descubrirás que estás solo. ¡Mucho más solo de lo que lo estabas antes de conocerla!

—Que te calles...

—Y, cuando Irene y David averigüen lo ocurrido, ¡te pudrirás en la cárcel mientras tu mente continúa aferrada a la de ella hasta el día de tu muerte! ¡Oh, pobre iluso! —Siguiendo con su pantomima, Rosaura se atrevió a girarse para encontrar un rostro desencajado por la incredulidad y la furia—. Veo que mi madre te ha esclavizado en la cama y fuera de ella. Uno más. Qué lástima...

—¡He dicho que te calles, joder!

Consiguió su objetivo. Ernesto le propinó tal empujón que terminó cayendo de bruces. Antes de incorporarse, tomó en su mano un buen puñado de nieve y, en un movimiento rápido que el hombre no esperaba, se lo lanzó directamente a los ojos.

No lo cegó, pero sí consiguió que trastabillara hacia atrás y soltara el cuchillo. Fue una fracción de segundo en la que Rosaura supo lo que debía hacer.

Corrió, dejando atrás la posibilidad remota de reducirlo. Tomó el camino que llevaba hasta la laguna sin mirar atrás ni una sola vez. Los pies se le hundían en la nieve haciendo que su carrera fuera más lenta, y el aire frío se le incrustó en sus pulmones como si fueran agujas afiladas que le robaban el aliento, pero no desistió. Allí la vegetación era más tupida. Si Ernesto iba tras ella, le ganaría en agilidad y conocía el sendero a seguir en dirección a la civilización. Alguien la socorrería. Alguien...

Se detuvo abruptamente a la orilla de la laguna cuando comprobó que, por efecto de las bajas temperaturas nocturnas durante días seguidos, su superficie se había helado.

—No tienes escapatoria, chica. Deja de luchar contra tu destino. Ella me está llamando.

Rosaura se quedó inmóvil. Con los pies hundidos y el pánico a raya mientras registraba visualmente todo lo que la envolvía.

A su espalda, Ernesto se acercaba. Podía escuchar sus pisadas, no solo su voz serena.

A su alrededor, la vegetación que la rodeaba se encontraba demasiado lejos como para cobijarla.

Frente a ella, se encontraba una capa de hielo que constituía su única vía de escape.

Un fugaz vistazo sobre su hombro le dijo que Ernesto no vacilaría a la hora de emplear el cuchillo que volvía a empuñar. Que había cometido el peor de los errores al no haberlo utilizado ella cuando tuvo ocasión.

Tragó saliva, retrocedió hacia la superficie helada de espaldas, sin perder de vista a Ernesto, y pisó el hielo que crujió bajo sus pies.

El hombre sonrió y avanzó.

—No lo harás —afirmó con una sonrisa demencial—. Tienes demasiado apego a la vida como para arriesgarla de esa manera. Lucharás contra mí, pero no te rendirás.

Un nuevo paso hacia atrás hizo que el hielo se agrietara. Comprobó que Ernesto se detenía en la orilla, sin atreverse a ir más allá, y dirigió su mirada hacia el terreno que pisaba. Las grietas se acrecentaban. Se movió, pero escuchó un nuevo crujido que le hizo extender los brazos para mantener el equilibrio, un instante antes de que el hielo cediera.

El agua se tragó su grito de terror. Pataleó cuando vio que Ernesto se alejaba y consiguió aferrarse al borde, pero la ropa empapada le pesaba demasiado, el agua fría exterminaba su fuerza y los dedos agarrotados pronto cederían a la presión.

—¡Ayúdame, Ernesto! ¡Si me dejas morir, tu conciencia no te permitirá vivir!

El hombre apenas le prestó atención. Con una última mirada de indiferencia hacia ella, le dio la espalda, seguro de que allí encontraría la muerte.

—¿Por qué no pruebas con «estoy aquí para lo que necesites», en vez de «no seas tonta»? —le estaba diciendo Nuño con su habitual actitud socarrona.

—Yo no la he llamado tonta —respondió Félix, más que molesto.

—Hay muchas maneras de decirlo sin pronunciar la palabra, hombre. Y te aseguro que lo has hecho.

Un gruñido fue lo único que recibió por respuesta mientras seguía concentrado en preparar todas sus armas para lo que se avecinaba.

Nuño tenía razón, una vez más.

Él siempre se había movido por objetivos. Los que merecían la pena, requerían de ciertas estrategias.

Rosaura, indudablemente, merecía la pena. Por eso, no dudó que podría acostumbrarse a ese ritmo de vida frenético que los rodeaba. A todos los avances que les facilitaban la vida, y a aquellos que se la complicaban. Al cúmulo de conocimientos que les hacían más sabios y, al mismo tiempo, más ignorantes acerca de su pasado.

A cualquier cosa, con tal de conservarla a su lado.

La amaba. Como nunca había amado a nadie y como nunca volvería a amar.

«Se ha convertido en la dueña de mi corazón. Ya no dispongo de él», pensó con una sonrisa de felicidad. En el momento en que la extraña mujer de la túnica blanca le exigiera su entrega, tendría que explicarle que no podría ceder lo que había dejado de ser suyo hacía tiempo.

Debía hacérselo saber a Rosaura. Cuanto antes.

Y, después, procuraría no separarse de ella jamás.

—¡Por las barbas de Satán! —exclamó con tanto ímpetu que Cascabel, que descansaba a su lado, agitó las alas con energía y empezó a piar. El sonido no cesó ni siquiera cuando lanzó una exclamación de júbilo y casi corrió hacia la casa.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora, hombre?

—Voy a hablar con Rosaura. Tengo que comunicarle algo muy importante.

«Lo siento tanto... Te amo, capitán. No lo olvides nunca».

Las palabras parecieron flotar en el ambiente como si ella se las estuviera susurrando. No habían sonado en su mente ni tenía a Rosaura pegada a su oído, pero hubiera jurado que las había escuchado con total claridad.

Y, en aquella ocasión, no dudó ni se paró a cuestionar lo que sus sentidos le decían.

Todos sus instintos de guerrero actuaron al unísono ante la alarma de peligro que aquella declaración llevaba consigo. Corrió hacia la casa y entró en la habitación con tanta fuerza que estampó la hoja de la puerta contra la pared..., para verla vacía.

—Maldición... ¡Maldición! —gruñó, estampando el puño contra el escritorio donde debería estar la carta puebla, a la espera de ser utilizada.

Nuño se presentó tras él en un suspiro.

—¿Qué ocurre?

—Rosaura. Se ha marchado con la carta puebla. Y yo...

Gruñó, casi se abalanzó hacia la ventana abierta y cerró los ojos.

Procuró alejar de él todo atisbo de miedo, de inseguridad. Respiró hondo y vació su mente de todo lo que no fuera aquello que la propia naturaleza le indicaba. Todo lo que sus instintos le gritaban y lo que las enseñanzas de sus ancestros le mostraban.

Debía guiarse por ello. Debía limpiar su alma y su espíritu para encontrar a Rosaura antes de que el mal más absoluto lo hiciera. Pero, para ello, necesitaba una señal.

—Si esto era lo que queríais, lo habéis conseguido. —La imagen de la mujer vestida de blanco se materializó en su mente mientras apretaba los dientes y se aferraba a la ventana—. Deseabais que abriera mi mente. Pues bien, la pongo a vuestros pies. Ahora, os lo suplico, mostradme el camino... —El piar de Cascabel lo interrumpió.

«No es normal». Se repetía con una estridencia cada vez mayor, sin descanso.

Como si estuviera desesperado.

O pretendiera alertarlo de algo.

Algo lo suficientemente importante como la vida de su Rosa.

Lo escuchó con atención. Y su mente funcionó como si lo comprendiera.

—Avisad al resto en cuanto aparezcan. Voy a buscarla —aseguró a Nuño.

—¡Espera! ¡No puedes ir tú solo! ¡No puedes...!

Félix dejó de escucharlo en el momento en que abandonó la casa como una exhalación. La opresión creciente en el pecho casi le impedía respirar. El miedo atroz a no encontrarla a tiempo no lo dejaba pensar con claridad, pero afianzó la espada a la cintura con el cinturón que contenía su vaina y se dirigió hacia el establo.

Dejó libre a Cascabel y se limitó a seguirlo, sabiendo que, en caso de que interpretara mal las huellas que encontrara, él lo guiaría hasta Rosaura.

En todo momento intentó establecer conexión con ella, sin lograrlo. La llamaba a gritos en su mente, pero solo recibía el silencio por respuesta. Examinaba cada rincón que dejaba atrás con angustiosa minuciosidad, rezando para no encontrarla detrás de cualquier arbusto, muerta o

inconsciente o de mil maneras peores. A cada paso que daba sin hallarla de ese modo, algo inundaba su pecho helado de un calor reconfortante que lo impulsaba a seguir adelante. Se alejaba de cualquier rastro de civilización, concentrado en el ave, en su mensaje, así como las huellas que la nieve no había logrado borrar. Un pie pequeño, una zancada corta, una silueta que indicaba la premura de sus pasos...

Y el repentino color turbio que ensombreció el cielo del atardecer sin previo aviso, dotándolo de tonos oscuros tan mezclados que fue incapaz de distinguir la silueta de Cascabel.

Lo llamó con su sonido característico. Se detuvo y extendió el brazo, en la esperanza de que el halcón se posara en él, pero no obtuvo respuesta.

—*¡Félix! ¡Corre! ¡Ya estás cerca!*

La voz que tronó en el interior de su cabeza no era la de Rosaura, pero actuó sobre él como un resorte. Corrió todo lo rápido que sus piernas le permitieron, hasta dar con un pequeño claro en mitad del cual una mujer, vestida con una túnica oscura, parecía esperarlo.

Félix se quedó sin aliento y sin sangre en las venas cuando la reconoció.

Una aparición fantasmagórica de mirada sobrenatural que era bien real.

El mejor exponente del diablo en persona que, solo Dios sabía cómo y por qué, había cruzado con ellos los abismos del tiempo.

—Sol... —masculló en un susurro ronco.

Ella sonrió y sacó la carta puebla de entre los pliegues de la túnica junto con el espejo.

—*Ya tengo todo lo que necesito para el viaje. Faltabas tú, señor de Proaza, esposo mío.*

La sorpresa se mezcló con la furia haciendo de su mente un galimatías imposible de descifrar.

Cerró sus pensamientos a cal y canto. No le importaba cómo había llegado hasta allí, cómo conocía tanto de su vida pasada o cómo había logrado todo lo que le mostraba.

Solo le importaba una cosa: el paradero de Rosaura y tenía a la única culpable ante él.

Con un rugido ensordecedor, desenvainó la espada y se lanzó contra Sol.



Treinta y cinco

No le interesaba perder el tiempo intentando averiguar algo que Sol nunca le diría.

No la acompañaría, aun a riesgo de su propia vida, porque era su propia vida la que dejaría allí si lo hacía. Comprendió todo eso en una fracción de segundo; en la siguiente, supo sin lugar a dudas que aquella harpía demoníaca que intentaba zafarse de su ataque inesperado tenía mucho que ver con todo lo ocurrido a Rosaura.

—Félix, ¡detente! —chilló Sol, sorprendida por su reacción. Trastabilló hacia atrás con tanta fuerza que pisó el bajo de su túnica y cayó de espaldas—. ¡Soy tu esposa! ¿Dónde ha quedado todo aquel amor que me profesaste en su día?

—Con mi Rosa. —Él elevó la espada por encima de su cabeza con la clara intención de cercenar la de Sol de un solo tajo. El grito horripilante de Rosaura todavía reverberaba en su cabeza, impeliéndole a actuar con rapidez si quería tener alguna posibilidad de encontrarla. Lo había escuchado con claridad, así que no andaría lejos. Solo tenía que dejarse guiar por su instinto. Y este le decía que ella debía morir—. Ni siquiera fuiste digna del amor de tu hija. Hace demasiado tiempo que me olvidé de ti. Ya no me conmueves ni me controlas, ni siquiera con esas artes que te permiten meterte en mi cabeza. Puedo sacarte de ella con la misma facilidad. Ese lugar es territorio exclusivo de Rosaura. La única mujer a la que amaré el resto de mi vida.

—Por muy corta que esta sea.

La voz le llegó al mismo tiempo que un inesperado golpe con algo lo suficientemente contundente como para tumbarlo y alejarlo de Sol. Su espada cayó lejos de él, pero pudo reaccionar y sacar su puñal a tiempo de repeler el cuchillo que se dirigía directo a su cuello.

El cielo comenzaba a oscurecer. Si no se daba prisa, la lluvia de estrellas pasaría sin posibilidad de arreglar todo lo que había quedado inconcluso en su tiempo.

Si se rendía, Rosaura moriría.

—¡No lo mates! —El ruego de Sol le hizo girarse hacia su atacante. Se sobrepuso a la sorpresa cuando lo reconoció y sujetó la muñeca que portaba el cuchillo, un instante antes de que este se hundiera en su hombro—. ¡Debe permanecer vivo! —Sol rodeó a ambos hombres hasta ponerse frente a Félix. Como si la pelea no estuviera teniendo lugar, alargó una mano en su dirección—. Por favor, capitán, ven conmigo. Soy tu esposa. Nuestro casamiento anula cualquier otro celebrado con posterioridad. ¡Nunca me repudiaste!

—Si vuelvo, ¡será para enviarte al infierno!

Sol entrecerró los ojos, antes de elevarlos al cielo. Por el rabillo del ojo, mientras forcejeaba

con su atacante, la vio dudar. Por una fracción de segundo, creyó que desaprovecharía la ocasión, que le permitiría hacer justicia cuando se librara de aquel maldito cuchillo, pero finalmente ella demostró de nuevo su egoísmo y se alejó.

—¡Volveré a por ti, Félix! ¡Lo juro por mi vida!

Él olvidó la amenaza en el mismo momento en que la perdió de vista, para centrarse en el hombre que intentaba acabar con él por todos los medios.

—¡Ernesto! —masculló, antes de que una furia ciega se adueñase de él para atacar sin medida, sin sosiego. Con la rabia de saber a Rosaura en peligro de muerte, pero impotente para poder correr en su auxilio—. ¿De verdad crees que eres rival para mí?

—Ella me lo ha asegurado.

—Y ella te ha abandonado —señaló—. Todos creíamos que eras un rehén. ¿Dónde está mi esposa? ¡Dímelo o te cortaré en pedazos!

Ernesto esbozó una sonrisa siniestra y retrocedió.

—Rosaura ya es historia.

Sus entrañas se retorcieron. Con un grito inhumano se aprovechó de su mayor corpulencia, experiencia y juventud, para arremeter contra él. No tardó ni un par de minutos en conseguir que su cuchillo volara por los aires antes de amenazarlo con su puñal y hacerlo retroceder, hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol.

—Lección número uno: debes entrenar todos tus sentidos para que te sirvan en las condiciones más adversas. Por ejemplo, tu vista tendrá que acostumbrarse a la oscuridad creciente de un bosque si has perdido tu arma y necesitas encontrarla enseguida —canturreó Félix cuando lo sujetó por la pechera—. Lección número dos: cuando tu oponente es más fuerte y más experimentado que tú, sé inteligente y responde a sus preguntas: ¿dónde está Rosaura y en qué circunstancias?

—No pienso...

El puño impactando en su nariz sustituyó su frase por el sonido sordo del hueso al romperse.

—Lección número tres —continuó, implacable—: Cuando estés en inferioridad de condiciones, no pienses. Solo responde. Y, si decides no hacerlo, atente a las consecuencias y procura sobrevivir a ellas, pues tu enemigo te dará una última oportunidad para que te conduzcas con diligencia. ¿Dónde está Rosaura y en qué circunstancias?

—Un don por un don —apreció Ernesto en un susurro con una sonrisa cruel, de otro tiempo, que lo dejó momentáneamente descolocado por lo que implicaban aquellas palabras.

Sol y su influjo todavía permanecían allí, pero él se encargaría de destruirlos.

—El único don que recibirás a cambio de esa información será una muerte digna, malnacido —siseó con furia, arremetiendo de nuevo contra él—. ¡¡¿Dónde demonios está?!!

—¡Muerta, como debería haber estado el día que la secuestré! Pero tuviste que aparecer tú para entorpecer los planes de mi señora. ¡Tú y tu ridículo sentido del honor, que te ha permitido despreciar a la mujer que estaba dispuesta a darlo todo por ti! ¡Por ti, no por mí, a pesar de ser yo quien buscó su espejo en la tienda de Irene, quien puso su casa patas arriba y quien acabó encontrándolo en el establo! ¡A pesar de que estuvimos a punto de hacernos con la carta puebla participando en aquella subasta!

Conforme hablaba, su cólera se transformaba en un llanto lastimero, pero Félix apenas le oía.

Las imágenes de Rosaura sin vida lo asaltaron con la fuerza de un huracán. Rugió como un animal herido y rodeó el cuello de Ernesto con saña. No revelaría el paradero de Rosaura, pero iría directo al infierno.

Escuchó un breve siseo. Sintió bajo sus manos la agitación desesperada de quien pretendía

tomar aire para sobrevivir y casi se regocijó al comprobar que no lo conseguía; cuando un grito agudo, desesperado, surgió de un punto cercano para helarle la sangre.

Lo hubiera reconocido entre un millón.

Soltó al despreciable ser que tenía delante y se olvidó de él de inmediato. Supeditó sus cinco sentidos a lo que acababa de escuchar mientras enfundaba su daga y corría hacia el lugar de donde procedía. Sin tomar precauciones. Sin hacer caso del aire frío que empezaba a penetrar en sus pulmones hasta que estuvieron a punto de estallarle. Ignorando el corazón que le latía en cada parte de su cuerpo mientras una inexorable sensación de pérdida se adueñó de él cuando sus pies se detuvieron en la orilla de la laguna.

Sus ojos se quedaron clavados en aquel horrible agujero en medio del hielo, iluminado por la exigua luz de la luna, para mostrarle el rostro descompuesto de Rosaura, aferrada al borde.

—Félix...

—Oh, buen Dios... ¡Aguanta!

Dio un paso en su dirección, pero cuando posó el pie en la superficie helada, alguien tiró de su cuello con tanta fuerza que lo hizo retroceder. Sintió una mano fuerte rodeando su cuello. La sorpresa hizo que no pudiera defenderse a tiempo de evitar ser arrastrado lejos de la laguna, pero vio el destello de una hoja alzarse en su dirección, una fracción de segundo antes de reaccionar.

Se revolvió con maña, clavó el codo en el vientre de su agresor y sujetó la muñeca que empuñaba el cuchillo lejos de él. Forcejeó en esa posición, hasta que el arma cayó al suelo y, con él, su atacante.

No tuvo más que abalanzarse sobre él para ver que se trataba de Ernesto. Había ido tras él aprovechando su distracción ante el grito de Rosaura y en ese momento se debatía bajo el peso de su cuerpo.

—¡No conseguirás salvarla! —exclamaba, retorciéndose con furia—. No podré acabar contigo, pero, para cuando puedas darme la espalda, ¡Rosaura estará muerta! ¡Es lo que ella quiere, y lo conseguiré, aunque sea lo último que haga!

—Maldito seas mil veces...

¡Acabaría con él de una vez por todas!

Cegado por la ira que se retorció en su estómago como si fuera un parásito imposible de erradicar, dejó caer toda una lluvia de golpes sobre Ernesto que, con la desventaja de la oscuridad cerniéndose sobre ambos, solo pudo levantar pies y manos para intentar responder. Pateaba a la nada, empujaba a un fantasma. Pronto quedó reducido a un triste guiñapo con Félix resollando sobre él, a un paso de terminar lo que debería haber hecho un momento antes.

Colocó las manos en torno a su despreciable cuello, pero en ese momento comprendió que aquella vida no merecía la pena al lado de lo que ocupaba toda su mente y su corazón.

No se mancharía las manos con aquella sangre inmundada. Se apartó de él y se centró en la mujer de blanco. En ese instante, la vela iluminaba el cuerpo de Rosaura, que había vuelto a emerger, luchando por su vida, para volver a sumergirse.

De un puntapié envió lejos el cuchillo. A continuación, corrió hacia ella, olvidando a Ernesto de nuevo. Se desprendió de su cazadora gruesa, de sus botas y de todo lo que pudiera representar un peso adicional y se lanzó a ciegas hacia las aguas heladas. El impacto con la temperatura del agua fue similar a un hachazo en pleno pecho. Miles de agujas se le clavaron en todo el cuerpo, amenazando con paralizarlo, pero su fortaleza física le permitió resistir y bucear, braceando con energía. A pesar de que los ojos abiertos comenzaron a dolerle, los mantuvo así hasta que, gracias a la luz de la vela de la mujer que permanecía en la superficie, distinguió el cuerpo de Rosaura a poca distancia de él, hundiéndose sin remisión.

Su mente gritó enrabiada, a sabiendas de que no obtendría respuesta, pero soportó el dolor de sus pulmones y nadó hasta que no sintió ni brazos ni piernas ni nada que no fuera el abrigo de Rosaura prendido de su mano.

La tenía. Al fin. Y ese simple hecho le dotó de una fuerza que no sabía que poseyera. Pataleó más allá de lo posible y tiró de ella hacia arriba, hacia la luz de la luna, hacia las estrellas que empezaban a caer... Hacia el aire que ambos necesitarían para respirar y la tierra firme.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Rosaura no se movía.

—No. No, buen Dios, no...

La colocó boca arriba y prácticamente le arrancó la ropa. Ignorando sus propios temblores y soportando el castañeteo de sus dientes, se inclinó hacia ella solo para observar su mortal palidez, los labios azulados y su quietud.

—¡No! —gritó. Desesperado, comenzó a sacudirla en la esperanza de que reaccionara—. Rosaura, ¡despierta! ¡¡Despiertaaaaa!!

Golpeó su precioso rostro con una mezcla de ira y desgarradora tristeza una y otra vez. Solo se dio cuenta de que tenía los ojos anegados en lágrimas cuando los elevó hacia el inesperado haz de luz que los alumbró.

Procedía de una solitaria vela portada por la mujer de la túnica blanca. Observaba la escena con su rostro transido de dolor, de desesperanza, mientras en el brazo libre, Cascabel permanecía tranquilo, con sus ojos ambarinos clavados en él.

—¡Ayúdala! —exclamó—. ¡Vamos! Eres portadora de muchos dones, ¡maldición! ¡Haz que conserve la vida!

—*¡No puedo, capitán! Solo tú puedes conseguirlo. Eres el hombre que nunca la dejará morir...*

«Pero ¡ahora voy a hacerlo, si no hay nada que lo remedie!». La ira lo cegó hasta que exhaló un grito casi inhumano.

—¡¿Este era el fin de nuestro viaje?! ¡¿Buscabas su muerte, maldita bruja?! —chilló enrabiado—. Hemos pasado por tantas cosas, ¿para descubrir mi amor más profundo antes de perderlo?

Dejó caer la cabeza sobre el pecho de su esposa y sofocó sus gritos de agonía. Después incorporó su torso para aplastarlo contra el de él. Tal vez si le daba calor...

Un sonido agudo pero creciente atrajo su atención. Las luces intermitentes de varios vehículos se acercaban a gran velocidad, a juzgar por el ruido de sus motores.

—¡Socorro! —exclamó entre sollozos que no se molestó en ocultar—. ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Mi esposa se muere!

No supo muy bien quién lo arrancó de su lado, pero, de pronto, un montón de rostros conocidos se arremolinaron a su alrededor. Creyó reconocer la voz de Nuño y de David, que hablaban al mismo tiempo. También las luces de un vehículo más grande que un coche, del que descendía Raúl, seguido de dos mujeres, que se precipitaron hacia Rosaura portando extraños objetos que no pudo reconocer.

—¡No! ¡Apartaos de ella! —chilló, debatiéndose con furia cuando alguien lo sujetó para evitar que se arrastrara hacia ella—. ¡No la toquéis!

—Tranquilo, Félix. Solo van a ayudarla...

Las fuerzas empezaron a fallarle. A pesar de que intentó resistirse cuando vio cómo Raúl unía su boca a la de Rosaura una y otra vez, al mismo tiempo que realizaba presiones firmes en el centro de su pecho con las manos, no pudo evitar que una progresiva languidez se adueñara de su cuerpo, sumiéndolo en un sopor peligroso cuando alguien lo cubrió con una manta térmica.

Debía aferrarse a la realidad antes de sucumbir al calor que lo envolvía. No podía perderla de vista ni a ella ni a lo que ocurría a su alrededor. Puesto que no se le permitía acudir en su ayuda, permaneció lo más cerca posible, observando sin aliento los esfuerzos de Raúl por devolverla a la vida. Rogó al Dios de los cristianos y a los dioses paganos que habían acudido a él, hasta que contempló el mejor milagro de su existencia.

Como si algo la impulsara hacia adelante, Rosaura abrió los ojos y tosió convulsivamente hasta vomitar toda el agua que habían albergado sus pulmones.

Ahí sí. Ahí, Félix se deshizo con violencia de cualquier sujeción que le impidiera arrastrarse a su lado y se arrodilló junto a ella en cuanto Raúl se apartó lo mínimo para permitirle respirar.

—Mi amor, Rosaura... —murmuró, colocando su cabeza sobre sus rodillas para llenar su cara empapada de cientos de besos que expresaban solo una mínima parte de lo que sentía—. Buen Dios, ¡estás viva, estás conmigo de nuevo!

Los ojos verdes tardaron en enfocarlo con nitidez, pero cuando lo hicieron una expresión de paz se extendió por aquel rostro, todavía demasiado pálido, al tiempo que los facultativos le colocaban una vía y la preparaban para trasladarla al hospital.

—Félix, eres tú... —Su voz fue apenas un susurro casi ininteligible que para Félix supuso el cielo entero—. Estás aquí... Pero madre... y Ernesto... Tenéis que saber...

—Ya lo sé, mi vida. Y nunca más volverán a hacerte daño.

Puso un dedo sobre sus labios para hacerla callar y tomó su mano helada entre las de él. Entumecido por el frío como estaba, no la soltó ni siquiera cuando la camilla pasó junto a Irene y David.

—Ernesto intentó asesinar a Rosaura con el dardo envenenado —informó—. Allaná vuestra tienda y vuestra casa, robó el espejo. Debéis apresarlo antes de que sea demasiado tarde.

—Ya lo es, al menos para él. —Siguiendo las palabras de David, vio cómo, a bastante distancia de ellos, dos de sus hombres se encargaban de Ernesto. Mientras era esposado, no dejaba de gritar acerca de una mujer que le había obligado a hacer todo aquello en contra de su voluntad—. Hemos venido detrás de ti en cuanto Nuño nos avisó, pero no esperábamos esto... — Señaló al preso y meneó la cabeza—. Una mujer, ¿será posible?

—Quién lo iba a decir. ¿Ernesto, un tío que piensa con la polla? —murmuró Raúl—. En fin, eso es de tu competencia, sargento. Ahora mismo tengo cosas más importantes entre manos.

—Yo también. —Sentado a un lado de la camilla que acogía a una adormilada Rosaura, Raúl miró con extrañeza la mano que Félix le tendía—. La has salvado. Te estaré eternamente agradecido, doctor. Te ruego que me perdones por mi actitud hasta el momento.

—Eres un tío raro, lo reconozco, pero nunca me has caído mal. —Raúl estrechó la mano con una sonrisa cordial—. Te entendí en su momento. Yo hubiera hecho lo mismo. Debemos irnos al hospital, si no os importa. Rosaura necesitará pasar allí la noche al menos, hasta asegurarme de que se encuentra bien.

—*Todos debemos irnos.*

La voz resonó al mismo tiempo en su cabeza y en la de Rosaura, puesto que ambos la giraron en dirección a la orilla de la laguna. Allí, la mujer vestida de blanco parecía acercarse, portando de nuevo la vela encendida y a Cascabel en su brazo.

Su expresión era de una alegría tan intensa que pareció alcanzar a todos los que pudieron verla. Su sonrisa, un bálsamo que hizo que Rosaura la imitara, a pesar de su agotamiento, y que Alana terminara inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Doña Teodomira... —murmuró asombrada.

—¿La veis, doña Alana? —preguntó Félix, atónito.

—¿Abuela? —musitó Rosaura al mismo tiempo.

La mujer asintió, complaciente. Félix miró al resto, esperando verlos tan perplejos como él, pero parecían ignorar su presencia. Como si no fueran capaces de percibirla.

—*Mi niña, te dije que no te abandonaré y así ha sido. Veo que el capitán al fin ha visto con los ojos del conocimiento...*

—*No estéis tan segura.* —Félix apretó los dedos de Rosaura mientras fruncía el ceño—. *Si venís a por mi corazón, debéis saber que ya se lo he entregado a alguien. Podéis llevaros el don que me otorgasteis a cambio, pues no lo quiero.*

Ella asintió conforme, como si se esperara aquel tipo de respuesta.

—*Un don por un don* —afirmó—. *No necesitarás más el que te he cedido ni ella tampoco. Ambos habéis alcanzado el grado de comunicación que os permitirá ser felices. Al fin has sanado, capitán. Al fin «eres». Rosaura, mi pequeña, has encontrado tu lugar, tu tiempo para amar. Tu equilibrio. Él velará por ti. Su corazón es tuyo.* —Inclinó la cabeza y fijó su vista en Alana—. *Ya no hay nada más que hacer aquí. Debemos regresar.*

—*No todavía.*

Con gesto solemne, Félix arrancó el sello de Proaza del dedo de Rosaura y se lo entregó a Nuño.

—Lo necesitaréis junto con el resto de documentos. Sabréis darle un buen uso.

—¿Vas a quedarte?

—Estaré donde ella esté, mi señor —declaró, señalando a Rosaura—. Pero es necesario que partáis hacia nuestro hogar, hacia nuestro tiempo. No solo para que el plan se lleve a cabo, sino para preservar vuestro casamiento. Jamás me perdonaría saber que os han separado de doña Alana.

—¿Y cómo vas a saberlo, hombre? ¡Para eso necesitarás otra vida! —Nuño bromeaba, pero sus ojos brillaban de emoción cuando tomó los antebrazos del capitán a modo de despedida—. Cuida de ella tanto como ella ha cuidado de ti, viejo amigo.

—Siempre. Y vos decidle al conde que su sobrina está en buenas manos. —En un acto reflejo, Félix se miró las palmas callosas, ásperas, ateridas de frío, que antaño habían albergado un pecado que ya no pendía sobre su conciencia—. En las manos del hombre que nunca la dejará morir.

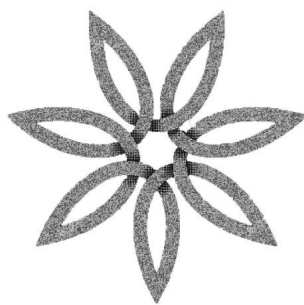
—Gracias, capitán. Por todo.

Félix tragó saliva para permanecer impasible, cuando un nudo de emoción se le alojó en la garganta.

—Gracias a vos, mi señor. Nunca olvidaré vuestra amistad.

Fueron las últimas palabras que cruzaron, seguros de que jamás volverían a cruzar otras.

A continuación, Cascabel salió volando mientras la dama de blanco retrocedía hasta que su silueta se diluyó con las sombras de la noche y las estrellas empezaron a bañar la tierra.



Treinta y seis

Necesitaba sentir los latidos de su corazón junto a su oído.

Escuchar su respiración acompasada, notar la suave cadencia de su mano abrigando sus hombros mientras la mantenía pegada a su pecho y el suave rugido del coche, acompañado del leve balanceo, que pasaba desapercibido para ellos.

Acababan de darle el alta en el hospital, e Irene la llevaba a casa acurrucada junto al firme cuerpo de Félix, en el asiento trasero.

Rosaura tenía una sonrisa cansada en la cara, pero perenne. Durante el trayecto, se empeñó en pegarse a él todo lo posible, con la completa conformidad del capitán.

Había estado al borde de la muerte por segunda vez, y por segunda vez él se había materializado como su primera opción. Como su esperanza.

Estaba allí, con ella. Fue el primer rostro que vio cuando despertó en el hospital, y el que esperaba seguir viendo cada mañana de cada día de su nueva vida juntos. Porque la tendrían allí, en el siglo XXI. Él le había explicado cómo había cambiado de opinión con respecto a marcharse justo antes de comprobar su desaparición. Se había mostrado extrañado al ver que su confesión suscitaba en ella una carcajada, pero, cuando supo el motivo, fue él quien se carcajeó.

—Vaya, capitán. Al parecer, ambos estábamos dispuestos a renunciar a nuestras posturas iniciales en beneficio del otro —canturreó Rosaura, antes de que Félix le cubriera la boca con la suya.

—Más tarde hablaremos de posturas, muchacha —susurró junto a su oreja—. En cuanto Raúl nos diga que estás en condiciones de regresar a casa.

Fue así como se enteró de la tregua pacífica que ambos hombres habían establecido, del desenlace con respecto a Ernesto y Sol, y de la marcha de Nuño y Alana.

No había podido despedirse de ellos ni de su abuela Teodomira. Y, sin embargo, aún sentía su presencia como si se mantuvieran allí, a su lado, tal y como lo hacía su esposo.

—La viste —murmuró, abrazando el amplio torso para sentir el calor que manaba de él a través del jersey de lana—. Nunca pensé que pudieras llegar a hacerlo.

—Doña Teodomira esperó al último momento para identificarse.

—Fiel a su modo particular de hacer las cosas. Siempre me hablaba como si fuera un acertijo andante. Y, sin embargo, me contó todo. Lamento no haber sido capaz de comprender antes...

Félix la abrazó con más fuerza y depositó un suspiro satisfecho sobre su pelo.

—También yo —afirmó—. Si no hubiera estado tan ciego, habría descifrado su mensaje la

noche en que me entregó el espejo. Pero no es fácil creer en cosas que escapan a nuestro entendimiento cuando nuestras creencias son tan diferentes de lo que se nos muestra.

—¿Ella te entregó el espejo?

—Antes de llegar a Trabada, una mujer de larga túnica blanca y cabellos negros se acercó a mí mientras realizaba mi guardia, armada tan solo con un espejo, un halcón y un don que se propuso entregarme, además de demasiadas palabras en clave como para que mi mente, aturdida, decidiera abrirse y aceptarlas de buen grado.

—¿Halcón? —De pronto, los ojos verdes se abrieron desmesuradamente—. ¡Cascabel!

—En aquel momento no sabía de su existencia, pero me miraba como si... me conociera. —A través del espejo retrovisor, su mirada se encontró con la de Irene—. Sé que suena extraño, doña Irene, pero así fue. Y lo cierto es que, desde aquel momento, cada vez que Cascabel ha establecido contacto ocular conmigo he sentido una fuerte corriente de afinidad con él. No me preguntéis cómo, pero en cada ocasión el ave ha sabido transmitirme lo que yo debía sentir.

—Lo sé, Félix. No tienes que explicarme nada. Comprendo mucho mejor todo el cúmulo de situaciones que nos han rodeado desde hace cuatro meses, que la actitud de Ernesto hacia mí.

—No os entristezcáis por eso —intervino Rosaura—. Mi abuela...

—O la diosa Dana o un compendio de todas ellas —añadió Félix—. Así fue como se presentó a mí la primera vez que la vi y me concedió el don de hablar con la mente.

—¿Puedes hablar con la mente? —Irene abrió la boca asombrada—. ¡Eso es telepatía!

—La mujer me otorgó el don con un fin y el fin ya se ha cumplido. —De hecho, parte de ese fin en cuestión parecía ronronear mientras él repasaba su columna vertebral con los dedos, produciéndole un cosquilleo de placer creciente en su entrepierna que le sería muy difícil de ocultar si seguía por ese camino—. Por lo tanto, el don ya ha expirado. Rosaura y yo no lo necesitaremos a partir de ahora para expresar nuestros más profundos pensamientos.

—Ni los más oscuros. Ni tampoco los más vergonzosos, ¿no es así, capitán?

—Así es, mi Rosa. —No se negó a premiarla cuando ella elevó el rostro en su dirección para recibir un beso impetuoso y profundo, pero demasiado breve—. En cuanto a Ernesto, doña Irene, deberíais mostraros clemente con él. Cayó bajo el influjo de mi anterior esposa. Sol poseía la facultad de hablar con la mente, de penetrar en los pensamientos ajenos para manipularlos a su antojo. Supongo que él fue demasiado débil como para resistirse, y su belleza hizo el resto.

—Me has contado todo lo que te ha hecho esa mujer. A ti y a Rosaura. Alucino con tu actitud, Félix. Demuestras más compasión que la de muchos hombres de este tiempo.

—Estáis triste. Os sentís traicionada por un hombre con una relación muy especial con vos. No es un extraño quien ha intentado haceros daño, sino un amigo. Pero es cierto que no se hallaba en posesión de todas sus facultades —añadió Félix—. De hecho, David dijo que era posible que lo encerraran en uno de esos lugares...

—Un sanatorio mental —explicó Irene. Tenía los labios apretados y una mirada de dureza en los ojos, pero estaba decepcionada. Dolida—. Aunque antes tengo que pasarme por el puesto de la Guardia Civil. Todavía lo tienen allí. ¿Podréis quedaros solos en casa mientras tanto? Yo voy a tener para rato allí. Entre que la mitad del pueblo estará curioseando y que tendré que armarme de valor para poder estar delante de Ernesto sin patearle los huevos, es posible que ni siquiera llegue para cenar, pero en la nevera hay comida suficiente.

—No os preocupéis, doña Irene. Al fin he comprendido la utilidad de la nevera. Sobreviviremos.

La sonrisa cómplice de Rosaura no desapareció ni siquiera cuando Félix, una vez Irene los dejó en la puerta de su casa, la tomó en brazos para entrar. Tampoco protestó. Estaba repuesta en

cuerpo y mente. El hecho de que su madre volviera a traicionarla tantos años después escocía, mucho, pero su esposo había sabido compensarla, consolarla, escucharla cuando necesitó hablar o cuando necesitó expulsar de sí, a base de silenciosas lágrimas, todo el rencor que había dejado Sol.

Félix estaba allí, y siguió estando cuando, con todo el mimo del mundo, la depositó sobre la cama y se quedó mirándola embobado.

—Pídeme lo que quieras, muchacha. Hoy estoy a tu entera disposición.

—¿Solo hoy?

—El resto de nuestras vidas, pero por algo hay que empezar —respondió con una sugerente ceja alzada en su dirección—. ¿Deseas comer algo?

Rosaura se pasó la lengua por los labios mientras hacía un repaso visual y exhaustivo del hombre que tenía delante.

—Creo que sí.

—De acuerdo. ¿Y beber?

—Hummm... Me encantaría regar mi comida con un buen chorro de agua, capitán.

—Perfecto. Ahora, dime qué te apetece.

—Un guerrero del siglo X en cueros, a mi lado, mientras me doy una soberbia ducha. — Rosaura se incorporó con lentitud para posar sus manos sobre el pecho de su marido. Pensó que él la reprendería por ser tan osada, pero quedó inmediatamente atrapada en la intensidad con la que aquellos dos carbones negros la miraban mientras cubría sus manos con las de él—. ¿Podría ser?

—Yo diría que finalmente le he cogido el gusto a esto de las duchas, así que... sí, muchacha. Perfectamente posible.

Fueron las últimas palabras que cruzaron antes de que Félix se abalanzara sobre su boca para devorarla entera. Mientras su lengua barría su interior hasta enlazarse con la de Rosaura, abarcó su cintura y comenzó a desvestirla sin interrumpir el beso. Se devoraban mutuamente mientras las prendas de ambos desaparecían de sus cuerpos ardientes con total abandono. Solo se detuvieron para abrir el grifo del agua caliente y meterse debajo del chorro.

Con una sonrisa casi demoníaca, Félix enjabonó su cuerpo. A base de movimientos lentos, trazando círculos cada vez más amplios, masajeó sus pechos con devoción y se adueñó de sus pezones. Se llenó la boca con ellos, satisfecho al comprobar cómo ella se arqueaba en medio de urgentes jadeos que pedían más. Siempre más.

—Buen Dios, Rosaura, colmas todos mis deseos...

—Y tú los míos, capitán.

Con una mirada golosa en sus ardientes ojos verdes, Rosaura dirigió la mano hacia el objeto de su atención y abarcó su miembro erecto entre los dedos. Sintió su dureza, su tacto tibio a pesar del agua. Su textura suave y palpitante, que pedía un alivio tan urgente como el que ella misma sufría.

Sus miradas se enlazaron. Ninguno penetró en la mente del otro, pero ambos sabían lo que pensaban, lo que necesitaban, lo que les haría sentirse plenos.

Los dedos de Félix volaron hacia su sexo. Supo que la humedad que lo impregnaba no tenía nada que ver con la ducha y sí con aquel aroma a hembra que empezaba a vencer al del gel para volverlo completamente loco. Esparció su flujo por cada pliegue íntimo sin titubeos. Sabiendo que ella le correspondía, que igualaba su pasión y que incluso la superaba. No esperó escuchar ningún lamento que delatara un estado físico de debilidad. Rosaura tenía la cabeza apoyada en la pared de azulejos, la boca entreabierta de puro éxtasis y los ojos cerrados cuando abandonó su dulce tortura y desplazó aquellas pequeñas y diabólicas manos hacia sus posaderas para apresarlas casi

con saña.

Félix gruñó cuando se vio impulsado hacia delante, hasta que su erección chocó contra el suave y tenso vientre que lo acogería de un momento a otro.

—Te estás volviendo muy atrevida, esposa mía —gruñó mientras recorría el hueco de su cuello con la lengua, hasta recoger aquel delicioso lóbulo entre los dientes.

—Y tú, muy tímido, esposo mío. —Rosaura hincó los dedos en sus glúteos firmes y rodeó la cintura masculina con las piernas, de modo que la punta de aquel miembro largo y duro presionó contra su dulce entrada—. No puedo creer que te reprimas a sabiendas de que estamos solos...

—Entonces no me contendré, muchacha.

La sujetó por las caderas y entró en ella de un solo y firme movimiento. Rosaura contuvo el aliento, solo para disfrutar de ese momento. De la sensación de sentirse llena, plena, completa. Lanzó un desinhibido grito de placer y pasó a sujetarse a su robusto cuello cuando Félix inició el firme vaivén que, lejos de ser suave, imprimió a sus caderas una cadencia firme y cada vez más rápida que la hizo sentirlo en cada rincón de su cuerpo. De su alma. De todo su corazón.

Lo acompañó en cada una de sus embestidas. Clavó sus pequeños dientes en la carne curtida de su esposo y, cuando la tensión de su vientre se hizo insoportable, liberó toda su carga con un grito apasionado que acompañó a sus violentas convulsiones.

Se derrumbó sobre Félix cuando notó cómo él se descargaba en su interior a través de un gruñido profundo y prolongado. Y solo mucho tiempo después, al darse cuenta de que el grifo de la ducha seguía abierto, pudo erguir la cabeza para contemplar la mirada de adoración más profunda que había recibido en toda su vida.

—Me has hecho tu esclavo de por vida, mi Rosa —murmuró Félix en medio de innumerables besos que bañaron sus mejillas, sus párpados, su frente y sus sienes, antes de que la envolviera en un albornoz seco y siguiera empeñado en llevarla en brazos hasta la cama—. Y no me arrepiento. Nunca me arrepentiré de haber tomado mi decisión, Rosaura.

—¿A cuál de todas te refieres?

Completamente desnudo, tan poderoso como una estatua de bronce, tan hermoso como un dios pagano, tan fuerte como un guerrero medieval y tan perfecto como el hombre de su vida; permaneció en pie delante de ella. Con una expresión de orgullo en la cara, como si disfrutara de la mirada hambrienta con la que ella cubrió cada protuberancia, cada depresión provocada por sus músculos, cada cicatriz e incluso aquello que permanecía en estado de reposo entre el nido de rizos oscuros, pero que pareció revivir sin que ni siquiera lo tocara.

—A haberme comportado como lo hice con don Gonzalo y la carta de su traición —empezó, tumbándose a su lado, de cara a ella, para abrirle poco a poco la parte superior del albornoz—, a haber recurrido a toda mi fuerza de voluntad para resistirme a tus encantos...

—¿Te resististe a mis encantos?

—Por supuesto, muchacha. Y no me sirvió de nada —añadió, dejando que sus yemas resbalaran por la piel húmeda de aquellos pechos jóvenes y tersos. Contuvo una sonrisa cuando vio cómo su piel se erizaba al contacto, y continuó—: Tampoco me arrepiento de haberte confesado todo lo ocurrido con Kadyja, aunque llegué a pensar que finalmente había conseguido tu rechazo justo cuando empezaba a ansiar tu aceptación. Pero de lo que jamás me arrepentiré es de haber cruzado la línea del tiempo en tu busca ni de haber permanecido contigo. —Depositó un suave beso en la punta de cada uno de los pezones que ahora tenía a la vista y se incorporó para ahogarse en aquellas dos lagunas verdes—. No pienso moverme de aquí, Rosaura. Nunca.

—En su momento querías irte.

—Tenía miedo. Entonces no lo sabía, pero es nuestro propio miedo el que puede llegar a

destruirnos. Hasta que comprendí que estaba tan dispuesto a quedarme contigo como tú lo estabas a irte conmigo. Por eso estoy aquí, mi Rosa. Para decirte que te amo, y repetírtelo hasta mucho más allá del día en que la muerte nos separe. Amo tu sonrisa, tus ganas de cuestionarme todo, tus carcajadas. Amo lo que eres, incluso en tus peores días, porque también conoces lo peor de mí y lo aceptas.

Rosaura se estiró hasta colocarse debajo de él. No le respondió con palabras, pero alargó una mano y la cubrió con su barba corta hasta que sus pulmones estuvieron repletos de aire que soltó a través de un hondo suspiro.

—Siempre fuiste tú —declaró con solemnidad—. Siempre me has querido, y no estoy hablando de ninguna clase de amor en particular. Simplemente estabas aquí, a mi lado. Incluso cuando yo sabía que no era así, de alguna manera, me sentía como si... estuvieras. Siempre quisiste protegerme.

—«Perderé mi honor por el tuyo, mi alma por la tuya, mi vida por tu vida, solo para protegerte». Ese fue mi juramento.

—Y lo has cumplido, capitán. Independientemente del tiempo que nos una o del que nos separe, porque no es eso lo que permanece entre tú y yo.

—¿No? ¿Y qué es, entonces?

—Nosotros. Somos nosotros los que nos empeñamos en llevar la contraria al destino. Mi abuela intentó decírmelo, y yo no quise hacerle caso.

—El espejo se fue con ellos. Como tu abuela vaticinó, ya no lo necesitas, porque ya no estás sola.

—Tú tampoco, capitán. —Con una sonrisa de suficiencia, mordisqueó—. Equilibrio, ¿recuerdas? Si tú me proteges, yo te protejo. Si tú me das, yo recibo.

—¿Y si yo te amo?

—Aunque no fuera así, yo siempre te amaría. Con espejo o sin él. —De pronto, se incorporó con tanto ímpetu que Félix tuvo que apartarse para evitar que sus cabezas chocaran—. ¡Oh, buen Dios, el espejo! ¡Madre se lo ha llevado!

—Bajo la promesa de que volverá a por mí.

Cuando Rosaura lo miró, vio en él una expresión tan mortificada que, por un momento, se dejó llevar por ella. Hasta que recordó algo que hizo que sus ojos verdes se iluminaran.

—Si lo intenta, morirá —afirmó—. Solo un viaje de ida y otro de vuelta. Eso vaticinó doña Teodomira. Un tercero terminará con ella. Estás a salvo, capitán.

—Gracias a ti.

—Pero no gracias al espejo. ¿No lo ves? —Rosaura resopló ante el gesto de incompreensión de Félix y apartó sus manos con dulzura—. Si sigues tocándome no podré pensar y necesito hacerlo. El espejo apareció en el establo de Irene. Al igual que las cartas del tarot. ¿Por qué?

—Porque... ¡Condenación! —Comprendió en el mismo momento en que vio cómo ella asentía—. Irene es descendiente de don Rodrigo y doña Inés...

—Exacto. Lo cual significa que hay posibilidades de que el plan haya dado resultado en su totalidad. Que Nuño y Alana hayan cumplido con su cometido, y que mi madre haya obtenido su merecido. —Ella inició un fruncimiento de cejas que se despejó en cuanto escucharon la puerta de entrada abrirse con cuidado, y a Irene hablando, al parecer, por el móvil.

—Sí, señor Núñez. Sí, claro... Desde luego, es algo sumamente extraño, pero iré en cuanto pueda, pierda cuidado... —Conforme hablaba, ascendía las escaleras en dirección a su dormitorio. Félix y Rosaura se vistieron rápidamente—. Si no le importa, iré acompañada por unos amigos que creo que podrán arrojar luz al asunto... Sí, como usted quiera. Hasta pronto.

El fin de la conversación coincidió con la llamada a la puerta.

—¿Estáis presentables? —murmuró.

Fue Rosaura quien abrió la puerta, para ver el rostro descompuesto de Irene que aún tenía el móvil en la mano.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada.

—Todo. ¿Recordáis a don Fernando Núñez, el hombre que nos cedió la carta puebla a cambio del sello? —Ambos asintieron—. Pues acaba de llamarme. Al parecer, estaban realizando reformas en uno de los edificios más antiguos de su propiedad en Proaza, cuando los operarios encontraron otro sello, Félix. Acompañado de una carta... dirigida a mí.

Proaza, Asturias, al día siguiente

—Es el sello de mi madre, no cabe duda. El que te puse en el dedo el día de nuestro casamiento, muchacha. Y esa es la letra de don Nuño. La conozco demasiado bien como para equivocarme.

—Entonces, señorita Rodríguez, imagino que estará deseando conocer su contenido.

Irene se quedó mirando la faz amigable de don Fernando Núñez de Proaza con la boca abierta.

Si alguien podía llamarse descendiente de Nuño y Alana era él, sin lugar a dudas. Había heredado los rasgos fuertes del notable, su piel oscura y su cabello negro, en contraste con los ojos claros de Alana.

Tragó saliva al recordar a sus amigos y asintió, dejándose caer en la butaca que tan amablemente el señor Núñez le había ofrecido en su inmenso despacho, lleno de grandes ventanales por los que penetraba la luz del sol de verano.

A su lado, Rosaura tomó su mano para darle ánimos, mientras Félix, situado frente a ella, no dejaba de mirar el documento sellado con el sello que apretaba en su mano.

—Señor Núñez, debe creerme si le digo que este sello es tan auténtico como el que le ofrecí a cambio de la carta puebla... —empezó.

—Lo sé, señorita. —Una sonrisa tan amplia como las que solía prodigar Nuño se extendió por la cara de Fernando—. Al igual que el pergamino que tiene en la mano. Desde cuándo lleva oculto en el lugar donde lo han encontrado los operarios es algo que desconozco, pero me considero lo suficientemente diligente como para aceptar el contenido del documento.

—¿Sea el que sea?

—Sea el que sea. Siempre y cuando consigamos leerlo correctamente, claro.

«Tengo suerte», pensó Irene mientras rasgaba el lacre y lo desdoblaba ante los ojos de todos los presentes. Ella tenía sus dudas acerca de esa aceptación conforme empezó a leer:

«A todo el que esté en disposición de leer mi voluntad, y a doña Irene Rodríguez, mujer que vive en Santillana del Mar en el año de nuestro señor de 2015, muy en particular:

Querida doña Irene. Si estáis leyendo esto, sin duda pensaréis que nuestro plan ha tenido el éxito esperado y deseado. Así pues, en primer lugar, y antes de nada, me agradecería que informarais a mi amigo Félix de que así ha sido.

En todos los sentidos imaginables, y también en alguno inesperado, como explicaré a continuación.

El conde don Martín se ha quedado tranquilo al recibir tus misivas, Félix. Sabe que doña Rosaura está en las mejores manos y, aunque resignado, ha aprendido a no esperar una presencia que será imposible dadas las circunstancias. Sus fuerzas se han incrementado gracias a la alianza

con el señorío de Proaza y sabiendo como sabe que reinará Ramiro, hermano de Alfonso Ordóñez, y que los musulmanes no serán expulsados de España hasta la época de los Reyes Católicos, se ha propuesto aportar su granito de arena junto con don Hernán...

¿Qué puedo decir del Lobo Gris? Gracias al sello que acompaña a mi carta, y a toda la documentación que me procuraste, aprobó mi matrimonio con Alana. De eso hace ya tres largos años en los que me he dedicado a confirmar que, efectivamente, la historia no miente. Al menos por el momento, amigo mío.

Alana y yo nos hemos establecido en nuestro nuevo hogar, pero la situación política exige que me ausente a menudo. No obstante, ella ha dado a luz a nuestro primer hijo varón (creo firmemente que fue concebido en la casa de Irene) y está nuevamente encinta.

¿Qué más puedo contarte que tú no sepas ya? Doña Teodomira sigue afincada en su humilde morada, junto a la de su hijo. Por mucho que Alana insistió en que nos acompañara, no quiso hacerlo. Después de que Sol intentara un nuevo viaje de ida y vuelta sin éxito (en ese sentido, tanto tú como doña Rosaura podéis estar tranquilos). Ella afirmó que cada uno vivía en su tiempo, que estábamos donde debíamos y que encontraríamos la forma de comunicarnos.

Querido amigo Félix, cuando leas esto yo ya no estaré presente, pero confío en que don Fernando Núñez de Proaza, el hombre que nos entregó la carta puebla y con ella el camino a seguir, tenga a bien cumplir mi deseo de entregarte el sello que siempre te perteneció. No penes por la persona a la que se lo legaste; ordené al orfebre fabricar uno igual a su medida, en la esperanza de poderte devolver el tuyo para que vuelva a adornar el dedo de doña Rosaura.

Bien, no tengo nada más que añadir, aparte de estas últimas palabras dirigidas a don Fernando, que expresan mi voluntad, y los rezos que día a día elevaré a Dios Nuestro Señor, en la esperanza de que, efectivamente, puedan ser leídas por él, por ti, y por el resto.

Los detalles acerca de cómo han transcurrido los acontecimientos debo guardármelos para mí, en aras de facilitarte las cosas. Solo te diré que, a veces, los dioses tejen caminos intrincados para nosotros, aunque casi siempre son los acertados, capitán...».

Cuando Irene levantó la vista del documento, tres pares de ojos la observaban:

Los de don Fernando no dejaban de parpadear, atónitos, y al mismo tiempo buscando una respuesta que tendrían que dar, sin duda.

Los de Rosaura, tan abiertos que eran incapaces de cerrarse.

Los de Félix, luciendo un brillo satisfecho que corroboró su sonrisa cómplice.



Treinta y siete

Condado de Trabada, diciembre de 925

Las láminas extendidas frente a ella se lo dijeron.

Y las primeras estrellas cayendo sobre la tierra lo confirmaron.

Teodomira no perdió la calma. Agradeció a la diosa Dana los dones que le habían permitido materializarse en su forma más joven durante aquel tiempo. A continuación, guardó las láminas en su caja de teca, la ocultó entre los pliegues de su ajada túnica y se aventuró a la oscura noche.

No tuvo que caminar mucho. Lo hizo despacio, alumbrada por una solitaria vela y la miriada de estrellas en el firmamento, segura de que encontraría lo que buscaba mucho más cerca del lugar donde Rosaura y Alana habían desaparecido, hacía ya seis lunas.

En ese tiempo, muchas cosas habían sucedido en Trabada. Angustiados por la desaparición de su sobrina, Jimena y Martín acudieron a ella en busca de respuestas.

Y las encontraron. Teodomira se las arregló para tranquilizarlos sin desvelar el paradero de Rosaura, a sabiendas de que tanto Jimena como Martín conocían de primera mano la validez de sus augurios. Pese a eso, no pudo evitarles la tristeza, la congoja al verse privados de su única sobrina. Ni tampoco el cargo de conciencia al suponer que su marcha se debía a su casamiento malogrado. De cualquier modo, jamás relacionaron su desaparición con la de Nuño, Alana o Félix, y salvo un pequeño instante con el que decidió obsequiarles para tranquilizar su espíritu, en el que les permitió ver a Rosaura riendo feliz, no les habló del resto.

Martín dio por hecho que la búsqueda incansable del asesino de don Gonzalo había dejado una brecha abierta en la fortaleza, por la que el capitán había escapado. En cuando a don Nuño y su esposa, don Hernán se lamentó de su decisión con respecto a su casamiento antes de que esta se hiciera efectiva. Tanto él como Munia convinieron en que su marcha se debía a los intentos de anular el que le unía a Alana. El Lobo Gris, una vez más, se volcó en la búsqueda de su hermano, sin resultados.

De momento. Porque un hombre de la nobleza de Hernán no se merecía aquella incertidumbre que lo estaba comiendo por dentro, por mucho que fuera fruto de sus actos impulsivos, en la creencia de que obraba con justicia.

Teodomira sonrió al recordar cómo el señor de Laciana había removido cielo y tierra buscando a don Nuño. Cómo Martín le había ayudado. Cómo, en vista de que pasaba el tiempo y ninguno de sus seres queridos aparecía con vida, se vieron obligados a destinar a sus huestes a la lucha contra don Alfonso Froilaz, al mismo tiempo que defendían sus fronteras de la amenaza infiel.

Sí, sonrió. Porque sabía que aquella desazón que los dominaba, a pesar del tiempo

transcurrido, tendría un pronto y satisfactorio final. Para todos.

La última estrella pareció caer justo en el centro del claro del bosque que estaba atravesando, llevando con ella un haz de luz que iluminó el escenario. Apostada tras un árbol, Teodomira dejó la vela y avanzó sin miedo, todo lo rápido que sus viejos huesos le permitieron, hasta detenerse junto a la primera aparición.

No hubo sorpresas. Sol se materializó a sus pies y se irguió en cuanto la vio y la reconoció.

—La bruja... —murmuró, entre sorprendida y furiosa, cuando dio un paso atrás, apretando contra su pecho la carta puebla arrebatada a Félix y el espejo de Rosaura.

Teodomira miró ambos objetos sin inmutarse, a pesar de que Sol los esgrimía como si fueran su única arma contra ella.

—Sanadora —corrigió con una sonrisa—. Y veo que tu alma está muy enferma, sierva. Demasiado como para poder hacer algo por ella.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así, vieja?

—La abuela de doña Rosaura.

Sol lanzó una risa estridente que no afectó a Teodomira lo más mínimo.

—¡Yo soy su madre! ¡Y está muerta! ¡Ernesto la mató!

—Me alegra que pienses eso. Así no podrás perjudicarla nunca más.

—¡No lo necesito! —Con la misma seguridad con la que profería la muerte de Rosaura, sacudió la carta puebla delante de ella—. ¡Con esto me haré con el señorío de Proaza! Pondré mis huesos al servicio de Alfonso Froilaz, ¡y juntos veremos caer al conde de Trabada al fin!

—¿Sin Félix? En ese documento se da legitimidad a su sangre, pero no a la tuya, Sol.

—Además, es falso. —Un nuevo estallido de luz precedió a aquellas palabras, tan fuerte que ambas mujeres tuvieron que cubrirse los ojos para no terminar ciegas. Cuando cesó, las dos miraron a Nuño y Alana, cogidos de la mano, a solo un palmo de ellas. El notable exhibía una sonrisa segura, la misma que adornaba los labios de su esposa, cuando señaló el documento que portaba Sol—. Es falso —repitió con calma. Ante sus atónitos ojos, sacó otro documento idéntico al de ella salvo por una mancha de tinta en uno de sus extremos—. Este es el verdadero. Félix escribió el otro en la esperanza de que no se apreciara la diferencia. Necesitaba el auténtico para otros fines mucho más altruistas que los de acabar en unas manos como las tuyas, así que me alegro de haber regresado para advertirte acerca de tu error, sierva. De este modo, terminar contigo me dará mucho más placer ahora que sé que has estado detrás de cada desgracia acaecida a doña Rosaura y a mi querido amigo Félix.

—¡Félix es mi esposo! ¡Ella me lo arrebató!

Nuño desenvainó su espada y colocó la punta en el cuello de Sol.

—Ella no te arrebató lo que nunca fue tuyo. El hecho de que una vez ocuparas su corazón, aunque indignamente, me obliga a darte varias opciones: puedes entregarte al conde, que dará buena cuenta de ti, o luchar por tu miserable vida para conservarla, antes de que te corte el cuello.

Sol pareció evaluar cada una de ellas durante un instante eterno rodeado de silencio. Teodomira no hizo nada para evitar ningún desenlace, pero sus ojos sabios se cruzaron con los de Alana. La muchacha terminó por asentir con firmeza, como si la anciana le hubiera transmitido algún tipo de mensaje que él desconocía.

—Me parece, mi señor, que me decanto por ir en busca de mi esposo —declaró Sol, apartándose de ellos con pasos cautos, pero contundentes. Nuño frunció el ceño e hizo ademán de seguirla, pero Alana se lo impidió con su mano y una expresión que decía a las claras que confiara en ella—. Conseguiré que me acompañe de nuevo aquí. Él me reclamará como su verdadera y única esposa. Y, cuando lo consiga, ni siquiera el todopoderoso conde de Trabada podrá hacer

nada al respecto.

Segura de que el estupor que los dominaba les impedía detenerla, Sol guardó su copia de la carta puebla y se tumbó sobre la hierba helada sin tener en cuenta que la lluvia de estrellas había cesado. Cerró los ojos, entonó un breve cántico tan antiguo como los dioses a los que invocaba y se aferró al espejo con ambas manos.

Su sonido monótono, profundo y amenazador llenó el ambiente gélido. De su boca salieron hilos constantes de vaho a medida que sus palabras, ininteligibles para Nuño, se elevaban al cielo oscuro y despejado de nubes.

Y entonces ocurrió.

Su cuerpo se catapultó hacia delante, como si una fuerza invisible lo empujara, hasta obligarla a sentarse, para después convulsionarse hacia atrás de nuevo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente por la sorpresa. Evidentemente algo iba mal, porque ni siquiera ella esperaba que aquello ocurriera.

Pero aquello no dejó de ocurrir.

Sol abrió la boca para lanzar un grito cuando el mismo vaho que había salido por ella regresó en forma de mano fantasmagórica que se coló hasta su garganta y mucho más abajo. De pronto, su rostro comenzó a consumirse como si una alimaña estuviera alojada en sus entrañas y la absorbiera desde dentro. Sin proferir ni un solo sonido, la carne que llenaba sus mejillas desapareció bajo la piel, hasta que esta fue solo un pellejo arrugado que cubría los huesos y que no tardó en desaparecer ante los espantados ojos de Nuño.

Con un fugaz vistazo, comprobó que tanto Alana como la anciana que los acompañaba contemplaban el proceso de degradación sin evidenciar ninguna emoción, como si ya se esperaran el desenlace.

Y se lo esperaban. ¡Por supuesto! De ahí la mano de Alana sobre su brazo, impidiéndole detener a Sol. Ambas se limitaban a dejar que, lo que fuera que se había introducido en el cuerpo de Sol, se la comiera por dentro, literalmente.

Poco a poco, fueron testigos de cómo sus ojos quedaban desprovistos de párpados, de carne, para aparecer desnudos en sus cuencas. Unas cuencas que no tardaron en quedar vacías, hasta que su cabeza no fue más que un cráneo débilmente cubierto de pelo negro que le confería un aspecto igual de siniestro que el resto de su cuerpo.

Nuño agradeció la túnica que la cubría, porque de ese modo no pudo ver el deterioro del resto de su cuerpo, mientras Sol se consumía entre violentas convulsiones. De pronto, un sonido sibilante pareció surgir del interior de su pecho antes de que este se desinflara, como si el mal que había albergado hubiera decidido abandonarla al fin. Apartó la vista, asqueado, pero fue incapaz de retenerla en el cielo durante mucho tiempo. Para cuando el silencio volvió a envolverlos como un manto de protección y relativa tranquilidad, las manos de Sol se habían convertido en dos esqueletos que sostenían aún la copia falsa de la carta puebla y el espejo.

Miró a Alana, a la anciana, en busca de respuestas, y las encontró en sus rostros.

—«Solo un viaje de ida y vuelta». Eso vaticinasteis, doña Teodomira.

—Y se ha cumplido, como podéis comprobar, doña Alana —respondió la anciana, mientras se agachaba junto a los huesos polvorientos que llenaban la túnica para recoger el espejo—. Sol ha caído víctima de su codicia y maldad. No conocía las reglas del viaje y ha pagado las consecuencias. Don Nuño, todos tenemos un cometido en esta vida. El mío fue proteger a mi nieta hasta que ella encontrara su equilibrio.

—Pero viajamos a un tiempo extraño...

—Su tiempo. —A continuación, sacó la caja de teca y se la ofreció a Alana, junto con el

espejo—. Rosaura y Félix debían encontrar un tiempo adecuado para amarse y se han quedado en él. Vosotros debíais hacer lo mismo y habéis regresado. Ahora, mi señor, es tiempo de que ambos ocupéis el lugar que os corresponde. El que es de justicia. El que Félix ha decretado para vos y vuestra esposa.

Teodomira asintió con tanta vehemencia a su muda pregunta que Nuño supo, sin lugar a dudas, que sabía lo que se había llevado con él, además de la carta puebla original.

—Conocéis nuestros planes... —musitó incrédulo.

—Vuestra esposa y yo siempre los hemos conocido. La única diferencia estriba en la experiencia, mi señor. La mía me proveyó de mucha más paciencia que la de doña Alana, pero espero que, ahora que habéis visto el resultado de vuestra perseverancia, confiéis en vuestro corazón para hacer lo que debéis con esto que os entrego.

Alana apretó los objetos contra su pecho como si fueran su bien más preciado y asintió.

—Me costará desprenderme de ellos, pero sé que debo hacerlo para que lleguen a la persona adecuada —afirmó.

—Alguien necesita de la protección del espejo, así como de vuestra sabiduría. Un don por un don, doña Alana —replicó Teodomira, ante el gesto boquiabierto de Nuño.

—Vos... —musitó, incapaz de creer lo que su mente empezaba a fabricar—. ¡Vos fuisteis la mujer que entregó el espejo a Félix para que él se lo regalara a Rosaura! Pero... él me habló de una mujer joven, y vos...

—Lo fui un día, mi señor, que no os quepa duda. —Había una mirada juguetona en aquellos ojos oscuros, sabios, cuando la anciana asintió con una sonrisa cálida—. Ahora debéis partir hacia Trabada. Vuestro hermano se alegrará de veros, sobre todo cuando hay un señorío sin señor esperando que alguien tome posesión de él.

Teodomira abrazó a Alana para despedirse de ella, se encaminó hacia la exigua luz de la vela que todavía permanecía encendida unos pasos por detrás de ellos y, con ella en la mano, desapareció tragada por las sombras de la noche, hasta que sobre el claro solo quedó él, la mujer de su vida y un tétrico recordatorio de lo que el mal era capaz de hacer contra sí mismo.



Treinta y ocho

Hernán no podía dormir.

El tiempo se le acababa. Si nada lo remediaba, y puesto que la fuerza del conde de Trabada no se hallaba mermada tras meses de lucha en varios frentes, él tendría que irse hacia el señorío de su hermano Rodrigo, en Ventosa, para ayudarlo en su lucha contra los infieles.

Sin Nuño. Otra vez.

Con un gruñido quedo de disconformidad, abandonó el salón y se dirigió al adarve. Allí donde el aire de diciembre le desentumecería los músculos y le activaría el cerebro para idear otros medios de búsqueda de su hermano pequeño.

Envuelto en una gruesa capa de piel, se detuvo bajo una de las antorchas. Allí permaneció en silencio, aparentemente concentrado en las volutas de vaho que salían de su boca, hasta que un inesperado fognazo, lejos de donde él se encontraba, atrajo su atención.

Se inclinó hacia delante entrecerrando los ojos, en la esperanza de ver más a través de la pequeña iluminación que las estrellas, que caían del cielo como la noche en la que su hermano había desaparecido junto con su esposa, Rosaura, y Félix, le proporcionaba. Pero no apreció nada fuera de lo normal. Permaneció a la espera de algo que confirmara aquello tan extraño que acababa de presenciar. Empezaba a pensar que había sido producto de su imaginación, cuando distinguió dos figuras que se acercaban al puente.

Una de ellas gritó pidiendo la entrada en la fortaleza.

Y el corazón de Hernán reaccionó por instinto.

Abandonó la muralla a la carrera, cruzó el patio de armas y abrió el portón él mismo, antorcha en mano, y la esperanza aleteando en su pecho, fuera de toda lógica.

Una lógica que se impuso en cuanto alumbró a las personas que se detuvieron ante él. Con las mismas ropas que llevaban cuando desaparecieron, aspecto cansado, algo desorientados y aturdidos, como si hubieran realizado un largo viaje, pero cuya identidad resultó inconfundible.

Eran ellos. Nuño y Alana.

Habían regresado. Su hermano lo miraba con una alegría contenida que se desbordó en cuanto Hernán, pasado el primer momento de pasmo, lo envolvió en un fuerte abrazo.

Necesitaba aquello, ¡condenación!, ¡cómo lo necesitaba! Para calmar sus remordimientos, para enmendar sus errores, pero, sobre todo, para poder derramar las lágrimas de emoción que le estaban estrangulando sin que nadie se diera cuenta.

—Lo sabía... —murmuró con un hilo de voz, procurando mantener su apariencia dura e

intimidante—. Sabía que regresarías, que mi espera no sería en vano... Hermano, ¡por fin vuelvo a tenerte conmigo! —Las piernas le temblaban y las manos no eran muy capaces de sostener a Nuño por los hombros, pero aun así se las arregló para apartarlo de él y mirarlo con orgullo—. ¿Dónde demonios has estado todo este tiempo? ¡He estado a punto de marcharme sin ti!

—Hernán, siento mucho haber desaparecido de este modo, pero...

—Espera, no me lo digas. ¿Prisionero de los infieles? No, tienes demasiado buen aspecto. Estás demasiado bien cuidado. Casi diría que mejor que yo, ¡por las barbas de Satán! Pero a fe mía que descubriré de dónde vienes, ¡y mataré a quien te haya tenido retenido!

—Hernán, no he estado prisionero de nadie. He permanecido lejos de aquí por propia voluntad, aunque créeme si te digo que, de haber podido, hubiera regresado antes.

—¿Qué? —La incredulidad dio paso a la furia cuando las mismas manos que lo sostenían pasaron a zarandearlo—. ¡Maldito seas mil veces! ¿Crees que puedes hacer esto y pretender que todos permanezcamos en el mismo lugar cuando regreses?

—Tú lo has hecho, según veo.

—Serás... —El primer impulso fue darle un buen puñetazo en la cara; pero, en vista de que todo en esa cara parecía sonreírle, Hernán terminó carcajeándose para festejar la broma—. Bueno, a fin de cuentas, estás aquí, ¡vivo!

—Estamos, mi señor. Estamos. No te olvides de ella.

Nuño y su manera amable de recordarle sus errores. Con un tono aparentemente suave, acababa de imponerse al vozarrón de Hernán, consiguiendo que este prestara atención a Alana por primera vez desde que había vuelto a tener a su hermano entre los brazos.

Ella le lanzó una mirada huraña, esperando probablemente un nuevo desplante.

Pero Hernán había aprendido hacía tiempo que el orgullo no es un buen aliado si se trata de atesorar fidelidades o cariños. Por fin era consciente de que necesitaba el cariño incondicional de su hermano, y ¿por qué no?, la fidelidad de aquella muchacha rebelde de cabellos rojos. Sonrió forzado e inclinó la cabeza.

—Sed bienvenida, doña Alana —saludó, antes de volverse a uno de los hombres que contemplaban la escena en un mutismo absoluto y gritar—: ¿A qué esperáis? ¡Decid al conde que el Lobo Gris tiene mucho que celebrar en su casa! ¡Despertad a la condesa para informarle de que su hermano menor ha regresado! ¡Ordenad a los siervos que preparen un vino digno de don Nuño y su esposa, y rogad a todos que lo celebren conmigo!

Todos se pusieron en marcha a la velocidad del viento, seguidos por la mirada divertida de Nuño, antes de ponerla sobre el rostro demacrado de Hernán.

Ciertamente, parecía más delgado, menos vigoroso. Cercos oscuros rodeaban sus ojos grises, y una sombra de tristeza parecía haberse instalado permanentemente en su gesto.

—¿Esto ha sido por mí, hermano? —preguntó, señalándolo con despreocupación.

Hernán palideció. Dio un paso atrás, como si hubiera visto un fantasma y abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las órbitas.

—¡Me has llamado hermano! ¡Has recordado! ¡Oh, es un milagro! ¿Cómo...? ¿Dónde...?

—Es una larga historia que te contaré con pelos y señales. —Él y Alana cruzaron una mirada cómplice antes de tomarse de las manos y acompañarlo al interior de la fortaleza, escoltados por un pequeño grupo de guerreros que los dejaron en compañía de los condes y de Munia en el salón.

Lágrimas de alegría corrieron por las mejillas de Jimena al verlo. No se contuvo en abrazarlo hasta casi asfixiarlo, al igual que a Alana. Munia la siguió con la misma emoción y una expresión de condescendencia dirigida a su esposo, antes de que fuera Martín quien tomara el relevo de las bienvenidas efusivas.

—Deberías haber visto el estado de tu hermano cuando nos enteramos de que vosotros, junto con Rosaura y Félix, habíais desaparecido —afirmó con gesto solemne—. Pasamos jornadas enteras buscándoos, sin hallar ni una miserable prueba. Pasaba el tiempo y nada sabíamos de nuestra sobrina ni del capitán ni de vosotros. Aunque ahora, después de veros aparecer, la esperanza de presenciar lo mismo con Rosaura ha vuelto a anidar en nuestro corazón.

Nuño contempló a los condes, unidos por sus manos y por un dolor común, y decidió que ya era hora de que conocieran parte de la verdad. Al menos, la parte que podía contar sin riesgo de ser considerado un poseído digno de una buena hoguera.

Dejó el vaso de vino que acababa de pasarle Hernán sobre la mesa de madera que coronaba el centro de la estancia y después de pasear la vista por las mujeres que permanecían sentadas cerca de él, y por los hombres que lo miraban expectantes, sacó unos documentos de entre sus ropas y los depositó sobre la mesa, junto al sello de Proaza que Sol había intentado quedarse.

—Mi señor, doña Rosaura se encuentra perfectamente junto a don Félix, y me pide que os diga que os echará mucho de menos, pero que no podréis veros más.

El gesto de Martín se endureció como el granito.

—¿La has visto? ¿Está con Félix? —Después, como si acabara de comprender, parpadeó muy deprisa—. ¿Has dicho «don Félix»? ¿A qué se debe tal trato?

—A esto, Martín. Compruébalo con tus propios ojos.

El conde se volvió hacia Hernán, que sostenía los documentos con una expresión de auténtico pasmo en el rostro y se los arrebató literalmente.

Conforme iba leyendo, su expresión pasó de la incomprensión más absoluta a la estupefacción más genuina, para terminar en un estado de confusión que hizo que su ira se evaporara al comprender.

—Es el documento con el que don Gonzalo pretendía poner el montante de la dote de doña Rosaura al servicio de la causa de Alfonso Froilaz —informó Nuño—. Os iba a traicionar, mi señor, pero Félix lo interceptó y lo utilizó como vía para conseguir lo que siempre fue suyo por derecho.

—En esta carta puebla, don Gonzalo reconoce a Félix como su primogénito en detrimento de Laín.

—Al parecer, don Gonzalo repudió a su madre y, con ella, a Félix. —Nuño apoyó su declaración con el sello de Proaza que le había dado Félix—. Perteneció a su madre. El día de su casamiento con Rosaura se lo entregó. Pero ha regresado con y en las manos adecuadas, como podréis comprobar si leéis el segundo documento, mi señor.

—Rosaura, ¿casada?

Martín no daba crédito a lo que estaba oyendo. Buscó apoyo en su esposa y en Munia, pero estas permanecían tan estupefactas como él.

—Con el señor de Proaza —añadió Nuño—, hasta que este renunció a todos sus bienes en favor de...

El conde se tomó su tiempo en leer la tercera carta. Aunque tardó mucho más en levantar la nariz del pergamino y mirar a la pareja incrédulo.

—¿Alana? ¿Félix ha renunciado a todo un señorío, después de desposar a mi sobrina, para entregárselo a tu esposa?

—Allá donde están, ni Rosaura ni Félix precisan de estas tierras, don Martín, tenedlo por seguro y estad bien tranquilo al respecto. Mi palabra debería bastar, pero, si no es así, porto una carta personal del propio Félix donde os explica el porqué de su conducta y lo que le ha llevado a desposarse con Rosaura. —Se la entregó, sabedor de que aquellas palabras calmarían el alma del

conde—. Sin embargo, el capitán conocía mi problema con Alana y decidió solucionarlo de esta forma. Así, querido hermano, no tendrás razones para oponerte a que siga casado con mi esposa, puesto que ella es la heredera de Proaza. No te aconsejaría que te opusieras; tienes delante a un igual, con unas huestes parejas a las tuyas, con los que puedes actuar como amigo o como enemigo, lo que tú elijas.

El Lobo Gris y el conde de Trabada miraron con atención a los documentos. Todo concordaba. La rúbrica, el sello de oro, el emblema de Proaza.

—Don Gonzalo poseía su sello cuando murió. Además, este es demasiado pequeño como para pertenecer a un hombre, Hernán —afirmó Martín—. No sabemos dónde ha estado tu hermano. Tampoco el paradero de Rosaura. Pero Félix cuidará bien de ella allá donde se encuentre.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Doña Teodomira lo afirmó así, y conozco al capitán. Lo he reconocido en cada una de las palabras dirigidas a mí en esta misiva. Según su rígido código moral, nunca me mentiría. De haberse quedado aquella noche, habría aceptado el castigo impuesto... por mí.

—Yo propicié su huida, mi señor. —Nuño inclinó la cabeza con gesto humilde—. Necesitaba recuperar a mi esposa, pero él había ocultado muy bien el documento que revelaba la traición de don Gonzalo. Hubiera caído en vuestras manos solo para salvaguardar la felicidad de doña Rosaura.

—Presiento que lo que ocurrió después desencadenó una desaparición de varias lunas... —murmuró Jimena, por primera vez en todo aquel tiempo.

—Así fue, mi señora —intervino Alana. Se apartó unos pasos de Nuño y se acercó a la condesa—. Viajamos sin proponérselo a un mundo extraño. Tuvimos que lidiar con el olvido de mi esposo que se tornó en recuerdo, con la maldad camuflada que a punto estuvo de acabar con nosotros, y también con el amor. Hasta que todo se volvió en nuestro favor para trazar este plan, en la esperanza de que saliera bien. —Sus ojos se dirigieron confiados a Nuño—. Yo recuperé a mi esposo, al mismo tiempo que él hacía lo propio con su memoria y sus sentimientos. Félix encontró a Rosaura, y ella lo recompuso. Y acabamos de dejar atrás el último escollo con la lluvia de estrellas. No espero que lo entendáis, pero sí que me otorguéis al menos el beneficio de la duda cuando os digo que doña Teodomira ha sabido en todo momento lo que ocurría, dónde y cuándo. Yo fui el nexo de unión, don Hernán, entre doña Rosaura y su abuela, además de esto. —Con la misma calma, les enseñó la caja de teca y el espejo—. Ella encontró su propio tiempo al lado del hombre que siempre amó, pero estos objetos deben encontrar su lugar.

Todos esperaron que revelara ese lugar.

Cuando lo hizo, una sonrisa de tranquilidad se extendió por el rostro de Hernán. Con una risa grave y, al fin, despreocupada, elevó su vaso en dirección al conde de Trabada y brindó.

—¡Por las mujeres hermosas que aceptan sus destinos, sean cuales sean! —exclamó.

Señorío de Ventosa, varias jornadas después

—A vos encomiendo su custodia, mi señora. Vos y vuestra estirpe quedaréis protegidos por su influjo, siempre que mantengáis los objetos cerca.

Alana inclinó la cabeza ante doña Inés. Su esposo, junto a sus hermanos, observaban la escena que se desarrollaba en la sala principal de la fortaleza con gesto satisfecho.

Ciertamente, debían estarlo. Desde que supo de la importancia de Inés en el corazón de Nuño, Alana se había imaginado su encuentro tirante, enconado. Como dos hembras defendiendo las

atenciones de un mismo macho. No adivinó que Nuño recuperaría la memoria antes de que ese encuentro se produjera, y mucho menos que sería la encargada de propiciar que, más de mil años después, el espejo de Rosaura y las cartas de doña Teodomira fueran a parar a manos de Irene.

—Gracias, doña Alana. Muchas gracias. —Las palabras de Inés la conmovieron, así como el apretón de manos con el que la impelió a levantarse y el abrazo, fuerte y seguro, en el que la envolvió antes de mirarla con evidente orgullo—. Don Nuño, nunca pensé que volvería a verte con vida y mucho menos felizmente casado con una mujer que te adora. Cuídala, pues tienes contigo un tesoro mucho mayor que el que acaba de entregarme.

Inés recogió los objetos casi con adoración, como si en verdad esperara recibirlos y no hubiera supuesto sorpresa alguna, aunque, ¿quién era él para cuestionar la intuición femenina?

Había sido una mujer la causante de ese viaje en el tiempo del que había vuelto, mareado aún por la posibilidad de que hubiera sido un sueño. Una mujer la que, portadora del mal más oscuro, se había desintegrado ante sus ojos antes de recuperar el sello que, casualidades del destino, pertenecería a su esposa. Y era una mujer la que en ese instante le sonreía, esperando probablemente a recibir al fin el ansiado sello que todavía no le había puesto en el dedo.

Nuño sonrió a las palabras de Inés, felicitó a Rodrigo una vez más por su casamiento y tomó a Alana de la mano con una mirada pícaro en sus ojos oscuros.

—Tienes toda la razón, doña Inés —afirmó con el pecho hinchado por el orgullo—. He permanecido demasiado tiempo en la oscuridad, pero por fin he conseguido encontrar la luz. Y no pienso abandonarla. ¿Me aceptáis como vuestro esposo, doña Alana, única señora de Proaza?

Le colocó el sello en el dedo con toda la inesperada solemnidad del acto mientras, sin apartar los ojos de su repentino rubor, se arrodillaba ante ella.

La respuesta no se hizo esperar. Alana se llevó una mano al pecho para controlar los desaforados latidos de su corazón y asintió, conteniendo las lágrimas.

—Al fin has comprendido —murmuró, acariciando su barba oscura.

—¿El qué? ¿Que tu mente lleva mucha ventaja a la mía? ¿Que una mujer es capaz de heredar un señorío, aunque necesite los servicios de un hombre a su lado para manejarlo? —Alana soltó una risilla cuando Nuño, completamente embobado, se acercó a ella para besarla a conciencia—. ¿Que seremos compañeros siempre, mi meiga, sin imposiciones, pero complementándonos?

—Algo así, Fortún. Equilibrio, complemento. Dar y recibir.

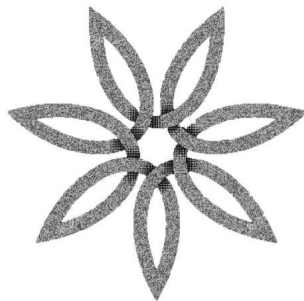
—Nuño, Fortún, ¿qué importa? Lo dejo a tu elección. —Con una sonrisa bailando en su boca, Nuño se dirigió al resto de los que contemplaban la escena—. Si me disculpáis, tengo que demostrar a mi esposa que pienso cumplir cada cosa que he insinuado. Es lo que tiene estar casado con alguien tan hermosa, tierna, inteligente, valerosa, perspicaz...

—¡Oh, calla ya y demuéstalo de una vez!

Lo último que Alana escuchó a su espalda mientras su esposo la llevaba a la intimidad, fueron las risas de las dos parejas, pero no le importó.

El tiempo de penurias había pasado. Tras lo cual, ciertamente, había llegado el tiempo de amar.

Para todos.



Epílogo

Santillana del Mar, Cantabria, agosto de 2018

—Érase una vez un guerrero que intentaba matar fantasmas con su espada, sin conseguirlo. Y una hermosa muchacha de preciosos ojos verdes y rizos negros como la noche, cuya valentía logró salvarlo. Érase una vez un castillo que albergaba el mal y una cabaña en la que vivía el bien más puro y desinteresado. Érase una vez un viaje muy largo, que dejó al guerrero y la princesa en un lugar extraño en el que tuvieron que vivir, hasta que comprendieron que era ahí donde siempre debieron estar. Hasta que comprendieron que el amor es la protección más eficaz contra la envidia, el rencor y la locura...

Los preciosos ojos verde oscuro de la pequeña Alana fueron cerrándose como respuesta al tono de voz grave, bajo y monótono de su padre, antes de que empezara a hilar la historia del cuento. Félix sonrió y dejó un beso en su frente morena antes de levantar la vista hacia la figura de Cascabel, que podía apreciarse a través de la ventana del cuarto infantil.

Alana. Su hija. La niña que había llenado de gozo su firme corazón de guerrero, demostrándole que ciertamente había muchas razones por las que vivir, fuera en el tiempo que fuera.

Eran felices, del mejor modo en que se podía paladear la felicidad en aquel mundo.

Gracias a la misiva de Nuño, que había sobrevivido al tiempo, sabían que Sol nunca regresaría para amenazar su existencia y la de sus seres queridos. Gracias a esa misiva, el sello de Proaza, que un día había adornado el dedo de su madre, reposaba entonces en el de Rosaura, junto al anillo que él mismo le había regalado por su casamiento.

Don Fernando se mostró desconfiado en un principio; de hecho, tuvo que validar la autenticidad de la joya. Por lo tanto, y previa devolución de la pistola y el camafeo que, junto con la carta puebla, habían conformado el lote subastado en su día en Sevilla; pudieron hacerse con él sin más explicaciones acerca del contenido de la carta de Nuño.

Ernesto terminó en un centro psiquiátrico después de afirmar hasta la saciedad que había sido atacado por un guerrero venido del siglo X que había viajado en el tiempo junto con una muchacha.

Una víctima del odio de Sol.

La última, concluyó al ver el rostro de feliz descanso de su niña de dos años, antes de dejarla para ir en busca de su otro tesoro máspreciado: Rosaura.

Se detuvo en la cocina con la intención de advertir acerca de su salida, pero David lo hizo por él.

—No te preocupes por la niña, Hércules. Cada vez que venís, a mi rubia le entra el instinto maternal.

—No te pases, sargento, que el día menos pensado te doy un susto de muerte y tienes uno como mi preciosa Alana.

Félix contuvo una risotada cuando vio cómo David simulaba un ataque al corazón antes de continuar ayudando a Irene a preparar la cena de su primer aniversario.

Él y Rosaura habían sido los padrinos de la ceremonia. De hecho, su relación se había estrechado todavía más después de todo lo ocurrido, hasta el punto de convertirse en su segunda familia.

Gracias al dinero recaudado con la venta del sello de Proaza de Laín, Irene se embarcó en su granja escuela. Hacía meses que la cerca construida por Nuño servía para acoger las exhibiciones medievales de Félix que deleitaban a los pequeños que la visitaban. Además, las instalaciones albergaban caballos, una vaca, conejos, gallinas y varios animales que acercaban a los niños al mundo de los animales de granja. Incluso pudo contratar al personal necesario para sus cuidados, y a varios monitores encargados de todo tipo de actividades lúdicas.

Con el resto adquirieron una casita, más pequeña que la de Irene, pero colindante con esta, y Félix pudo habilitar un local donde impartir clases de defensa personal.

Un negocio que, además de muy bien recibido entre los habitantes de Santillana, también resultó ser rentable. Félix estableció un estricto horario que le permitía cuidar cada día de su pequeña mientras Rosaura, fiel a sus planes, se puso al día en cuanto a estudios en un tiempo récord.

Acababa de empezar sus estudios de la ESO y todo hacía presagiar que no se detendría ahí.

Ah, no. Su Rosa era demasiado inteligente y demasiado valiente como para conformarse. Quería ganarse la vida por sí misma, enseñarle a Alana esa independencia... Y no tener más hijos por el momento, hasta que su situación no estuviera asentada, aparte de su convivencia con él.

Félix resopló, resignado. Si le había resultado duro adaptarse a los cambios en general, sacarse el carné de conducir había supuesto un suplicio que estaba resuelto a superar.

—Vete a por tu chica que esto ya casi está y deja de soñar despierto, hombre.

—En algún momento te arrepentirás de haberme enviado a por ella, ya lo verás...

Pero hizo caso de David, a pesar de sus carcajadas, y se quedó clavado en la puerta de entrada, contemplando el espectáculo que Rosaura le regalaba en esos momentos.

El señuelo describía lentos círculos sobre la cabeza de Rosaura mientras esta lo hacía girar, segura de que el ave se lanzaría a por él. Cascabel, su fiel halcón, el animal que había sido determinante a la hora de salvar su vida, inició un vuelo en picado, lo sujetó con sus garras y, a continuación, en vista de que el señuelo no dejaba de moverse, ascendió al cielo encapotado con su habitual elegancia sin perderlo de vista.

Era en aquellas ocasiones cuando disfrutaba de Rosaura. De su figura, recuperada a base de ejercicio. De su pelo negro, más corto, cuyos rizos brillantes seguían emitiendo reflejos azulados cuando los rayos de sol incidían sobre ellos. De su vitalidad, su equilibrio, que ejercitaba con el ave en la comunión más completa que Félix hubiera observado nunca ente una persona y un animal.

En breve disfrutaría también del brillo de aquellos dos ojos esmeralda, del mismo color que la piedra que lucía en su dedo, componiendo el anillo que él le había regalado. En ellos se reflejaría la luz mortecina de aquel atardecer, del mismo modo que entonces resaltaban los

reflejos azulados de su pelo negro mientras lo movía con tanta desenvoltura que despertó en él un ramalazo de orgullo.

En ningún momento se sintió ninguneado por sus ansias de libertad. Jamás pensó que sus intenciones eran superarlo, en lugar de caminar a su lado.

«Por esto, y por muchas cosas más, nunca tendré suficiente de ella», pensó, encantado de que así fuera. Cada día daba gracias por haber tomado a tiempo la decisión de quedarse allí, a su lado.

Y, cada día, se veía recompensado por ese agradecimiento a través de su familia. Por la pequeña Alana, tan parecida a su madre, que llenaba sus horas de alegría y energía.

Por Rosaura, que, al fin, se había desprendido de aquella parte de su pasado que había viajado con ella para martirizarla y permanecía en su presente. Junto a él. Sin miedo.

—Cualquiera diría que estás enamorado de mí, capitán. Me miras como si quisieras comerme.

—Es que quiero comerte. —Félix sonrió perezosamente ante el comentario de su esposa y se encaminó hacia ella. Cascabel permanecía en su guantelete, pero no se sobresaltó cuando, con todo el cuidado del mundo, Félix enlazó su cintura y la atrajo hacia él para demostrarle, con un beso largo y profundo, la verdad de sus palabras—. ¿Lo ves? Si no fuera porque Irene y David nos esperan dentro, me temo que ni siquiera podría esperar a entrar en el dormitorio, mi Rosa.

—¿Tan hambriento estás?

—Juzga por ti misma.

Con una mirada pícara y brillante, llena de vida en unos ojos que durante demasiado tiempo habían carecido de ella, Félix llevó la mano de Rosaura a su endurecida entrepierna, hasta arrancarle una risilla sugerente.

—Vaya, sí que tienes hambre —apreció, mordisqueándole la oreja antes de que Cascabel se hiciera notar sacudiendo sus alas—, Lástima que, además de Irene y David, estén Alana y Raúl...

—La niña duerme desde hace tiempo, y Raúl tiene otras distracciones últimamente.

—Ah, ¿sí?

—Es posible que incluso esté pensando en sentar cabeza. ¿De qué te extrañas? Si la chica en cuestión se ha ganado su corazón como tú el mío, está perdido. —Félix esperó a que dejara al halcón en el establo y la encerró entre los brazos con esa expresión de adoración total y amor incondicional que la colmaba de dicha—. Debes saber que nada ni nadie me llena tanto como tú.

—¿Ni siquiera tu trabajo? Sé de buena tinta que varias mujeres asisten a tus clases solo para ver tus músculos en acción, por no hablar de las exhibiciones en la granja escuela...

—Ni siquiera así. Aunque eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

Rosaura asintió, dejando caer un pequeño roce de labios que provocó un gruñido quedo en él.

—Me lo dices todos los días, pero me gusta oírlo. Y, ahora, vamos a esa cena que nos está esperando antes de que decida comprobarlo aquí mismo, capitán.

—¿Es que necesitas comprobarlo, muchacha?

Él la miraba ceñudo con aquella expresión de duda casi infantil que prácticamente conseguía que ella estallara de pura ternura. Con otro gruñido, esa vez de disconformidad, la arrinconó contra la pared antes de lanzarse sobre aquella boca como si fuera un señuelo, y él, un pobre halcón incapaz de rehuirlo.

Se apropió de su interior con autoridad, pero con dulzura. A sabiendas de que ella lo acogería por completo, exactamente igual que llevaba haciendo desde que, años atrás, había conseguido penetrar en lo más profundo de su ser para arrancarle la confesión más importante de su vida.

—No lo dudes nunca —aseguró cuando se apartó de ella con la respiración acelerada, superficial y llena de una excitación que debería esperar a ser colmada.

—¿Ni siquiera en nuestros peores momentos?

—Que acaban siendo los mejores después de una reconciliación a la altura. —Cuando las mejillas de Rosaura se colorearon de rojo, Félix pensó que explotaría de puro amor. Levantó su mentón con ternura e hizo que le mirara a los ojos—. Unos días me odiarás y otros me querrás, pero yo te amaré todos los días, Rosaura. Porque estaré todos los días para poder hacerlo.

—¿Sin reglas que te coarten?

Él exhibió una sonrisa maliciosa y se acercó a su oído.

—Sin reglas que me impidan dar rienda suelta a mi imaginación cuando se trata de mi mujer —susurró—. El resto, seguirá como hasta ahora.

Enlazaron sus sonrisas, sus miradas y sus dedos del mismo modo que antes habían enlazado sus pensamientos: en silencio, sin que nadie más los oyera, para encaminarse hacia el interior de la casa, donde sus amigos los esperaban.

Mientras Félix no dejaba de mirarla, repitió en su cabeza, una a una, todas las reglas que había mencionado Rosaura.

En su día, habían conformado los eslabones de una cadena a la que él mismo se había atado.

En ese momento, decidió añadir una más:

Amar a Rosaura sobre todas las cosas.